El Castellano en América

POR

ANTONIO BATRES JÁUREGUI

Individuo de la Facultad de Derecho de Guatemala, Abogado Honorario del Brasil, miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua, de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación, de la Sociedad de Historia Diplomática de París, de la Sociedad de Historia Comparada de Francia, de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, del Instituto Smithoniano de Washington, Socio Honorario del Instituto de las Repúblicas Hispano-Americanas en los Estados Unidos de América, Presidente de la Academia Guatemalteca, Miembro del Ateneo de México, Individuo de la Unión Ibero-Americana, Socio de la Academia de Ciencias de El Salvador, Correspondiente del Instituto Arqueológico y Geográfico Pernambucano, Condecorado con la Real Orden de la Corona de Prusia, y por Venezuela con el Busto de Bolívar



GUATEMALA
Imprenta de "La República," 8a. C. O. No. 3.
1904

Capítulo Primero

LA LENGUA CASTELLANA EN AMÉRICA

I

"Una sóla debe ser la patria y la lengua de los hispano-americanos."—BOLIVAR.

En remotos tiempos estuvieron en España los egipcios, fenicios, cartagineses, romanos, árabes, godos y otras tribus, que fueron dejando rastro de su cultura y lenguas, al través de los siglos. El castellano tuvo origen y extendióse en las montañas de Castilla la Vieja. Desde que Don Pelayo se retiró á organizar sus invictas huestes, á aquel rincón que para ellos era su patria, godos, romanos, vencedores y vencidos, extraños é indígenas, señores y esclavos, unidos todos por el lazo del infortunio, olvidaron sus antiguos odios, rencillas y distinciones: no hubo ya más que un hombre, una lengua, y un porvenir. Desde que venció en Covadonga á los árabes, y comenzó á ensancharse el reino de Asturias, tuvo ya alguna consistencia la amalgama de voces y giros de aquel puñado de héroes. El germano concluyó con el latín literario, idioma petrificado é inmóvil, cual la cultura pagana, de que era hermosísima expresión. Libre el latín popular, creció el italiano y el valaco en la banda oriental europea, el castellano y el portugués en el sudoeste, y el francés y el provenzal en el nordoeste.

Más tarde se encuentran documentos escritos del habla naciente de Castilla. El más antiguo, al decir de muchos historiadores y filólogos, en cuenta Don Antonio José de Irisarri, es el *Fuero de Avilés;* pero tanto éste como el de *Oviedo* no son auténticos, según lo tiene demostrado Don Aureliano Fernández Guerra. Desde fines del siglo VIII se escribían privilegios de monasterios, como el de Olona, y cartas pueblas en latín, con frases y giros castellanos, que entonces eran bárbaros. Pasada la gestación, si vale decirlo así, aparece allá por el siglo XII, ya formado el castellano, y existen documentos curiosos, como escrituras, leyendas y títulos, en habla castiza y con sintáxis perfecta. La donación de Mari Roiz al monasterio de Cardeña (1.173) se cita en la Gramática del P. Flores y Gómez, como uno de los primeros escritos en idioma castellano.

El monumento más antiguo de nuestra habla es el famoso *Poema del Cid,* que se encuentra hábilmente comentado é ilustrado por Don Andrés Bello, en un tomo de 416 páginas, "*La Gesta del mio Cid.*" Desde el siglo XI hubo varios poemas que celebraban las proezas del campeador; pero la *Gesta* se escribió probablemente en 1,200, sin que á punto fijo se sepa quien fué su autor. El *Poema del Cid* colmó de orgullo á la musa castellana, que, restaurado en 1,215 el puro latín de Cicerón, se entra prepotente por catedrales y monasterios, suntuosísimos alcáceres de todo saber; y allí, en las sagradas inspiraciones del monje de Bercéo, nos dá ya transformado en hermosa leyenda literaria y artística el "*román paladino, en qual suele el pueblo fablar á su vecino.*" Oriental la sintáxis española, durante los siglos XIII y XIV, llega después á ser clásica, con ricas galas y hermosas preseas. Los germanos contribuyeron á crear el individualismo, asi como, destruyendo el patriciado romano, propagaron el latín popular, el *romance paladino.*

El gran código de *Las Siete Partidás*, de Alfonso X, *el Sabio*, es la obra portentosa en que el castellano se exhibe ya con propias construcciones (1,263).

Desde que los reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, proclamaron la lengua de Castilla como idioma oficial, cobró inmenso lustre y donosura. En la corte de don Juan II fué el verbo de las musas y de los galanteos, y finalmente en el siglo XVI, llegó á ser la lengua digna de dirigirse á los dioses.

Cervantes, que estuvo á punto de venir á Guatemala, encargado de un corregimiento, selló con turquesa inmortal, el más sonoro y majestuoso de todos los idiomas.

Aquí en América se ha enriquecido esa lengua. Encontró en el Nuevo Mundo amplísimo espacio para su mayor desarrollo y auge. La literatura hispano-americana es mucho más importante y rica de lo que en España se crée. Falta, sin embargo, que haya más comunicación, más roce, entre los escritores de la América española, y que circulen con profusión mayor las obras de los literatos y hombres de ciencia, por el extenso territorio en que se habla castellano, de 12.643,450 quilómetros cuadrados.

A fines del siglo XV el idioma de Castilla era hablado por ocho millones de hombres; en el siglo XVIII, por veintiséis; al concluir el XIX, por sesenta millones. En España se usan además del castellano, el vascuence, el gallego, el catalán y otros dialectos. Hay en la Península dieciséis provincias y unos seis millones de habitantes cuyo idioma vulgar no es el castellano.

En Centro-América escúchanse á diario muchas locuciones castizas muertas ya en la Península; pero que no por eso deben proscribirse, como que son relíquias del idioma de nuestros antepasados; de la lengua á cuyos dulcísimos acentos se meció nuestra cuna; en la que aprendimos á orar á Dios; la de la amistad y del amor;

la que nunca se olvida; la que nos hace estremecer de júbilo cuando por suerte la oímos lejos de nuestra querida patria; de nuestra lengua nativa.

II

Entre los elementos de cultura que trajo España á América, uno de los que deben perdurar es el de la lengua castellana, que en el siglo XVI se encontraba en todo su auge y esplendor, extendida por inmensos territorios y quilatada por sublimes ingenios.

Los heroicos aventureros que en són de conquista dejaban su nativo suelo, buscando lucro y hazañas, al venir al Nuevo Mundo, traían en sus recuerdos los de las lides gloriosas contra moros y árabes, y en el rico idioma de Castilla, las pomposas galas de los clásicos inmortales, que asombraron al mundo con sus letras meritísimas.

El idioma castellano era digno de la paradisíaca naturaleza de la virgen América. Estaba destinado á llevar con heroico acento, al Dios de las Alturas, la férvida bendición del primero que plantó en el Nuevo Continente el estandarte gloriosa de los indomables leones. La algarada de las armas debía cesar. El régimen colonial era no más que pasajera evolución, mientras que el idioma de la conquista echaría profundas raíces en la parte más bella, extensa y exuberante de América; porque el signo admirable de la idea que la palabra encierra, es lo último que se pierde en la vida de los pueblos. Los pensamientos se tiñen del color de las palabras, y la cabeza se forma por las lenguas, si podemos valernos de las expresiones de Juan Jacobo Rousseau. Las nacionalidades no sucumben mientras conservan el hilo mágico del idioma, que transmite el fluido poderoso del patriotismo, alma de la unión y engendro de los actos heroicos. Como entre los átomos de la ma-

teria, dice Echegaray, encuéntranse fuerzas atractivas y repulsivas, existen entre los hombres atracciones y repulsiones poderosas. Una de las más poderosas atracciones es el idioma: hombres que dicen de la misma manera *madre, patria* y *amor*, siempre serán hermanos.

En medio de la solidaridad que establece la lengua castellana entre todos los pueblos que la conservan, ofrece interés averiguar qué es lo que ese hermoso idioma debe á la América Ibera, en donde se desarrolló, hasta llegar á ser el medio de comunicación de que se valen numerosos países de este Continente. El árbol de ancha copa y rico follaje riega al viento su semilla para que nunca se extinga. Los obeliscos, arcos y pirámides que pudieron haber dejado los bravos castellanos, acaso llegarían á reducirse á polvo; pero los mares, los montes, las cordilleras, los ríos y poblaciones que con sus nombres bautizaron, allí están para siempre.

Los hombres no se clasifican sociológicamente, como en zoología se clasifican los seres vivientes, á guisa de su organismo y materiales funciones, sino á mérito de la educación, de la cultura, de los hábitos, del desarrollo intelectual, del lenguaje que tienen y de las aspiraciones y tendencias que muestran. La civilización hispano-americana es en su origen y en su esencia la civilización latina, informada en la vida y en los hechos de la nación española, cuando, grande y poderosa, fatigó á la fama con sus ínclitas hazañas.

Si los hispano-americanos somos deudores á España del germen de la cultura que hemos alcanzado, á nuestra vez podemos exhibir, ante la historia, cuánto significa el adelanto portentoso que se muestra desde México hasta Chile, en esa pléyade de pueblos hermanos, que profesan democráticos principios, generadores de esa impulsión que se llama espontaneidad, que conduce á las más grandes empresas y fomenta los más nobles sentimientos.

Ello es lo cierto que, si tomamos todo el caudal de voces que sin ser peculiares de cada república, sino comunes á América, han enriquecido el castellano, hallaremos que tenía razón al decir —á mediados del siglo XVIII— el erudito benedictino fray Martín Sarmiento, que los vocablos procedentes de las Indias Orientales y Occidentales componían una buena parte de la lengua de Castilla.

Heredamos el habla castellana cuando más pura y hermosa hubo de encontrarse; pero hemos contribuído también, por modo admirable, á enriquecerla y á dar honra y prez á las letras españolas, por más que muchos que no conocen la literatura hispano-americana, ni menos tienen idea de la riqueza de nuestro lenguaje, ni de los grandes escritores que, en filología, gramática y bellas letras, han superado muchas veces á los peninsulares, ni reputan nuestros *americanismos*, siquiera los usen unos cincuenta millones de hombres, sino como cizaña y germen de corrupción; por más que muchos, decimos, presuman que la América latina nada ha aportado al acervo común de la lengua y de la bibliografía.

No deben repelerse de los diccionarios aquellos numerosos vocablos que usan millones de gentes, para significar objetos ó ideas peculiares de una respetable colectividad, por más que no se deriven del latín, del vascuense ó del árabe, ya que da lo mismo el abolengo aimará, quechua, cackchiquel ó mexicano, para el caso. Los léxicos son el índice del idioma y no el *fiat* que los engendra, haciéndolo crecer y multiplicarse. En materias de lengua, significan mucho las mayorías habladoras.

El uso en la América que fué española, lo conocemos mucho mejor los que en esta parte del mundo vivimos, de tal suerte que un congreso lingüístico américo-hispano sería de mucha utilidad; porque, como lo ha dicho Don Juan Valera, el léxico de la lengua castellana no es sólo

el inventario de los vocablos que se emplean en Castilla, sino de las voces que se usan en todo país donde se sigue hablando castellano. La palabra que en dilatadas regiones acostumbra la gente culta, siendo necesaria, usual y corriente, es tan legítima como la más antigua y castiza. No debe prevalecer la preocupación arrogante de Clarín: "*Los españoles somos los amos del idioma.*" No; los américo-hispanos nos estimamos ciudadanos hábiles en la república de las letras. En el curso de esta obrita hemos de apuntar muchos *americanismos*, usados en toda la América que estuvo bajo el dominio de España, y hasta algunas palabras genuinamente castellanas que no se encuentran en el diccionario de la Real Academia de la Lengua.

Y no se crea que, el expresarnos así, predomine en nosotros un espíritu anárquico y devastador, que destruye como el huracán y destroza cual el alud y el terremoto. No; queremos el desarrollo armónico y progresivo del idioma, muy lejos de la confusión y del desorden. Profesamos la teoría del gran filólogo Littré, cuando dice que una lengua viva, que pertenece á un gran pueblo, y que corresponde á un grado subido de desenvolvimiento social, presenta tres términos: 1o. el uso *contemporáneo*, propio de cada período sucesivo: 2o. el *arcaísmo*, que un tiempo fué uso contemporáneo y que ofrece la explicación y da como la clave de lo que apareció en seguida; 3°, en fin, el *neologismo*, que mal conducido altera, y bien conducido desenvuelve la lengua, el cual acaso corriendo el tiempo, llegará á ser arcaísmo á su vez, y se consultará como historia y fase del idioma.

Respetando, pues, los cánones y decisiones de la Academia Española, y teniendo á honra pertenecer á tan ilustre Cuerpo, lo que anhelamos es dar más amplitud al inventario legítimo de la lengua, sin romper la unidad, ni menos la sintáxis del castellano; queremos lo que la

misma sabia asociación desea; es á saber "que España y América se den las manos para trabajar unidas en pro del idioma que es bien común de entreambas, para que se enriquezca sin desdoro, y se amplíe conservándose íntegro y puro." Ojalá que realmente se extiendan los procedimientos académicos á todos estos países de origen hispano, dignos de tomarse en cuenta, por su población, recursos, territorio y elementos lingüísticos y literarios.

Los americanismos, ó sean esas voces y esos giros que se usan generalmente en toda la América española, han venido á enriquecer el idioma. No es lógico que algunas de tales palabras figuren en el Diccionario y otras muchísimas no, como acontece con el último que ha publicado la Academia Española. Ni valga por excusa la de que sus miembros no conocen los americanismos; porque debieran conocerlos, para formar una obra que comprendiese toda la lengua española, que no sólo hablan los peninsulares, sino cuantos nos valemos de ese idioma para expresar nuestros pensamientos.

Existen obras numerosas, que al final de este capítulo enumeraremos, comprensivas del lenguaje peculiar de cada país ó república hispano-americana, y en ellas se encuentran los americanismos bien explicados, y aquellas voces desusadas en España, de muy frecuente aplicación en el Nuevo Mundo; porque acaeció el fenómeno, sobre todo en Centro-América, de que una porción del vocabulario castellano antiguo se emplea por acá diariamente, hasta con las corruptelas con que lo empleaban nuestros ascendientes.

No es justo, ni prudente, que en materia de idioma, se nos vea á los hispano-americanos como á parias, ni que se nos considere siempre como á menores dignos de tutela, cuando hemos llegado á comparecer al certamen

de la cultura literaria por manera digna, y contamos con autores de gramática, filología y letras humanas, más conspícuos acaso que los peninsulares.

Alarma y grande causará á muchos tan atrevida afirmación, que se funda en hechos fáciles de comprobar, ante la crítica desapasionada; pero que bien merecen dedicarles el artículo siguiente.

III

Aunque en este esbozo se trata de los escritores que han sobresalido en cuestiones de idioma castellano, será lícito, siquiera en gracia de la excelsitud que alcanzó el patriarca de la literatura guatemalteca, mencionar su nombre, que presta honra y lustre á todos los escritores hispano-americanos, como que fué el más notable de cuantos escribieron en la moderna latinidad. Nos referimos al Padre Rafael Landívar, cuyo poema *Rusticatio Mexicana*, es el más inspirado, el más natural, el único acaso que ha de sobrevivir entre los muchos que se escribieron en los siglos diecisiete y dieciocho. Landívar es en el mundo moderno, al decir de Menéndez Pelayo, el Virgilio americano, el digno émulo del autor de la Eneida y de las Geórgicas.

Pues bien, ese poeta, que si hubiera escrito en español, supera á Bello, según la respetable opinión del crítico montañés; ese poeta, que en bellísimos versos describió nuestros montes, nuestros lagos, nuestras aves, nuestra naturaleza campestre, era nativo de la Antigua Guatemala.

Y ya que mencionamos al insigne Don Andrés Bello, es el caso de apuntar que cábele la gloria de haber sido él quien desentrañó primero, de la naturaleza misma de la lengua castellana, sus cánones, su estructura, su filosofía; en una palabra, su gramática y su esencia, su

índole propia y su espíritu íntimo. Desde Antonio de Lebrija, que es el gramático más antiguo, que escribió en 1492 un arte latino, hasta los escritores contemporáneos, han dado en la manía de aplicar los moldes latinos al idioma castellano, como si las sayas de la madre debieran venir de todo en todo al cuerpo de la hija. Difiere el latín del español no sólo en la falta de conjugación y declinación por terminaciones diversas, que tiene el primero y de la que carece nuestra lengua, sino en su estructura, en su genio, en su ortología, sintáxis y prosodia.

Fué Don Andrés Bello el primero que, dedicando toda su vida al estudio de la lengua española, escribió la verdadera gramática de ese idioma, sacada de su naturaleza misma, de su historia y de su genio. Las reglas que la informan, la teoría particular que la caracteriza, no fueron latinizadas por Bello, que supo penetrar en el corazón del castellano y exhibir su estructura y sus leyes. Ese libro es una expresión fiel de los cánones de la lengua, interpretados con sagacidad, con profunda filosofía y con completo conocimiento de su historia y transformaciones. La teoría de la conjugación castellana refleja un espíritu analítico, una lógica severa y un talento especial en el autor.

En España, como en otros países de Europa, dice el mismo Bello, una admiración excesiva á la lengua y literatura de los romanos, dió un tipo latino á casi todas las producciones del ingenio. Era ésta una tendencia natural de los espíritus en la época de la restauración de las letras. La mitología pagana siguió suministrando imágenes y símbolos al poeta, y el período ciceroniano fué la norma de la elocución para los escritores elegantes. No era, pues, de extrañar que se sacasen del latín la nomenclatura y los cánones gramaticales de nuestro romance.

Si los signos del pensamiento obedecen á ciertas leyes generales de unidad lingüística, no quiere eso decir que no tenga cada idioma su teoría propia, su idiosincracia, su gramática especial. El autor de esa peculiar gramática de la lengua castellana fué el inmortal humanista Don Andrés Bello.

Mucho más pudiéramos decir de tan clarísimo ingenio, pero debemos ya ceder el puesto, en lo moderno, al portentoso hablista, al admirable bogotano Don Rufino J. Cuervo, que es quien gramaticalmente sabe más lengua castellana en el mundo, al decir del crítico español Don Juan Valera, juez competente y nada sospechoso en asuntos de mérito literario. *El Lenguaje Bogotano* y el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, que lleva impresos dos grandes tomos para las primeras letras, son monumentos de portentoso saber, de incomparable erudición, increíble en un hombre solo.—No ha habido, ni hay autoridad más respetable en la Real Academia Española, que Cuervo en materias de lenguaje. Es el Moisés de esa tribu, mal que pese á envidiosos fariseos.

Pero quien ha manejado con más abundancia de vocablos la rica lengua de Castilla, quien más de cerca ha seguido al autor del *Quijote*, quien con más limpieza emplea múltiples y variados giros, quien derrocha primores y elegancias de dicción, quien arcaico, si se quiere, es el más clásico de cuantos últimamente han escrito en castellano, es el atildado estilista Don Juan Montalvo, de quien pudo decirse, en verdad, que al dejar su espíritu la tierra, recibióle en el empíreo Garcilaso y fué á confundirse con Cervantes.

El guatemalteco Don Antonio José de Irisarri desentrañó, en sus *Cuestiones Filológicas*, que admiran por lo extenso de la doctrina y profundo del saber, los organismos del castellano. Hizo un largo estudio del idioma.

no en las gramáticas publicadas—como dice él mismo en el prólogo de aquella obra—desde los días de Lebrija hasta los de Salvá, sino en los escritos de los clásicos de todos los siglos. Ahí fué á buscar las reglas á que se halla sometido el idioma y sus mudanzas sucesivas. El distinguido literato español Don Gabriel García Tassara, justo apreciador de Irisarri, lo estimaba como el primer filólogo de su tiempo.

Miguel Antonio Caro, no sólo conocía el latín como pocos, sino que en lengua castellana fué autoridad reconocida. José Manuel Marroquín es un clásico consumado, maestro en el idioma, gramático de gran estudio. Nuestro amigo Rafael Pombo es tan competente en las versiones poéticas de Horacio, como profundo conocedor del lenguaje español. Emiliano Isaza, autor de una preciosa gramática práctica y del *Diccionario de Apellidos*, en colaboración del inolvidable César Conto, son próceres en asuntos académicos. Y hay en Colombia otros insignes filólogos, que no sólo han admirado al mundo con su ingenio, sino adquirido gran reputación por sus letras y meollo, como José Joaquín Ortiz, José de Caicedo Rojas, Rafael Núñez y Santiago Pérez.

Humanistas eminentes cuenta México, que han escrito obras renombradas, como Icazbalceta, Collado, Pimentel, Roa Bárcena, de la Peña y Chavero.

Los Calcaños, los Baralt, los Seijas, los Blancos, Rojas y Tejeras, de Venezuela, son dignos intérpretes de las galas académicas de nuestra abundosa lengua, asaz esmaltada por el ameno estilista de aquella tierra, el popular y talentoso Nicanor Bolet Peraza, con cuya amistad hace años nos honramos.

¿Quién no ha admirado la dicción rica, castiza, nerviosa, del peruano Ricardo Palma, que fué á la Real Academia Española, á proponer que se adoptasen muchas voces usadas en nuestra América, y tuvo la desazón

de no ser atendido por todos los académicos de la calle de Valverde? Llevó propósito hispanófilo al pedir la admisión de unos cuantos vocablos de uso general en América; pero se le contestaba por algunos, que tales palabras no se usaban por allá, cual si fuese el léxico, según él mismo dice, un cordón sanitario entre América y España,

En el Perú también ha figurado Juan de Arona, apuntando y explicando los provincialismos, neologismos y americanismos, que se hallan usados en la tierra de los Incas.

En Chile escribió, en 1887, Don Miguel Luis Amunátegui un tratado completo de *Acentuaciones Viciosas*, que es un gran volumen de más de quinientas páginas, comprensivo de gran copia de doctrina y de notable erudición.

La obra de Zorobabel Rodríguez, de la Barra y de Reyes son, si vale la frase, una autopsia de la lengua.

Daniel Granados, en el Río de la Plata, Cevallos, en el Ecuador, y tantos otros que han enriquecido el idioma con sus clásicas producciones, forman esa larga lista de escritores que no se conocen en España.

En resolución, puede decirse, con verdad, que los trabajos más serios que sobre la lengua castellana se han escrito, en el último siglo, son fruto de plumas americanas, no tan apreciados como debieran haber sido en la Península.

En el artículo siguiente explanaremos cuál debiera ser el criterio del léxico de la lengua y cuáles son las obras que sobre nuestro lenguaje americano se han publicado, y que pudieran haber tenido presentes los autores del último Diccionario Castellano, que si contiene muchos provincialismos de Badajoz ó de Teruel, á fe que debió apuntar los americanismos consagrados por el uso de muchos millones de hombres.

Sí se quiere que el idioma sea lazo de unión entre América y España, que no se empeñe en romperlo autoritariamente la que menos población tiene en ultramar, ya que las lenguas litúrgicas ni están de moda, ni responden al espíritu de crear grandes nacionalidades, cesarismos prepotentes, que caracterizaron los últimos alientos del siglo XIX y son acaso el desideratum del siglo en que vivimos.

IV

No se nos puede considerar á los hispano-americanos como monederos falsos, en materia de lenguaje, cuando muchísimas de nuestras voces corren de buena ley por territorios extensos y entre gran número de gentes civilizadas, que han venido desarrollando el idioma, merced á la necesidad de expresar objetos nuevos, tendencias diversas y afirmaciones varias, dando vuelo á regionales estímulos, en países nacientes y en medio de una naturaleza exuberante.

Pompeyo Gener ha dicho que la lengua es un órgano viviente, que evoluciona, y en cualquier momento de su historia se halla en estado de equilibrio entre dos fuerzas opuestas: la una conservatriz ó tradicional, y la otra revolucionaria ó innovadora. La fuerza revolucionaria ó que obra por alteraciones fonéticas y por neologismos, es necesaria á la vida del lenguaje, para que éste no muera falto de sentido y de flexibilidad. La vida del idioma consiste en el equilibrio de conservar lo antiguo que corresponda á las ideas cuyo uso sea lógico y adecuado, y de enriquecerle con nuevas significaciones, nuevas palabras y nuevos giros, creados siempre conforme al genio de la lengua. Hay quienes creen que la lengua vive por sí propia, que desde que la fijaron los clásicos es perfecta *per in eternum*, y se les figura un

sacrilegio toda innovación, y toda alteración un atentado. Y así pasan horas y días y años, convirtiendo el castellano de lengua viva en lengua muerta. Le sucede lo que á los romanos de la decadencia que, á fuerza de aferrarse á su latín, se les quedó una lengua litúrgica, incomprensible enfrente de las lenguas populares, fecundas y poéticas que dieron lugar á las neolatinas. No ven que el mundo marcha, y con él las expresiones escritas. ¡Ay del que de un nombre haga un verbo de un verbo un nombre, de un sustantivo un adjetivo! Lo tendrán esos creyentes por reo de mayor crimen que el de haber faltado á la moral ó á la conciencia. Y ¡cosa rara! por causa de esta ceguedad redactan diccionarios que pretenden imponer como código de la lengua. Pero, contra todos estos pseudo-gramáticos el lenguaje continúa siendo un organismo sonoro que la mente humana crea y transforma de una manera sensible é indefinida. Y las obras del genio siguen produciéndose y dan lugar á nuevas estéticas. Y los nuevos estímulos surgen con los nuevos temperamentos, independientes de todas las reglas. Y el hombre continúa produciendo é innovando, en las letras, como en todo, pudiendo decir, á pesar de los académicos, *e pur si muove*.

La ley de las mayorías, ó sea el criterio democrático, debe dominar, según Nicanor Bolet Peraza, en la República de las letras. La soberanía de un idioma no reside sino en la totalidad misma de los que se sirven de él como de lengua propia. Por eso es por lo que, nosotros los cincuenta y tantos millones de hombres que en América hablamos español, tenemos acaso mayor derecho que los seis millones de peninsulares que emplean esa lengua para establecer el *uso general*, que es la norma que guiar debe á las Academias, para hacer diccionarios que abarquen el idioma, á fin de que no suceda como con el latín, que esparcido por gran parte de Europa, quisieron

los puristas que se restringiera sólo al que Cicerón y Virgilio usaban, es decir, á la lengua sabia, á la lengua litúrgica, y no á la lengua general, al verdadero idioma popular.

La Real Academia Española debió contar con las Correspondientes Americanas para la formación del nuevo Diccionario; debió tener en cuenta, al formarlo, las obras que paso á enumerar, para que no se la pudiera decir, lo que un literato dijo en un Congreso, cuando exclamó: "Parece que la lengua castellana en doncellez, es una virgen, cuya virtud estamos todos obligados á guardar; virtud fría, virtud que resulta por negación, virtud de solterona. No, mil veces no. Las lenguas no son vírgenes: son madres, y madres fecundas, que siempre están dando del claustro materno del cerebro, por la abertura de los labios, nuevos hijos al mundo del amor y de las relaciones humanas."

He aquí la nómina de las producciones filológicas que á América se refieren, ó que en este Continente han venido á enriquecer el arsenal del idioma:

Obras completas de Don Andrés Bello—15 tomos—Santiago de Chile. Impreso por Pedro G. Ramírez, 1884.

Cuestiones filológicas, por Antonio José de Irisarri. Nueva York. Imprenta de Halle, 107, calle de Fulton, 1861.

Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, por Rufino José Cuervo, cuarta edición notablemente aumentada. Chartes. Imprenta de Durand, 1885. La primera edición de Bogotá, y causó una verdadera revelación, no sólo para Colombia, sino para Hispano-América y aún para España.

Ejercicios para corregir palabras y frases mal usadas en Colombia, por Don Ruperto S. Gómez. Bogotá. Imprenta de don Medardo Rivas, 1872.

Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas en el castellano, por Don Eufemio Mendoza. México. Imprenta del Gobierno, 1872.

Modismos, locuciones y términos mexicanos, por Don José Sánchez Samoano. Madrid. Imprenta de Miniruesa, 1892.

Diccionario Provincial casi razonado de voces cubanas, por el Auditor Honorario de Marina, Don Esteban Pichardo. Tercera edición. Habana. Imprenta y librería militar, calle de la Muralla, número 40, 1872.

Orígenes del lenguaje criollo, por Don Juan Ignacio de Armas. Habana, imprenta de la librería de Soler, 1882.

Vocabulaire des locutions et des mots particulière a l' espagnol des Philipines, par Mr. Ferdinand Blumenstritt.—Traduit de l' allemand, par Mr. A. Hugot—Paris —1884.

Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica, por Don Carlos Gagini. San José. Tipografía Nacional, 1893.

Nahuatlismos de Costa Rica, por Don Juan Fernández Ferraz. San José. Tipografía Nacional, 1892.

Quicheísmos, por Don Santiago I. Barberena. San Salvador. Tipografía "La Luz."

Hondureñismos, por Don Alberto Membreño. Tegucigalpa. Tipografía Nacional, 1895.

Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala, por el Licenciado Don Antonio Batres Jáuregui. Guatemala. Tipografía Nacional, 1892.

Idioma y Letras, por Don M. Barreto. León de Nicaragua. Gurdián y Cía., editores.

Vicios de nuestro lenguaje, por Don Mariano Barreto. León de Nicaragua. Tipografía J. Hernández, 1693.

Ejercicios Ortográficos, por don Mariano Barreto. León de Nicaragua. Tipografía de J. C. Gurdián, 1901.

El Idioma Nacional, por don Ernesto Quesada. Buenos Aires, Argentina.

Nuestra Raza, por Don Ernesto Quesada. Buenos Aires.

Síntesis Trilingüe, por don Juan F. Ferraz.

Ensayo de un Diccionario de vocablos indígenas, de uso frecuente en Venezuela, por don Aristides Rojas. Caracas. Imprenta de la Opinión Nacional, 1881. Segunda edición.

Apuntamientos para la crítica del lenguaje maracaibero, por Don José D. Medrano. Maracaibo. Imprenta Bolívar, 1886. Ofrenda en el Centenario del Libertador.

Voces nuevas en la lengua castellana, por B. Rivodó. París. Librería Garnier, Hnos., 1889.

Verdades políticas y pedantismo literario, por Don Santiago Michelena. París. Imprenta de Carlos Unsinger, 83 rue de Bac, 1889.

Ejercicios gramaticales, por Alberto Brenes. San José de Costa Rica, 1899. Imprenta Nacional, calle de la Merced, número 16.

Diccionario de barbarismos cotidianos, por Don Juan Seijas. Buenos Aires. Imprenta de Kidd y Cía., 1899. Trata de voces venezolanas.

Diccionario de galicismos, por Don Rafael M. Baralt, con un prólogo de Don Juan Eugenio Hartsenbusch. Segunda edición. Madrid. Librería de Leocadio López. La primera edición es de 1874. Tiene esta obra el mérito de haber sido el esfuerzo inicial para restablecer la pureza del castellano; pero es en extremo exagerada, peca de purismo, y hay muchísimas voces que en realidad no son galicanas.

Breve catálogo de errores, en orden á la lengua y lenguaje castellano, por don Pedro Fermín Cevallos. Ambato. Tipografía de Porras, 1878. Quinta edición.

Algo sobre filología ecuatoriana. Quito. Imprenta "La Nación," 1892.

Barbarismos más usuales del lenguaje vulgar en la República del Ecuador. Quito. Imprenta del Gobierno, 1893.

Recopilación de voces alteradas en el Perú, por el uso vulgar, por Don Hipólito Sánchez. Arequipa, 1859.

Correcciones de defectos del lenguaje, para el uso de las escuelas primarias, por Don Miguel Río Frío. Lima. 1874.

Diccionario de Peruanismos, por Don Pedro Paz Soldán y Unanue. Lima. Imprenta de José Francisco Solís, 1883.

Neologismos y americanismos, por Don Ricardo Palma. Lima. Imprenta de Carlos Prince, 1866. Es un precioso estudio dedicado á inculcar el espíritu liberal-científico, que amplíe los procedimientos académicos á la comunidad de cuantos hablamos castellano y tenemos derecho de que se nos considere, ya que, como dice el mismo Palma, siempre fué la intransigencia semilla que produce mala cosecha.

Sobre lenguaje, por Don Carlos Martínez Vigil. Montevideo. Tipografía Oriental, 1897.

Sobre algunas particularidades fonéticas del español hablado por los campesinos de Buenos Aires y Montevideo, por Don G. Maspero.

Vocabulario Ríoplatense razonado, por Don Daniel Granada. Montevideo. Imprenta Rural, 1890. Segunda edición.

Suerte de la lengua castellana en América, por Don Alberto del Solar. Buenos Aires. Félix Lajouane, 1889.

Formación del diccionario hispano-americano, por Ramón Sotomayor Valdés. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1886.

Catálogo de nombres, verbos, adverbios, etc., que por lo común se pronuncian defectuosamente en castellano. Santiago. Imprenta del Liberal, 1843.

Correcciones lexicográficas sobre la lengua castellana en Chile, por Don Valentín Gormaz. Valparaíso. Imprenta del Comercio, 1860.

Diccionario de chilenismos, por Don Zorobabel Rodríguez. Santiago. Imprenta del Independiente, 1860.

Reparos al diccionario de chilenismos del señor Don Zorobabel Rodríguez, por Don Fidelis P. del Solar. Santiago. Imprenta de Schrobler, 1876.

Reparos de reparos, ó sea ligero examen de los reparos al diccionario de chilenismos de Don Zorobabel Rodríguez, por Don Fidel P. del Solar, por Don *Fernando Páulsen*. Santiago. Imprenta de la Estrella de Chile. 1875.

Diccionario manual de locuciones viciosas y correcciones del lenguaje, por don Camilo Ortúzar. Turín. Imprenta Saleciana, 1893.

Incorrecciones del castellano, por Don Tomás Guevara. Santiago. Imprenta Barcelona, 1894.

Acentuaciones viciosas, por don Miguel Luis Amunátegui. Santiago. Imprenta Nacional, 1887.

Borrones gramaticales, por don Miguel Luis Amunátegui Reyes. Santiago. Imprenta Cervantes, 1894.

Al través del diccionario y de la gramática, por Don Miguel Luis Amunátegui Reyes. Santiago. Imprenta Cervantes, 1895.

Ensayos filológicos americanos, por Don Rodolfo Leuz.

Propiedad del lenguaje, por Don Ramón Espech. Santiago. Imprenta de la Gaceta, 1896.

Elegancia del lenguaje, por Espech, 1896.

Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje, por Don Rafael Uribe. Medellín. Imprenta del Departamento, 1887.

Parónimos de la lengua castellana, por Don Victoriano E. Montes. Buenos Aires. Imprenta Argos, 1893.

Diccionario de la conjugación castellana, por Don Emiliano Isaza. París. Imprenta sud-americana, 1897.

Los verbos castellanos que rigen preposición, por Don Juan B. Calcaño y Paniza. Curazao. Imprenta de Betancourt é hijos, 1887.

Para cerrar esta nomenclatura, que á muchos será fastidiosa, pero que encierra sumo interés, concluiremos con la obra magna, de erudición pasmosa, que publica ahora en París, Rufino J. Cuervo, el Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, en varios volúmenes, de los cuales han aparecido dos, con más de mil trescientas páginas cada uno, en letra mostacilla. Cuervo trata cada palabra con abrumadora prolijidad, esmaltándola de citas numerosísimas de clásicos españoles, y aceptando el principio de enriquecer el idioma con neologismos de uso general, acomodados al genio y estructura del habla.

El elemento popular americano debe ser materia prima en el diccionario de nuestra lengua, y no sólamente algunas voces regionales de México y de Cuba, como contiene el último de la Academia Española. Los *americanismos*, hijos de lenguas autóctonas ó reliquias del antiguo lenguaje de Castilla, tienen pleno derecho de figurar en el catálogo del idioma, que sirve de lazo á España con América.

V

En el siglo escaso que llevan de vida propia las repúblicas de origen español en el Nuevo Mundo, no sólamente han progresado por modo admirable, llegando á ser su literatura copiosa y varia, sino que en punto á estudios gramaticales, disquisiciones filológicas y monu-

mentos del habla castellana, puede exhibir la América española obras insignes de escritores meritísimos.

A raíz de la independencia de estas repúblicas américo-hispanas, la polvareda de la lucha, el humo de los combates y la hecatombe de tántos criollos, dejó honda animadversión contra los peninsulares, hasta el punto de que se hacía gala de separarse de las leyes del idioma, como se rompieron los lazos de la dependencia política. Aberraciones naturales, después de pelea titánica; fenómenos sociológicos de organismos nacientes, deslumbrados por teorías nuevas, y conducidos por el amor á la libertad, extravagantemente llevado hasta los lindes del idioma, que como alma del pueblo, es propenso á expansiones violentas y á desbordes momentáneos.

El transcurso del tiempo, que todo lo nivela, hizo renacer la calma, y ya en 1826 hubo en Chile, la Argentina y otras repúblicas de la América Meridional, tendencias al progreso de los estudios, que durante el gobierno español se habían limitado á mucho latín y teología, derecho romano y algo del real de las indias.

El Plan de Estudios del Liceo de Chile de Don J. J. de Mora, destronó á Antonio Nebrisensis y á Don José de Hermosilla, que eran nuestros reyes—dice un escritor de Santiago—después de haber destronado á los borbones. Bello y Mora introdujeron el gusto por la pulcritud del lenguaje; pero á pesar de sus esfuerzos, aún persisten muchos de los vicios que se propusieron corregir. Aunque hay escritores correctísimos en aquella república, no existe, generalmente hablando, mucho miramiento por el purismo, no obstante que su literatura es lozana y fecunda, como podrá notarse al saber que sólo de obras sobre asuntos económicos, se han publicado quinientos cincuenta y tres volúmenos, según la "Bibliografía Chilena sobre Hacienda Pública." Eduardo de la Barra es un filólogo insigne, que escribió lo mejor que se ha publi-

cado sobre métrica castellana. En los "Recuerdos Literarios" de Lastarria, se describe el desenvolvimiento de los estudios en aquel rico y afortunado país, cuya historia en materia de letras humanas escribió el erudito Toribio Medina.

La Argentina es, de la América del Sur, la república que más avanza, merced á la corriente inmigratoria que aporta de Europa trabajadores é industriales en número considerable. La patria de Mitre y de Olegario Andrade, no sólo es rica en productos del suelo, sino fecundísima en productos del ingenio y del arte; pero la lengua española en aquella próvida tierra tiene mucha cizaña, como lo ha demostrado el autor del "Vocabulario Río-Platense," Don Daniel Granada, á quien Don Juan Valera tomó por natural de Buenos Aires, cuando en realidad es español peninsular. En la región de las pampas y de los gauchos hay como tres millones de kilómetros cuadrados, extensión que supera la de España, Francia, Italia é Inglaterra, que es capaz de contener mayor número de habitantes que aquellas naciones del Viejo Mundo. Más de 150.000 inmigrantes llegan cada año sólo á Buenos Aires, ciudad cosmopolita en que abunda el elemento italiano.

Dadas esas condiciones, nada de extraño tiene que no sólo haya en el lenguaje usual argentino muchas palabras del guarani y del quechua, admirables lenguas monosilábicas y aglutinantes, sino extrangerismos y regionalismos numerosos. Los libros argentinos son excelentes, eruditos, pintorescos, llenos de meollo y substancia, hasta el punto de que cualquiera que siga, como yo he seguido de cerca, el desarrollo de la literatura ríoplatense, no podrá por menos que admirarse de que un país, durante tantos años sometido á Rosas, el tirano de las pampas, haya progresado admirablemente en la esfera de las ciencias y de las letras, como progresó

Roma en el cesarismo prepotente; pero sea de ello lo que quiera, es la verdad que lejos de sobresalir los escritores argentinos por pulcritud en la forma y por la pureza de la lengua, incurren en adefesios, como aquellos de decir *recién* en vez de *luego que*, ú otra frase castiza; *malgrado*, por á pesar, siguiendo harto de cerca al *malgré* de los gachupines. Ni Mitre, ni Samper, ni Gálvez, ni muchos otros de aquellos notabilísimos escritores, son modelos de dicción, sin que sea preciso advertir que en punto á ideas y fondo nada dejan que desear.

El Uruguay y el Paraguay, aunque víctimas también de la autocracia y de las revoluciones, han avanzado bastante en la región intelectual, mostrándose dignos de lucir en el mundo de las letras, sin que ello alcance á exonerar á sus escritores de vicios de lenguaje, que podían haber evitado para mayor realce de sus producciones.

En el Ecuador, patria de Proaño y de Mera, se escribe, por tesis general, con bastante acierto en cuanto á cánones gramaticales y preceptos filológicos. El nombre sólo de Juan Montalvo glorifica aquella tierra y la hace notable en materia de lengua castiza y elegante. La Academia Ecuatoriana cuenta con intérpretes ilustres del habla de Cervantes. La historia que escribió el Obispo Suárez, tiene gran mérito científico y artístico, en el fondo y en la forma. El idioma popular no carece de provincialismos y palabras indígenas, ni es eso censurable, toda vez que los objetos propios, como plantas, peces, reptiles, flores y demás peculiares cosas de cada país, requieren ciertos nombres que adoptados por numerosa y culta colectividad, tienen que entrar al fin en el acervo común de la lengua, siquiera sea anotando su origen y filiación. Así como nosotros—dice Don Juan Valera—los peninsulares europeos, hemos impuesto á los hispano-americanos un caudal de voces que provienen del latín, del teutón, del griego, del árabe y del vascuence,

los americanos nos imponen otras voces que provienen de idiomas del Nuevo Mundo y que designan casi siempre cosas de por ahí.

Se puede ensanchar el lenguaje—según Bello—se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo á todas las exigencias de la sociedad, y aun de la moda, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia á su genio.

El castellano en América hubo de crecer en vez de marchitarse, ya que en próvida tierra, las semillas germinan y las plantas florecen y fructifican. Lo último que se pierde es el idioma, de suerte que cuando las tribus aborígenes de estos países hayan desaparecido, como acaso el destino lo tiene decretado, á impulso de superiores razas, quedarán todavía sobrenadando en las aguas del naufragio, palabras quichés, cakchiqueles, toltecas, nahuatles, quechuas, incas, chibchas, y de las demás lenguas que hablaban los primeros pobladores de nuestro continente, y tales voces deben perdurar mientras existan los objetos especiales ó singulares que ellas explican y dan á conocer, no de otro modo que como subsisten en el idioma castellano tantas palabras griegas y romanas, después de muchos siglos y al través de tan varias mudanzas.

Aparte de esas observaciones, y volviendo á tomar el hilo del discurso sobre cada una de las repúblicas de origen español en América, es oportuno llegar al foco, por decirlo así, de donde irradia el fuego sagrado que purifica la lengua, la *limpia, fija y da esplendor*, en este hemisferio. Colombia y Venezuela, países notabilísimos en cuanto á cultura intelectual, son los que entre nosotros descuellan por lo rico, elevado, característico y bello de su prosa y de sus versos. Si Bogotá es la Atenas americana, Caracas sería la Roma de Augusto, que en ambas gentiles ciudades ha florecido con exuberancia el

ingenio de sus hijos. ¿A qué citar los nombres, que todos conocen, de los Lozanos, Tancos, Nariños, Restrepos, Pombos, Ortices, Pérez, Silvas, Holguines, Contos, Núñez, y tantos otros ingenios que forman pléyade ilustre en el cielo de las letras? Baste decir que Rufino J. Cuervo, ese portento de erudición, es el que, como se ha dicho ya, sabe más castellano en el mundo, según el crítico Valera, nada sospechoso por su alta competencia y acrisolado patriotismo. Miguel Antonio Caro, académico insigne, desde el idioma latino hasta los últimos ápices de la lengua castellana, ha venido recorriendo con paso seguro todas las sinuosidades lingüísticas, como probando con sus obras que es el más profundo de los modernos clásicos. José Manuel Marroquín, uno de los principales sostenedores, acaso el más tenaz, de la reacción literaria, purificó el idioma, en aquella república digna de mejor suerte, y es el que ha popularizado preciosas obras didácticas, como su *Ortografía*, que redujo á las menores reglas racionales, claras y precisas, esa materia antes harto complicada, como simplificó la *Métrica*, en el estimable librito que sobre ese ramo dió á luz, y como hubo de facilitar la escritura correcta, con el *Diccionario Ortográfico*. Cuervo, Caro y Marroquín constituyen la interesante trinidad de doctos hablistas, á la cual se debe la regeneración de la literatura colombiana, que ha trascendido á toda la América española.

Y á fe que no es posible pasar adelante sin apuntar un hecho, nunca recordado, respecto del guatemalteco Don Antonio José de Irisarri, de haber sido él quien introdujo en la Nueva Granada, como le decían entonces, el estudio del idioma castellano, saliendo de los moldes antiguos, y el purismo en la dicción, que después ha alcanzado tal *exquisitez*, como diría el autor de "Pepita Jiménez," que asombra y enorgullece. Fué aquel célebre literato, el Cervantes Americano, quien esparció el gusto

literario en varias repúblicas de América, como fué también el que trabajó por su independencia y prosperidad. Recuerdo que el sabio doctor Ospina, mi catedrático de Economía Política, que manejaba muy bien la pluma, decía que hubiera dado un ojo de la cara por escribir como Irisarri, el antiguo maestro del castellano en Colombia.

En los principios del siglo pasado, cuando había ebullición en las repúblicas del Sur y en México, á causa de que esos gallardos países se preparaban á entrar en la edad juvenil, en la vida propia, robusta y apasionada, no podían satisfacer su hambrienta imaginación con producciones españolas, sino que con ansia se arrojaban sobre los libros franceses, arrullados por la Marsellesa y deslumbrados por los mágicos fulgores de la libertad. En esa época, en que el virrey Amar y Borbón prohibió unos certámenes de aritmética y geometría, entraba el pueblo en plena pubertad, y anhelaba aire, luz y nueva vida, sin acordarse de académicas formas, como no se cuida de su destrenzado profuso cabello la joven núbil, que siente aspiraciones desconocidas, ansiedades vagas, melancolías atávicas, sueños de amor y palpitaciones de esperanza, cuando va dejando de correr en el jardín y de verse reflejar en las aguas del lago transparente.

Venezuela, patria digna de Bolívar, Sucre y Páez, también ha sido en posteriores tiempos, la tierra de insignes escritores, de Calcaño, Seijas, Rojas, Tejera, Urdaneta, Blanco, Sistiaga, Dominici, y de los demás heraldos de la imaginación y del sentimiento que allá se han hecho por sus escritos inmortales. Todos ellos son dechados de bien decir, y han sabido manejar el idioma por modo envidiable; pero á nuestro humilde juicio, el más genial, el más talentoso, el más artístico, aunque no sea el más académico, es Nicanor Bolet Peraza, cuya prosa, reune al aticismo antiguo, toda la

movilidad, la coquetería, el atractivo de las escuelas modernas. El estilo de ese distinguido amigo mío, es el símbolo de nuestra raza, es el orgullo de los américo-hispanos. Artista de corazón, se me figura que refleja en sus descripciones los panoramas de estas tierras y evoca en sus leyendas las memorias de sus más preclaros hijos.

Venezuela fué hasta 1830, parte de la Gran Colombia, que después atormentada por civiles guerras, se fraccionó en tres comarcas geográficas y políticas de una sola patria histórica, que es la que ha contribuido más al culto de las letras, aun entre el fragor de las armas, bien que la guerra civil y la dictadura minaron por su base los estudios que habían alcanzado, hasta 1850, notable auge y desarrollo. En tiempo de Guzmán Blanco no se publicaban, por lo general, sino los libros que él mismo, con lujo y bombo, mandaba imprimir, para que quedase su nombre encomiado en las portadas. El periodismo, que en la Argentina y en Venezuela alcanzó elevadísima altura, fué en los tiempos de Rosas y del Regenerador, un zahumerio perpetuo, ampuloso, personalista, vacío de pensamiento, sin vuelos, sin ideales, alambicado en adulación, y en forma galicana ó sea jerga rastrera. Si el estilo es el hombre, ha dicho Samper, el gobierno de un país se pone de manifiesto con el periodismo que vive á su sombra. Sujetos á mordaza los grandes escritores, aislados los ingenios, pervertidos el espíritu, el lenguaje y la gramática, obscurecidos los horizontes del saber, no es posible dar vuelo al talento, ni producciones al arte.

En la Argentina pasó la autocracia, se regeneró la sociedad, la literatura renació, el periodismo es prepotente, lleno de savia y de vida, y por más que haya muchas corruptelas que pueden verse en el *Idioma Nacional de los Argentinos*, de Abeille, hay literatura riquísima y

una juventud entusiasta, entre la cual ha sobresalido admirablemente nuestro amigo el doctor Ernesto Quesada, literato fecundo, que ha viajado mucho y leído con provecho, y que en su concienzudo opúsculo sobre el *Problema de la Lengua*, se interesa porque se conserve pura en América, siguiendo las huellas de su ilustre padre, el doctor don Vicente G. Quesada, que escribió en la *Revista de Buenos Aires*, años hace, un brillante artículo á ese respecto, digno de su elevadísimo criterio y de su caballerosa idiosincracia, que en esa materia no frisaba con Sarmiento ni con los desquiciadores de la gran familia ibero-americana.

En Venezuela, como en casi toda la América española, no ha pasado el prurito de que casi todos han de ser doctores ó generales, que pierden el tiempo, la riqueza y la sangre, en discutir principios que no se elevan á la práctica, siendo origen de guerras sangrientas; y eso, que en su raza, en su clima, en sus tradiciones, tiene lujosa hoja de servicios en letras y en bellas artes. Pero concretando este estudio al idioma, cabe decir que es aquella tierra digna de Bello y de Baralt, y que sus escritores hacen alarde, entre los derroches de talento y de imaginación, de un estilo ático y de una dicción abundante y correcta.

"Expoliado y exangüe, pesa todavía el Perú en la balanza continental—ha dicho uno de sus preclaros hijos—y los laureles conquistados en los torneos de la verdad científica, por el derecho y la justicia, adornan sus sienes demacradas. El Perú sobrevive á sus infortunios: con Vigil en la propaganda redentora; con Bartolomé Herrera, Toribio Pacheco y Cipriano Zegarra, en el derecho internacional; Mendiburu, Lavalle, Polo y Paz Soldán, en la historia; con Villarreal, en las ciencias matemáticas; con Pablo Patrón, en la filología; con Antonio Arenas, Ureta y García Calderón, en las ciencias jurídicas; con Piérola,

Rivero y Barranca, en las ciencias naturales; con Lino Alarco, en la cirugía operatoria; con Ricardo Palma, en el género literario, portavoz de su universal nombradía; con González Prada, en el panfleto y en la crítica filosófica; con Márquez, Salaverri, Cisneros y Chocano, en la poesía lírica; con Merino, Lazo, Montero, Fierro y Hernández, en las bellas artes."

En el Perú se han tomado menos palabras quechuas que en el Ecuador, y hay en la patria de Pardo general purismo y tendencias á la conservación y cultivo armónico del idioma que con acento dulce, entre andaluz y criollo, pronuncian aquellas mujeres de tradicional gracia y donaire, en la región del sol y de los amores, en donde el inca llenaba un cuarto de oro para rescatar su libertad y el virrey entraba á Lima sobre alfombra larguísima de lingotes de plata; en donde Santa Rosa se halla sepultada en la capilla de los Magos, en que yacen los restos de Pizarro; en aquella ciudad de los contrastes, en que el nunca bien aplaudido autor de las *Tradiciones*, ha dado gloria á las letras americanas y mucho lustre y gallardía á la lengua de Quevedo.

Profundo conocedor del idioma, pero nacido Palma aquí en América, pretendía y con razón, que sin desnaturalizar la sintaxis, ni el genio de la lengua, se aceptasen los *americanismos* que propuso á la Real Academia Española, siguiendo las ideas de Valera, que piensa deben ocupar un espacio en el léxico las palabras que más de cuarenta millones de habla hispana usan á diario en conversaciones, escritos y documentos oficiales. Díjose que había arrogancia criolla en D. Ricardo, y como sonaran mal á algunos de los académicos aquellas voces que jamás habían oído, fracasó el propósito del literato americano, en los instantes precisamente en que el Centenario de Colón se celebraba en Madrid, para estrechar los lazos de España y de América. No es dable exigir qu

por cortesía se atendiese la cuestión filológica; pero sí por razón, por conveniencia; porque así como se ha otorgado carta de naturaleza á tantas palabras mexicanas y venezolanas, propuestas por Calcaño, Riva Palacio, Seijas y Tejera, que presentaron más de cuarenta mil papeletas con observaciones utilísimas, deberían figurar en el diccionario *todos los americanismos* que se usan en nuestras repúblicas de origen español. O en el léxico no debieran aparecer: *tamal, petate, etc.*, ó no faltar las voces que circulan desde Chile hasta México, siquiera fuese anotándolas como americanismos.

Y entiéndase bien que ni pretendo la anarquía en el idioma, ni desconozco las ventajas de su unidad, ni mucho menos niego la autoridad y la competencia á la Academia de la Lengua, á la cual rindo justo tributo de admiración, honrándome con la medalla de Correspondiente del ilustre Centro. Fuera deseable sí, un poco de más amplitud, de acuerdo con los procedimientos de Castelar, del crítico Valera, del sabio Benot, del inmortal Núñez de Arce y de los otros académicos que están lejos de las arrogancias de Clarín. Que se lleve á la práctica lo resuelto por el Congreso literario de 1892, cuyas treinta y tres resoluciones en punto á unidad del idioma, son aceptables en América, dado que se admiten los americanismos que encajan en el molde de la lengua española, formándose un vocabulario aparte de las voces de origen indio, que se han introducido en el lenguaje culto de estas nacionalidades. La gramática histórica del castellano es indispensable, y en ella aparecerá el cambio fecundo que con el descubrimiento de América experimentó la lengua de Castilla, al extenderse por dilatadas regiones. Que no se lastime el sentimiento de dignidad en los países americanos, como dice el señor Quesada, que se lamenta de que muchos espíritus en España vivan aún en la atmósfera de aquellas memora-

bles Cortes de Cádiz, que hicieron á las colonias de América la limosna de concederles algunas pocas diputaciones, para que creyeran que así participaban del gobierno común. El siglo que acaba de pasar ha sido harto fecundo para que se pueda prescindir de él.

Cuba ha tenido y tiene riquísima literatura, y aunque animada de americano espíritu, es castiza y elegante, tendente á la pulcritud y á las bellezas de la forma. Su posición, y la influencia *yankee* hacen que en lo futuro acaso no se conserve incólume ahí el castellano, que sus prosistas y sus poetas han cultivado con esmero. José Antonio Saco, José Antonio Echeverría, Enrique Piñeyro, José Manuel Mestre, José Ignacio Rodríguez, Anselmo Suárez y Romero, J. M. Zayas, los Gálvez, A. Zambrana, J. S. Jorrí, y otros muchos que han manejado diestramente el idioma, no gustarían de que se adulterase ese instrumento dulce y nativo, en que Plácido y Milanés se hicieron inmortales, en que Heredia cantó al Niágara y en que José Martí bendijo la libertad.

Los regionalismos de Cuba, y los muchos americanismos que en la isla pululan, es menester que vivan, ya que responden á ideas y objetos propios. La disciplina en el lenguaje tiene por Areópago á la Academia Española, con fueros tradicionales, muy atendibles, y ayudada por el ejército de eruditos y filólogos tiende á contener el desbordamiento; pero el uso general, las mayorías habladoras, se hacen al fin oír pidiendo justicia. Las palabras, lo mismo que todo lo existente, luchan por la vida, como diría Spencer. Si Cicerón resucitara habría de escuchar con malos oídos á los que en vez de *fructus* pronuncian *frutto* ó *fruto* ó *fruit;* pero no son por cierto los que ya murieron los que van marchando, sino los que viven, ni es el español idioma industrial, por más que el elocuentísimo Ochoa dijese lo contrario, de manera que el uso, árbitro del lenguaje, antes que Horacio lo propalara,

ha de prevalecer; que no la corrupción, ni el desorden, á fin de que el idioma se enriquezca sin desdoro, si podemos usar las palabras mismas de la Academia de la Lengua, cuando lo califica de agente eficacísimo de la cultura, prenda de independencia y signo de carácter.

En México se ha escrito muchísimo, y por cierto que la literatura de aquel sorprendente país será en el fondo si se quiere emancipadora, liberal, impregnada de modernas ideas; pero en la forma es española de buena ley, con representantes ilustres como Riva Palacio y Mariscal, que son de los que piensan que si el canto á Junín se escribe en otra lengua, pierde mucho de su genuino brillo, y que si es sagrada la independencia, no lo es menos el habla de nuestros padres, que jamás vieron con desamor la lengua de Castilla, la misma de Morelos y de Juárez. Las mal traídas producciones de algunos ignorantes exagerados y pretenciosos, que creen que la Y es conservadora y la I liberal, no ha podido cundir en México, cuyos literatos, muchísimos de ellos insignes, están lejos de ser anarquistas, y llevan en vez de dinamita populachera, mucha luz, mucha imaginación, exquisita sindéresis y respeto á la gramática.

Fenómeno curioso el que pasa en estas regiones en donde se habla castellano más ó menos puro, salpicado siempre de voces peculiares y con acento vario, que tiene en sus inflexiones y sonidos mucho de los ecos de las lenguas indígenas. Durante tres centurias estuvo mezclándose la raza primitiva de América con la raza conquistadora, y al propio tiempo se mezclaban los idiomas, así como el hebreo de los antiguos judíos cuando aprendieron el caldeo de Babilonia y de Nínive. En las tribus que hablan quiché, cakchiquel, tzutujil y las demás lenguas indígenas, se oyen muchas voces castellanas, y en el español que nosotros hablamos no sólo hay palabras de aquellos idiomas, sino que se perciben ciertos acentos

que continúan vibrando en la pronunciación local. Como la nota de un instrumento despierta, provoca, engendra notas concordantes, armónicas, en otro instrumento del todo diferente, así una lengua antigua hace resonar notas congéneres en la lengua que la reemplaza. El lenguaje humano, dice Edgar Quinet, es un teclado en que cada raza hiere una nota, y ésta tiene sus ecos, sus atavismos y sus resurrecciones.

Así se explica el acento que para hablar tienen los mexicanos, los guatemaltecos, los peruanos, los chilenos y todos los de cada una de las nacionalidades hispanoamericanas. Más dulce, más suave, que la pronunciación de los castellanos, es la de estas regiones, aunque menos sonora y majestuosa. Cuando se pretende por los maestros sustituir nuestro acento y la manera de pronunciar, lo que se logra es pura afectación y hacer caer en ridículo al que presume que sin vivir desde niño en una localidad, podría hablar con las inflexiones y sonidos que dan al idioma en otra tierra.

En Bolivia ha habido buenos escritores; pero en punto á filogía y gramática, no puede competir con las otras repúblicas del Sur, por más que D. Carlos Felipe Beltrán haya sobresalido en estudios lingüísticos y en asuntos de idiomas americanos, lo mismo que el presbítero D. Isaac Escobarí, que trató de explicar mitos de las teogonías griegas y egipcias por medio del aymará, juzgando ser una de las lenguas madres del mundo.

Por lo que concierne á la América Central, debemos ufanarnos de poder presentar á uno de los más célebres literatos, profundo en lengua castellana, gran filólogo y eminente crítico, D. Antonio José de Irisarri, conocido con encomio do quiera que se habla el castellano. Jefe de Bello, en Londres, cuando el primero representaba á Chile, fué siempre amigo suyo, y mereció que D. Andrés lo calificara del más eminente hablista de la América

española. El sabio D. Miguel Larreinaga, no sólo era también un eximio humanista, sino que conocía á fondo nuestra lengua y la manejaba con encantadora soltura y sencillez.

Era tal el atraso que había en Guatemala, allá por el año de 1832, que el doctor D. Mariano Gálvez, fundador de la Academia de Estudios, emitió un acuerdo mandando que en las oficinas públicas se observasen los cánones de la lengua y las prescripciones de la ortografía de la Academia Española. Con raras excepciones, los abogados y hombres de letras eran conocedores del idioma latino, sin saber ni superficialmente el propio. En nuestros archivos existen escritos de ciertas notabilidades forenses que estropeaban horriblemente el castellano. D. Ignacio Gómez, que conocía varias lenguas extranjeras, manejaba artísticamente el español y era muy correcto en su dicción; el célebre D. Mariano González cuidaba, como sabio que era, de no faltar á las leyes del lenguaje; D. José Antonio Ortiz Urruela, eminente en letras humanas, popularizó el buen gusto como catedrático de literatura, y contribuyó á nuestro progreso literario; D. José Milla, gloria de nuestros ingenios, era atildado y académico; extendió, también el criterio artístico y nos inició, á sus discípulos, en el culto que tributarse debe á la nativa lengua; D. Rafael Machado, pulcro en su dicción, inspirado en sus versos, de gran caudal literario, debe citarse con elogio. Y después nuestros condiscípulos Ramón Rosa, Fernando Cruz, Ricardo Casanova, Javier Valenzuela, Agustín Gómez Carrillo. Salvador Falla, y algunos más, han venido dando brillo á las letras nacionales y rindiendo parias á los preceptos académicos.

Ni cómo podríamos concluir la nómina de aquellos que entre nosotros han contribuido al cultivo del idioma castellano, sin mencionar á D. José María Vela Irisarri.

que ha pasado tántos años con provecho, estudiando y enseñando los preceptos de la lengua, hasta desentrañar analogías, simpatías y sonidos congéneres, que le han servido para escribir un tratado de ortografía nuevo en su clase, y que puede darle tánta fama como la que alcanzó Sicilia por su Ortología. Los *Libros de Lectura* de Vela Irisarri son preciosos, é instruyen en el idioma á los niños, deleitándolos y manteniendo en ellos despierta la curiosidad y viva la atención.

La Escuela Normal, que estuvo á cargo del laborioso pedagogo cubano D. José María Izaguirre, contribuyó no poco á que se generalizara en Guatemala el gusto y tendencias por la pureza del idioma y la cultura del habla. Como documentos curiosos, relacionados con el punto de que aquì se trata, es oportuno copiar las notas que siguen: "Guatemala, 12 de mayo de 1884.—Señor Presidente de la Academia de la Lengua.— Bogotá.— Muy estimado señor: A nombre de la Secretarìa de Instrucción Pública de Guatemala, y debidamente autorizado por ella, tengo el honor de dirigirme á usted con el motivo siguiente. Antes del año 1871, en que empezó á regir los destinos de este paìs el partido liberal, que hoy lo gobierna, se seguìan en él, casi en absoluto, las teorìas gramaticales de la Real Academia Española de la Lengua. Después de aquella fecha, la administración actual, deseosa de dar á la instrucción pública el mayor desarrollo posible, y de encaminarla por el mejor sendero, hizo traer textos y profesores extranjeros que contribuyesen á ese fin. No era dable que, con tal objeto, se echasen en olvido las obras escritas por eminentes americanos, y entre las que aquì se trajeron, tuvimos el gusto de ver la gramática de D. Andrés Bello, que ya muchos conocìan, pero que aún no estaba en manos de la generaridad. Sus teorìas se estimaron como buenas: se adoptó como texto uno de sus compendios, y la obra completa

adornó desde entonces los estantes de nuestros hombres estudiosos, que se decidieron á practicar sus doctrinas.

Hubo algunos, sin embargo, que permanecieron fieles á sus antiguas opiniones, y continuaron escribiendo de acuerdo con los preceptos de la Academia.

Esto ha dado origen en este paìs—y es de suponer que lo mismo haya sucedido en otros hispano-americanos—á una anarquìa completa en materia ortográfica, anarquìa que redunda en perjuicio de la claridad, de la exactitud y del buen gusto, y que la Secretarìa de Instrucción Pública á que me refiero, está dispuesta á cortar en lo que sea posible.

Tiene dicha oficina su criterio propio en este asunto; pero deseando el mayor acierto al tomar resoluciones en él, agradecerìa como un favor especial, el que la Academia, de que usted es dignìsimo presidente, le hiciera conocer su opinión en un particular de tanta trascendencia.

Quizás esta consulta distraiga de algún modo las elevadas atenciones de tan respetable corporación; pero hallándose ésta, compuesta de los escritores americanos más distinguidos, y situada en los Estados Unidos de Colombia, cuyo americanismo es generalmente conocido, es y tiene que ser, el natural consultor de los paìses de América en materias lingüìsticas.

Si, pues, la Academia ha tenido oportunidad de detenerse en el punto que motiva esta consulta, y tiene á bien transmitirnos el resultado de sus estudios, prestará á este paìs, y á los demás que se hallen en igual caso, un servicio de gran consideración. Este servicio será aún mayor si viniera acompañado de algún tratado ú opúsculo que la Academia hubiera escrito sobre el particular.

No dudo que usted atienda gustoso á la súplica que tengo la honra de dirigirle; y con tal motivo, á nombre de esta Secretarìa de Instrucción Pública, y en el mìo

propio, le anticipo las gracias, y me subscribo de usted. con respetuosa consideración, atento servidor.—*José María Izaguirre.*

Señor D. José María Izaguirre.—Guatemala.

Muy estimado señor:

Recibí la apreciable nota de usted, fecha 12 de mayo del corriente año, é impuse de su contenido á la Academia Colombiana, en su sesión de 5 de julio. En ella se me dieron instrucciones acerca de los términos en que debía extender la presente contestación.

Ante todo, quiere la Academia se manifieste á usted que la honra que se le ha dispensado por usted mismo y por el Sr. Secretario de Instrucción Pública de Guatemala es tan grande, que cada académico la declinaría por su parte, si el declinarla así fuera posible sin dejar de aceptarla para la Corporación. A nombre de ésta y de cada uno de sus miembros presento á usted, y por conducto de usted al Sr. Secretario, por las honrosísimas expresiones con que la favorece, la más cordial acción de gracias.

No sin razón deplora el Gobierno de Guatemala la anarquía que, en materias ortográficas, se ha hecho sentir en ese país como en los demás de la América española. La Academia Colombiana la reputa como mal gravísimo, y tiene la satisfacción de poder afirmar que D. Andrés Bello, que en un tiempo creyó conveniente iniciar reformas ortográficas, vino por último á lamentarse de aquella anarquía y á temer que las naciones americanas no pudieran en muchos años librarse de ella.

Por fortuna, los temores del Patriarca de las Letras americanas no tenían tanto fundamento como parecían

tener, y hoy vemos casi del todo reducidas á la apetecida unidad á las naciones de origen español, si se exceptúa á la República de Chile.

La Academia juzga esta unidad, en todo lo concerniente al lenguaje, como de necesidad absoluta, y abriga la convicción de que tan gran bien no puede alcanzarse sino mediante la sujeción á una sola autoridad.

Habiendo sido ésta ejercida, hace siglo y medio, por la Real Academia Española; siendo este docto Cuerpo competente para ejercerla, y hallándonos habituados cuantos hablamos castellano á acatar sus decisiones, sería poca cordura buscar en otra parte el centro de unidad que hemos menester.

Y si se hubiera de oponer á este dictamen el de que es vergonzoso para América estar sujeta á España en orden al lenguaje, contestaríamos que, desde que la Academia Española, mediante la creación de Academias correspondientes, llamó á los americanos á tomar parte en sus labores, y por consiguiente en el ejercicio de su autoridad, aquella objeción, que nunca tuvo sustancia ni visos de racionalidad, ha dejado ya totalmente de merecer la atención de personas serias y sensatas.

Por estas y por muchas otras consideraciones, la Academia Colombiana usa, sostiene y recomienda la ortografía de la Española. A los esfuerzos de varios de sus miembros se debió, hace ya mucho tiempo, que en este país empezara á cesar la anarquía introducida por los innovadores, de la que ya no van quedando sino insignificantes vestigios.

Esta Academia no ha compuesto tratado alguno sobre ortografía, pero acepta y aprueba en todos los principios y doctrinas el que acerca de esta materia escribió su actual Director, así como los razonamientos y observaciones contenidas en el opúsculo titulado *De la neografía en América y particularmente en Colombia*,

compuesto por el mismo autor. Igualmente acepta y aprueba las ideas expuestas por otro académico, D. Miguel Antonio Caro, en su discurso *sobre el uso*, discurso que no versa precisamente sobre el asunto de que aquí se trata, pero que tiene con él íntima conexión.

A lo expuesto en el opúsculo mencionado, hay que agregar la relación de un hecho no referido en él. El Gobierno de esta República adoptó en otro tiempo como ortografía oficial la llamada americana. Aquí se había incurrido en la extravagancia de considerar dicha ortografía como inseparable de los cánones del partido liberal. Este partido subió al poder en 1861, y en él se mantiene, lo que parece hubiera debido ofrecer al mismo sistema ortográfico el apoyo más eficaz. No obstante, el Gobierno ha cedido al empuje de la opinión y al empuje de la mayoría de la gente educada, y emplea hace ya algunos años, por resolución expresa del Cuerpo Legislativo, la ortografía pura é íntegra de la Academia Española.

Cuando otros motivos no hubieran impulsado á este Gobierno á volver al antiguo sistema ortográfico, lo habría forzado á ello una comunicación que le dirigió no ha muchos años el General D. Sergio Camargo, distinguido miembro del partido liberal, hallándose acreditado como Ministro de Colombia en Inglaterra y Francia; comunicación en que hizo presente que el uso de la ortografía llamada americana en notas y documentos oficiales procedentes de nuestras oficinas, era mirado en Europa como prueba de ignorancia.

No puede suceder otra cosa con los escritos de cualquier linaje que lleven la ortografía americana. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania y en los Estados Unidos del Norte, es grande el número de los que conocen nuestra lengua, y no pequeño el de las ocasiones que se les presentan de leer escritos de empleados y de autores

hispano-americanos. Si éstos en su modo de escribir se apartan de lo único que en esos países puede ser considerado como regla y como modelo, esto es, de la práctica de los españoles europeos y norte-americanos, no pueden atribuirlo sino á ignorancia y al atraso de que por desgracia les damos, por otra parte, bastantes muestras en algunas de estas repúblicas. Sería ridículo suponer que por allá tuvieran idea de nuestras disensioncillas literarias ó de los escritos en que se han defendido ó tratado de propagar las innovaciones que han tenido origen en estos países.

Remito á usted un ejemplar del tratado de ortografía á que me he referido; uno del número de *El Repertorio Colombiano* en que se insertó el opúsculo sobre neografía, y otro número de la propia revista en que se halla el discurso del Sr. Caro, *sobre el uso.*

Me sería por extremo agradable que para usted y para el Sr. Secretario de Instrucción Pública fuera satisfactoria y útil la contestación que, á nombre de la Academia Colombiana, doy á usted.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer á usted el más sincero testimonio de mi estimación personal, y para subscribirme de usted muy atento, seguro servidor,

José Manuel Marroquín.

Hoy se presta en Centro-América culto muy general al idioma, manejado con arte y donaire por D. Marcial G. Salas, D. Ramón A. Salazar, D. Manuel Diéguez, D. Enrique Martínez Sobral, D. Alberto Mencos, D. J. Vicente Martínez, D. José Flamenco, D. Pío Riépele y otros jóvenes más, que aquí en Guatemala escriben. con derroche de talento, imaginación y varia doctrina.

En Nicaragua ha brillado, como astro de primera magnitud, el erudito escritor y polemista excelso, nuestro

amigo D. Enrique Guzmán, uno de los que más han ahondado en estudios gramaticales y cuestiones de lenguaje. Es notable también D. Mariano Barreto, cuyas obras sobre *Idioma y Letras*, *Ejercicios Ortográficos* y *Correcciones de nuestro Lenguaje*, demuestran harta labor y mucho saber en ese género de estudios, áridos de suyo y no poco difíciles. La historia de Nicaragua que el doctor D. Tomás Ayón escribió, puede exhibirse como un modelo de elegancia y buén decir. Es en la forma obra de mérito sobresaliente, y contiene en el fondo gran copia de datos, que la hacen muy recomendable. Brilla por la manera de girar las frases, por sus cortes académicos, terso lenguaje, y más que todo, por su genial aticismo, el joven escritor D. Alfonso Ayón, digno hijo del historiógrafo y uno de los prosistas que mejor manejan en Centro-América el castellano. Es magnífico el prólogo que va al frente de *Idioma y Letras*, y en el cual como que hizo gala el estilista nicaragüense, de su fácil donosura, en perìodos cervantinos y en fraseologìa cultìsima.

Ni fuera justo citar algunos nombres de los literatos de la tierra de los lagos, sin apreciar dignamente la labor histórica, de propaganda y de combate, ya que no de paciente culto á la lengua castellana, llevada á cabo por José Dolores Gámez, escritor bien conocido en la América Central. El joven D. Juan Manuel Siero es literato inteligente, que escribe con pulcritud y ha publicado los *Nicaraguanismos ó Migajas del Lenguaje.*

Como escritor inspirado, y poeta delicadìsimo, con fulgores modernistas de buena ley, hace tiempo que figura en primera lìnea, Román Mayorga Rivas, cuya pluma se emplea actualmente en la redacción de un diario en San Salvador, con corrección en el lenguaje y elegancia en el estilo.

Don Modesto Barrios es uno de los centro-americanos que mejor manejan la lengua castellana, de la cual ha hecho particular estudio, que se deja conocer en su culta, suelta y clásica prosa.

En esa capital ha publicado mi ilustradìsimo colega el doctor D. Santiago Ignacio Barberena, *El curso Elemental de Historia de la Lengua Española*, que contiene mucho de filologìa de los idiomas sabios, y no poco respecto del germen, desarrollo y pubescencia del habla castellana. El lujo de doctrina y las citas oportunas avaloran esa obra interesante, en la cual se engolfa D. Santiago Ignacio, buscando el origen del lenguaje, como andaba el inglés de marras en pos de la calavera de Adán, para ofrecerla al Museo Británico de Londres. Leyendo en una ocasión la grande obra de Pietet, que lleva por nombre *Paleontología Lingüística*, me abismé al ver cómo parece que marcha con planta segura por la vereda de los orìgenes; pero al acabar de rendir tributo de admiración al sabio, se queda uno lo mismo que antes estaba, como sucede á la vez al devorar las páginas de Figuier "*L'homme aprés la mort*," que van elevando al curioso lector hasta el sol, última morada de la humana especie, según ese moderno inca parisiense; mas al cerrar el libro, se vuelve uno á encontrar en la tierra. Sea de todo eso lo que fuere, la obra del doctor Barberena es una prueba más de que en la América latina hay hombres de letras merecedores de sincero elogio, que honran la lengua que de sus antepasados heredaron. *Los Quicheísmos* de tan apreciable filólogo, asì como varios otros de sus libros, le han recomendado en el mundo cientìfico, en el cual ya gozaba, en concepto de matemático, de una reputación bien adquirida.

Asì como la literatura ha hecho progresos en la república de El Salvador, la lengua española se maneja allá generalmente con atención entre la clase culta, y sobre

todo por escritores de la talla de Manuel Delgado, Rafael Reyes, Baltasar Estupinián, Francisco Castañeda y el poeta Juan Cañas. La juventud respeta los cánones de la lengua, aunque no faltan algunos secuaces de Rubén que, fascinados por los chispazos de su genio, rebuscan palabras y afrancesan el castellano, cuando su riqueza se presta lo mismo á las salacidades de Quevedo que á los místicos raptos de Santa Teresa de Jesús.

En Honduras es el heraldo de los estudios lingüísticos el doctor D. Francisco Membreño, cuyo bagaje literario bien provisto de múltiples conocimientos, sobresale por la riqueza que lleva de obras américo-hispanas, de las cuales ha llegado á constituir verdadera especialidad. Los *Hondureñismos*, y las *Etimologías de nombres de Centro-América* son obras de mérito positivo.

La Revista Nueva, que dirije y redacta el inteligente joven D. Froilán Turcios, es un precioso estuche moderno, que contiene joyas perfumadas con los efluvios parisienses de Leconte de Lisle y de Catulle Mendez.

Allá hacia el Sur, entre valles risueños y esbeltas serranías, se encuentra un país, pequeño en territorio, pero exuberante y bien organizado, que aunque sufra en estos tiempos pasajera crisis, por haber recibido el oro de los extraños, ha de merecer siempre el nombre de Costa Rica, con que figura en el concierto de los pueblos cultos. Su acento gallego, su economía proverbial, su moralidad ingénita, denotan de todo en todo que fueron sus antecesores de la cepa prolífica cuyos caracteres jamás se borran. Es curioso el vocabulario regional de aquella tierra, y muy interesante la obra de Gagini que da á conocer las peculiaridades idiomáticas de esos centro-americanos, que á Colombia se avecinan, y que son más prácticos quizá que el resto de los pobladores de este istmo, de este puente colosal que une á las dos Américas. ¡Lástima que los errores económicos hayan perjudicado

á dicha república tan digna de buena suerte! Su actual Presidente es un buen escritor y abogado, de los que honran las letras y cultivan las ciencias, descollando entre los que se dedican al purismo del idioma y esparcen buena semilla D. Juan F. Ferraz y su digno hermano, que han publicado obras de importancia y trascendencia. Nada importa que tan ilustrados literatos no sean nativos de aquella república, ya que ahí dan vuelo á sus energías. Del mismo modo podemos citar el nombre de Zambrana, del orador famoso y escritor cultísimo, que en Costa Rica vive, esparciendo con su palabra inspirada, nobles y generosas ideas. Lástima que también por allá no falten (ó mejor dicho no sobren) algunos de esos tipos decadentísimos que parece llevaran por lema aquel de los almacenes del *Printemps de Paris: "Tout y est frais!"*

Esta cuestión del idioma no es meramente especulativa, ni se limita al curioso estudio de palabras, como creen aquellos que atribuyen escasa importancia á los estudios filológicos, sino que tiene trascendencia á las nacionalidades de origen ibero, á la Madre Patria y á toda la raza latina. La lengua intima relaciones con el estado social y político de los pueblos que de ella se sirven para pensar y crecer: es ánima viviente que caracteriza y une á todos los que se comprenden y se consideran miembros de la misma colectividad. "Una nación, según Schlegel, cuya lengua se torna ruda y bárbara, está amenazada de barbarizarse ella misma por completo. Una raza que mira con indiferencia la ruina de su lengua, renuncia la mejor parte de su independencia intelectual, y testifica que se resigna á morir."—(Historia de la Literatura, lec. X.)

El movimiento filológico que se inició á principios del siglo último, fué debido al temor de absorción que abrigaban los pueblos agredidos por el gran conquistador. Las gentes alarmadas corrían con instinto seguro, dice

el insigne Caro, á abrazar los monumentos históricos y literarios, que sirven de columna firmísima á cada nacionalidad:

Amplexaeque tenent postes atque oscula figunt.

Hoy, que la expansión del coloso del Norte en América, es consecuencia de su riqueza, poderío y crecimiento, debemos unirnos todos los de origen hispano, á fin de que no se realice el vaticinio de los que creen que estos países llegarán á ser útiles rezagos de una civilización agonizante, que irá á confundirse al fin con los rayos que entre sus garras lleva el águila americana. Hay que oponerse por modo enérgico á que se realicen las palabras de Demolins, cuando exclama: "En el Norte luce el porvenir que se levanta, en el Sur agoniza el pasado que desaparece!"

Acerquémonos, liguémonos todos los que hablamos español, ya que unos sesenta millones de hombres pesan en el equilibrio de las nacionalidades; y no permitamos que la lengua se fraccione, se esterilice y muera. Para ello puede hacer mucho España, la Real Academia de la Lengua, ampliando sus miras al lenguaje americano, con liberal y discreta reserva; pero sin suponer que sólo las voces que se usan en la calle Valverde deben tener cabida en el inventario oficial del idioma que hablamos españoles é hispano-americanos.

Nosotros, los de raza ibera, cumpliremos con un deber de patriotismo, de solidaridad é idiosincracia, procurando la unidad del idioma, con expansión, con crecimiento, con el desarrollo armónico, que no destruye la sintáxis, ni el genio, ni la fisonomía de la lengua. "La libertad en la unidad, el progreso en el orden—ha dicho el más erudito de los que hoy hablan castellano—es rumbo lógico de una sociedad que aspira á alcanzar alto grado de civilización. La unidad de la lengua no es el vínculo que menos afianza la fraternidad de estas repú-

blicas, que si sólo á intereses políticos atendiesen, no siempre tendrían motivo plausible de apellidarse hermanos. Multitud de tribus, discordantes en las ideas y en el habla, órgano de los pensamientos, poblaban nuestra América. La conquista estableció la unidad de la lengua. La emancipación acarreó un nuevo elemento de grandeza—la libertad. Combinados estos elementos serán factores de civilización progresiva. Sin libertad, el progreso se estanca por falta de motor. Pero sin unidad, las fuerzas se fraccionan y descarrían, y el desarrollo social no sólo se entorpece, sino que se hace imposible, hasta que esfuerzos nuevos se conjuran á restablecer la perdida unidad. La corrupción creciente de una lengua arguye desorganización social; y entregarse con indolencia ó con placer á esa corriente, es seguir sin miedo ó adoptar con gusto un rumbo evidentemente extraviado ó retrospectivo, con respecto al que, sacando á los pueblos del estado salvaje, los encamina á sus gloriosos destinos."

Ha sido inmenso el bien que hicieron todos aquellos amantes del idioma que como Bello, Irisarri, Mora, el Conde de la Cortina en México, Domingo del Monte, consumado humanista de Cuba, Ignacio Valdés Machuca, José de la Luz Caballero, Miguel Antonio Caro, Fidel Suárez, J. Manuel Marroquín, Pedro Fermín Ceballos, y tantos otros celadores de la pureza de la lengua, han tratado de que se enriquezca, sin perder sus antiguos tesoros.

Las correcciones gramaticales, filológicas y retóricas, así como las observaciones literarias que las siguientes páginas contienen, se inspiran en las anteriores ideas. Casi todas esas correcciones son aplicables á los vicios y corruptelas americanos. Los vocablos que en nuestras repúblicas se usan, lo mismo que las palabras anticuadas en España, y que sus hijos guardan como prendas abo-

lengas, tampoco van con el carácter de adefesios, sino para que puedan anotarse en el léxico del idioma, en el cual por hoy figuran muertas, cuando en realidad sólo dejaron la casa solariega y establecieron vecindario aparte, que les otorga legítima cédula en el mundo de los vivos.

El Castellano en América merece especial consideración, porque se halla extendido por un territorio muchísimo mayor que el de la Península y usado por un número de personas que excede con creces al de los habitantes de España que hablan español. Cada vez se irá atenuando—dice Cuervo—el influjo de la que fué metrópoli, tanto por la importancia que en cada parte tiene la cultura nacional, como porque acrecentándose ésta, se facilita el beber en las mismas fuentes de que ella se alimenta, y aplicar mejor á las necesidades propias, la doctrina francesa. inglesa y alemana. Tendremos, pues, con la falta de comunicación y de norma reguladora, un caso parecido al que se ofrece en comarcas separadas por ríos caudalosos ó montañas escarpadas, y naturalísimo será que se multipliquen y arraiguen las diferencias dialécticas; en qué dirección, con qué caracteres especiales en cada región, si predominando unas veces el lenguaje popular, si mezclándose otras con el extranjero, alterándose la sintaxis más que la pronunciación ó que la forma de los vocablos, ó todo simultáneamente, sólo el tiempo puede decirlo.

Dado, pues, ese peligro, y teniendo en cuenta la ventaja inmensa de que no se rompa la unidad del lenguaje hablado por España y por las repúblicas américo-hispanas, urge que se procure el cultivo de la misma literatura; que se tome empeño en corregir los vicios del lenguaje, aceptando los americanismos, sin destruir la base de la sintaxis; que se esparzan en las escuelas buenos modelos: que en el periodismo se empleen sólo las dicciones correctas

y que en el lenguaje corriente se eviten los defectos que afean el castellano. Por lo demás, si yo mismo incurriese —como es tan fácil—en errores de idioma, desde luego me excuso ante los Aristarcos, parodiando al gran dramaturgo español:

¿No pecaron los demás?
Pues si los demás pecaron,
De qué privilegio usaron
Que yo no gocé jamás?



Capítulo Segundo

VICIOS DE LOCUCIÓN EN LA AMÉRICA HISPANA

Las relaciones que con especial intimidad tuvo España con Francia, desde el siglo XVIII, cuando un príncipe francés se sentó en el trono de S. Fernando; la preponderancia de las ideas enciclopedistas; el alud de la revolución y los triunfos del gran conquistador, vinieron creando un ambiente galicano que se introdujo en la Península, pero que saturó del todo sus colonias en América, más preparadas por cierto para contagiarse de jacobinismo en el fondo y de galicismo en la forma: de espíritu francés y apatuscos postizos.

El lustre que ha conquistado la literatura francesa, ha producido el fenómeno de que muchos hispano-americanos que no conocen, ni hablan (les falta práctica, según dicen) la lengua de Víctor Hugo, resultan tan afrancesados que parece hubieran nacido y vivido en París. Rubén Darío jamás había estado en Francia, cuando ya escribía, al decir de Valera, como si su inteligencia y su genio se hubieran cultivado á las orillas del Sena.

Y lo peor de todo, es que los *nuevos rumbos literarios*, como los llaman, comprenden entre sus tendencias la de estropear el idioma, descoyuntarlo, no obedecer reglas, ni nada que *pueda cortar las alas de la fantasía*, para no caer en *amaneramiento chirle*, ni en *monjiles escrúpulos*. Más fácil y accesible es en verdad ese naturalismo desnudo de miramientos, que el realismo español cervantino

á lo Pereda, Galdós, Alarcón, la Pardo Bazán, Picón, Palacio Valdés, y tantos otros que aceptan el modernismo en España, pero con sentido común, sin extravagancias, ni légamos.

En América, la lengua castellana no ha menester de galicismos, ni desvergüenzas, para prosperar; que la corrección y la pureza no son grillos para la fantasía, ni sombras para las lucideces de la inteligencia. Sin rendir homenaje al purismo exajerado, ni menos creer que sólo lo que en el diccionario se encuentra es aceptable, cabe afirmar que la misma Academia ha ido incluyendo en el léxico giros y voces que antes no se encontraban inventariados; pero ello se hace con sindéresis, en ciertos y urgentes casos. Nunca las exageraciones, ni las anarquías, ni el libertinaje fueron buenos.

Los vicios más comunes de la locución, en estos países américo-hispanos, son efecto del *barbarismo, el arcaísmo, el neologismo, el solecismo, la cacofonía, la repetición, la impropiedad, el pleonasmo innecesario y el galicismo.*

1°—*El barbarismo,* que consiste en escribir ó pronunciar mal, suprimir ó permutar letras ó sílabas, como lo hacen aquellos ignorantes que escriben *Quezada, quezo, Baltazar, faces, exhuberante, silvido, explendor, expontáneo, hechar,* y otras muchas voces que luego apuntaré, en vez de *Quesada, queso, Baltasar, fases, exuberante, silbido, esplendor, espontaneo, echar, etc.*

Otros cometen *barbarismo* fonético, por faltar á la acentuación, v. g., los que dicen: *cólega, telégrama, diábetes, pais, bául, máiz, cóndor, Arístides, autopsía, disinteria, contraido, milígramo, ópimo, Sardanápalo;* que debe decirse: *colega, telegrama, diabetes, país, baúl, maíz, condor, Aristides, Arquimedes, autopsia, disentería, contraído, miligramo, opimo, Sardanapalo.* Más adelante aparecerá una lista completa de vicios comunes de acentuación.

2º—*El arcaísmo*, que consiste en usar palabras ó giros anticuados, como *fizo*, por *hizo; luengo*, por *largo; enjaguar*, por *enjuagar; levantate*, por *levántate;* yo lo *vide* por yo lo *ví; ibanos, veníamos*, por *íbamos, veníamos; Xavier, Christo*, en lugar de *Javier, Cristo; chula*, por *bonita; la color*, es remembranza de Beréoo y Santillana que usaron esa palabra como femenina, á la provenzal que daba tal género á los acabados en *or;* hoy es *el color*. Muchos, en la América española, usan decir *onde*, en lugar de *donde, enantes*, por *antes*, *recordar* por *despertar, emprestar* por *prestar, á rodo* por *en gran cantidad, ardidoso* por *ardiloso; descorchador, prendedor, cernidor, churrusco, zapatón, lanzazo, campanazo, contracaridad, perdedizo, entejar, pontificar, traicionar*, y otras muchas palabras que no son neologismos américo-hispanos, sino voces que usaba Cervantes y que nos trajeron los conquistadores. Lo curioso es que algunas aparecen como anticuadas en el diccionario y otras ni se mencionan siquiera, despreciando así el habla de muchos millones de personas.

El arcaísmo, si se emplea con moderación y oportunidad, más en los giros que en los vocablos, como lo hizo el atildado estilista Juan Montalvo, que siguió de cerca al autor del Quijote, y que es el clásico sobresaliente entre todos los que en castellano escribieron durante el último siglo, lejos de ser un defecto, constituye primores de dicción; pero eso sólo es dado á los que, como el ecuatoriano insigne, conocen profundamente el genio del idioma. Para los principiantes, y aun para los escritores que no hayan hecho estudios serios del castellano, lo mejor es no rebuscar arcaísmo, que recuerdan la fábula del *Retrato de Golilla*, de D. Tomás de Iriarte.

Como diez mil voces anticuadas registra la nómina que hizo Monlau para presentar á la Academia española (tomo I, página 444, *Memorias*), de las cuales muchí-

simas se usan todavía en América, mientras que son ya desconocidas en el lugar en que nacieron. Nuestro lenguaje vulgar es arcaico por naturaleza, expresivo y pintoresco, gráfico en los coloquios de confianza y lleno de dulzura y de terneza en los recintos interiores de la familia.

Hay arcaísmos que han dejenerado en vulgarismos, como *trūje*, por *traje; mesmo*, por *mismo; Ingalaterra*, por *Inglaterra*. En las primeras tres ediciones del Quijote se encuentra *Palmerín de Ingalaterra*. En la edición de 1605 se lee: "Había andado algo *destraído*." *Agora*, por *ahora*, se ve mucho en las primeras impresiones de Cervantes.

Otras voces ya no se usan del todo, como *zahareña*, que significaba desdeñosa, esquiva; *añasca*, que era *embrollo*, *enmaraña; alongó*, quería decir *alejó; hijo de un azacán*, hijo de un cualquiera. Llamaban *azacán*, en lengua arábiga al aguador, y dijeron *azacanes* en España á los que traían el agua limpia á las casas y se llevaban la sucia. De ahí viene que en Guatemala denominan *azacuanes* á las aves viajeras que anuncian la venida y la salida de las lluvias. "Que Dios *cohonda*," especie de maldición muy usada por Cervantes, en vez de *pudra* ó *confunda*.

Escritores hispano-americanos conozco tan dados á las formas vernáculas y á las voces de rancia estirpe, que dan á su estilo el funerario aspecto de la momia, la aridez del desierto, la monotonía de la pampa, presumiendo que la depuración ostensible del lenguaje constituye por sí sola excelencia literaria, cuando viene á suceder que el yugo de caduca tradición á las veces esteriliza la fresca y naciente vitalidad. El arte exige que la lozanía de la idea se revista de puro y nítido ropaje. Sin frases hechas, adjetivación vaga y rebuscados giros, resalta la naturalidad que es prenda apreciabilísima de la dicción.

3° — El *neologismo*, que consiste en la introducción de nuevas voces, giros, modos de decir y hasta manera nueva de pronunciar, es inevitable. Existe un neologismo normal, espontáneo, pintoresco, y se pudiera decir hasta fisiológico, que el pueblo va formando y que nadie puede detener; mientras que hay otro neologismo árido, artificial, forzado, parto de un escritorzuelo ó aborto de un erudito á la violeta. El primero es fruto de la naturaleza, el segundo es hijo del pedantismo. Una cosa es, en efecto, la *neología*, ó sea la formación analógica de nuevas voces, necesarias para nuevas ideas; y otra cosa es el *vicioso neologismo* de trastornar inconsideradamente el vocabulario de una lengua, y sobre todo la sintaxis, alma del idioma, que vivifica su textura orgánica. Hay un neologismo fonético, que desprecia las leyes de la prosodia, y que hace decir á muchos *cólega*, *cónclave*, *ópimo*, *méndigo*, hasta que acaben por pronunciar *expédito*, *périto*, *téstigo*.

Además del neologismo en los términos, que mal formados desfiguran la faz del idioma, dice don Pedro Felipe Monlau, además del neologismo sintáctico, que descoyunta su armadura, del fonético que vicia la recta pronunciación, y del ortográfico, que trastorna la escritura racional y correcta del lenguaje científico y del literario, hay un *neologismo retórico*, que va obscureciendo el carácter de nuestra literatura y desdice en gran manera del genio nacional. Alud de frases forasteras, de imágenes extravagantes, hiperbólicas, viciosas, deshonestas, lúbricas...... Se prefiere lo exagerado á lo natural, lo pintoresco á lo propio, la fantasía afrodisiaca, al sentimiento puro, al ideal en el arte, á lo limpio en la naturaleza. La hipérbole, que fué la inocente exageración del hombre de bien, es hoy el espantoso delirio de cerebros trastornados. Se *esfuman las siluetas; el cielo azul se convierte en gris pabellón de sátiros; recogido por el dios*

Pán, que en su salacidad híbrica pretende transmitir su idiosincracia á cuanto de femenino existe. Todo eso ya no es neologismo lógico ó de estilo; es simple delirio, desvergüenza, disparate ó tontera, cuando no podredumbre ó pestilencia.

Cuando una palabra es innecesaria, cuando su uso no se ha generalizado lo bastante, cuando desdice de la estructura de la lengua, sería un vicio el emplearla, sería un defecto el querer apadrinarla; pero si la nueva voz responde á una nueva idea, si en toda una región se ha hecho precisa, será un elemento de riqueza, será al fin un vocablo de buena ley. El *arcaísmo* es la historia, el *neologismo* es la nueva vida; pero es menester que se proceda por renovación de la substancia propia, no por alteración profunda que haga morir el idioma.

Los mismos académicos suelen echar á volar algunas voces á ver si prenden, como cuando D. Juan Valera usó la palabra *exquisiteces*, atacada rudamente por Fabié, quien decía que una cosa podía ser exquisita; pero que ninguno alcanzaría á comprender la *exquisitez* de una cosa. El espiritual autor de Pepita Jiménez se defendió diciendo que no le era posible sostener todos los pecados cometidos en su larga vida. El conde de Cheste creyó mejor arrojar aquella voz al limbo de donde había nacido. Total, que la Academia Española no le otorgó carta de naturaleza en el léxico de la lengua.

En todas estas materias debe prevalecer el buen sentido, libre de exageraciones. El purismo intransigente, que cifra la bienaventuranza en una coma, sin curarse de las ideas, es sin duda un defecto que lleva á los estériles meticulosos á dar á su estilo lánguido color y amanerado aspecto, huyendo de gallardas construcciones y enérgicas figuras. Escritores conozco yo que con fraseología acompasada é insustancial, llenan páginas desiertas de pensamientos, manejando el idioma como llevan en las

procesiones á los santos de madera, al compás de las andas, sin que cambien de fisonomía, ni posición, por más que hagan forzadas reverencias, entre el humo del incensario que acaso es lo principal. A estos tipos fósiles alude Quintiliano cuando dice: "que sin cuidarse de las ideas, que son como el alma ó nervio de la oración, piensan sólo en las palabras, y así envejecen en un vano y estéril amor á los vocablos." (*quodam inani circa voces studio senescunt.*) La tautología es achaque de cerebros rancios.

El *neografismo*, ó neologismo ortográfico, tomó en América muchos vuelos á raíz de la independencia de España, hasta el punto de que se levantó una cruzada contra la gramática y la ortografía. Nosotros los centroamericanos escribimos en el escudo federal, al pie del árbol de la libertad: "*Libre cresca fecundo,*" cambiando en *s* la z del *crezca*, no sé si por separarnos más de España ó por un error que persistió largo tiempo en el troquel de la moneda. Pero esto fué *peccata minuta*, en comparación de lo que sucedió en otras partes. En Chile, por ejemplo, cundió la anarquía gramatical y hasta los mismos maestros pretendieron introducir reformas ortográficas, acaso razonables algunas, pero que sólo lograron sembrar la cizaña en campo estéril. No era nuevo el propósito de Nebrija, Koreas, Baliente, Alemán, Mayans y Salvá, de ajustar de todo en todo la pronunciación á las letras escritas; pero no llegó á privar el *castellano fonético*, como quizo llamar á una apreciable obrita que escribió aquí en Guatemala el licenciado D. Manuel Antonio Herrera. Escribir *Kavayo* por *caballo*, es vestir á la polaca el castellano.

El docto filólogo, el príncipe de las letras américo-hispanas, se convenció de que no es dable luchar de repente con el uso, ni oponerse á la costumbre en materia de reformas ortográficas, que no se improvisan. Aún

hoy quedan por Chile algunos restos de anarquía en las letras, como para probar que no es efecto de la invención momentánea el lento cambio de la ortografía, que natural y pausadamente ha venido efectuándose en el castellano, hasta llegar á ser el menos etimológico de los romances.

No faltan ignorantes mozalvetes que llevándola de positivistas hasta en ortografía, están por toda innovación ortográfica, yendo más allá que Sarmiento, y calificando de liberal á la *i* latina y de conservadora á la *y* griega. Ya en el siglo XVI Nebrija y Abril preferían para conjunción la *i*, aunque sin darle carácter político, ni presumir de secuaces de la escuela positiva, que aún no pensaba en venir al mundo. Pero el hecho es que esa letra mal llamada *y* griega, no es griega, sino la forma que prevaleció para representar la *i* doble de genitivos latinos, como *ingenii*, que se escribía *ingeny*. Al castellano pasó la *y* como letra nueva, con sonido de vocal, como se ve en el adverbio anticuado *y* (que aún hoy se usa en francés) en las palabras *rey grey* y otras semejantes. Desde que se cambió la conjunción *e* (*et*) en *y*, ésta se escribió, con la forma *y* griega. En orden al modo de escribir en castellano, conviene mucho que un Centro, como la Academia Española, establezca la uniformidad. La cuestión esa, de la conjunción *liberal* ó *conservadora*, es baladí, por más que los neógrafos, como dice con gracia D. Miguel A. Caro, se gocen en la *i* latina, adoptándola como señal vistosa de protestantismo literario, por más que la Academia no desaprueba el uso de tal letrita como conjunción.

Pero vale bien la pena de dedicar un capítulo separado á la *neografía américo-hispana*, capítulo que se encontrará entre los últimos del presente opúsculo.

4°—Solecismo se comete cuando se falta á las reglas de la concordancia, régimen ó construcción, v. g. al decir, *el agua está frío*, en vez de *fría; á la capital hace calor*,

en vez de *en* la capital; *pinceles multicolores*, ya que ni son los pinceles los que tienen varios colores, ni existe esa palabra híbrida *multicolores; hubieron* toros, por *hubo* toros, que es como debe decirse; *nosotros* las mujeres, que debe ser *nosotras* las mujeres; cuando *uno* se enoja, dijo Luisa, que corregido es, cuando *una* se enoja; *el análisis filosófico*, es en castellano *la análisis filosófica*; *la* génesis, como acostumbra decir un compatriota nuestro, es *el* génesis. En el curso de este libro se expondrán muchos solecismos.

5° — *Caçofonía*, ó concurrencia de sílabas consonantes ó asonantes, como *esos ecos lejos fueron;* "el rigor abrazador del calor me dió un dolor que me causó temor de morir; lo colocó sobre el lote."

Se recomienda que cuando fuese fácil, sin desvirtuar la idea, y sobre todo en discursos académicos ó en escritos pulcros, se eviten los consonantes y hasta los asonantes próximos, en gracia de la dicción numerosa, sonora y agradable, ya que la lengua castellana es tan rica y se presta á cambiar unas palabras por otras equivalentes, ó á dar á la frase distintos giros; pero hay que advertir que los mejores literatos antiguos y modernos, más dados á la claridad del pensamiento que á la melomanía en la dicción, ó por consecuencia de la rapidez con que han tenido que escribir, no han parado mientes en los consonantes, y mucho menos en los asonantes repetidos. Véase, por ejemplo, á Moncada, á Quevedo, al P. Isla, á Lafuente, á Valera, á Menéndez Pelayo, etc. D. Antonio Solís, en la Historia de la Nueva España (lib. III, cap. IV) tiene estas líneas: "Pero nada bastó para desalojar al enemigo, hasta que se abrevíó el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó que uno solo, de tantos como fueron deshechos en este adoratorio, se rindió á la merced de los españoles." El inmortal autor del Quijote no cuidó de quitar consonantes, ni asonantes.

Con vista de todo eso, creo que, en mérito de la sonoridad y de la pulcritud, se procurará evitarlos cuando estén cercanos, siempre que no sufra el pensamiento, ni resulte amanerado el estilo, todo lo que es cuestión de inteligencia y buen gusto. No hay duda de que una prosa rica, amplia, variada, sin sonidos iguales ó análogos muy cercanos, seduce más que no la de un discurso plagado de consonantes y asonantes. El arte está en que el pensamiento vigoroso, lozano y brillante, aparezca en períodos llenos, bien cortados y agradables al oído, libres de amaneramiento y ostensible esfuerzo. Pueden hermanarse el fondo y la forma; pero jamás, por respeto á la música, se sacrificará lo principal, que es la energía, la claridad, la sencillez, la verdad y lo nítido y puro de la idea.

5° — *La repetición* de la misma palabra muy cercana: v. g., "Que tontos son los hombres que no cuidan que haya que comer, porque serán más infelices que los pájaros, á los que no falta." Podría decirse bien así: "Cuán necios son los hombres poco previsores, que nada guardan; mientras no llega á faltar el alimento á las aves del cielo." Es tan rico y variado el castellano, que fácilmente se puede evitar la repetición.

El número ó armonía de la lengua latina, ese no sé qué, que le comunica á la prosa cierta música y suavidad, es una de las más preciosas galas del castellano, del idioma de Fr. Luis de León En inglés, en francés y en alemán, no se cuidan los escritores de evitar repeticiones, porque no son tan numerosas y varias esas lenguas, que pueda con facilidad lograrse. La prodigiosa abundancia del español da lugar á las exigencias del poeta, cuando exclamaba: *Est autem in dicendo etiam quidam cantus.* "Piensan — decía aquel ilustre religioso — que hablar romance, es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular

juicio, ansí en lo que se dice como en la manera con que se dice. Y negocio que de las palabras que todos hablan, elige las que conviene y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino jamás usado por los que escribieron en esta lengua. ponen en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El qual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino porque los que las tienen se animen para tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y eloqüentes pasados trataron las suyas, y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, á las quales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes."

La prodigiosa abundancia del castellano ha dado margen á que el guatemalteco D. Antonio José de Irisarri escribiera una novelita "*Amar hasta fracasar,*" sin otra vocal que la *a*.

Las cinco vocales de la lengua son, distintas y claras, sin sonidos ambiguos ó nasales, como en otras lenguas. Prevalece en las palabras el acento grave, aunque las agudas y esdrújulas no escasean, y bien manejadas, dan soltura y gallardía á la dicción. En el número de sílabas hay variedad también, desde una hasta diez y más.

Conocido es aquel aglomeramiento de palabras que dice: "El obispo de Constantinopla mal exarchiconstantinopolitanizado está: para que lo exarchiconstantinopolitanicemos de primores, llamemos á los retataraexarchiconstantinopolitanizadores."

Los versos asonantados son peculiares al castellano, y denotan bien su riqueza y abundancia de sonidos. Los relatos heroicos ó romancescos, efusión espontánea del

valor nacional y del espíritu caballeresco español, excitado por una gloriosa cruzada de ocho siglos, constituyen la verdadera poesía castellana, en asonantados versos. Luce ahí la lengua de Castilla todas las galas y bellezas.

6°—*Impropiedad* en los términos que se usan, la hay cuando no corresponden á la idea ó al vigor que se quiere darle, y también cabe "impropiedad" en las figuras retóricas que se emplean. Cuando se dice "noticias palpitantes," "pecho divino de una mujer," "más verdadero," "muy verdad," "más mejor," "hechos prácticos," hay impropiedad, puesto que las noticias no palpitan, divino es sólo lo que á Dios se refiere, la verdad no admite ni menos ni más, lo mejor no tiene aumentativo, y los hechos nunca son teóricos. *Asestar* un palo, una bofetada, una puñalada, es decir un desatino, porque *asestar* es apuntar ó dirigir el tiro de cañón, de flecha, de pistola, ó de otra arma que necesite puntería. *Atravesar* un puente, no es propio, dado que lo que se atraviesa es el río, y el puente se pasa en toda su longitud. Cuando se pregunta en las Asambleas "si falta algún señor representante por votar" lo que parece, y realmente se dice, es que se trata de elegir un diputado ó de votar por él, y no lo que se desea preguntar. "¿Si falta algún diputado que no haya emitido voto?" Y cuando aquel célebre representante del pueblo pidió, en no sé qué congreso, la palabra para suplicar *que se le pusiese entre los excusados*, quiso decir que se incluyese su nombre entre los que, con excusa, no habían concurrido á la sesión. En el significado de muchas palabras hay gran impropiedad, como cuando usamos el verbo *soler* en el sentido de acción rara ó extraordinaria, cuando lo que significa es, por el contrario, costumbre ó uso frecuente y repetido, según lo prueban la etimología y sus afines *sólito, insólito* y *obsoleto;* así pues "*suele* venir á verme" significa, no "*viene á verme rara vez*" sino

"acostumbra venir." He aquí ejemplos: "Cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces *suele* acontecer, levanta bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo." (CERVANTES.)—"Como *suele* en el cuerpo humano distribuirse el calor natural saliendo del corazón en beneficio de los miembros más distantes." (SOLÍS.)—"El río condolido de lástima, corrió como *solía.*" (LOPE.)—*Fortunosamente* significa *desgraciadamente*, y muchos lo usan por *afortunadamente*, ó sea *por fortuna.*—*Fortunoso* quiere decir desgraciado, borrascoso, tempestuoso, azaroso.—Al hablar un hombre de su mujer, debiera decir: "mi mujer, mi esposa," y al hablarle al mismo de su esposa ó mujer, debiera decírsele "su esposa," y no *mi señora ó su señora*, en razón de que *señora* como substantivo significa únicamente en castellano el ama de la casa respecto de sus criados, y en estilo familiar, la suegra; pero nunca la *mujer ó esposa.* Provoca risa el oir á ciertas gentes que pretenden alardear de elegantes y urbanas, "está enferma mi *señora*, no pudo venir *mi señora*, no quiere *mi señora;* y dale cien veces en la conversación con *su señora.* Ni el marido es *señor* de la mujer, ni la mujer es *señora* del marido. Cada media naranja tiene lo que le corresponde. En España no *señorean* tanto. Zorrilla, en "*La Pasionaria*," dijo: "Un día en que mi mujer leía los cuentos fantásticos de Hoffman." "Mi esposa se contenta con no saber nada de mi juventud, porque presume que no fuí como san Luis Gonzaga." (PEREDA.)

Hay muchos elegantes que dicen *silueta* por perfil; *susceptible*, por capaz; *personalidad*, por personaje; *referencias*, por informes; *revancha*, por desquite; *rango*, por categoría; *mistificación*, por engaño; *reporter*, por noti-

ciero; *considerable*, por grande; *cortejo*, por séquito: *conferencia*, por discurso; *mérito*, por merecimientos.

"¿Quién no dice *batirse en duelo*, que traducido al castellano, es *reñir en desafío?* El verbo *batir*—observa Fernández Cuesta—ha significado siempre agitar, remover un líquido, como el chocolate, los huevos; también significa golpear sobre una materia dura, como el hierro, el cobre. Dadas estas acepciones, es imposible el verbo *batirse*, como reflexivo, porque nadie *se bate*, ni se golpea á sí propio. *Duelo* es el dolor causado por la pérdida de una persona, y también la reunión de amigos ó allegados que se reúnen para dar el pésame (no la *condolencia*) á la familia de un difunto, y acompañar el cadaver al cementerio. *Duelo* significa también el acto de reñir, cuando combaten ó pelean dos, precediendo desafío ó reto. Lo propio, pues, será reñir en desafío, combatir en un duelo, pelear en singular batalla, como decía el manchego; pero no *batirse*." Así y todo, creo yo que es muy castizo ese verbo *batirse*, recíproco, salvo el respeto á la opinión de Fernández Cuesta. El diccionario de la R. Academia lo acepta y los buenos escritores lo usan, sancionado por la práctica diaria de la gente culta.

En nuestros congresos usan mucho la expresión *dar lectura*, que es incorrecta, á pesar de haberla defendido D. Juan Eugenio Hartzenbusch. *Leer* simplemente, sin más apatuscos, es como se dice en castellano. *Dar lectura, dar escritura, dar dibujo*, no es conforme á los cánones de la lengua. En francés está bueno el *donner lecture*. Los congresos debieran *dar* buenas leyes, en lugar de *dar lectura*. Como en inglés *to give a lecture*, es leer un discurso; muchos traducen *dar una lectura*, que equivale á dar una buena lata al idioma.

7°—*Los pleonasmos*, cuando son innecesarios para vigorizar la expresión, constituyen un defecto, censurable en los que dicen *aceite de petróleo*, una vez que

petróleo quiere decir *aceite de piedra; autopsia del cadáver*, ya que solo *autopsia* significa examen que uno mismo hace del cadaver; *subir arriba* y *bajar abajo, entrar adentro, salir afuera*; basta, y no sobra, con que se diga *subir, bajar, entrar* y *salir. Hemorragia de sangre* no es correcto, porque no hay otra hemorragia; *panacéa universal*, es disparate, porque *panacea* significa *remedio universal.* Es ridículo el modo de hablar de los melosos que repiten: "la pequeña casita, el dolorcito leve, el *cuartitío chiquito*, el caserón grandísimo, el hombrote enorme, etc." Quisieran esos zotes achicar más el diminutivo y aumentar el superlativo. Otros emplean *muchisísimo*, por *muchísimo; viejita* ó *viejito*, por *viejecita* ó *viejecito;* que es lo castizo. No faltan quienes escriben en periódicos *morigerar las costumbres*, cuando basta sólo *morigerar*, palabra compuesta de dos latinas *moris* y *gérere*, hacer ó moderar las costumbres.

7°—*El galicismo* afea los escritos y desnaturaliza el idioma. Son giros puramente franceses los siguientes: *es por eso que;* dígase *por eso es por lo que;* ó *por eso es que; demasiada amistad, demasiada confianza*, dígase *excesiva; demasiada virtud, demasiado bueno*, son frases disparatadas, toda vez que en la virtud y en la bondad no cabe exceso; *aire afectado, aire provincial, aire de familia, aire ridículo*, debe ser *modales ó gesto afectado, traza, empaque*, de provinciano, semejanza de familia; *que yo muera si no es verdad, que Dios lo bendiga*, se construye en castellano, *muera yo si no es verdad, Dios lo bendiga; otro que tú lo habría hecho*, es *cualquiera otro, menos que tú lo habría hecho;* si cede "no es que tema sus iras," tradúzcase en castellano: "si cede no es porque tema sus iras."

No hay para que afrancesar el idioma castellano, ni se crean elegantes, sino ignorantes, las damas que se

ocupan en preparar el *trousseau* de alguna novia ó en buscar un *bijou* que haga *pendant* con otro de su *toilette*, y que le pegue al *marron glacé*.

Uno de nuestros escritores guatemaltecos ofreció pronunciar un discurso sobre "La manifestación literaria del sentimiento de independencia en la América Latina, y la recordación épica, legendaria y episódica de los hechos en que aquel sentimiento *se tradujo*." El discurso no se llegó á pronunciar, quedando sólo el título, con ese galícimo que muchos usan como manera que estiman elegante de decir; pero que en verdad no lo es, ni denota pulcritud en el idioma. Los sentimientos *no se traducen;* se revelan, se llevan á la práctica. Pudo decirse bien: "de los hechos que aquel sentimiento produjo ú ocasionó." "Las protestas se han *traducido* por impotencia," dice Baralt, es uno de los galicismos más groseros y extravagantes.

A pesar de las críticas de Cuervo, Ballesteros, Guzmán, Gómez é Izasa, la Academia Española admite en el diccionario *abonarse, abonado, abono*, por *subscribirse, subscriptor, subscrito; aburrición* por *tedio; ser de actualidad* por *ser de interés actual; acusar* por *revelar; administración* por *gobierno; afectar ser sabio* por *fingir sabiduría; aislarse* por *separarse del trato de las gentes; alternativas de la suerte* por *mudanzas*.

Muchos jóvenes américo-hispanos haciendo alardes de descastados, han sacado á volar un modernismo nauseabundo, que descoyunta el idioma, y agolpa los colores á la cara, salpicando de salacidades las narraciones más sucias, en lenguaje afrancesado de rabisalseras. La influencia de Rubén Darío ha sido decisiva, como fuéralo en otra edad la de Góngora, sólo que ambos corifeos con el genio incuestionable de sus creaciones, podían á las veces producir chispazos ó relámpagos, mientras que sus secuaces apenas si hacen brotar fuegos

fatuos en chistes de perendecas. Se puede ser modernista en literatura, sin dejar de rendir culto á la gramática, como lo son varios académicos de la lengua, que entran de lleno en las ampliaciones del arte, en las múltiples maneras de sentir, sin caer en dislates, ni renegar de la pureza de la lengua, de los fueros de la decencia y de los dictados del sentido común. Lo que no se puede, sin caer en ridículo, es imitar en genialidades á ciertos corifeos ó pontífices que, con las raras dotes que el cielo les dió, han hecho fortuna en el mundo literario. Cuando el autor de "Childe Harold" más brillaba, no faltaron presumidos que se dejasen melena al aire y corbata suelta. En los mejores tiempos de Castelar, algunos se rapaban la cabeza á ver si se convertían en oradores. Hoy los secuaces de Rubén maltratan el castellano y emplean rarísimas voces, como el mismo célebre autor de "Azul" lo dice:

La cruz que nos legaste padece mengua,
Y tras encanalladas revoluciones,
La canalla escritora mancha la lengua
Que escribieron Cervantes y Calderones.

Y así es en verdad, como se nota á diario en tanto medallón, camafeo, miniatura y hasta instantáneas, que andan por ahí "besando dolores, sorprendiendo sátiros, "admirando al dios Pan, solazándose con las dos glo-"riosas maravillas de fúlgido alabastro que surgen sobre "un busto de rosas con eucarística albura, que invocan "mordiscos mórvidos, y en noches carnavalescas" hacen otras cosas tan truculentas que asustarían al más desvergonzado y sacarían de quicios á la misma anafrodisia decadente.

La luz vespertina del pasado siglo vino á iluminar esas creaciones, congruentes por cierto con la anárquica

rebeldía á toda ley, á todo criterio, á toda alteza y dignidad. Cuando no hay nada que se respete, sino que por el contrario todo se disuelve, se contradice y se niega; cuando el culto de la ganancia positiva y la eceptica sumisión al éxito viene formando la norma de conducta de las sociedades, no es extraño que en literatura el decadentismo rompa hasta los moldes del sentido común y las leyes de la decencia y del idioma. Cada hombre se transforma en una cifra, no hay ideales, el goce se busca con hambre y se bebe de todas las fuentes. Es la época de los "chalets" literarios, de las excenas de café cantante, de danza de vientre y de cancán. Más todavía; de la adulación pestilente, en la que la pluma se prostituye, y los turibularios se desnudan de toda vergüenza para verderse como infames rameras.

De otro lado, debe evitarse exagerar la pureza del idioma, hasta el punto de que, como pretendió el autor del Diccionario de Galicismos, don Rafael María Baralt, sea galicano todo giro ó frase que al francés se asemeja. Por ejemplo, *hacer el deber* [*præstare offitium*] es tan castellano como *hacer la corte, hacer las paces, hacer el amor, hacer fortuna, hacer la barba* y tantos otros modos de decir que hay con el verbo *hacer*.

La Real Academia Española conserva, "como forma galiciana, la de "tener lugar," por "acaecer," "efectuarse;" y aunque reconoce que buenos escritores de los siglos XVI y XVII han usado tal expresión, recomienda que no se abuse de ella, sin acordarse de las muy propias y castizas que significan lo mismo, lo cual, dice la sabia Corporación, es defecto que importa corregir."

A primera vista ocurre preguntar ¿cómo si es forma galicana, la emplearon los clásicos? ¿por qué si constituye galicismo, se prohibe "el abuso" y no el uso de la frase?

En eso la Academia de la Lengua no estuvo explícita.

"Tener lugar," por "verificarse," "ocurrir," "suceder," no es galicismo. La misma Academia en su Diccionario [1852] autoriza lo que después vino á calificar de galicismo.

No sólo muchos escritores del siglo de oro de las letras castellanas usaron tal frase, sino que varios de los puristas modernos la han repetido, como muy castiza. "Cinco días habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior." [JUAN VALERA. "El Pájaro Verde," cap. VI.]—"El comercio intelectual de los árabes con éstos [los francos] y con los leoneses, navarros y otros pueblos independientes del norte de España, no pudo tener lugar de un modo extenso y permanente en los primeros tiempos de la dominación del Islam en la Península." [JUAN VALERA, "Poesía y Arte de los Árabes en España y Sicilia," tomo II, cap. XIV.] "Justísimos aplausos para la junta directiva que presidió el inolvidable Moreno Nieto, en tiempo de la cual tuvo lugar la suscripción con que se ha levantado este edificio—[Antonio Cánovas del Castillo.—Problemas contemporáneos, tomo II. Discurso pronunciado el día 31 de enero de 1884.] Pero volviendo á nuestro propósito, señora y amiga mía, os diré que mi historia empieza el día que tenía lugar en Constantinopla la fiesta llamada de los Tulipanes." [VÍCTOR BALAGUER.—Las Flores, cap. XII.] "Sobre todas las fiestas que hubo entonces, ninguna más digna de recuerdo que la ideada por los alumnos del Seminario de Vargas, erigido no mucho antes, y fecunda hijuela de la Sociedad Patriótica Vascongada: tuvo lugar el 23 de febrero, y por consiguiente á los pocos días del acontecimiento glorioso. [ANTONIO FERRER DEL RÍO.—Historia del reinado de Carlos III en España, libro V, cap. III.] "Lo expuesto en el párrafo anterior tiene lugar ya los herederos del marido difunto, mayores de veinticinco años, sean hijos y descendientes de ambos ó

extraños. [EUGENIO DE TAPIA.—Febrero Novísimo, tomo I, cap. VIII, núm. 31.] "La tutela legítima no tiene lugar respecto á los hijos naturales." [FLORENCIO GARCÍA GOYENA. Código Civil, Art. 270.] Don Andrés Bello, D. A. José de Irisarri y otros maestros de nuestra lengua, en América, han empleado el "tener lugar," por "suceder," "verificarse," "acaecer." "En la segunda de estas conjunciones, se proyectó sobre el hemisferio solar visible á la tierra, produciendo un eclipse parcial que no pudo observarse en Europa, pues tuvo lugar á eso de la media noche del meridiano de París." [BELLO. Cosmografía, cap. XI, núm. 6.]

La Academia Española no debió censurar ese uso, que ella misma justifica. Véase el "Diccionario" de esa Corporación, en el artículo destinado al verbo "haber," y se encontrará lo siguiente: "Verificarse, "tener lugar," ayer hubo una junta, mañana habrá función," Luego, según la Academia, puede decirse: "Ayer se verificó, ó "tuvo lugar" una junta; mañana se verificará, ó "tendrá lugar" una función." El propio Diccionario, en la palabra "lugar," enseña que significa "tener cabida," "suceder," "acontecer" una cosa.

No es, pues, galicismo el usar esa expresión tan general en España como en América. Ni se puede criticar "el abuso" de esa frase, porque "el abuso" de todo es malo, y no se comprende cómo pudiera abusarse de una manera de decir que emplea la misma Real Academia.

"Acaparar," "acaparador" y "acaparamiento" no son, como opina Baralt, galicismos innecesarios, sino voces necesarias y convenientes, que el uso ha sancionado.

"Administración" por Gobierno, y "administración" de un medicamento, son palabras injustamente censuradas, que el último Diccionario sanciona.

"Ignoble" no es galicismo. "Innoble" como escriben muchos, está mal formado, como lo estaría "innorante," "innominia," que son "ignorante," "ignominia."

Hacer alusión, es cometer un galicismo, según el inquisidor de la lengua, D. Rafael M. Baralt; pero, francamente no se nota entre *hacer referencia* y *hacer alusión*, nada que caracterice esta última frase de galicana.

Atendidas las circunstancias, *atendido* el caso, no son frases afrancesadas, ni mucho menos, por más que así se censuren.

Si fuéramos á evitar todas las palabras y giros que contiene el *Diccionario de Galicismos*, ya no podríamos hablar, ni escribir. Con razón decía D. Andrés Bello que no parece bien que la lengua francesa sea una sentina, de donde nada bueno pueda venirnos, sino infección y peste, sin que haya cuarentena que lo purifique, únicamente por existir allí, eso en medio de estársenos colando por todos los poros, las ideas, las doctrinas, las costumbres, las modas francesas. *Est modus in rebus.* Hay que huir de las cavilosidades de Baralt, que le hicieron apuntar en su diccionario de galicismos no pocos modos de decir castellanos puros que los franceses llevaron á su idioma, por la frecuente lectura de buenos escritores españoles, como dice D. Adolfo de Castro, en su *Libro de Galicismos.*

Hay muchas voces usadas en varias repúblicas hispano-americanas con cambio de letras, lo cual constituye una metátesis ó barbarismo. He aquí las metátesis más comunes entre nosotros:



Dicen mal:	Debe decirse:
Díceres	Decires
Destornillarse de risa	Desternillarse de risa
Areostático	Aerostático
Revoletea	Revolotea
Vagoroso	Vagaroso
Enculecarse	Enclocarse
Polvadera	Polvareda
Humadera	Humareda
Alfiñique	Alfeñique



Dicen mal:	Debe decirse:
Vinotería	Vinatería
Bordos	Bordes
Destornudar	Estornudar
Culeca	Clueca
Arresgar	Arriesgar
Arrevesado	Revesado
Ventríloco	Ventrílocuo
Arresgaba	Arriesgaba
Coaliguemos	Coliguemos
Coyontura	Coyuntura
Chisporreteo	Chisporroteo
Espuelear	Espolar
Culumpiarse	Columpiarse
Admósfera	Atmósfera
Crujidas	Crujías
Arción	Ación (de la montura)
Escupida	Escupido (esputo)
Almatroste	Armatoste
Replantigarse	Repantigarse
Inflingir	Infligir
Despulgar	Espulgar
Enamoriscarse	Enamoricarse
Incrustrar	Incrustar
Encuartelar	Acuartelar
Imantado	Imanado
Acolchonado	Acolchado
Entejar	Tejar
Desentejar	Destejar
Circustancia	Circunstancia
Costipar	Constipar
Estrinina	Estricnina
Persinarse	Persignarse
Rejindidura	Endedura
Pisón	Pisotón
Curtidos	Encurtidos
Amordazar	Enmordazar
Peregne	Perenne
Parparear	Parpadear
Cangro	Cancro
Canuto	Cañuto
Mallugar	Magullar



Dicen mal:	Dede decirse:
Revoltijo	Revoltillo
Cabresto	Cabestro
Prespicaz	Perspicaz
Catredal	Catedral
Dentrífico	Dentífrico
Empaderado	Emparedado
Empaderar	Emparedar
Humadera	Humareda
Polvadera	Polvareda
Paderón	Paredón
Prespectiva	Perspectiva
Prespicaz	Perspicaz
Redetir	Derretir
Prostergar	Postergar
Petrimetre	Petimetre
Madrasta	Madrastra
Fustrar	Frustrar
Murciégalo	Murciélago
Longaminidad	Longanimidad
Pachotada	Patochada
Tracamandana	Tracamundana
Naiden	Nadie
Mengala	Bengala
Mermejo	Bermejo
Menjuje	Menjurje



En Centro-América, lo mismo que en Chile y en otros países hispano-americanos, se ha arraigado el vicio, proveniente de algunos lugares de España, de suprimir, en la pronunciación la *d* final, como en *caridá*, *ciudá*, *juventú*, *paré*, *volunta*, *etc.*, qne deben escribirse y pronunciarse *caridad*, *ciudad*, *juventud*, *pared*, *voluntad*, *etc.*

Es de gente baja el decir "arquilar, carcular, delantar, alfarfa, pajal, pinal, sandial, rública, admósfera, estranjero, preceupto, proteición, astracción, astinencia, ostáculo, suterráneo, ausoluto, acsolver, ocservar, osceno, instrumento," en vez de lo correcto que es: "alquilar,

calcular, delantal, alfalfa, pajar, pinar, sandiar, rúbrica, atmósfera, extranjero, precepto, protección, abstracción, abstinencia, obstáculo, subterráneo, absoluto, absolver, observar, obseno, instrumento, etc.

Antiguamente se aspiraba la *h* al principio de muchas palabras, y de ahí viene que hasta ahora, en casi toda la América española, las personas mal educadas dicen: "jalar, jacha, azajar, juir, jeder," joyo," por "halar, hacha, azahar, huir, heder, hoyo."

Permutan muchos la *e* por *a*, como cuando usan "ciénega, frezada, bracelete," por "ciénaga. frazada, brazalete." No falta quienes digan "almitir, almirable, alvertir," en lugar de "admitir, admirable, advertir."

Es disparate decir *traspieses*, por *traspiés; desandó*, por *desanduvo; zambullir*, por *zabullir*.



Capítulo Tercero

NOMBRES Y APELLIDOS EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Los nombres de pila se han ido formando por el uso que, al principio, aplicó á un individuo ciertas cualidades morales, como se nota en *Benigno, Severo, Prudencio, Justo;* ó bien por la etimología, que después ha ido cambiando el vocablo en cada lengua; v. g., *Adán* (en hebreo significa terrenal ó tierra roja), *Eva* (vida), *Esaú* (velludo), *Job* (afligido), *Catalina* (en griego, pura), *Erasmo* (amable), *Ester* (estrella, buena fortuna), *Carlos* (en alemán antiguo, fuerte, magnánimo, varonil), *David* (amado), *Sara* (princesa), *Raquel* (oveja). En España predominaron, como era natural, los nombres cristianos para designar personas y se les acompañó del apellido ó nombre de familia que los visigodos no conocieron. En el siglo XIX empezaron esas denominaciones, en su forma más natural que es el *patronímico*, muy usadas por los griegos y romanos. Se aplicó al hijo el nombre del padre, pero con un prefijo ó subfijo, ó modificado á estilo de declinación latina; así de *Rodrigo*, llamóse al hijo [del latín *Rodericus*] *Roderici, Rodriguizi, Rudriquizi*, etc.; de *Sancho, Sánchez, Sáenz, Sanz* y *Saiz;* de *Diego*, reducido á *Die* y *Dia*, vienen *Diez* y *Diaz;* de *Fernando, Ferrando* y *Herrando* (*Fer* ó *Her*) resultaron *Fernández, Ferrant, Ferraz, Ferriz, Ferruz, Herran, Herranz, Hernández;* de *Pelayo* ó *Payo, Belaiz, Beláez, Peláz, Peláez, Pelayet, Paiz* y *Páez*.

El feudalismo dió origen á los apellidos de señorío que empezaron por el siglo XII, y se denominaron también solariegos ó de solar, análogos á los del sitio del nacimiento, que después han sido tan comunes: *Alvarez de las Asturias, Fernández de Córdoba, González de Batres, Diaz de Zamora, Delgado de Nájera, etc.* También los nombres de personas se tornaron en apellidos, como sucedió con los de algunos santos, ó los de títulos, oficios, acciones de guerra, caracteres morales, prendas físicas, apodos, nombres de animales, de árboles, etc., v. g.: "Alonzo, Pascual, Manuel; Sampedro, Samper, Santizo; Obispo, Abad; Coronel, Escudero, Berdugo, Matamoros, Espada, Lanza, Machuca; Bravo, Valiente, Gallardo, Zarco; Barbón, Panza, Lobo, Culebra, Zorrilla, Bacanegra, Naranjo, Pino."

Conozco apelativos ridículos, pero acaso el más feo de todos es el de un literato español que se firma *Uña*, y que hace recordar otro significativo que se usa por acá, y es *Gavilán*.

Hay nombres de familia que tienen curioso significado: *Aguirre*, lugar descampado; *Aldana*, el más vecino; *Amaya*, mesa ó loma extensa; *Arana*, ciruelo; *Arteaga*, encinal; *Duarte*, encinal frondoso; *Echeverría*, casa nueva; *García*, incendio de llamas agudas; *Ibarra*, valle estrecho; *Iriarte*, pueblo de encinos; *Iturbide*, camino de la fuente; *Ugarte*, isla; *Urrutia*, de lejos ó lejano; *Velasco*, muchos cuervos; *Zárate*, entrada de la selva.

Conto é Isaza, en su precioso diccionario ortográfico de apellidos, dicen que no se puede aceptar la doctrina de que, siendo los apellidos una especie de propiedad de los individuos ó de las familias, cada cual tiene derecho de escribirlos como les plazca. Así, por ejemplo, *Quesada* deberá escribirse con *s* y no con *z*.

En la América española se estropean muy frecuentemente los apellidos y los nombres de pila. Muchos dicen

Jetrudis ó *Jetrudes*, en vez de *Jertrudis; Eduvigis*, por *Eduviges; Grabiel*, en lugar de *Gabriel; Diopoldo*, por *Leopoldo.* No falta quienes escriban *Jeronónimo* con *G*, debiendo ser con *J*, de *Ieronimus.* Todos nuestros historiadores guatemaltecos han escrito Gavino con *v*, en lugar de *Gabino*, como debe escribirse. Tuvimos un Brigadier D. *Gabino* Gainza, poco leal á España y á la ortografía, que dió en escribir su nombre con *v*, y como era gobernador del reino de Guatemala, creyeron mis paisanos que así debía escribirse, como no faltaron muchos que escriben *General* con *J*, por cuanto así acostumbraba hacerlo el *Jeneral Justo Rufino Barrios.* Ni falta quien diga *Alifonso*, por *Ildefonso; Cleotilde*, por *Clotilde; Usebio*, por *Eusebio; Saturdino*, por *Saturnino; Estanislado*, por *Estanislao.*

Hay nombres de pila, entre nosotros, que no debieran admitirse en el Registro Civil, ni en las Partidas de Bautismo, como *Pioquinta*, femenino risible de Pío V, santo Papa; *Custodia, Salvadora; Felícito*, masculino extrambótico de *Felícitas*, venerable matrona, que se celebra el 10 de Julio, y que tuvo siete hijos mártires, bien que ninguno de ellos cargó con el nombre de *Felícito.* Aunque *Jesús* es nombre de varón, no faltan hembras llamadas *Jesúses*, y lo peor es que les dicen *Chuses*, así como hay varones llamados *Dolores*, á queines denominan *Lolos.* Encarnación, Concepción, Remedios, Pilar, son nombres que sólo en español se usan, y que debido á la costumbre de oírlos no nos parecen estrafalarios. María, que significa estrella del mar, es bellísimo nombre que en todas las lenguas se encuentra. En varias repúblicas américo-hispanas dan el nombre de Presentación, Trinidad y Mercedes á hombres y á mujeres, con menosprecio del sentido común, de la veneración religiosa y de las leyes de la Gramática. El general Trinidad Cabañas se hizo célebre en nuestra historia, y yo conocí á una *niña* Tri-

nidad, amojamada, belitre y vejancona, que era una en lo repugnante y trina en sus cualidades Pero en esto de nombres, puede subir la cosa de punto, ya que suele haber por ahí algunos que se llaman Cananéo, Sangre de Cristo, Sacramento, Encarnación, Copón, Longino, Anteportam y Circunsición.

Don Espíritu Santo Morales ha sido uno de los corifeos revolucionarios de Colombia, y en los despachos cablegráficos se ha repetido mucho el nombre estrafalario de ese general, que más tendrá de espíritu maligno, que de Espíritu Santo.

Las Zoraidas, Edelmiras, Esmeraldas, Corinas, Perlas, Bolivias, Guiselas, Odilias, Lidias, Icleas, Evecildas, Gudelias, Zoilas, Priscas, Avelindas, son en cambio románticas denominaciones. Por Costa Rica, Colombia y otras repúblicas americanas, hilan delgado para bautizar á una criatura, y acaban, después de discutir el nombre, por ponerle Trasíbulo, Biglemisa, Dositeo, Terencio, Ascensión, Policarpo, Lisandro, Diódoro, Clímaco, Recaredo, Apolo, Crispín, Vitalino, Mario, Ladislao, Acacio, Nieves, Macabo, Oswaldo, Efraín, Pastora, Aristides, Rubén, Heliodoro, Eudaldo, Domitila, Flavio, Erasmo, Adalberto, Epifanía, Emérita, Deidamía, Auristela, etc.

Llegan algunos á cambiar el sexo á los santos, como cuando un hombre se llama *Jovita*, sin parar mientes en que así se denominaba la mujer de San Faustino mártir, que se celebra para más señas el 15 de febrero. En cambio conozco yo una *Corsina* que le ha quitado, por lo visto, el apellido á San Andrés. Las que se llaman *Atalas* despojan al santo abad Atalo de su carácter masculino. Las *Evaristas* y *Servandas*, que nacen el 23 de octubre, debieran llevar otros nombres, porque Servando y Evaristo fueron mártires varones. Conozco á una señora doña *Exequiel*, que en vez de andar entre dos leones como el profeta, anda entre sus niños, que le dan más que hacer que los cachorros de tales fieras.

En Guatemala, como en otras partes, tiende el uso á hacer esdrújulos los nombres de Aristides y Sardanapalo, que propiamente son graves, de suerte que carga el acento en la última sílaba (Cuervo, Ap. Crit. p. 20 y 24—Bello Orto. y Uct. p. 50 y 171.)

Unos escriben Ceballos, con *b* y otros Cevallos con *v*. Ambas formas son usados en España y América, debiéndose estimar correctas; así como *Zabala* y *Zavala*.

Es indudable que, como nombre de mujer, se ha escrito *Helena* y *Elena;* pero hoy debe ser sin *h*, salvo cuando significa un meteoro ó estrella, que entonces lleva la *h*. Fernández Cuesta y Bello, hablando de la madre de Constantino, escriben *Santa Elena.*

Enrique, Enriqueta y *Enríquez* se escriben en buen español, sin *h*, aunque aquí en Guatemala todos acostumbran escribir *Henríquez*, lo cual huele á portugués. No hay duda de que el patronímico debe conservar la forma del primitivo, *Enríquez;* y en efecto, así lo escriben la academia (*Dic. y Gram.* p. p. 342 y 365) Godoy Alcántara (*apellidos castellanos*, p. 107) Rios y Rios *apell. cast.* p. p. 165, 197, 219 y 223) Marroquín [Ort: 1869], Mariana: César Conto y Emilano Isaza ["Diccionario Ort. de apellidos y de nombres propios de personas, p. 96.]

En castellano no hay nombres que comiencen con *s* líquida, ó sea seguida de consonante. Así es que *Escévola, Escipión* y *Espínola* deben escribirse con *E.* [Bello, Ort. y Met. p. 14 y 15] como los trae Fernández Cuesta en su Dic. Enciclopédico. El apellido italiano *Spínola*, de un célebre general que figuró en España, se ha castellanizado, escribiéndose Espínola, según lo enseñan Isaza y Conto, en el Diccionario Ortográfico de Apellidos. Mi maestro de escritura don Vicente Espínola, así escribía su apelativo; después, su hijo don Rafael, se firmaba Spínola.

Tanto Flores como Florez son legítimos, con *s* ó con *z* al fin [Ríos y Rios, apellidos castellanos.]

Guatimozín, esta es la forma que da Solís al nombre del desventurado emperador azteca; Prescott dice que por eufonía pronunciaban así los españoles; pero que el nombre era *Quahutimotzín.* En la magnífica obra "*México á través de los Siglos*" se le llama *Quahutimoc*, que es el verdadero nombre; pero en azteca se agrega *tzín*, en señal de reverencia, á los nombres de emperadores y grandes nobles; así á *Cuitlahüa* se llamó *Cuitlahuatzín*, y á *Quahutimoc*, *Quahutimoctzín.*

En la América Central, todos escriben el apellido *Saravia* con *v*, como lo escribía el capitán general don Antonio González Mollinedo y Saravia; pero la verdad es que en aquellos buenos tiempos no se había fijado mucho la ortografía, que por otra parte ni los mismos gobernadores y virreyes conocían bien. El célebre don Gabino Gaínza, cuya fidelidad á España corría parejas con su lealtad á los cánones de la lengua, escribió siempre *Gavino*, y de ahí que todos nuestros historiadores y periodistas hayan cometido ese yerro de usar la *v* en vez de la *b*, en dicho nombre. Pues lo mismo ha sucedido con *Saravia*, que en España y varios países de América, se escribe con *b* labial, según lo traen Godoy y Alcántara (*apellidos castellados*, p. 269) Fernández Cuesta y Prescott. El apellido y el nombre del lugar son vascos, y vienen de *Sara* selva, y *bia* bajio (selva del bajío) al decir de Irigoyen, que tiene tanta fama en esto de la etimología de los nombres. Nuestro amigo César Conto, que murió aquí en Guatemala, y el célebre Emiliano Isaza, grandes autoridades, enseñan que *Sarabia* debe escribirse con *b*, (Diccionario Ort. de apellidos, p. 109.)

Tanto en España como en América se escribe *Tobar* y *Tovar* indistintamente, como sucede con *Vásquez* y *Vázquez*, bien que lo más propio es Vásquez, con *s* en la primera sílaba.

En España, y en alguna República del Sur de América, escriben *Vengoechea.* En vascnense es *Bengoechea* (casa de más abajo).

Si se escribe *Arboleda* y no *Arvoleda*, deribado de árbol, no hay razón alguna porque muchos usen *Aceval Acevedo*, derivados de *acebo*, qne deben escribirse con *b.*

Es curioso el significado de tantos apellidos vascos, que por acá se usan; por ejemplo: *Arrechea*, casa de piedra; *Arroyave*, hondonada con cuevas; *Arrivillaga*, dos piedras juntas; *Arrechavala*, piedra ancha; *Arriaga*, pedregal; *Aguirre*, sitio desmontado; *Larrave*, zarzal de abajo; *Larrazábal*, zarzal ancho; *Lizarralde*, próximo á un encinal; *Larraondo*, junto á la zarza; *Durán*, abundancia de agua; *Duarte*, encinal frondoso; *Elizondo*, inmediato á la iglesia; *García*, incendio de llamas agudas; *Herrarte*, roble del molino; *Iriarte*, roble del pueblo; *Isaza*, retama; *Iturbide*, camino de la fuente; *Ibarra*, llanura estrecha; *Mendizábal*, monte alto; *Orta*, huerta; *Viteri*, dos pueblos casi juntos; *Velasco*, muchos cuervos; *Zaldívar*, valle de caballos; *Zárate*, entrada de la selva; *Zúñiga*, conformidad; *Urrutia*, lejano; *Ugarte*, isla.

Muchos otros apellidos trae la interesante obra de Godoy y Alcántara, de la cual he entresacado los que preceden.

En Centro-América son usuales también los derivados de lenguas indígenas, como *Acú*, flautista; *Ajisabal*, brujo del baile; *Ajisac*, cantor del castillo, bardo; *Ajtzip*, el que escribe, escribano; *Cojón*, instrumento; *Coj*, león; *Cojolá*, hijo de las cañas, plebeyo; *Canel*, díscolo, bravo; *Chim*, matate, red; *Cojulún*, tiene su cabeza, talentoso; *Cospín*, colmena; *Chajón*, aseado; *Chicoj*, boca de león; *Chanquín*, amarga paja; *Chamac*, perdona mis faltas; *Choj*, pendencia; *Jolín*, cabeza; *Jumuchi*, muchísimo; *Lacón*, amador; *Mú*, sombra; *Mos*, tuerto; *Patzán*, caña de maíz; *Pec*, holote; *Pqcón*, picante; *Suruy*, afeminado; *Tucuz*, paloma montés, etc.

Nuestros indios llevan algunas veces apelativos ridículos y raros como Juan *Tepego*, Pedro *Tumadre*, Lucas *Culebra*, lo cual nada tiene de extraño, cuando en Madrid figura don *J. Uña*, literato bastante conocido. Algunas veces los indígenas contraen una parte de su nombre y la unen con el apelido, v. g. *Martir Coc*, dice llamarse *Tircoc; María Pec, Marpec;* y acaso, el famoso cacique araucano *Lucayán*, que sirvió de protagonista al episodio relatado por Eva Canel, haya sido bautizado con los nombres *Lucas Yán*.

Entre otros de los muchos nombres y apellidos que pronunciamos mal, podemos citar los siguientes: Decimos *Alcibiades, Abrán, Antioco, Arístides, Calisto, Catarina, Innacio, Mitrídates, Tíbulo, Cátulo*, debiendo ser *Alcibíades, Abraham, Antíoco, Aristides, Calixto, Catalina, Ignacia, Mitridates, Tibulo, Catulo.* Es común también alterar la ortografía de algunos apellidos, por aquellos ignorantes que escriben mal *Benavídez, Cortez, Montañez, Chávez, Lozada, Maz, Meza, Córdova*, que deben escribirse *Benavides, Cortés, Montañés, Chaves, Losada, Mas, Mesa, Quesada, Córdoba*, etc.

Existe en algunos países de América la costumbre, que muchas censuran y á no pocos les choca, de agregar al apellido la letra inicial de otro, v. g.: Rodríguez C., Morales T., Sánchez M., siendo á la verdad más conveniente escribir el otro apellido, si hubiere necesidad.

La mayor parte de los apellidos españoles y américo-hispanos traen su origen de la lengua vasca, y son muy significativos, según lo indicamos al principio de este artículo. Los apellidos castellanos se generalizaron por el siglo X; pero fué en el XIII, con la batalla de las Navas y las conquistas de Andalucía y Murcia, cuando se afirmaron, extendiéndose la nueva lengua y llegando á ser el idioma oficial. En el siglo de oro, en tiempo de Cervantes, cuando más brilló la lengua de Castilla, ad-

quirieron los apellidos estabilidad en su transmisión por medio de los libros parroquiales, si bien la ortografía aún no se hallaba fijada, pues hasta el mismo autor del Quijote firmaba *Cerbantes*.

Para concluir, diremos que ya se va destruyendo la mala costumbre de apocopar los títulos antes de los nombres, y de decir, entre el vulgo: *ño* Francisco, *ña* Manuela, por el señor ó la señora.

Es ridículo el colmo de cortesía con que algunos que creen que la partícula *de* es señal de nobleza, la agregan á los apelativos de aquellos con quienes hablan, y dicen: ¿cómo está usted señor de *Cospín?* pase usted adelante señor de *Uña*. Ese *de* no es, ni en España, signo de ilustre apellido. Denota que el que lo lleva procede *de* cierto lugar, como *de* Oviedo, *de* Aragón, etc.

Es muy curioso estudiar, entre los apelativos de cada país hispano-americado, el cúmulo de los que procedían de las provincias vascas, de Andalucía, de Castilla y de cada una de las diversas regiones de España, de donde vinieron los conquistadores á fundar muchos pueblos, de nueva raza, y de costumbres nuevas. A los infelices indios los bautizaban hasta con hisopo, rociándolos, en masa, y sin ponerles nombre. *José* y *María* eran los únicos que genéricamente les aplicaban, siendo curioso que, hasta el día, para llamar á un indio, cuyo nombre se ignora, le dicen: vé José, oye María. El oleaje de aborígenes que acá se agitaba en luchas bárbaras, fué al principio para los españoles un conjunto anónimo. Esto no obstó para que desde un principio los bravos castellanos, como Cortés y Alvarado, se unieran amorosamente con doña Marina y la Xicotenga, cuya belleza pregona la tradición, y cuyas historias peregrinas quedan en romances de aquellos tiempos de luchas sangrientas y memorables hazañas. Las razas se mezclaron, y germinó la américo-hispana, tomando los nombres y apellidos de los conquistadores, y viendo con desdén los aborígenes como de inferior condición y calidad.

CAPÍTULO CUARTO

MORFOLOGÍA AMÉRICO-HISPANA

Son muy comunes los siguientes plurales:

INCORRECTOS:	CORRECTOS:
Pieses	Piés
Pagarées	Pagarés
Cafées	Cafés
Corsées	Corsés
Mamáes	Mamás
Papáes	Papás
Revolvers	Revólveres
Rubís	Rubíes
Sofaes	Sofás

La formación del plural sigue las reglas siguientes: Se agrega *s* al singular en las voces terminadas en vocal no aguda: *vela*, *velas;* si terminan en *i* precedida de vocal, lo hace en *yes*, como *buey bueyes*. Si el singular acaba en vocal aguda ó en una consonante, se añade *es*, v. g. *ají ajíes; árbol, árboles*. Los acabados en *s* y en *x* no agudas, no tienen terminación distinta para el plural: *jueves, fénix*.

Las principales excepciones de las reglas son:

Singular:	Plural:
Alférez	Alférez ó Alféreces
Avemaría	Avemarías
Barbacana	Barbacanas
Carácter	Caracteres
Cualquiera	Cualesquiera
Hijodalgo	Hijosdalgo
Lord	Lores
Mamá	Mamás
Montepío	Montepíos
Papá	Papás
Padrenuestro	Padrenuestros
Pié	Piés
Quienquiera	Quienesquiera
Régimen	Regímenes
Sofá	Sofás
Vanagloria	Vanaglorias

Muchos usan en singular las siguientes voces, que sólo tienen la forma plural:

Incorrectos:	Correctos:
Albricia	Albricias
Cumpleaño	Cumpleaños
Cosquilla	Cosquillas
Despabiladera	Despabiladeras
Alicate	Alicates
Tijera	Tijeras
Tiniebla	Tienieblas
Enagua	Enaguas
Entendedera	Entendederas
Pantalón	Pantalones
Antiparra	Antiparras
Posadera	Posaderas
Arra	Arras
Anda	Andas
Infula	Infulas
Andurrial	Andurriales
Calzoncillo	Calzoncillos
Espensa	Espensas
Fauce	Fauces
Nupcia	Nupcias
Pinza	Pinzas

Así como las palabras compuestas crítico-burlesco, lírico-dramático, américo-hispano, etc. forman su plural con el del último componente, debe decirse *sordomudos* y no *sordosmudos*. Balmes escribió, en la Filosofía Elemental: "Están acordes con este hecho declaraciones de varios maestros de *sordomudos*, quienes atestiguan que antes de la enseñanza el sordomudo no conoce las verdades metafísicas." El arte de enseñar á leer á los *sordomudos* fué invención del español fray Pedro Ponce de León" (Mesonero). Aunque don Luis Fernández Guerra y Orbe haya escrito *sordosmudos*, lo correcto es darle el plural sólo al último vocablo componente.

La palabra *montepíos* sigue esa regla, por más que Jovellanos haya dicho *montespíos*.

Américo-hispanos no se encuentra en el diccionario, sino *hispano-americanos*; pero á la verdad es más propio designar con aquel nombre á los nacidos en América, de raza hispana.

Las afueras se usa en plural y prevalece el género femenino, por más que muchos lo consideren como ambiguo.

El adjetivo no se sustantiva en la inflexión superlativa: por ejemplo, dícese *los muy ricos*, pero no *los riquísimos; lo muy dulce*, pero no *lo dulcísimo*.

Sólo en poesía pudiera decirse *el Alpe, el Ande*; porque siempre llevan la forma plural *los Alpes, las Azores, las Antillas*.

Matemáticas se usa en el plural, aunque antiguamente se decía *la matemática*.

Credenciales no tiene singular, de suerte que *mi credencial* es un disparate.

Las palabras latinas castellanizadas *exequatur*, *veto* no tienen plural. Es ridículo decir *los álbums ó álbumes*.

El plural de *régimen* es *regímenes*.

Se emplea el masculino en vez del femenino:

Incorrecto:	Correcto:
El sartén	La sartén
El azumbre	La azumbre
El boa	La boa
El sazón	La sazón
El sobrepelliz	La sobrepelliz
El túnico	La túnica
El almácigo	La almáciga
El amatista (anticuudo)	La amatista

Se emplea el femenino en lugar del masculino:

Incorrecto:	Corecto:
La cortaplumas	El cortaplumas
La portamoneda	El portamonedas
La llama (animal)	El llama (del Perú)
La alarma	El alarma
La postre	El postre
La bandolina	El bandolín
La redondela	El redondel
La tarjetera	El tarjetero
La azucarera	El azucarero
La génesis	El génesis

Es harto vulgar la acentuación del enclítico:

Incorrecto:	Correcto:
Digamé	Dígame
Esperelé	Espérele
Sientesé	Siéntese
Echalé	Echale
Escribeseló	Escríbeselo

Es vicio de España y América el decir:

Incorrecto:		Correcto:
Chispiar		Chispear
Asoliar		Asolear
Abofetiar		Abofetear
Bombardiar		Bombardear
Cabeciar		Cabecear
Caldiar		Caldear
Deliniar		Delinear
Fantasiar		Fantasear
Galantiar		Galantear
Pasiar		Pasear
Regatiar		Regatear
Rodiar		Rodear
Tambaliar		Tambalear
Zarandiar		Zarandear

Los pretéritos de algunos de esos verbos son:

Incorrectos:		Correctos:
Pasié		Paseé
Asolié		Asoleé
Rodié		Rodeé
Galantié		Galanteé
Telegrafié		Telegrafeé
Telefonié		Telefoneé
Marié		Mareé
Delinié		Delineé
Fantasié		Fantaseé

En la América Central en México y en casi toda la América del Sur, se ha conservado la forma antigua:

Incorrecta hoy:		Correcta:
Amastes		Amaste
Temistes		Temiste
Bajastes		Bajaste
Subistes		Subiste

Icorrecta hoy:		Correcta:
Acostáte		Acuéstate
Sentáte		Siéntate
Levantáte		Levántate
Colocá		Coloca
Recordá		Recuerda
Movéte		Muévete
Poné		Pon
Comé		Cóme
Subíte		Súbete
Decí		Dí
Salí		Sal
Vení		Ven
Subí		Sube

Es vulgar en extremo el decir:

Incorrectamente:		Correctamente:
Habís		Has
Habemos		Hemos
Haiga		Haya
Haigan		Hayan

En la América española, como que hay cierta tendencia á preferir el género femenino de las cosas, en vez del masculino que les corresponde. *La azucarera*, en vez de *el azucarero*, *la portamoneda* por *el portamoneda*, la *tinajera* en lugar de *el tinajero*, *la melera* por *el melero*, *la lora* en lugar de *el loro*, *la pantufla* que es *el pantuflo*, *su merecida*, que debe ser *su merecido*. "estar en las últimas," que es "estar en los últimos" *la bandolina* que debe ser *el bandolín*. En cambio, decimos *el* sartén, *el* asumbre, *el* boa, *el* sazón, *el* túnico, *el* almácigo, *el* amatista, que son todos femeninos.

En los nombres compuestos nos inclinamos al singular, como "la tijera, la tenaza, la despaviladera, la anda,

la pinza, la parihuela, la cacha, el alicate, el pantalón, el calzón, el calzoncillo, la nagua [enagua], el cortapluma, el buscaniguas [buscapiques], el paragua, el portapluma, etc."

"Esa misma tendencia democrática, para decirlo de una vez, como lo enseña don Pedro Paz Soldán y Unanue, es la que nos lleva de manera sorprendente, á preferir la palabra vulgar á la culta, sea que la equivalga en todas sus partes, casos en los que no revelamos sino mal gusto, sea que no la corresponda exactamente, y entonces cometemos una doble falta. Allá van copiosos ejemplos. Mucho más decimos *pescado* que pez, *candela* que lumbre, *colorado* que rojo, *plata* que dinero, *pila* que fuente, *barriga* que vientre, *baraja* que naipe, *pelo* que cabello, *cáscara* que corteza, flojera [aguadencia] que pereza, "cachete" que carrillo, "palo" que madera, "migajón" que miga, "pellejo" que piel, "tierra" que polvo, "animal" que bicho ó sabandija, "amarrar" que atar, "moverse" que menearse, "corazonada" que presentimiento, "pleito" que riña, "piedra" que guijarro, "patada" que coz, "patear" por cocear, "pelear" por reñir, "pozo" que alfeizar, "tabla" ó "estante" por anaquel, "anda vete" por vete, "chicote," "chicotazo," "chicotillo," y "chicotear," por látigo y sus derivados, "rienda" por brida, "afrecho" por salvado, "arenillero" por salvadera, etc."

Adrede he transcrito ese párrafo del autor del Diccionario de Peruanismo, para que se note que en toda la América española se habla de ese modo, lo cual prueba que lo heredamos de nuestros antepasados los españoles que vinieron de Andalucía y de otras provincias de España. Así hablaban en realidad, Pizarro, Cortés, Alvarado y los demás conquistadores. Léase la Verídica Historia de Bernal Díaz del Castillo y se notará lo que queda expuesto. Salvo algunos regionalismos, algunos

modos peculiares de cada localidad, y algunos vocablos indígenas, lo demás vino de España, con la pimienta de Castilla, las palomas de Castilla, la cera de Castilla y tantas otras cosas de Castilla.

En nuestra habla abundan términos de marina, como que era gente de mar mucha de la que primero llegó á las costas americanas, cuando los españoles las conquistaron. Por acá se "amarra" la corbata, se "amarra" la cara, y yo conocí á un presidente que siempre decía tener bien "amarrados los calzones." Muy común es oír, en estos países, rancho, ranchar, ranchería, cabuya, zafarrancho, botar, guindar, largarse, abarrotar, trincar, virar, zafar, tumbar, pasar crujía, chubasco, cimarrón, ciénega, dengue, damajuana, batea, rol, brisa, morro, socucho, ramalazo, rasqueta, y otras palabras de marineros y grumetes, que fueron popularizadas por aquellos traficantes de Cádiz que venían á América, como conquistadores y mercaderes.

Si en Madrid y en Castilla no se oye tal lenguaje, no deja por eso de haber sido traído aquí por los mismos españoles, que al través del tiempo, no reconocen la propia semilla que sembraron, como no recordaba el célebre Bernal Díaz del Castillo ser él quien había plantado los primeros naranjos que en estas tierras se vieron. Al comer el historiador las dulces frutas, no paraba mientes en que él mismo había traído las semillas.

En España dicen "habichuela," "judía," "alubia," mientras que en América le llaman "frijol" (con acento en la última sílaba) y no "fríjol" ó "fréjol" como escribe la Academia. Los primitivos historiadores de las Indias usan la palabra "frijol" escribiendo con la ortografía de aquella época: "frixol," "frisol," más cerca del latino "phaseolus." No es, por lo tanto, americanismo, sino palabra española anticuada en la Península, con perdón de Salvá, quien ignoraba que Antonio de Lebrija había dicho: "Phasiolus legumen idem ab hisp. dicitur" "frisoles."

Los frailes y los licenciados, que alternaban con los marinos y soldados, dejaron nombres latinos, y tomaron en cambio otros de las lenguas de los aborígenes, como "aguacate, chocolate, mecate, saragate, zacate, soyate, petate, tecomate, tomate, ayote, apasote, camote, coyote, achiote, olote, chayote, tecolote, jocote, elote, ocote, zopilote, zapote, chile, chilmole, chinama, cuache, atol, totopoxte, cacahuete, cacao, cutarra, milpa, guacal, guacamol, jícaro, nopal, petaca, zarape, sensonte, tamal, pulque, apaste, cajete," y otros muchos derivados del mexicano, de los cuales unos ya figuran y otros no aparecen en el Diccionario de la Real Academia, que contiene además muchos vocablos como originarios del Nuevo Mundo, no siéndolo, según lo han demostrado claramente don José Ignacio de Armas y don José Miguel Macías, americanistas insignes, y el eximio filólogo don Julio Calcaño, en su opúsculo intitulado "El Castellano en Venezuela."

Del quechua de los antiguos peruanos tenemos no pocas voces esparcidas por toda la América hispana, v. g. "cancha, canche, cóndor, china, (niñera) chirimoya, guanaco, huaca, coca, jaguar, mate, pampa, puche." El quechua, precioso idioma monosilábico aglutinante, dominó una vasta extensión de la América Meridional, lo mismo que el aymará, que también ha dejado palabras castellanizadas. Los nombres de lugares, ríos, comarcas, plantas, animales, y otros muchos objetos que existen en esas lenguas, se hayan extendidos por una vasta región, como lo ha hecho observar el filológo boliviano don Carlos Felipe Beltrán.

Del quiché y cakchiquel se usan por Centro-América, muchísimos vocablos, que andan en boca de todos: "masacuata, chinchintorro, huisache, huisquil, huis, quijiniqüiles, chipe, chay, chalchigüites, tzuquinay, tun, huipil, chichigua, cachalote, cachar, camote, camagua,

calpul, tuna, tiste, tecomate, tenamaste, tempisque, hule, tazol, zutes," y tantos nombres geográficcs ó de lugares como entre nosotros abundan, y que son puros nombres indígenas. Comenzando por "Guatemala," que fué "Guathimala" y "Goatemala" en las antiguas crónicas, resulta provenir de aquel lugar llamado "Quahutemalán," "Iximché," en el cual se fundó, el 25 de Julio de 1524, por don Pedro de Alvarado, la primera capital del reino, con el nombre de "Cibdad de Santiago de los Caballeros de Goathemala." Muchos nombres de departamentos, ciudades y villas tenemos que son aztecas, como "Quezaltenango, lugar del Quetzal; Mazatenango, lugar de los venados; Huehuetenango, lugar de los viejos; Tzololá, sauco y agua ó lugar de cosas antiguas: Cuyotenango, lugar de coyotes; Tecpán, palacio real; Pochuta, abundancia de ceibas; Amatitlán, entre los amates; Atitlán, entre el agua; Teculutlán, entre los buhos; Usumatlán, entre los monos; Acasaguastlán, entre la grama; Jocotán, entre los frutales; Tectictlán, entre las piedras; Ixhuatán, entre las palmeras, Yepocapa, entre el agua dormida; Sacapulas, abundancia de zacate.

¡Fenómeno curioso! Instigados por la codicia venían los conquistadores españoles, dejando, sin sentirlo, los gérmenes de un lenguaje nuevo, y subyugados por el fanatismo religioso, bautizaban aquí y allí, un lugar, un pueblo, un río, con nombres de santos casi siempre. Tras aquellos heroicos soldados, venían también á la conquista de Guatemala millares de aztecas, en ayuda de los "hombres pálidos" que por México los habian vencido, y seguían á "Tonatiúh" [hijo del sol] á don Pedro de Alvarado, que ensangrentaba hasta las aguas de los ríos ["Xequijel," río de rangre]. Ellos también, los aztecas, iban dejando tras la luctuosa hecatombe de sus hermanos, mnchísimas voces que han alcanzado larga vida: tanto puede la fuerza; tanto alcanza la victoria, tanto sufren y

cambian las nacionalidades cuando sucumben y se transforman—como la crisálida que en mariposa se torna—que hasta los idiomas mueren, los ríos siguen corriendo con nombres diversos y los pueblos ya no se llaman como antes se llamaban. Con la invasión de los bárbaros del norte acabó el latín de ser lengua vulgar; pero cada lengua muerta resuena como un eco prolongado, cual suspiro que lanzan las razas, al través de la vida, desde los remotos antros del tiempo en que existieron.

Las lenguas primitivas de estas comarcas indianas se escuchan todavía en muchos lugares, y aún se hablan por tribus que al fin sucumbirán, y que por hoy esmaltan el azteca, el quiché, el cakchiquel, el tzutugil, el poconchí, y sus demás dialectos, con palabras castellanas. A su vez, aquellos idiomas antiguos dan al español que nosotros hablamos, no sólo un gran caudal de voces, sino ciertos acentos que persisten vibrando en la pronunciación local.

De esos vocablos hay muchos regionales, otros provinciales y no pocos locales. Aquellos que en toda la América Española han sentado plaza, usándose por millares de hombres cultos, los "americanismos," debieran figurar en el inventario de la lengua, en el Léxico Castellano.

Y no se diga—como cuando en cierta ocasión me quiso chafar un periodista de Nicaragua—que se desnaturaliza la lengua con voces quechuas, aymaraes, mexicanas, etc., ya que no sólo raíces árabes, griegas ó latinas son las de buena alcurnia. Esa nobleza tradicional no cuadra con un idioma que tuvo que mezclarse tanto como el español en América. No es exacto decir que el castellano es hijo del latín, ni del vasco, ni de ningún otro idioma de los que en aquella heroica tierra del Cid y de Pelayo se han hablado. En el castellano, como en todas las lenguas romances, hubo una fusión que del lenguaje

del Lacio arrancó, pero que tantas transformaciones ha sufrido, tan heterogeneos elementos hase asimilado, que ha venido á ser una lengua nueva, distinta de las otras; un idioma vivo, que naturalmente absorve los elementos que le sirven precisamente para su existencia y desarrollo. Mata y Araujo, Burriel, Torres, y los otros filólogos que desde el P. Sarmiento, para acá, han venido recontando las voces del diccionario y sus genealogías, danle al español, entre sus orígenes peninsulares, el que le han prestado "otras lenguas." Más de trescientos años hace que Juan de Guzmán, en sus "Anotaciones á la primera Geórgica," dijo: "Y cierto que es bien, que cuando el nombre es sonante y usado de los nuestros en algunas partes, que todos nos aprovechemos del, siquier por que nuestra lengua se enriquezca de estos vocablos peregrinos, que será señal, si en otro tiempo nuestro señor determinare hacer otra cosa, que Monarquía estuvo en España, y que tuvo señorío en aquellas gentes, de quien tomó aquellos vocablos." Todas las palabras cuentan la historia de las lenguas de la tierra. El geólogo no solamente aprecia los diamantes, sino también los cuarzos. Hasta en los vocablos busca la vanidad orígenes encumbrados y exóticos.

El ilustre literato, diplomático y publicista argentino, el doctor don Vicente G. Quesada, que ha representado muy bien á su patria en Madrid, opinaba con el mismo criterio americano—sin pretender la anarquía del idioma, sino al revés ampliamente unificándolo—que se celebrase un Congreso del Lenguaje Español, tanto más necesario cuanto que las lenguas americanas han incorporado multitud de vocablos al idioma de los conquistadores; enriqueciéndolo así, y desde luego no es dable desdeñar el concurso que la América puede y debe prestar, para la mayor cultura y brillo de la lengua española.—("El Idioma Nacional.")

La misma Real Academia, cuya ilustración y autoridad la constituyen en Senado, digamos así, que legisla "para todos" estos países en donde el español se habla, y no sólo para España, ha admitido últimamente muchos "americanismos," muchas voces procedentes de los idiomas indígenas, muchos regionalismos de América. La cuestión, pues, es que admita todos los "americanismos" con amplitud de criterio, considerándonos parte integral y activa en el proceso de la lengua que "todos" usamos en la América Española, sin romper las leyes de la estructura del habla, ni propender á la anarquía y á la devastación.

Harto significa la conquista de un Mundo, la dominación de tres siglos, el esparcimiento de la cultura latina, entre millones de hombres, para que la lengua común, *el castellano en América*, tenga resonancia y legitimidad ante el Areópago de España.

No abogamos por el aniquilamiento, sino por el ensanche; ó mejor dicho, abogamos porque la realidad de las cosas prevalezca, y las leyes del idioma se acomoden al uso y al voto de las grandes mayorías. Queremos la autoridad, pero también queremos que se funde en los hechos, que siempre se imponen y prevalecen. El hecho es que las repúblicas de la América latina son las llamadas á hacer que perdure en el mundo la civilización que heredamos de Roma y el habla que heredamos de Castilla.

Los mismos conquistadores fueron los primeros que en largas y atrevidas expediciones iban esparciendo ciertas voces que, si fuera lícito, diríase que emigraban con ellos de un lugar á otro distante. Bajaban los vocablos de la parte septentrional de México, por Yucatán y Centro-América hasta Panamá, de tal modo que si se compara la manera de hablar de Nueva España, Nueva Granada y aun el Ecuador, con los regionalismos de Centro-América, hay marcada analogía, conservándose inalte-

rables muchas voces indígenas en todo el gran itsmo que desde Río Grande hasta Cartagena se extiende. Los vicios del lenguaje, los arcaìsmos, la morfología y hasta el colorido de la dicción, llegó al Perú, en donde el quechua prevalece, y existió el famoso imperio de los incas, cuya cultura, idioma y costumbres se extendían también muy lejos, dominando quizás cuanto estaba al frente y al Sur, no parando hasta tropezar con la familia guaraní hacia el levante, la caribe al septentrión y la azteca en las fronteras más septentrionales del itsmo. El antiguo anáhuac dejó regada su semilla por un grandísimo territorio.

No han menester los vocablos para extenderse y vivir que la alcurnia latina ó griega los abone, cuando responden á ideas y pensamientos que expresan gráficamente y que hasta caracterizan con armonía imitativa. No había en las lenguas europeas una voz que denotase la tempestuosa destrucción del viento, que en un instante se embravece y recorre inmensas distancias, arrasando ciudades, arrancando seculares árboles, y convirtiendo en caos y en muerte y en destrozos la zona que recorre. El *huracán* era en la teogonía de los indios quichés el dios terrible del estrago y de la ruina, según aparece en el *Popol-Vuh*, ó sea la biblia de aquellos aborígenes, y el nombre de esa divinidad iracunda traspasó los límites de estas tierras centro-americanas, en donde nació; y en español, inglés, francés y otras lenguas europeas, figura la palabra *huracán*, que la Academia Española hace venir del caribe, diciendo que significa viento sumamente impetuoso y temible, que á modo de torbellino gira en grandes círculos cuyo diámetro crece á medida que avanza, apartándose de las zonas de calmas tropicales, donde suele tener origen.

La lingüística americana ha ofrecido á los sabios americanos una fuente de estudios profundos. Más de

cuatrocientos idiomas puros, bien formados, encontraron los conquistadores en el Nuevo Mundo (*The literature of american languages, by Herman E. Ludowig—London*) que era la parte menos poblada del globo, y que sin embargo tenía un grupo más considerable de lenguas, hasta firmar veintiséis razas lingüísticas diferentes, según enseña el más famoso de los filólogos modernos, el célebre Max. Muller, quien explica que no existe ninguna analogía entre ellas y las antiguas lenguas asiáticas ó europeas.

Muchas voces que por anticuadas se tenían, como *murciégalo*, que hoy es vulgarismo en América, las ha admtido el diccionario, sin duda porque así se dijo hace muchísimos años por gente culta y así se dice hoy por el vulgo: pero en ese caso hay muchísimas palabras más, que figuran en el léxico. Por ejemplo la voz *bombacho* es castellano viejo, y se aplicaba á los amplios y remangados calzones de los turcos, mientras que en América se llaman *calzones bombachos* á los de esa forma que llevan los indios.

Poncho, llaman en casi toda la América española á una manta como casulla, usada para montar á caballo (en Colombia *ruana*); pues ese *poncho*, que tantos eruditos han tenido por regionalismo, es puro español de la conquista. Como adjetivo siempre significó *poncho*, flojo, perezoso, y de ahí lo substantivaron para denominar *poncho* al tapado ó sayo aquél, sin mangas ni adefesios, propio de gente floja. Los *hispanismos de América*, son voces que por su origen, su formación, su necesidad y su expansión, no debieran faltar en el Diccionario. La palabra *poncho* figura como vocablo castellano en el diccionario de la Academia.

Capítulo Quinto

CORRECCIONES DEL PRONOMBRE EN LA AMÉRICA LATINA

En lugar del nombre, y á veces para evitar su repetición, úsase el *pronombre*, del cual los gramáticos hacen varias divisiones. Aquí sólo se indicarán los errores más comunes, en la América española, sobre esa parte de la oración, acerca de la cual escribió un interesante opúsculo el académico colombiano Marco Fidel Suárez, como muestra de una gramática histórica de la lengua castellana.

Comenzaré por decir que el uso de *nos*, con preposición es anticuado ya, aunque todavía se diga: *Venga á nos el tu reino, y ruega por nos, santa Madre de Dios.*

La lengua castellana no se ha fijado en cuanto al uso uniforme del *le* y del *lo*, de *les* y de *los*, así como en el *la* del dativo femenino. Demuestra Irisarri, en la cuarta cuestión filológica, que en ninguna época de la literatura española se ha dejado de confundir el uso de tales pronombres. Unos han dicho *á Juan le ví*, y otros *lo ví;* unos escriben *á Teresa le dí*, y otros *la dí.* En todos los clásicos y aun en escritores modernos, hay ejemplos de un uso y de otro. ¿Cuál será, pues la norma que hoy debe seguirse? Don Andrés Bello recomienda el

lo y *los* para todos los acusativos de nombres masculinos. Dirán, pués, *lo* ví, en vez de *le ví;* los ví, en vez de *les ví.* La Real Academia Española previene que no se use *la* y *las* en el dativo. "*Encontré á Juana y le dí una flor*" es como la docta corporación desea que se diga, aunque no desconoce que hay autores de nota dados al uso del *la* y *las.*

Aunque muchos escritores hayan dicho, como Cervantes, en el ejemplo siguiente, *la* ó *las* para el femenino dativo; hay que evitarlo: "¿Ven estas muchachas, mis compañeras, que están callando y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca y *tiéntenlas* las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al sexo, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año. [La Gitanilla.]

Muchos de los modernos también, como Castro y Serrano y otros que sería prolijo enumerar, no escasean ese *la* ó *las*; pero la Academia ha querido unificar la práctica y destruir la indecisión en el uso de las formas complementarias, y por eso es por lo que previene que se diga *le, les* para el dativo femenino: v. g. "Julia, *le* dije, tú deliras cuando se trata de tu boda." (Bretón de los Herreros).

En Guatemala, lo mismo que en Chile, en la Argentina y en otras república de la América española, se usa hablar de *vos*, en vez de *usted* ó de *tú*. Ese modo arcaico denota gran vulgaridad, y no ha de usarse del pronombre *vos*, en tal caso. Si se habla con una sola persona, debe decírsele *usted* ó *tú*, según el grado de familiaridad, y si con varias *ustedes* ó *vosotros*. Sólo en el estilo elevado, ó dirigiéndose á Dios, se usa de ese pronombre *vos;* pero considerándolo siempre como plural, siendo un barbarismo grosero decir, como muchos dicen, *vos sos* ó *vos eres,* en vez de *vos sois* ó *tú eres.* Si se designa

á la segunda persona con *vos*, ó con *os* debe continuarse así en todo el discurso; pues no es lícito mezclar el *vos*, con el *tú* ó *usted*, ni el *tuyo* con el *vuestro*. Sería muy mal dicho lo que sigue: "A *vos* Dios mío, dirijo mis oraciones; *yo* invoco *tu* misericordia; *nosotros* imploramos *tu* bondad, *dignaos escucharme*, ya que sólo en *tí confiamos*. *Tuyo* es el poder y *vuestra* es la sabiduría." Este defecto es muy común, sobre todo en obras de largo aliento.

El hablar *de vos*, de la plebe hispano-americana, lo hereda de los soldados, frailes, mercaderes, y aun licenciados, que de España venían, y que en aquellos rudos años así hablaban, diciendo en vez de *vos habéis* ó *vosotros habéis*, *vos habís* (por contracción), *vos tenés* por *vos tenéis*, *sentáte* en vez de *sentaos*, *acostáte* por *acostaos*, etc. Casi todos los vicios de nuestra lengua no son criollos, y en ciertos casos somos más arcaicos que otra cosa. Hubo de estancarse el idioma, por la falta de roce.

Es común en la América latina dirigir la palabra á un obispo ó arzobispo, por ejemplo, y decirle "*Su* Señoría Ilustrísima debe descansar," debiendo ser *Vuestra Señoría*. No es correcto "*Su* Paternidad está *enferma*, sino *Vuestra* Paternidad está *enfermo*.

Don Andrés Bello fué quien primero recomendó no usar el pronombre *cuyo* como relativo simplemente, sino sólo como posesivo, diciendo aquel gran filólogo que los escritores muy dados al *cuyo* despedían cierto tufo á juzgado, sacristía ó notaría. Después el eminente Cuervo y el famoso Isaza, establecieron la misma regla. La Real Academia Española dice en su gramática: "Sea primero, *el craso desatino*, tan vulgar hoy, de usar el pronombre *cuyo* quitándole su condición de posesivo: "le regaló un aderezo, entre otras muchas alhajas preciosas, cuyo aderezo era de brillantes. Dos novelas le

presté hace un año, cuyas novelas aún no han vuelto á mi poder." En oposición á dislates semejantes á estos, con qué ingenio, galanura y propiedad nos dice el antiguo poeta:

Esclavo soy, pero *cuyo*
Eso no lo diré yo,
Pues *cuyo* soy me mandó
No dijese que era suyo.

Soy esclavo, pero no diré de quién, porque la persona de quién lo soy, me lo ha prohibido." Con todo el respeto que se merece el sabio Cuerpo, esos versos no pasan de la agudeza del retruécano, sin pisca de galanura y recuerdan al romancero:

Tan sólo pena me da,
Tórtola, el esposo tuyo,
Que tú presto hayarás *cuyo*,
Pues Filis lo tiene ya.

En cuanto al punto principal, no se debe llamar *craso desatino* al uso del *cuyo* como relativo. Lo más que puede hacerse es lo que hacen Bello, Cuervo é Isaza, ya que de otro modo son reos del *desatino craso*: Fray Luis de Granada [*Retórica Eclesiástica*], Guevara [*Marco Aurelio*], Cervantes [*Don Quijote*], Solís [*Conquista de Méjico*], la misma Academia española [hasta la undécima edición de su *Gramática*,] Mariana (*Historia de España*), Quintana (*Vida del Príncipe de Viana*), Toreno [*Historia de la Revolución de España*], Jovellanos (*Apuntes sobre legislación*), Ochoa (*Tesoro de los prosadores españoles*], Clemencín [*Comentarios al Quijote*]. Martínez de la Rosa [*Anotaciones á la Poética*], el anónimo autor de *El Nuevo Fígaro*], Hermosilla [*Arte de hablar*], Larra [*El pobrecito hablador*], Donoso Cortés

[*Monarquía Española*], Emilia Pardo Bazán [*Insolación*], Barcia [*Sinónimos castellanos*], Carvallo Goyeneche [*Descripción historico-geográfica del reino de Chile*], Fabié [Prólogo de Garcés, *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*], Mora [artículo intitulado *Cuestión sobre el verbo haber en sentido impersonal*], Molina (*Compendio de historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*), Sbarbi [*Doña Lucía*], Díaz Rubio (*Gramática Española*), y mil otros que sería largo y prolijo enumerar.

En el siguiente ejemplo de Núñez de Arce sí hay cierta melancolía, sencillez y completa propiedad:

"Muy cerca del lugar, junto á la ermita,
De la Virgen bendita,
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando."
(Idilio.)

Es censurable, según la regla de los tres grandes gramáticos hispano-americanos (que no craso desatino) el uso del *cuyo* en estas frases de un escritor de Guatemala: "De allí las dos enfermedades dominantes del siglo XIX, el desencanto y la *desesperanza* para el hombre, y el histerismo para la mujer, *de cuya* neurosis vamos á ocuparnos en el siguiente artículo." El ocuparse *de* no es incorrecto, por más que á muchos les parezca; pero el *cuyo*, haciendo relación, sí es de los que huelen á notaría. Y no se diga que acabo yo mismo de citar muchos clásicos que usaron el *cuyo* como relativo, y aquí en América Irisarri, Mora, Sarmiento y otros hablistas lo han empleado, porque eso lo que demuestra es que no hay tal *desatino craso*, aunque siempre es preferible

seguir lo que indican Bello, Cuervo, Isaza, Marco Fidel Suárez y otros filólogos modernos.

Cito á Suárez, que escribió un opúsculo eruditísimo acerca del *Pronombre posesivo*, publicado en el tomo X del Repertorio Colombiano, porque hace ver que el mismo Bello extendió su crítica á casos en los que realmente existe el concepto de posesión ó pertenencia, en el sentido gramatical. El *cuyo*, en frases autorizadas por los antiguos y modernos, con antecedente indeterminado lo aceptan Caro y Cuervo [Gram. latina, §238,] y la Academia de la Lengua lo rechaza. *Por cuyo motivo, en cuyo caso, de cuyas resultas*, no son giros elegantes, pero son frases que la propia Academia ha empleado. El mismo don Andrés Bello infringió su regla, usando de *cuyo* sin expresar posesión, según puede verse en el *Derecho Internacional* del eminente venezolano.

Don Juan Valera ha dicho:

"No quizo de mis frutos, y no quizo
Agua tampoco de mis fuentes: frutos
Más sazonados me ofreció y bebidas
De más rico sabor, *cuya* promesa
Bastó á embriagarme un tanto."

Dejaré á un lado aquello de la pausa de cesura y la pausa de dicción, ni tengo para que insinuar que no me agradan tales versos: sólo anoto el uso del *cuyo*, para que se vea que el atildado crítico español lo empleó en ese caso.

En los comienzos de la fermentación del castellano, tenía esta lengua el adjetivo *lur*, *lures*, (*leur*, *leurs*, en francés) *de él*, *de ellos*, que evitaba vaguedad y á veces hasta confusión, que traen el *su* y el *sus*. "Afirmavit illos alfaques in *lures* alfaquías" (El Batallador). También existió, por más tiempo, el *ende* (inde): "Si algún

ome libre entra en el lugar de las abeyas por las furtar, ni non furtar *ende* nada, solamente porque los axaron peche tres soldos." [Fuero Juzgo]. De forma que, á no haber desaparecido tales posesivos, hubiera quedado el castellano, á este respecto, tan claro como los otros romances.

De ahí proviene la anfibología que en muchos escritos se nota y que despoja á la lengua de nitidez y exactitud gramaticales; pero es preciso reconocer que, en todo evento, basta la claridad ideológica ó proveniente del contexto, para no exigir que, por prurito de aclaración, se llenen las cláusulas de advertencias ó giros que las estropean. Así dijo Balmes: "Nunca se hace más villano el pensamiento que cuando por excusar una falta, se hace *su* cómplice; entonces no yerra, se prostituye." Por medio del complemento posesivo es á veces discreto y elegante evitar la obscuridad, como lo hizo el mismo filósofo citado, en el siguiente párrafo: "Las revoluciones promovidas por los protestantes ó filósofos se han señalado por su intolerancia contra la institución y por la crueldad con los miembros *de ella*. (El Protestantismo.)

En estilo llano y poco limado sería apenas tolerable el pleonasmo del posesivo *su* combinado con el complemento *de él, de ella*, etc. "*Su casa de usted*," pasa en lenguaje familiar. En el castellano antiguo se usaba más tal idiotismo, hoy está relegado á conversaciones particulares ó á la enseñanza de idiomas extranjeros, cuando se quiere fijar bien el *su de él, su de ella*, etc.,

Se llaman posesivos aquellos pronombres que señalan pertenencia, como *mío, tuyo, suyo, nuestro, vuestro* y *cuyo*.

La práctica de no usar el artículo antes del posesivo que precede al sustantivo es causa de que dicho posesivo tenga un carácter determinado igual al del artículo. Al decir *mi padre* entendemos el *padre mío*, *mi amigo*,

amigo mío. El indefinido *un* se puede juntar á tales expresiones, diciéndose *un mi amigo* ó *un amigo mío.* "Es un nuestro pariente de moros cativado." (Berceo). "Cosa es que pone grima un rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre por la mano de *un su* hermano bastardo." (Mariana).

Esta facultad determinativa que tiene el posesivo da varia signicación á frases como las siguientes, *mis dos hijos, dos hijos míos:* la primera da á entender que no son más que dos, y la segunda que son dos de ellos habiendo más.

Ha de expresarse el posesivo, para dar energía á la frase cuando lleva no sólo la idea de posesión sino otra anexa: "Levantóse Sancho con mucho dolor de *sus* huesos, y fué ascuras adonde estaba el ventero." (Cervantes). A veces, por el contrario, es elegante suprimirlo en cláusulas absolutas, sobre todo cuando se habla de partes ó cualidades de las personas, v. g. "Es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos." (Cervantes).

Por regla general, el posesivo *suyo* se refiere al sujeto de la preposición, regla gramatical que no siempre observan los escritores de la América latina y aun muchos peninsulares: "Alfonso de Herrera, á impulsos del buen cardenal Cisneros, había comunicado *á sus* compatriotas cuanto supieron los geopónicos antiguos griegos y latinos, y los físicos de la Media Edad y de *la suya* en el arte de cultivar la tierra." (Jovellanos.)

Con todo y esa regla, el pronombre posesivo *suyo, suya, su, sus,* ofrece en español muchas confusiones. *Suyo,* como se ha dicho, se refiere ordinariamente al sujeto de la frase: "Concedióle aquel permiso bajo condición y palabra de que había de llevar consigo algunos de sus escuderos." (Martínez de la Rosa). ¿Escudero de

quién? del que concede el permiso ó del que lo recibe? Naturalmente del segundo, por ser éste el sujeto de verbo *llevar*. Sin embargo, cuando hay en la oración ó en una serie de oraciones una figura, por decirlo así pricipal, un sujeto que domina á los otros, el posesivo *suyo* se refiere á él sin violencia, y aun más naturalmente que al sujeto de la frase:

..................Lara afanoso
la faz alzó, talvez los resplandores
para buscar el astro refulgente,
esperando ¡infeliz! la larga noche
moderar de *sus* ojos, y á lo menos
ver tibia claridad. Desengañóle
empero la experiencia: aunque á torrentes
su lumbre no ya un sol, sino mil soles
derramaran sobre él, siempre *su* vista
fuera más insensible que los bronces.
(El Duque de Rivas.)

En el anterior ejemplo se nota la aplicación de las dos reglas precedentes: *su lumbre* se refiere al sujeto *soles* de la frase, y *sus ojos, su vista*, á la figura dominante de la sentencia, al anciano Lara. La conexión entre *lumbre* y *soles* no deja lugar á dudas.

Siempre hay que tener mucho cuidado, para que no quede ambiguo el sentido. "Me trajo este libro el señor Salazar: *su* modo de discurrir me gusta mucho." "Hoy ví á Antonio y á su mujer, y ayer encontré á *su* hermano." Los soldados descubrieron al ladrón; pero por *su* cobardía se terminó pronto el combate." En esos ejemplos se trasluce lo que se quiere decir, pero falta claridad.

El pronombre personal reflexivo *se*, va siempre antes que cualquier otro afijo, por ejemplo, "*se* me figura; *se* te olvidó la lección." Es solecismo reprensible el de

muchos madrileños, é hispano-americanos que dicen "me *se* perdió," "te *se* olvidó lo mejor."

Es mal dicho "no estás en *sí*, no vuelvo en *sí;*" debe decirse "no estás en *tí*, no vuelvo en *mí*."

Es muy común, además, el que, hablando mujeres, digan *nosotros* en vez de *nosotras*, que es como debieran decir. "Juana, mi hija, y yo somos muy pobres; pero nadie dirá que *nosotros* no seamos honradas." debía ser *nosotras*, en femenino.

El genio del idioma castellano no permite estar repitiendo á cada poco el pronombre *yo*, como sucede en francés, por lo que al traducir ese idioma, debe cuidarse de suprimir el *yo* repetido, ó el *nosotros*. "*Yo* he dicho siempre que él debía hacer que *nosotros* le pagáramos." Bastaría decir: "He dicho siempre que él debía hacer que le pagáramos."

No debe decirse "muy mi amigo" como dijo un inspirado poeta, dirigiéndose al licenciado Martínez Sobral, sino "muy amigo mío," porque lo que va regido por el "muy" no es el "mí" que no admite más ó menos, sino el "amigo," que puede serlo en mayor ó menor escala. Todos dicen "muy querido mío" y no "muy mi querido." Aquello de Cáncer en las "Mocedades del Cid," comedia burlesca, es sólo una graciosidad y no un ejemplo:

—El agravio es medeguy
y "muy ofendido" estoy,
—Pésame, á fe de quien soy,
que estéis "ofendido muy."

Los pleonasmos censurables de Cervantes y Calderón, en las frases "muy sabrosísimo," y "muy finísimo," no se pueden alegar como excusas, atento á la significación intrínseca y permanente del superlativo, conforme á la autoridad de Bello y de Cuervo. Es vicio, pues, de exage-

ración y redundancia, el de aquellos que concluyen sus cartas con "muy afectísimo."

El relativo "quién" lo usaban antiguamente refiriéndose á personas ó á cosas: "Quiérote contar las maravillas que ese transparente alcázar solapa, de "quien" yo soy alcaide y guarda mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre." (Quijote.) Usábase además en singular aun para antecedente plural. Hoy el "quién" solamente se emplea refiriéndose á personas ó cosas personificadas. Calderón dijo: "Las gentes "de quién" tú fías." Castelar exclamó: "Las mujeres "por quienes" la hamanidad vive y crece, se regenera y glorifica, son en síntesis las que, cual flores primaverales exalan por doquiera efluvios divinos."

No estaría, pues, bien dicho en la actualidad: "La casa "por quien" he trabajado tanto," sino por "la cual, ó la que" he trabajado tanto. "Las personas, para "quien" traje cartas: debe ser para "quienes." El eximio gramático don José Manuel Marroquín, presidente de la Academia Colombiana, pronunció un precioso discurso, en el cual dijo: "Y aquí hay una cosa que admirar: la fantasía, que es "quien" se encarga de suprimir los años que nos separan de los seres y de los sucesos que han finado, no debería crear esta ilusión que para nosotros torna el pasado en presente, sino en provecho del corazón, que es con "quien" de ordinario se confabula." En ese párrafo, el uso de "quien" está justificado, merced á la personificación de la facultad ó cosa á que se refiere.

Puede darse la regla de suprimir los pronombres personales, salvo, 1° para comunicar fuerza á la frase; 2° para formar contraste; y 3° para evitar ambigüedad.

Si fuere mujer la que habla, dirá "nosotras" somos débiles, y no "nosotros." "Apenas "una" (no "uno") está colorada por la sofocación, ya dicen los hombres que se pinta."

Voy á "su" casa de él; digan: voy á casa de él.

Hasta algunos escritores distinguidísimos incurren en lamentables descuidos. Don Eugenio de Ochoa dice en el libro V, capítulo de su afamada traducción de "Nuestra Señora de París:" "En fin, para "reasumir" lo que hemos dicho hasta aquí de un modo necesariamente incompleto y truncado, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cierto que cuando se "contempla estas dos Biblias," tan abiertas de par en par en los siglos, permitido es echar menos con dolor la majestad visible de la escritura de granito."

En donde dice "reasumir" debió emplear "resumir," que es "hacer el resumen," y no "reasumir," que significa "tomar de nuevo, volver á asumir." En vez de "contempla estas dos Biblias," lo correcto sería "contemplan," en plural; porque son "las dos Biblias," las que se "contemplan."

Castizo será decir "lo futuro, lo presente, lo porvenir," como enseña la Academia, cuando habla de la forma neutra del participio, que tanta elegancia y donosura da á la lengua española. "La historia, decía Cervantes, es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de acciones, testigo de "lo pasado," ejemplo y aviso de "lo presente," advertencia de "lo porvenir." Sin embargo, muchos buenos escritores, como Montalvo, han usado del artículo "el" en ese caso: "El buen semblante que ponemos á los sucesos de la vida, parece modificarlos á favor de los ánimos serenos á quienes "el pasado" no aflige, no desconcierta "el presente," ni pone caviloso "el porvenir." En este caso, se sobreentiende la palabra "tiempo," sin que en ello pueda haber solecismo, sino á lo más falta de rotundidad y elegancia.

Aquí en América se oye que Juan, por ejemplo, que tutea á Pedro y á Diego, al hablarles á los dos á la vez, les dice: Como "ustedes" saben...... etc. Ha debido decirles: como "vosotros" sabéis. "Vosotros" es el plural de "tú," como "nosotros" es el plural de "yo," y "ellos" de "él." En España todos dicen "vosotros" y no "ustedes" en ese caso. "Ustedes" es plural de "usted," pero no de "tú."

CAPÍTULO SEXTO

APLICACIONES VICIOSAS DEL ARTÍCULO

Artículo, del latín *artículus*, diminutivo de *artus*, que significa enlace de dos miembros, juntura, cesura.

Es galicismo usual en la América española, poner artículo á los nombres de provincia ó región, diciendo *la España*, *la Galicia*, á no ser que lo lleven de ordinario como la Meca, el Brasil, el Perú, el Salvador.

Sobre ser vulgar, es incorrecto anteponer el artículo á los nombres propios de mujer ó varón, vicio que nos vino de los mismos castellanos, pero que no por eso es menos censurable. Todavía es común en algunos lugares de España oir en boca de gente baja *la Carmen*, *la Pilar*, *la Vicentina*, como dicen en estas repúblicas amecanas los que no respetan las leyes de la gramática. En estilo notarial y en documentos abogadiles se puede poner el artículo, v. g. "Alegó *el* Manuel," "no rindió pruebas *el* Antonio," "*la* Juana confesó su culpa." En las *Causas Célebres, por Caravantes*, se encuentra á cada paso uno de esos ejemplos. En plural decimos *los* Ramones, *los* Pepes, *los* Julios, porque se sobreentiende la palabra *individuos*, *escritores*, pontífices, etc.

Hay que fijarse en que algunas frases varían completamente de sentido, según que se use ó no del artículo,

pues no es lo mismo, "tiene mala lengua," que "tiene mala *la* lengua," "perder pié," que "perder *el* pié," "hacer cama," que "hacer *la* cama."

Se pone el artículo *el* en vez de *la* antes de nombre femenino, que tenga aguda la primera sílaba *a* ó *ha* como *el* alma. Si dicha primera sílaba es grave se usa *la*, aunque sin pronunciar la letra *a* del artículo, v. g. *la* altura, *la* hacienda, *la* armonía. Hoy sería anticuado el decir, como dijeron Hernán Pérez del Pulgar, Venegas, Hurtado de Mendoza, Fr. Luis de León, Jáuregui, Ocampo, Garcilaso, Cervantes, Cienfuegos y hasta don Mariano J. de Larra, *el anchura, el alegría, el aljaba, el aurora, el arandela, etc.*

Se dice *el agua, el águila, el hacha, el hambre*, según la regla mencionada; pero, por anomalía subsiste el artículo femenino en *la* Angela, *la* Agueda, *la* Alvarez. Opina don Antonio J. de Irisarri que siempre debiera usarse *la* con los nombres femeninos, aunque hubiese cacofonía, antes que sacrificar la gramática, la propiedad y el buen sentido, ya que nadie dice hablando de la letra *el a*, sino *la a*, siendo de extrañarse que aquella melomanía que hizo dar el artículo masculino á los nombres femeninos que comenzasen con *a* acentuada, no hiciese dar el femenino á los masculinos que comenzasen con *el* y otro *el* más, como en *el elefante, el elector, el elegante.*

Todo esto demuestra que, en ese punto como en muchos otros, hay poca regularidad en la lengua castellana. Entre tanto, las reglas sentadas son las que deben observarse, una vez que están de acuerdo con el uso general y las sanciona la Academia Española, por más que la observación de nuestro compatriota Irisarri sea muy respetable.

Enseña Baralt que el abuso del artículo indeterminado *un, una*, es galicismo; v. g. "Puede muy bien cualquiera llegar á ser *un* gran hombre, sin estar dotado de

un gran talento, ni de *un* ingenio superior, con tal que tenga ánimo, *un* juicio sano y *una* cabeza bien organizada." Sobran en buen español todos esos artículos indeterminados. Véase la elegancia de nuestro idioma, en el siguiente trozo clásico, del célebre Alemán, en el que naturalmente no figuran artículos indeterminados: *El Amor* es prisión de locura nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza; es á las veces exceso de codicia bestial, sutilísimo y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón. Huésped que con gusto convidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo aun es dificultoso echarlo de ella. Es niño antojadizo y desvaría: es viejo y caduca: es hijo que á sus padres no perdona, y padre que á sus hijos maltrata: es dios que no tiene misericordia, enemigo cubierto, amigo fingido y como la muerte implacable. No tiene ley: ni guarda razón: es impaciente, sospechoso, vengativo y dulce tirano. Píntanle ciego, porque no tiene miedo, ni distinción, ni vergüenza. Tiene alas por su ligereza en apoderarse de lo que pretende, hasta llevarnos al desdichado fin, sin paciencia en esperar, ni cordura en medir las consecuencias y los peligros. (Guzmán de Alfarache.)

Para concluir, apuntaremos que las siguientes voces tienen los dos géneros, aunque el vulgo solamente les concede la terminación masculina, siendo correcto darles, en su caso, también la femenina:

Asistente—a	Figurante—a
Comediante—a	Gigante—a
Danzante—a	Pariente—a
Farsante—a	Pretendiente—a

Sirviente—a

Capítulo Septimo

DEL VERBO. YERROS EN NUESTRO LENGUAJE

La voz *verbo* se deriva de la latina *vérbum-i*, que significa palabra, porque el verbo es la palabra por excelencia en el lenguaje, en cuanto que sin ella, expresa ó suplida, no podemos formar juicios, ni expresarlos oralmente. El verbo es, pues, una parte esencial de la oración, que expresa la idea de acción, existencia ó estado, junto con la de persona y tiempo, en ciertos casos.

Antonio duerme. Juan come. Pedro murió.

Aquí tenemos tres palabras: duerme, come, murió, que indican tres operaciones ó acciones ejecutadas por los sustantivos Antonio, Juan, Pedro.

El perro ladra.—El gato maulla.—El caballo relincha.

También tenemos en estos ejemplos tres palabras que expresan tres acciones ejecutadas por tres animales.

El zapato aprieta.—El látigo suena.—La muela duele.

Las palabras aprieta, suena, duele, expresan tres acciones producidas por tres objetos.

El hombre ama.—La mujer piensa.—El enemigo odia.

Las palabras ama, piensa, odia, son tres operaciones del alma de cada uno de los sustantivos *hombre*, *mujer*, *enemigo*.

Hay pues palabras, dice Mantilla, que indican acciones y operaciones del cuerpo ó del alma, y en Gramática se llaman *verbos.* Acompaña al verbo una palabra que expresa la persona ó cosa que ejecuta ó produce la acción y se llama *sujeto.* Así, en los ejemplos citados, las palabras qne vamos á subrayar son los sujetos.

Antonio come.	*El perro* ladra.	*El látigo* suena.
Juan salta.	*El gato* maulla.	*La muela* duele.
Luis llora.	*El caballo* relincha.	*El hombre* ama.
	El zapato aprieta.	*La mujer* piensa.
		El enemigo odia.

Delante de estos y de todos los verbos, se pueden poner pronombres: v. g. yo pienso, él sueña. tú corres, nosotros amamos, ustedes saltan, ellos odian.

Pero se verá que el verbo varía de terminación según el pronombre; así se dice yo corro, tú corres él corre, nosotros corremos, ustedes corren, ellos corren.

Luego el verbo varía de singular á plural. Sin embargo, no puede decirse yo correr, tú pensar, él salir, y así sucede siempre que el verbo termina en *ar, er, ir.*

Todos tienen una de estas tres terminaciones, y ellas sirven para nombrarlos; así, compré, es una de las variaciones del verbo *comprar;* temíste, una de las del verbo *temer;* y partirán, una de las del verbo *partir.*

Hay dos verbos *ser* y *haber*, que no significan acción alguna, pero que son considerados tales por tener las mismas variaciones que los otros.

Se dice *yo soy, tú eres, él es, nosotros somos, vosotros sois, ellos son,* y *yo he, tú has, él ha, nosotros hemos, vosotros habéis, ellos han.*

El disparate más común, hasta en labios de gente educada, es el de poner en plural el verbo *haber,* cuando significa un suceso ó existencia de un acto. *Habrán toros,*

habrán bailes, habrán muchas fiestas, son locuciones contrarias á la gramática, que previene usar en singular el verbo, en esos casos. *Habrá toros, habrá bailes, habrá fiestas hubo pestes,* es como debe decirse.

A primera vista parece este uso anómalo; pero conviene advertir que el nombre que se junta con el verbo *haber,* y que significa la cosa existente, no es el sujeto ó nominativo del verbo, sino un verdadero acusativo. Se dice: "Se preparaban fiestas, pero no *las hubo.*" Es falta muy común la de decir en plural, *pueden* haber muchas opiniones; *debieran* haber razones poderosas; *comienzan* á haber desórdenes. Dígase: *puede, debiera, comienza,* en tales casos.

Ni falta quien use *haiga,* en vez de *haya,* ni se ha desterrado aún el *íbanos* y *veníanos,* que pudieron ser buenos en tiempos antiquísimos, pero no hoy, que debe decirse *íbamos, veníamos.* A muchos he oído confundir el verbo *cocer,* (con fuego) y *coser* (con aguja). Dícese yo *coso* mi camisa, y yo *cuezo* mi caldo. La carne se *cuece* y no se *cose.* El verbo *andar* es otro que no todos lo conjugan bien. En lugar de *yo andé,* aquel *andó* nosotros *andamos,* dígase, *anduve, anduvo, anduvimos.* El presente de indicativo sí es nosotros *andamos,* pero el pasado es *anduvimos.*

Aunque algunos puristas, más exagerados que sabios, sostienen que el verbo *enfermar* no puede usarse como reflejo, pudiera citar muchos ejemplos de clásicos, y modernos escritores, que han dicho *me enfermé, se enfermó,* etc. En el sentido de causar enfermedad es activo: "lo que *te enfermó,* te sana y da salud" (El Lazarillo de Tormes, por D. D. Hurtado de Mendoza). "Que *os enfermen* y que os maten," dijo Quevedo. En el tomo 69, página 27 de la *Biblioteca de Autores españoles, de Rivadeneira,* se inserta un soneto del citado autor, con este epígrafe: "Muestra que algunas repúblicas *se enfer-*

man con lo que imaginan medicina." Pero vale más seguir á la generalidad de los escritores que no usan el verbo *enfermar* como reflejo, á no ser que haya de parte del que *se* enferma alguna acción ó culpa para ello, pues entonces verdaderamente *se enferma.* Puede decirse indistintamente *Pedro murió* ó *se murió.* Morir ó *morirse* uno por una persona, dice el Diccionario que es quererla en extremo.

La eufonía ha hecho, según lo avierten la Academia y Cuervo, suprimir la *s*, en la primera persona del imperativo, cuando el verbo se conjuga pronominalmente; así se dice *contémonos*, en vez de *contémosnos; estimémonos* por *estimémosnos; escribámonos*, en lugar de *ecribámosnos.*

Es tal nuestro idioma, que cambian los verbos de significado por sólo el régimen, v. g. *deber* sin *de*, significa obligación, como cuando decimos *debo pagar al maestro. Deber de* implica probabilidad de que algo suceda: "*Debe de* venir á visitarme mi amigo," esto es, que hay probabilidad de que mi amigo sin tener obligación venga á verme.

Reir y reirse, por ahí se van significando, poco más ó menos, lo mismo, y sin embargo ningún poeta diría que la naturaleza *se* ríe, para dar á entender que se muestra lozana regocijada y placentera.

Para expresar mofa ó desprecio es más propio *se ríe*, como cuando Rioja dijo:

"La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira á las espadas,
y la ambición *se ríe* de la muerte."

Diráse que la joven alegre y contenta es como la alborada de una mañana de mayo; despide gozo y revela dicha; de todo *ríe* y nada le incomoda. La mujer coqueta se burla y *se ríe* de cuanto le rodean.

Es arcaico decir *tú amastes*, y mucho peor *vos amastes*. La terminación de la segunda persona del número plural del pretérito perfecto de indicativo, que hoy acaba en *eis*, fué hasta el siglo XVII acabada también en *es*, como *amastes, leístes, oístes*, en vez de *amásteis, leísteis, oísteis*. De ahí vino que en Guatemala se dijera *vos* (vosotros) *amastes*, aplicándolo mal.

Muchos disparates de conjugación nótanse hasta en publicaciones periodísticas: *influyente* de *influir*, conviértenlo los ignorantes en *influente* de *vaciar*, dícese *yo vacío* y no *yo vacéo*. Lo que se obtiene de una cosa que se vende ó explota es el *producto*, que no *producido*, como dicen tantos. *Producido* es el participio pasado de *producir*. *Prostergar* es *postergar*.

En los países españoles se ha introducido el verbo *presupuestar*, que según Paz Soldán, se refiere al importantísimo sujeto del PRESUPUESTO, y en honor suyo hase formado aquel verbo famoso, discutido con calor en la Academia Española y apadrinado por el distinguido escritor peruano don Ricardo Palma. La razón de la mayoría académica para no admitir ese verbo, fué que del sustantivo *presupuesto*, proveniente del participio de *presuponer*, no podía gramaticalmente derivarse *presupuestar*. Aunque sea de mala formación, es lo cierto que ese verbo se encuentra admitido por Castelar y Valera, que lo han empleado, y sobre todo es de uso constante en repúblicas que hablan español, y que tienen mayor número de pobladores que España. Cuando una voz ha entrado en el acerbo común, debe anotarla el Diccionario, que no forma la lengua, sino que es índice de ella. También en España *se presupuesta* y no debe ser el léxico cartabón demasiado estrecho: no significa lo mismo *presuponer* que *presupuestar*. Hasta la 7a. ú 8a. edición del Diccionario, sólo había en él las voces *presuponer* y *presuposición*, que no despertaban en el

espíritu la idea de cifras. Un Ministro de Hacienda halló que era preciso crear la voz *presupuesto*. Ella respondía á necesidades premiosas del lenguaje, y por ende se generalizó la palabra, así en España como entre nosotros los hispano-americanos. Ese nuevo sustantivo *presupuesto* está reclamando el verbo que le corresponde, verbo que nos habla de cifras, y que no encarna ciertamente el pensamiento genuino de *presuponer*. Sólo Castelar, Campoamor y Fabié convinieron con Ricardo Palma en admitir la palabra *presupuestar*, á la que el resto de la Academia, dice el chispeante escritor peruano, profesa el mismo aborrecimiento que el diablo al agua bendita. El académico que más rudamente atacó el *presupuestar* fué el eruditísimo Menéndez y Pelayo, que por cierto ha usado el verbo *invectivar*, que está en el Diccionario y que es de la misma formación de *presupuestar*, *dictaminar*, *adjuntar*, *aprovisionar*, etc., que se oyen corrientemente en boca de muchos millones de americanos, mientras que *invectivar* no está en uso.

No es raro que algunos escritores, por dar cierta elegancia á la frase usen, de *bastardear* como activo y como reflejo, diciendo, por ejemplo, "aquellos que *bastardean* los hechos, merecen censura;" "sin *bastardearse* la historia, nadie afirmaría que Bolívar ambicionaba ceñirse la corona del imperio de los Andes." Lo correcto sería, por ser el verbo neutro y regir con *de*, no emplearlo en esos casos, sino decir: "aquellos que *falsean* los hechos, etc: sin *adulterar* la historia, etc. Estaría castizamente empleado el verbo *bastardear*, en la forma que sigue: "Hombres que sin *bastardear de* sus honrosos antecedentes aman el progreso, son los que regeneran á las sociedades."

Menéndez y Pelayo ha escrito: "La santa caridad tu pecho mora," usando el verbo *morar* como activo, lo cual no está admitido, ni por el uso ni por la Academia.

Y eso de usar como activo tal verbo es harto común en don Marcelino, como acostumbraba Irisarri decir que "Obando *fugó* á Popayán," acaso porque en latín y en lengua primitiva española así se usó; pero tanto arcaizar suele ser un defecto.

Por otra parte, hay verbos como *desbalijar*, *embalijar*, *mueblar*, *repatriar*, y *vagamundear*, que no los registra así el Diccionario de la Academia. *Desbalijar* y *embalijar* los escribe con *v* en la 12a. edición, habiendo usado la *b* en todas las anteriores. *Mueblar* lo usan buenos escritores y lo aceptan Bello, Cuervo é Isaza. *Repatriar* es castellano antiguo, de modo que ese verbo se ve en el Diccionario de Autoridades y es de uso constante en América. *Vagamundo* y *vagamundear*, también se hallan en aquel Diccionario, y son más comunes en nuestro lenguaje que no *vagabundo* y *vagabundear*. *Clausurar*, *adjuntar*, *acaparar* son de uso tan general, que siendo necesarios para representar las ideas que dan á entender, no debieran rechazarse como subversivos y bárbaros. El último Diccionario ya admitió *tramitar*.

Entre nosotros y en varias repúblicas del continente americano, se pronuncia *jalar* por *halar*, aspirando la *h*, como se hacía antiguamente. Este arcaísmo debe evitarse, porque degenera en vulgaridad, semejante á la de aquellos que dicen *jacha* y *joyo*.

Para que no se diga que se apuntan sólo vicios del habla común, indicaré que casi todos nuestros escritores incurren en el defecto de usar del pretérito de subjuntivo en vez del pretérito, copretérito y ante presente de indicativo, presumiendo de elegancia, é incurriendo en abuso censurable.

Te prometí, desdichado,
Suerte de amor placentera,
Te engañé; sólo te *diera*,

En premio de tu pasión,
Por palacio una prisión,
Y por tálamo una hoguera.

En esos versos, de Gil y Zárate, se encuentra el defecto aludido; debió emplear gramaticalmente *he dado.* Salvá, Bello y Villegas criticaron esa forma tan generalizada. Cuervo censura estos dos pasajes de la *Historia de la Revolución de la República de Colombia.* "El doctor don Tomás Santa Cruz fué el ejecutor de aquella orden sanguinaria, que no se *cumpliera* en lo que tenía de favorable á los prisioneros. Impuso fuertes contribuciones y recogió bastante dinero, que según la voz pública *destinara* en gran parte para su provecho." En lugar de *cumpliera* y *destinara* ha debido decirse *cumplió, destinó.*

Un talentoso orador, insigne poeta, compatriota mío, pronunció un corto discurso en el que se dice lo siguiente: "Y cuando la América Central se vió amenazada por una invasión extraña, fué el Perú la república en que *hallara* atmósfera moral nuestra actitud defensiva y resuelta." Debió haber dicho, para ser correcto, *halló,* y si deseaba evitar el consonante cercano, pudo dar á la frase otro giro, v. g. "Y cuando la América Central fué víctima de una invasión, etc. Ese mismo escritor dijo, en ocasión de celebrar nuestra independencia nacional: "Todos los días tiene la naturaleza un armonioso y variado concierto para saludar al padre sol, que es el mismo desde que la tierra *se amasara* y *entrara* en la vida de los mundos." Lo gramatical es *se amasó y entró,* por más que muchos crean dar elegancia á la dicción con esas faltas de lenguaje.

Un joven novelista guatemalteco, amigo mío á quien mucho quiero, no tiene una página de sus típicas descripciones, sin usar pretérito de subjuntivo malamente, y emplear estas voces: *dijérase, pensárase, creyérase* tan á la continua que constituyen un defecto.

Nada es más importante en la gramática de una lengua—dice Brown—que el perfecto conocimiento de las verderas formas del verbo. En castellano son harto variables é irregulares, lo cual le da gran movilidad y galanura, de que el inglés y los demás idiomas europeos carecen. Para un extranjero es dificilísima la conjugación *castellana*, acerca de la cual don Emiliano Isaza escribió un magnífico Diccionario (París, imprenta Sud-americana, 1897.)

Bello califica de arbitrariedad licenciosa la de Meléndez Valdés, cuando dijo:

> Astrea lo ordenó, mi alegre frente
> De torvo ceño oscureció inclemente,
> I de lúgubres ropas me *vistiera*.

Debió ser *vistió*, y no *vistiera*, que se puso para proporcionar un final de verso y una rima fácil.

Otro vicio consiste en decir, por ejemplo: "Yo te hubiese escrito si hubiera tenido ocasión," en lugar de "Yo te hubiera ó habría escrito."

Es también solecismo: "Si hubiese toros, iré á la corrida," lo corecto es "si hubiere, ó si hay."

En el lenguaje de los hispano-americanos existen muchos verbos corrompidos, v. g. azarearse, que en español es azorarse; asola, que es asuela del verbo asolar; aprobar, por probar, como apruebe usted el dulce, á ver si está bueno; andé, andó, andaran es muy anticuado, y ya desde Cervantes se dijo: anduve, anduviera, anduviese, anduvieran; vuelcan, debe decirse, y no volcan; entrego, que no entriego; empiedra, en vez de empedra; templo el piano, en vez de tiemplo; yo me mezo (indicativo de mecer) que no yo me mezco; amalayar, es en castellano anhelar; aguadar, es aguar; barajustar, no existe en el léxico, sino baraustar, en sentido

de trastornar, confundir, pero no en el de corcovear un caballo; batuquear, es bazucar ó bazuquear; cabrestear, es cabestrear; cacaraquear, es cacarear: cernir, es cerner; coaligarse, es coligarse; contramatarse es golpearse fuertemente; cuerear, es azotar, fustigar; champurrear, es champurrar; chapalear, es chapotear; chiflar, es silbar; chismosear, es chismear; chumpipear, es vagar; deletriar; es deletrar; desarrajar, es descerrajar; desyerbar, es desherbar; desentejar es destejar; desplega, es despliega; despulgar, es espulgar; desfundar, es desfondar: destornudar, es estornudar; destronconar, es destroncar; desenraizar, es desraigar; disvariar, es desvariar; editar, es publicar; encuartelar, es acuartelar; engaratusar, es engatusar; enjaguar, es enjuagar; entejar, es tejar; entiesar, es atiesar; espuelear, es espolear; espumiar, es espumar; estriñirse, es estreñirse; florear, es florecer: forzo, forzas, es fuerzo, fuerzas; gomitar, es vomitar; haiga, es haya; hendir, es hender; inficcionar, se inficionar: jirimiquear, es lloriquear, gimotear; manipulear, es manipular; parparear, es parpadear; peliar, es pelear; pintorretear, es pintorrear; replantigarse, es repantigarse; revoletear, es revolotear; tasajear, es atasajar; titiritear, en tiritar; transar, es transijir; trastravillar, es tartalear; vertir, es verter; volcan, es vuelcan; voltiar, es voltear, zulaquear. es zulacar.

Muchos creen que *pararse*, por *ponerse de pié*, es un regionalismo; pero en realidad, es castellano antiguo. En toda la América española, se dice *párate, siéntate*. En el siglo XIV decíase: "*Et cuando el gato* vido asomar de alueñe á la liebre et á la jineta, paróse en pié á orar." Después se dijo simplemente *pararse*.

Estando, pues, parados á la orilla,
Poniéndose por orden convenible.

Castellanos.)

Debiera la Real Academia dar cabida en el Diccionario al verbo *pararse* en esa acepción, (como *detenerse* existe) puesto que es castellano antiguo, conservado por los americanos que hablamos español, y que somos más de cuarenta millones.

Competer significa pertenecer, y se conjuga regularmente, como *temer; competir* es contender, y es irregular, como *concebir. Eso me compete, me competió, me competerá, me debe competer*, es decir, que fué, será, debe ser de mi pertenencia ó atribución. Dos rivales *compiten, compitieron, competirán, no pueden menos de competir.*

Externar, por *manifestar* una opinión, es verbo que mucho se usa entre nosotros, aunque no es castizo, ni propio. El Código incluye entre los impedimentos de los jueces haber *externado* opinión.

Yerro singnifica falta ó defecto, mientras que *hierro* es el metal.

Herrar, es guarnecer con hierro, poner *herraduras*, señalar con hierro encendido. *Errar*, cometer error, andar vagando.

Consignar, en contabilidad, es destinar fondos al pago de algo que se debe; también se dice correctamente *consignar* un voto de gracias, *consignar* un parecer, una opinión ó sea ponerlos por escrito, en una acta ó documento; pero es mal dicho, como tantos lo usan por acá, *consignar* nombres de personas, *consignar* noticias, *consignar* hechos etc.

Como dice bien don Ricardo Palma, es lo propio usar de la locución: tengo á honra dirigirme á U. etc.: pero no *tengo la honra* frase tan común como poco adecuada á la idea que eso significa.

Acusar recibo de una nota ó carta, no es tan propio como *avisar recibo*, según lo enseña el mismo ilustrado autor de las "Tradiciones Peruanas."

Algunos tinterillos, y no pocos abogados, usan el verbo *transar* en vez de *transigir* que es el castizo. Dígase, pues, Pedro y Juan *transigieron*, nadie debe *transigir* con el honor.

En los imperativos es un vicio harto común el suprimir el *usted*. En buen castellano, dícese: salga usted, entre usted, siga usted, mire usted, y no salga, entre, siga, mire; sólo se suprime el *usted* cuando varios imperativos van unidos por una conjunción: "entre usted, siéntese, fume y lea el diario." Cuando el imperativo vale por interjección, se suprime de necesidad, porque propiamente no es tal imperativo, v. g. "¡Vaya! con los pícaros nadie se entiende."—"¡Calle! si no hay mujer que no sea curiosa" [Moratín].

Prevenir [en el significado de orden, aviso, consejo] no puede usarse, como muchos lo usan, cuando tiene por régimen el nombre ó pronombre de una persona á quien debemos tratar con algún respeto; porque, como dice López de la Huerta, en su excelente tratado de sinónimos, á los superiores *se expone* ó *representa*, á los iguales *se advierte*, y á los inferiores *se previene*.

El pretérito perfecto de *venir* es *vine, viniste, vino, vinimos, vinísteis, vinieron*, á la manera que se conjuga *dije, hice, quise*; de suerte que *venimos* es presente, y *veniste, venísteis* no son de ningún tiempo. "Nosotros venimos ahora de paseo," ahí está bien, porque es presente." Vinimos juntos, hace diez años, en el mismo vapor," ahí es pasado.

Suelen decir, en la segunda persona de singular del pretérito perfecto de indicativo, *tú fuistes, tú amastes, tú temistes*, en lugar de *tú fuiste tú amaste, tú temiste*, que es lo correcto. En lo antiguo se dijo vos ó vosotros amastes, fuistes, temistes; pero en plural, que más tarde se convirtió en vosotros *amásteis, fuísteis, temísteis*. Aunque la Real Academia Española, hablando de

las formas anticuadas del verbo, enseña que allá los viejos decían *amástedes*, es la verdad que tal terminación nunca ha existido.

Bello, el insigne filólogo, dice (Gram. p. 148) que el pretérito y el futuro de subjuntivo son *satisficiera satisficiese* y *satisficiere*; pero que pueden ser también *satisfaciera* ó *satisfaciese* y *satisfaciere*. Aunque la Real Academia Española califica de reprensible ese uso, está autorizado por los clásicos: "Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me *satisfacieron*" (Cervantes). Ni se diga que es forma anticuada, porque en toda la América hispana y en la península se dice comunmente *satisfaciera*, *satisfaciese* y *satisfaciere*. "*Con motivo á......*" dicen muchos que ignoran ser lo correcto *con motivo de*.

No obstante de...... debe decirse: no obstante *que*.

Obsequiar se usa mucho en América como activo, por *regalar*. Es un americanismo el uso de *obsequiar*, dándole acusativo de cosa en vez de persona, como cuando decimos: Mi madre me obsequió su retrato; este anillo me fué obsequiado por mi novia. Obsequiar es, en buen español, agasajar á uno *con* atenciones, servicios ó regalos. Debe decirse, pues, "mi madre me obsequió *con* su retrato; este anillo es una dádiva *con* la cual me obsequió mi novia.

Pesar significando una afección del ánimo, rige dativo de persona y complemento de cosa, con *de*: "Así me pese *de* mis culpas como *de* haberte conocido. Harto les pesa *de* haber tratado á un hombre tan falso.

Regresarse. Vicio hispano-americano, que suele oirse también en España, es el de juntar los pronombres me, te, se, nos, os, con regresar, diciendo: "*Me* regresaré del camino; *te* regresarás pronto; *nos* regresaremos solos. Debe decirse: *regresé regresarás regresaremos.*

Recordar. Dígase *recuerdo*; que no *me* recuerdo, ya que el *me* está de más.

Trasnochar tampoco admite los pronombres. No se diga *me* trasnoché, *te* trasnochaste; sino simplemente trasnoché, trasnochaste.

Muchos escritores que gustan de palabras raras usan la voz *festival* como sinónima de fiesta, sarao, diversión; pero lo que significa es *festivo*, y por lo mismo no debe usarse como *substantivo* sino como *adjetivo*.

El verbo *templar* fué vario en su conjugación en el siglo de oro: Lope de Vega usaba generalmente *tiemplo, tiemplas*, etc. De ahí viene que en la América española aún se escuche ese modo de hablar. La Academia, Bello y Cuervo enseñan que debe ser *templo*, y *templas* etc.

Yerran muy frecuentemente aquellos que dicen *desié me pasié, me marié*, como si el infinitivo fuese en *iar*. Lo correcto es *deseé, me paseé, me mareé*.



Capítulo Octavo

DEL PARTICIPIO Y DEL GERUNDIO. VICIOS HISPANO-AMERICANOS

El doctísimo Miguel A. Caro escribió un tratado filológico-histórico-gramatical acerca del participio, que es una de tantas muestras del saber profundo de aquel insigne hombre de letras.

En la presente obrita no caben más que las correcciones someras y más comunes que, acerca de esa materia, deben hacerse en la América española.

El verbo *matar* tiene dos participios que no se usan indistintamente, *matado*, regular, y *muerto*, irregular. La Academia estima el hecho de otro modo, pues aunque no trata de él en la gramática, ni en el diccionario, dice que *muerto*, participio de *morir*, se usa con significación activa, como si procediese del verbo *matar:* He *muerto* una liebre. Bello dice (Gram. 156): "Si *matar* significa dar muerte, el participio sustantivo y adjetivo es *muerto*: Pedro ha *muerto* á Juan; pero si *matar* equivale á *lastimar*, es *matado*: el caballo está matado de la cruz. Para denotar el suicidio hay que usar *se ha matado*, porque si se dijera Juan se ha muerto, equivaldría á indicar que ha fallecido de muerte natural ó violenta; pero no que él se ha causado la muerte. Salvá

lo explica lo mismo. En el Diccionario de Autoridades se hace la distinción de que *matado* es participio de matar ó matarse las bestias, y *muerto*, participio de matar en las demás acepciones "Mi señor andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres (Cervantes).

Aunque Salvá y Sicilia opinan que se acentúa *rumio* (de rumiar) en la *i*, es indudable que carga en la *u* (Benot, Dic. de Ason. y Conson. pp. 43, 909 y 940)

Proveer tiene dos participios, el uno regular *proveído*, y el otro irregular *provisto*. El primero se usa, como enseña el Diccionario de Autoridades, hablando de una dignidad ó empleo: "Se ha provisto la judicatura." Pero se dice: "El gobierno ha proveído á la seguridad pública". En lo judicial es *proveído* la diligencia ó resolución de trámite en los juicios. La Academia enseña que se usa más *provisto* que proveído (Gram. p. 176)

Muy común es la tendencia á regularizar muchos participios, como cuando algunos dicen disparatadamente *abrido* por *abierto*, *cubrido* por *cubierto*, *escribido* por *escrito*, *imprimido* por *impreso*, *resolvido* por *resuelto*, *satisfacido* por *satisfecho*, etc.

De *inscribir* y *proscribir* se dice *inscrito* y *proscrito*. Los verbos *maldecir*, *bendecir*, *freir*, *romper*, *prender*, como otros muchos verbos castellanos: *bendito*, *bendecido; maldito*, *maldecido; frito*, *freído; roto*, *rompido; prendido*, *preso;* Bello dice (Gram 156) *Roto* es en todos casos mejor que *rompido*: bien que en las frases en que el verbo *romper* no admite complemento acusativo, parece preferible *rompido*: ha rompido en dicterios, ha rompido con su amigo.

Aunque el lenguaje familiar construye á veces diminutivos con el participio, no hay que abusar de eso. Se dirá que "*callandito* se entraron los ladrones"; pero ha

de evitarse la propensión que tenemos al diminutivo, hasta mandar *adiositos* como dicen muchos. "*Lueguito* vengo," se oye en las bocas melosas, que no ofrecen jamas un tabaco ó un cigarro, sino un *purito*. Con razón el famoso Irisarri se burlaba de los que así abusan del diminutivo, hasta decir *todito*. Mucha gente exajerada dice, en la América española, *muchisísimo* en vez de *muchísimo*. Por México es muy común aquello de *horita* vengo, pos, vuelvo pronto.

Respecto á los gerundios, sólo indicaremos que el abuso de ellos da al estilo una forma lánguida é insufrible. El castellano es rico, y los buenos escritores evitan la aglomeración de los gerundios. "El mejor uso del lenguaje es deber, gala y beneficio de todo hombre; que nadie puede menospreciar, ni aun mirar sin respeto aquel tesoro doméstico de dulces sonidos que sirvió de expresión al santo amor de la madre, á la honesta predilección de la esposa, á las inocentes alegrias del niño." (D. J. E. Hartzenbuch).

Esas preciosas frases sonarían muy mal si se dijera: "Hablando bien, reportamos beneficios del lenguaje, y no menospreciando, ni mirando sin respeto, aquel tesoro doméstico de dulces sonidos, que sirviendo de expresión al santo amor de la madre, y llenando de recuerdos la predilección de la esposa, fué formando las inocentes alegrías del niño."

Se usan en la América española muchos verbos que debiera admitir el Diccionario de la Academia, ora porque el ser anticuados en España no es motivo para tenerlos por muertos del todo, puesto que viven por acá, y se usan por algunos millones de hombres educados; ora, porque aunque no sean de formación antigua, satisfacen una necesidad y son de uso frecuente en América; ora en atención á que, generalizados en estos pueblos numerosos y cutos, los conjugamos sin escrúpulo. "Clau-

surar, presupuestar, catear, fusionar, nacionalizar, desmonetizar, deshipotecar, adjuntar, agredir, alcoholizarse, amadrinar, americanizar, anexionar, antipatizar, aprovisionar, cablegrafiar, calabacear, caricaturar, centroamericanizar, chilenizar, desacuartelar, desbridar, descompletar, desdoncellar, desfanatizar, diaconar, dragonear, empetatar, encarpetar, esbozar, evolucionar, exteriorizar, extorsionar, eyacular, festinar, fusionar, germanizar, independizar, invernar, modernizar, monarquizar, nacionalizar, pomenorizar, reconsiderar, solucionar, trastrabillar, victimar, vivar, etc." Esos verbos y otros varios que no recordamos, se usan en toda la América hispana, y poco á poco irán penetrando en el léxico común á cuantos hablamos castellano.

No hace muchos años que "traicionar, tramitar, esculpar, subvencionar, narcotizar, acaparar, depreciar y amordazar" se consideraban por la Real Academia como pecados mortales, hasta el punto de que un amigo mío, purista hasta la medula de los huesos, decía siempre, ¡cuidado! cuando á alguno se le escapaba una de esas voces tan generalizadas en América. Hay muchos que atribuyen más autoridad al Diccionario que al *Syllabus*, y no faltan otros más católicos que el Papa.

Propendemos los "américo-hispanos" [esta palabra es buena, aunque suene mal á aquellos que quisieran oir siempre "hispano-americanos"] ó sean verbos de nombres, y á convertir en verbos nuevos los participios, ofendiendo así el pudor de aquellos que piensan tener quieta la lengua, como una estatua infecunda, que recibió la última mano del escultor insigne. No son los que mejor conocen el castellano los intransijentes, sino aquellos que, como ciertas mujeres de vuelo bajo, exajeran el purismo, echándola de pudibundos. Muchos de los que en nuestras repúblicas "hablan por la bragueta," como los gigantes del Córpus, dogmatizan, v. g. que "presupuestar"

es inadmisible, porque viene de "presupuesto" participio de presuponer. Ellos viven del presupuesto y se mantienen "presupuestando" sin saber más que adular al que manda, é ignoran que don Juan Valera ha escrito: "Eso de oponerse á la admisión del verbo "presupuestar sólo prueba falta de reflexión ú olvido de las leyes y naturaleza del lenguaje, pues no es una ciencia oculta ó un misterio recóndito lo de que hay en español centenares de verbos formados exactamente como "presupuestar," del participio de otro verbo. Sirvan de muestra "cantar y encantar, de cano, cantum; cursar de curso, cursum; pensar, de penso, pensum; pulsar, expulsar, de pello, pulsum; saltar, insultar, consultar, de salio, saltum; depositar, y despropositar, de pons, positum, etc.



CAPÍTULO NOVENO

DE LA PREPOSICIÓN. ERRORES COMUNES

Esta parte de nuestro idioma es tan varia y tan irregular, que constituye, por lo mismo, la fuente principal de errores cometidos hasta por renombrados literatos. El famoso Rufino J. Cuervo lleva escritos y publicados dos tomos grandísimos, de la *"Construcción y régimen de la lengua castellana,"* diccionario que apenas comprende las cuatro primeras letras del alfabeto.

Aquí sólo se indicarán algunos de los yerros más comunes en la América hispana. Muy variable es el empleo de la *a* antes del acusativo, y muy confusas las reglas de todas las gramáticas. Puede establecerse que, por lo común, la llevan sólo los acusativos que significan persona ó cosa personificada, v. g. *ví á* Pedro; felicité *á* María; encontré *á mi* amor. Cuando se habla de cosas, no se usa la preposición: ví el perro; maté un pájaro: encontré plata y oro. A veces varía el significado de la oración empleando ó no la *a*. *Busco criados*, es frase genérica, *busco á los criados*, indica que busco á los *mios*. Perdió un hermano, quise decir que murió: perdió *á* un hermano, que lo arruinó, ó comprometió. *Robó la joven*, de casa de sus padres; *robó á la joven* su dinero, sus joyas. Cuando la persona es determinada debe emplearse la preposición, y así se dirá: "Fueron á buscar *á*

un sacerdote que goza de fama de virtuoso en el pueblo"; y "fueron á buscar *un* sacerdote cualquiera que auxiliara al enfermo." Diógenes buscaba con su linterna *un* hombre, no *á* un hombre. Don Eduardo Benot ha dicho: "La Academia tiene que obedecer *á una* autoridad inapelable, que es la del uso, supremo legislador en materia de lenguaje; y yo no creo que exista en la Aacademia autoridad bastante para dar ó quitar la ciudadanía *á* las voces y *á* las locuciones." [*Acentuación castellana*].

Error muy común es el de decir "*busco á un médico*," por ejemplo, cuando éste es indeterminado; caso en el que se dirá *busco un médico.* El juez condena *á un* ladrón [determinado, conocido]. Dígase *visitar á París, ver á Madrid, conocer á Nueva York.* Si estos nombres de lugares van precedidos de artículo, se omite la preposición, como "*prefiero la Coruña*, visité *el* Perú, *conocí el Salvador.*

Cuando los verbos piden diversa preposición no puede suprimirse ninguna de ellas: v. g. *Los niños entraron y salieron de la escuela*, es incorrecto, porque *entrar* pide la preposición *en* y *salir de. Los niños entraron en la escuela y salieron de ella*, esto sería lo propio.

"Le miran como padre" quiere decir que, sin serlo, le consideran como á tal; "los trata como á hijos" sugiere la idea de verdadera paternidad.

En el brillante elogio fúnebre de León XIII, que hizo el arzobispo señor licenciado don Ricardo Casanova, se encuentra en el primer párrafo la frase siguiente: "la creatura predilecta fué siempre enseñada y protegida *del* Altísimo," hubiera sido correcto emplear *por*, puesto que el verbo *enseñar* no lleva la preposición *del.* Además, *creatura* es anticuado, lo usual es *criatura.* En la oración: "El ha suscitado en las diversas órdenes que la componen y más á menudo en la suprema cátedra, centro de la unidad y fuerza espiritual, varones eximios, etc.", el verbo

suscitar (que significa *resucitar*) no está bien emp[eado. Se *suscitan cuestiones;* pero no *varones.* En ese mismo párrafo primero están muy inmediatas las palabras *enseñada, encaminada, acabada, brillado, suscitado, ilustrado,* que lo hacen monótono y desprovisto de la sonoridad que en un discurso académico debe tener sobre todo el exordio.

No debe decirse "bajo" el mismo pié; "bajo" el punto de vista; "bajo" sus diferentes aspectos; sino "sobre", "desde": v. g. Acomodéme luego "sobre" el mismo pié que en Segovia: [Gil Blas]—Todo asunto debe estudiarse "en" sus diferentes aspectos. "Desde el punto de vista de la moral, no era Roma la señora del mundo [Balmes]. En este caso es más elegante y mejor "desde," que "bajo" el punto de vista; verdad es que Bello, Irisarri, Valera, Castelar y muchos otros escritores notables, han dicho "bajo" el punto de vista. Ya se ha ido desterrando sin embargo esa partícula, merced á la crítica de Baralt, Cuervo é Isaza.

Muchas personas creen, por acá, que el verbo "ocuparse" siempre lleva la preposición "en;" pero no es así, aunque esa es la que más se usa. Si ese verbo significa dedicarse á algún trabajo ú oficio empléese "en," v. g. "Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid se vieron en la presición de ocupar su gente y sus canoas "en" la condución y en los convoyes." Cuando ocuparse significa, en sentido traslaticio, poner la consideración en algún asunto, úsese "en" y no "de," por ejmplo, dice D. Antonio J. de Irisarri: "En este tomo primero no se contienen sino algunas de las cuestiones filológicas "en" que me he ocupado. Si "ocupar" se toma por "llenar," se hace preciso el uso del "de," como en las frases siguientes: el teatro se ocupó de revolucionarios; el palacio se "ocupó de" soldados; "ocupóse" la plaza "de" gente armada, al oir los clarines." Por consiguiente, cuando

en sentido figurado, se use el verbo *ocupar* por *llenar* la mente, el corazón ó el ánimo, empléese el "de," como lo hizo Quintana, cuando escribió: "Pizarro, ó dejándose ocupar "de" un sentimiento de flaqueza, que ni antes ni después se conoció en el, ó arrastrado de una impaciencia que no es fácil disculpar, le contestó ásperamente." Deben nuestros compatriotas evitar la locución viciosa en que frecuentemente incurren, al decir: "Nos estábamos "ocupando de usted," dígase mejor "pensando, hablando de U."

Don J. B. Calcaño y Paniza, en su obra titulada "Verbos castellanos que rigen preposición, ilustrados con ejemplos y observaciones críticas y con muchos textos de escritores clásicos," dice así: Ocupar, *con, de, en,* ideas alhagüeñas el pensamiento.—Ocupar, *de, en, algo.* Cuando el verbo *ocupar* se refiere á una *acción* y no á un *estado,* es más propio decir *ocuparse de,* v. g: "Cicerón se ocupó *de* la conspiración *en* que Catilina se había ocupado" (Lafuente). Don Manuel M. Madiedo escribió un interesante artículo filológico demostrando que el verbo *ocupar* rige *de, en* ó *con,* según los casos. No puede, pues, aceptarse la teoría de la Academia Española, que sólo asigna á ese verbo la preposición *en.* Muchos clásicos han dicho *ocuparse de, con,* bien es verdad que Cuervo é Isaza, autoridades respetabilísimas, solamente le asignan la preposición *en,* (Diccionario de la conjugación castellana) acaso por ser, digámoslo así, la preposición oficial de ese verbo tan usado.

En la América española, ponen muchos la preposición *de* inútil, ó mejor dicho viciosamente, en algunas frases, como "hacer *de* cuenta," que es "hacer cuenta." "Puede vuestra merced, señor don Antonio, trasladar lo que tiene en su pecho en el mío, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio." (Quijote). Hay verbos que pueden llevar ó no la preposición *de,* como su-

cede con *prometer*: "El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino" (Cervantes). Bien puede decirse también "prometiendo satisfacerles."

Quedar de. Quedamos *de* juntarnos en el teatro. Debe decirse: quedamos *en* juntarnos en el teatro.

Hasta expresa el término de cualquier cosa: *fué hasta París: le amé hasta que murió.* En frases negativas, es preciso poner expresa la partícula *no*, cuando viene la oración con *hasta*, por ejemplo: Hasta hoy *no* recibí su carta, debe decirse, para indicar que antes de ahora no la había recibido: Hasta ayer lo vió, significa que lo estuvo viendo todos los días, *hasta ayer* que lo dejó de ver. *Hasta* ayer no lo vió, implica la idea de que antes no lo había visto, hasta ayer, que lo vió. Muy frecuente es que ignoren este precepto personas que pretenden ser ilustradas, y aun aquellas que hacen alarde de conocer el idioma. Don Juan Valera dijo: Como esa mujer vive tan retirada, *no* la conocí hasta el día del convite (Pepita Jiménez, I). Algunos eruditos á la violeta habrían quitado el *no*, que es esencial en ese caso. "Generalmente el poeta y el novelista, hasta que dejan de ser adolescentes, *no* caen en la cuenta de que se pueden escribir versos muy sentidos y buenos, y novelas muy interesantes y hermosas, sin el tema obligado de los amoríos. (Trueba, Mari-Santa, XI).

Cuídese de no confundir la preposición *anti* con *ante*. La primera, indica oposición y es adversativa, v. g. *Anticristo*, aquel hombre diabólico, contrario al Cristo, que ha de perseguir cruelmente á la Iglesia y á sus fieles, poco antes del fin del mundo; *anticrítico* el opuesto al crítico. La segunda, *ante*, quiere decir *anterior, en presencia de*: por ejemplo: *Antecristo*, anterior ó precursor de Cristo: *ante todo; antediluviano*, anterior al diluvio: *ante* el Juez; *ante* Dios.

Casi todos usan la expresión escribir *en* tal fecha, y debe ser *con*. Don Juan Valera dijo: "El Comendador y Lucía escribieron *con* la misma fecha á don Carlos de Atienza." Se escribe *en* español, *sobre* gramática, *de* corrido, *des*de Roma, *por* el correo y *con* tal fecha.

No se debe decir, como todos los ignorantes dicen: por *mal* de mis pecados, sino como dijo Hartzenbusch: "Sisberto hubo de ceder, y por *malos* de sus pecados murió la criatura."—"Por *malos* de sus pecados, doña Beatriz de la Cueva aceptó la gobernación del reino, para llamarse después *la sin ventura*." "Por *malos* de sus pecados, los troyanos no dieron crédito á las prescripciones de Casandra."

Por más que parezca raro, el verbo *examinarse* rige con *de* y no con *en*. Lo castizo es decir "me examiné *de* filosofía" y no *en* filosofía:

Un hombre fué á examinarse
De doctrina, por Cuaresma,
Después de haberse bebido
Lo menos azumbre y media.

(Trueba):

En las "*Curiosidades Gramaticales*," por don Ramón Martínez y García, (página 130) dice: "Examinarse *de* dibujo."

Los verbos *meterse* y *entrarse*, cuando van indicando que alguien tomó una profesión ó estado, rigen sin preposición: *se metió de monja, se metió de fraile*, debe ser *se metió monja, se metió fraile*. "Doña Luz no sintió nunca deseos de *meterse monja*" (Valera). "Mi novia se *entró monja* en Segovia, más por despecho que por vocación." [Vélez de Guevara].

Las gramáticas enseñan que debe decirse "dignarse de, servirse de," porque esos dos verbos rigen con "de."

"Yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho.—"Sabed que quiero casarme, | Y al conde Fabio escribir | Que se digne de venir, | Si fuere su gusto, á honrarme"—Lope. "Ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le traían"—Solís. "Dignaos de aprobar nuestros deseos"—Jovellanos. "Dígnate de oír, señora, la voz de un súbdito fiel"—Hartzenbush. "Sírvase de anunciar al marqués"—Valera. "Servíos de dispensar á este vuestro amigo fiel"—Jáuregui. "La inmensa caridad de Dios se sirve de visitar á tan insignificante criatura"—Fr. Luis de Granada.

Hay que observar, sin embargo, que en el uso común moderno, muchos escritores suprimen el "de," como suele hacerlo la misma Real Academia Española, no obstante que en su gramática enseña ser "de" el régimen del verbo "dignarse," y pone por ejemplo: "Dígnese de otorgar licencia" [pág. 300]. Podrían citarse ejemplos de clásicos antiguos que usaron "dignarse y servirse" sin la preposición "de." Mas, ¿cómo ya entre espíritus desnudos, se dignará escuchar mis versos rudos?—Lope. "Se tendrán por muy felices con que me digne dirigirles una mirada de compasión"—Bretón. "Sírvase aceptar el homenaje de mi respeto"—Valera. "Sirvióse venir sin ser llamado"—Tirso. "Tengo á honra y dicha contestar al atento oficio en que V. E. se digna comunicarme.....[Calcaño].

Con vista de lo expuesto, y del uso antiguo y moderno, concluyo creyendo que tan correcto es decir *dígnese de*, *servirse de*, como usar tales verbos sin la preposición, teniendo esto último la ventaja de no parecer amanerado.

Puede omitirse la preposición por una elípsis, á semejanza del griego y del latín;

"Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto y cara seca."

[Duque de Rivas].

En cuanto al empleo de las preposiciones, da Bello las siguientes reglas generales, que, aunque no sancionadas como exclusivas por el uso docto, son filosóficas, tienden á fijar el idioma y llevan la autoridad del gran humanista, del primero que desentrañó las leyes de la estructura de la lengua castellana, del inmortal venezolano:

1a: Si el sentido pide dar complementos de preposiciones diferentes con un mismo término, es necesario expresar ambas reproduciendo el término; por ejemplo, en vez de "Lo que *depende* y *está asido á* otra cosa," debe decirse "Lo que *depende de* otra cosa y está *asido á* ella;" pero si la preposición es una misma, no es necesaria la repetición: "Seguramente puede vuestra merced *entrar* y *espaciarse en* este castillo." (Cervantes).

2a. Si un substantivo es, por sí solo, acusativo y término de preposición expresa, se debe poner también de manifiesto en ambas funciones, primero directa y luego reproductivamente; así en lugar de "Se trató de *refutar* y *hacer ver* la futilidad de todas las razones alegadas en contra," se dice "Se trató *de refutar* las razones alegadas en contra, y *hacer ver la futilidad de* todas ellas."

3a. Aun cuando no sólo se identifiquen los términos sino las preposiciones mismas, es necesario, repitiendo la preposición, reproducir el término, siempre que no se presenten los dos complementos de un modo semejante respecto de las palabras que los rigen; por consiguiente, en vez de "La poesía *vive y saca de las imágenes materiales su mayor gala y hermosura*," es mucho mejor decir: "La poesía *vive de las imágenes materiales*, y saca de ellas su mayor gala y hermosura."

4a. En los modos del verbo no es menos necesaria que en las preposiciones la consecuencia de régimen; se pecarìa contra esta regla diciendo, por ejemplo, "*Estamos seguros y nos alegramos de que tenga esas intenciones el gobierno*," en vez de "*Estamos seguros de* que el

gobierno *tiene* esas intenciones, y *nos alegramos de* que las *tenga*."

Hay que poner mucha atención á efecto de no hacer uso de varios verbos sin expresar distintamente la preposición con que cada cual rige. Así dijo elegantemente don Salustiano de Olózaga, en su discurso de recepción en la Academia Española: "Quiso mi mala suerte que antes de contar quince abriles se me presentase una ocasión, que parecía natural *para*—ó sintiera una tentación irresistible *de*—exponer ante un público numeroso y apasionado mis pobres ideas en agraz." (Memorias de la Academia Española, tom. III, pág. 531).

Es error que debe evitarse el de agregar á *no obstante*, y á *mediante*, una preposición, por ejemplo, mediante *á* mis ruegos, no obstante *de* ser amigo antiguo.



Capítulo Décimo

CONCORDANCIAS INCORRECTAS

Se llama concordancia, en la gramática, el concertar los artículos con los nombres substantivos y éstos con los adjetivos, según lo piden los respectivos géneros y números, y el concertar los nombres con los verbos, según están aquellos en singular ó plural. Por ejemplo: "*Dios crió al primer hombre* y á la *primera mujer*, *formándolos* á su imagen y semejanza, y dándoles el dominio de todas las *cosas criadas;* pero el hombre *seducido* por la mujer *inconsiderada*, se *rebeló* contra el Criador y fué por eso arrojado con ella del Paraíso, de donde *salieron* á vivir *llenos* de trabajos y miserias. O Eva ó Adán *fué quien tuvo* la culpa en su origen; pero ni *éste* ni *aquella conocieron* todo el mal que *habían* hecho, hasta que *tuvieron* hijos sobre quienes vieron recaer el castigo merecido por sus padres: *perder* la gracia de Dios, quedar *sujetos* á trabajar para vivir, *padecer* enfermedades, y *morir* en fin con dolores, *fueron* las consecuencias del primer pecado."

Muchas reglas dan los gramáticos sobre las concordancias, aunque á la verdad, la lengua no está fijada acerca de muchos casos que pueden ocurrir.

El artículo concierta con el nombre en género y número: pero, sea por elegancia del lenguaje ó porque el uso lo autoriza, se infringe á cada paso la regla, como cuan-

do se dice: "En *el* último *trance* y *contienda* de la muerte;" esto es en el último trance y *la* última *contienda* de la muerte, lo cual tiene en su abono que lo han usado los escritores de mayor nota.

Sin embargo, los gramáticos que reconocen la anarquía que en esa materia prevalece, aconsejan las reglas siguientes: 1a: No concertar jamás nombres de distintos géneros con un solo artículo, sino dando á cada nombre el que le corresponde: que no se diga, por ejemplo, "la ley y valor, ni el valor y ley," 'los hombres y mujeres, ni "las mujeres y hombres," sino "*la* ley y *el* valor, *los* hombres y *las* mujeres. 2a. Dos ó más sujetos en singular, se consideran, para los efectos de la concordancia, como un solo sujeto en el número plural; v. g. Manuel, José y Ramón *salieron* juntos. Si son de diferente género, prevalece el masculino; Julia y Jorge son *hermanos*. 3a. El adjetivo "*mismo*" toma el carácter adverbial en las concordancias: "En España *mismo* (y no *misma*) se habla mal el español;" pero se dice: "En la *misma* España hablan mal el castellano." 4a. El adjetivo *todo* concierta también con adjetivos femeninos; v. g *en todo* Francia, en *todo* Guatemala. No se dice *media muerta*, sino *medio* muerta, v. g. "Dejaron *medio muerta* á la infeliz mujer, sin dar oído á sus quejas" (La Fuente). 4a. Por una especie de silépsis, ponemos en plural el verbo, con sujeto expreso ó tácito en singular, como en el ejemplo siguiente:

¡Que me *matan!* ¡Favor! Así clamaba
Una liebre infeliz que se miraba
En las garras de *una águila* sangrienta.

(Samaniego).

5a. Si los sustantivos son de distinto género y diverso número, debe colocarse el adjetivo inmediato al que está en plural y concertar con él; por ejemplo: "Tenía un

talento y unas fuerzas *extraordinarias*;" pero es preferible dar otro giro á la oración, evitando esas anomalías. 6a. Cuando al nombre epiceno se le agrega la palabra *macho ó hembra*, es preferible hacer la concordancia con el nombre epiceno; v. g., la rana macho es muy *corpulenta*, aunque no estaría mal dicho *corpulento*, según enseña Bello. 7a. Cuando es femenino el nombre elíptico ó callado al cual se refiere un atributo masculino, debe ser femenina la terminación, como: *El faisán es la más bella de las aves*, es decir, *es el ave más bella entre las aves.* 8a. Cuando el verbo *ser*, en primera persona de singular de cualquier tiempo, es el verbo de una oración principal antecedente, puede colocarse el verbo de la de relativo sujeto, en la primera ó tercera persona de singular: v. g. "*Yo soy el que lo digo, lo afirmo, lo cuento; ó yo soy el que lo dice, lo afirma, lo cuenta*," lo mismo se puede decir si el verbo está en segunda persona; como *tú eres el que más sabes*, ó bien *tú eres el que más sabe.* La oración *yo soy el que lo afirmo*, y lo mismo puede decirse de la otra, *yo soy el que lo afirma*, consta de dos proposiciones: 1a. *yo soy el*; 2a. *que lo afirmo*, ó *que lo afirma*. Tanto el sujeto de la una como el de la otra pintan el mismo ser, aunque mirada bajo distinto aspecto: en la primera la representa subjetivamente, ó sea como persona que habla, y en la segunda, objetivamente ó como persona de quien se habla. A las veces se considera más importante la una que la otra, según las circunstancias. Cuando Cervantes ponía en boca de don Quijote la oración: *yo soy aquel caballero que anda en boca de la fama*, figuraba que la acalorada imaginación de éste le hacía ver superior á la de su propia personalidad la idea de la fama que creía haber alcanzado; no era, pues, el *yo* lo que preocupaba su ánimo, era aquel otro modo de ser de su persona, más importante á sus ojos que su propia existencia. Por eso decía *anda*, concertando con *aquel caballero* (el afamado)

y no *ando*. *Aquel* que andaba en boca de la fama, era el sujeto principal ó culminante No así don Alberto Lista, cuando en su oda *á la muerte de Jesús*, dijo:

Y ¿eres *tú* el que, velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná?

porque aquí trató de conservar al *tú* toda la importancia necesaria para ofrecer el contraste de su grandeza con su situación. 9a. Con el verbo *estar* en la oración principal, sólo admite el verbo de la oración incidente la primera persona; v. g. *Aquí estoy yo, que valgo por dos*, y no *que vale por dos.*

El autor de las *Escenas Matritenses*, don Ramón de Mesonero Romanos, en el artículo titulado *Una Visita á San Bernardino*, se expresa de este modo: "Cada individuo recibe á su entrada una libreta ó asiento en que se *anota los* vestidos y *prendas* que lleva." Debió haber dicho *se anotan.*

¿Cómo habrá de decirse: "Más de uno lo afirma," ó "Más de uno lo afirman?" El sentido clama por el plural, porque habiendo *más de uno*, hay por lo menos dos. Argensola dijo: *Más de uno quedarán muertos en esta terrible noche.*

Es de todos los días el ver estas frases: "El infrascrito Secretario *certifico*," debe ser *certifica*. Pedro Pérez ante usted *espongo*, dígase *espone.*

Faltan á la concordancia los que dicen *cualesquiera que sea el hombre*, en vez de *cualquiera; ó cualquiera que sean las mujeres*, pues en plural es *cualesquiera.*

Debe evitarse el solecismo, tan común, de los que usan la frase siguiente: "Lo que soy yo," en vez de "Lo que es yo," que es lo castizo.

Señora Rita ¿quién es
El que echa esas seguidillas?
¡Qué! si hace hablar la guitarra!
¡Si parece un organista!
"Lo que es yo" toda la noche
Oyéndole me estaría.

(Trueba).

"Media Guatemala fué consumida por las llamas," debe decirse "Medio Guatemala fué consumido por las llamas;" Juana está "media" enferma; es "medio" enferma.

Si fuere mujer la que habla, debe decir: "nosotras" (y no sosotros) somos más sensibles que los hombres. Por más que "una" (no uno) no se queje."

Es permitido en el estilo oratorio, elevado, poético y religioso, usar *vos* en lugar de *tú;* pero no es lícito mezclar uno y otro. Sería muy mal dicho: "*Vos* sois, Dios de clemencia, mi amparo y guía; sólo en *tí* cifro mi esperanza." O en la primera oración se usa *Tú eres*, ó en la segunda *en vos cifro*, etc.—Esa regla de no mezclar los pronombres en el singular y en el plural, en la misma sentencia, aunque conste de varias cláusulas, no siempre la han observado los escritores. Podrían citarse ejemplos de clásicos que en ese vicio incurrieron, pero que no por eso lo legitimaron. El elegante místico Granada apostrofó á la Virgen así: "¡Reina del cielo! si la causa de *tus* dolores eran los de *tu* hijo bendito y no los *tuyos*, porque más amabas á él que á tí, ya han cesado los dolores, pues el cuerpo no padece, y toda su ánima es ya gloriosa: cese, pues, la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de *tu* dolor. *Lloraste* con el que lloraba: justo es que goces ahora con el que ya se goza...... El mismo hijo tuyo pone silencio á *tus* clamores, y *te* convida á nueva alegría en tus cantares, diciendo: El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra: *levántate* querida mía, hermosa mía, que moras en los agujeros de la piedra, y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo: *deja* ahora esa morada y *ven* conmigo.

Bien veo, señora, que no basta nada de eso para consolaros, porque no se ha quitado, sino trocado *vuestro* dolor. Renuévanse los verdugos de *vuestro* corazón. Hasta aquí *llorábais* sus dolores; ahora su muerte: hasta

aquí su pasión; ahora *vuestra* soledad: hasta aquí sus trabajos; ahora su ausencia: una ola pasó, y otra viene á dar de lleno en lleno sobre *vos;* de manera que el fin de su pena es comienzo de la *vuestra.*" (Tratado de la oración y meditación, capítulo XXV, § 2o.)

Sucede también, á veces, que el escritor habla en primera persona de singular, y después en primera del plural; descuido que es preciso evitar, v. g., "*Digo yo; no pudiendo ser el objeto mío; debo hacer á Obando la justicia, etc.*, y en otros párrafos: "Hemos visto ya: creemos que así lo hizo; pasemos á ver; diremos ahora para terminar; no dejemos de observar, etc. (Historia del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, páginas 57, 278, 282, 297, 101 y 125, por don Antonio José de Irisarri). Si en un escrito se comienza usando la primera persona de singular, así debe continuarse: y si se empleó la primera de plural, con ella debe seguirse.



Capítulo Undécimo

CONSTRUCCIONES VICIOSAS

En la construcción del *que*, debe evitarse el galicismo tan común de decir: "No es en días de fe *que* vivimos: allí *fué que* se edificó la ciudad: á la hora de la adversidad *es que* se conocen los amigos." Lo castizo sería: "No vivimos en días de fe; allí fué *en donde* se edificó la ciudad: á la hora de la adversidad *es cuando* se conocen los amigos." "A usted es *que* me dirijo," debe ser: "A usted es *á quien* me dirijo."—"Por eso fué *que* te lo dije." es galicismo, y se dice en español: "Por eso fué *por lo que* te lo dije." "Estudiando es *que* se llega á sabio." dígase: "Estudiando *es como* se llega *á* ser sabio." "Acosado por la necesidad *fué que* robó," debe construirse "Acosado por la necesidad robó." No hay que confundir la frase *es que*, antes censurada, con aquellas en las cuales el *que* anuncia una proposición que sirve de sujeto, v. g. es que la paciencia se agota: es que los hombres deben proceder con rectitud, frases estas últimas muy castizas y hasta elegantes, según los casos en que se emplean.

Muchos critican la construcción *tener lugar*, por *verificarse* ó *suceder;* pero la verdad es que el Diccionario de la Academia da á *lugar* la significación de *tiempo*, y que escritores antiguos y modernos sancionan esa frase. "En el siglo IX *tuvo lugar* un hecho que influyó sobremanera en la suerte de los mozárabes y de las letras cristianas."

—(Revilla). Mesonero Romanos, Valera, Lafuente y otros muchos han dicho *tener lugar*, por *acaecer*, y la misma Academia en su Diccionario, en el artículo destinado al verbo *haber*, dice: verificarse, *tener lugar*, etc., luego, puede decirse: "*tener lugar* una junta, *tener lugar* una función, etc. Sin embargo, la Academia misma recomienda que no se abuse de ese giro ó frase, y que se acuerde uno de que hay otras palabras castizas que significan lo mismo, que esa *forma galicana* (Gramática, parte I, cap. 7o.) Salvo el respeto á la sabia Corporación, no se comprende cómo incurre en tales contradicciones, ni cómo reprueba el *abuso* de un galicismo, que si lo fuera, que no lo es, debiera desecharse su *uso*. No cuanto tiene sabor galicano debe proscribirse, cuando está autorizado por la práctica de todos los tiempos y de escritores clásicos.

El genio de la lengua española pide, por lo común, que el adjetivo vaya después del substantivo: caballo blanco, mujer buena, tarde serena, etc.; pero por elegancia, y en estilo un tanto elevado, se puede anteponer el adjetivo, como se verá en este trozo de Castelar: "Hoy no sabríamos acaso la pasión del casto célibe Miguel Angel por Vitoria Colonna, si este solitario, silencioso, sublime creador, como el Dios de los Semitas no hubiera tenido el descuido de besar, al morirse ya muy viejo, el nombre de la bella y altísima señora, confundiéndose con el postrer ósculo de puro amor el postrer suspiro de su férreo pecho." (Galería de Mujeres célebres, p. I.)—Fray Luis de Granada escribió: "Que la humildad pierde su furia en la blandura de las llanas y blandas arenas." En el artículo "Perfeccionamiento absoluto, de don Juan Valera," hallamos: "Arduas cuestiones, brillante imaginación, elocuentísimas frases," etc. Donoso Cortés y Severo Catalina son muy dados á trasponer los substantivos y anteponer los adjetivos. Esta es una cuestión de buen

gusto: no caben reglas, por lo general. La energía del estilo y la tersura del lenguaje dependen, en mucha parte, de la elección y buena colocación de los epítetos, sóbriamente combinados, sabiendo evitar la *adjetivación* vaga, como dijera Menéndez Pelayo, ó el *verbismo* insustancial, que tanto detestaba don Salustiano de Olózaga. Como muestra de lo que se acaba de indicar, como modelo de dicción suelta, elegante, propia y sonora, va el trozo final del discurso académico del famoso Núñez de Arce. Dice así: "Qué somos, ni qué valemos para turbar con nuestro orgullo ó nuestra intransigencia la misteriosa armonía de las cosas creadas? Desde el majestuoso ritmo de los astros que giran en los espacios infinitos, hasta el sordo rugido de la lava que fermenta en el centro de las montañas; desde la estridente cólera del mar, hasta el manso murmullo de las hojas movidas por el viento; desde el trueno que sacude las nubes hasta el rumor imperceptible que produce el gusanillo al arrastrarse por entre el césped, todos los ruidos y acentos de la naturaleza, los más discordantes como los más unísonos, los más consoladores como los más terribles, se juntan y convergen hacia el Criador en himno inmortal de alabanza; y del mismo modo en el seno de la humanidad, devorada por vagos y místicos anhelos, la queja del desgraciado y el júbilo del venturoso, la oración del creyente y la blasfemia del réprobo, la voz que niega y la voz que afirma, todo, en fin, lo que aparece ante nuestra razón limitada como contradictorio, inconciliable é irreductible, se confunde concertadamente en una aspiración suprema para llegar á tí, ¡oh Dios, en quien adoro y creo! y glorificar tu sabiduría, tu omnipotencia y tu misericordia." Véase con cuanta habilidad se hallan antepuestos algunos adjetivos y nótese que el verbo *adorar* rige con *en*, cuando es intransitivo. Fr. Luis de León dijo:

Mas yo, ¿en que espero agora
En mal tan miserable mejoría?
En tí, en quien sólo adora,
En quien sólo confía,
En quien sólo descansa el alma mía.

En el Diccionario de Régimen y Construcción, de Cuervo, cítanse ejemplos de Cervantes, Quevedo y Valbuena, en los cuales aparece con *en* el verbo adorar.

Cuando el adjetivo significa una cualidad esencial del substantivo; debe éste ir después de aquel; v. g. *blanca nieve, dulce miel, negra noche*, etc.

Si sacamos al adjetivo de su significación propia y le damos la figurada, se coloca antes del nombre, como *pobre escritor, gran caballo, grande hombre, buena alhaja;* porque pospuesto varía de significación: *escritor pobre*, lo era el inmortal Cervantes, que no fué hombre rico. Mi *particular amigo*, se dice en oposición á la generalidad de los amigos; mientras que mi *amigo particular*, indica que no es amigo político.

El adjetivo *santo* pierde, por apócope, su última sílaba cuando precede á un nombre propio, menos en los casos siguientes: *Santo Cristo, Santo Angel, Santo Tomás, Santo Domingo, Santo Tomé, Santo Toribio, Santo Dios.*

Es un desatino común en la América española, usar el ordinal apocopado, *cién*, cuando sigue una conjunción, ó cuando el substantivo no está expreso. Así debe decirse *noventa y nueve, ciento;* "¿Cuánto daría usted por la casa?—Sólo *cién* pesos;" murieron *cién* hombres; son *ciento* y la madre; "malditos, decía el ama, sean otra vez y otros *ciento* estos libros de caballería" (Cervantes). *Cien* se dice sólo antes de un substantivo.

La construcción, ó sea el orden gramatical, pide que, en la oración, se coloque primero el sujeto, con todas sus modificativas, después el verbo con sus adherentes, en seguida el complemento directo, y por último el indirecto. En la proposición: "Infructuosas fueron las guerras que hizo en el mundo Napoleón el Grande," sería la construcción gramatical: "Las guerras que hizo Napoleón el Grande, en el mundo, fueron infructuosas."

Esta construcción cambia mucho en castellano, por virtud de las transposiciones, que dan á la frase soltura, sonoridad y elegancia, cuando se hace de ellas oportuno uso.

Capítulo Duodécimo

PALABRAS Y FRASES INCORRECTAS

Solamente apuntaré aquí aquellos vocablos que con más frecuencia se usan de modo impropio, ó las frases incorrectas que tanto afean nuestra manera de hablar.

Sea el primero, el desatino de aquellos que confunden *eminente* con *inminente*. Es peligro *inminente;* y hombre *eminente.*

Apóstrofe es una figura de retórica, y *apóstrofo*, el signo ortográfico marcado con una comilla.

Resumir es recopilar ó hacer resumen, mientras que *reasumir* es volver á tomar lo que se tenía ó se dejó: tomar una autoridad superior las facultades de todas las demás. Se *resume* una historia ó narración, mientras que se *reasume* el mando que se había dejado.

Manada se dice de una reunión de cuadrúpedos; pero si es de aves, se llama *bandada*, y, si se trata de peces, *cardume* ó *cardumen. Piara* es la manada de cerdos, *torada* la de toros, *vacada*, la de vacas, y *boyada* la de bueyes, que aquí en Guatemala llaman *bueyada*.

Aciones y no *arciones* son las correas de los estribos.

Provisorio es *provisional*, aunque entre nosotros haya habido *presidentes provisorios.*

Azucarera, es el *azucarero*, ó trasto en que se guarda el azúcar.

Mendingar es *mendigar.*

Entiesar es *entesar.*

Amacisar, dicen muchos, por *macisar,* que es la palabra castiza:

Viejita, debe decirse viejecita:

"Erase que se era,
Y es cuento gracioso,
De una *viejecita*
De tiempo de moros (Quevedo)

Aereostático, está mal dicho, pues la voz correcta es *aerostático,* del griego *aero.*

Leontina, por cadena de reloj y *chilillo,* por *látigo,* son impropios.

Aquí, lo mismo que en todo Centro-América, llaman *china* á la *niñera* y *canchinflín* al *buscapiés,* que no *buscaniguas,* como muchos dicen.

Lo más común, aun entre gente que presume de ilustrada, es llamar *réplica* al *examinador,* y dar el nombre de *hule,* que es tela con barniz, á la *goma elástica* ó *caucho.*

El sitio que llaman por acá *rastro,* es en español *matadero.*

La *bolsa* del pantalón ó de la levita es *bolsillo.*

No invitéis á tomar un *fresco,* sino un *refresco,* ni digáis *tiquete,* sino *billete.*

Los que en vez de llamar *agente de policía,* ó *agente de la autoridad,* al guardián del orden público, le denominan *policía,* debieran llamar *un tropa* al soldado.

Muchas guapas van á la *retreta* sin saber que esta palabra significa el toque de marcha en retirada y de recogerse en el cuartel. La música se llama *serenata.*

La palabra india *á memeches,* es en español *á horcajadas.*

A saber se emplea mucho entre nosotros, por *quien sabe,* que es lo correcto. Cuando *á saber* se emplea como condicional, por ejemplo, "*á saber* que venía Lorenzo, no

hubiera yo venido," está muy bien usado, ó cuando expresa *esto es*, como si dijéramos: "Las obras de Bello contienen varias materias, *á saber:* gramática, historia, poesía, etc.

Muchas veces hemos oído decir que una persona está muy *aguada*, por indicar que está *débil.*

Alentado, en castellano quiere decir *valiente, animoso.* En Guatemala se toma por *sano, bueno*, que goza de perfecta salud.

Armatoste, que no *almatroste* debe decirse.

En casi toda la América española usan *amarrar* por *atar.* Desde Chile hasta México se *amarran* los calzones, en vez de *atarse los pantalones;* se *amarran* la corbata y andan con la cara *amarrada.* Ese uso general de *amarrar* demuestra que los conquistadores así decían, empleando en este caso, como en otros, una voz *náutica*, que significa atar con cables ó cadenas.

El *tanate* y el *amarradijo*, pudieran traducirse al espapañol por *lío ó montón*, aunque á la verdad *amarradijo*, significa nudos en la ropa ó en otra cosa por el estilo.

Ateperetado es un provincialismo nuestro muy significativo, que quiere decir *aturdido*, que no tiene tino para hacer las cosas.

El *barrilete* es *la* cometa de *papel* ó *papelote* (no *papalote.*)

Batuquear es *bazucar.*

Bolo quiere decir *ebrio*, borracho.

Buscapleito es *pendenciero* ó *picapleitos.*

Los que dicen *firmar* al *calce* de un escrito, por decir *al pié*, ignoran que el tal *calce* lo que significa es el arco de metal ó de caucho de una rueda.

Sancochar es corrupción de *salcochar*, cocer con sal. Tampoco se dirá *sancocho*, sino *salcocho.*

En vez de decir *cerço* dígase *cerca* ó *vallado.*

Ciertísimo es *certísimo.*

Los más despreciables animales son los que más nombres tienen—asi como los hijos de los monarcas no se contentan con uno—v. g. *Asno, burro, borrico, jumento, pollino; marrano, cerdo, puerco, berraco,* que en América tienen otro, á saber, *coche,* del quechua *cochi,* y *chancho* del araucano *chanchu.*

Confesionario es el libro de confesar; pero la silla del confesor se llama *confesonario.*

Al *patizambo* le dicen, por estas tierras, *corneto.*

En Centro-América dícenle *cosijo, cosijoso,* al *cojijo, cojijoso;* palabras más usadas en lo antiguo que en lo moderno.

Muchas veces hemos oído decir que uno se *ríe á costillas de otro,* en lugar de *á costa* de otro, que es como debe decirse.

Suelen los picapleitos y algunos que no lo son, cuando están hablando de las pruebas contrarias á lo mismo que sus adversarios han tratado de probar, decir que son *contraproducentes.* La voz latina es *contraproducentem.*

Aquellos que dicen *los cumple-años,* deberían ponerlo en singular: *el cumple-años.*

De España nos ha venido la corrupción del verbo *champurrear,* que es *champurrar.*

Chaparrastroso llaman al *sucio, andrajoso,* que es como hoy debe decirse, y no *chaparrastroso.*

A lo que se llama en español *bandeja,* le dicen por acá *charol, azafate,* bien que esta última palabra no es impropia, puesto que significa el cesto de mimbre, plano y con cenefa al derredor, que también se hace de loza, plata ú oro.

La palabra *chinchón,* anticuada en España, es la que usamos en vez de *chichón,* que es como dicen por allá.

Chismosear es *chismear.*

Chucho, como nombre familiar del perro, es castellano, á pesar de que muchos de nuestros escritores lo sub-

rayan indicando ser provincialismo, como puede verse en uno de los "Cuadros de Costumbres" de Salomé Jil (t. II. p. 182).

Chucho, significando *tacaño* es provincialismo. En todo caso evítese el uso de esa voz *chucho*, que hasta es muy mal sonante en algunas repúblicas hispano-americanas.

Chulo, en buen castellano, quiere decir *pícaro*, ó denomina al que ayuda en el matadero al encierro de las reses; pero no significa hoy *bonito*, *primoroso*, *gracioso*, etc., como por acá se emplea.

Churrusquiar es *churruscarse*.

De adrede, debe quitarse el *de*, para que quede *adrede*.

Delantal ó devantal, que no *delantar*, es lo propio.

Descruzar, *desapartar* y *destrocar*, son barbarismos, en vez de *cruzar*, *apartar* y *trocar*.

Los que presumen de cultos son los que dicen *deponer*, en vez de *volver el estómago* ó *vomitar*. *Deponer* significa evacuar el vientre.

Demasiado quire decir que hay exceso, más de lo necesario. No digan, pues, que Dios es *demasiado* bueno; ni que María es *demasiado* honrada; ni que el juez es *demasiado* justo.

Vejancón y gordinflón, son *vejacón* y *gordiflón*, como *bonachón* y *santurrón*.

La palabra *decires*, que vale por rumores, murmuraciones, la corrompen muchos que usan *díceres*.

Disparejo es en español *desigual*.

Desfundar significó en lo antiguo quitar la funda; pero nunca romper el fondo, que es *desfondar*.

El verbo *desprestigiar*, que vemos usado hasta en libros y periódicos, no es castizo. Del que ha perdido la reputación ó fama, dicen *desopinado*, *desacreditado*, pero no *desprestigiado*.

Hasta los dentistas dicen "dentrífico", en vez de "dentífrico", que es lo correcto.

A los *dundos, idos de un sentido,* ó que *les falta un sentido,* llámales el Diccionario *lelos, torpes, atontados, fatuos* ó *pasmados.*

Los que dicen "elucubraciones" harían mejor, hablando bien, en decir "lucubraciones."

Que se llame *enamorado* al que está lleno de amor, por una persona ó cosa, sea en hora buena; pero decir *que es muy enamorado* aquel á quien le gustan las mujeres, no tiene sentido. El propenso á enamorarse es *enamoradizo. Enamorada* en castellano antiguo equivalía á *ramera.*

"Encandilado" significa, "erguido," "levantado," acepción que nunca le damos, pues por acá decimos "encandilado" del que entra de un lugar que tiene luz á otro un poco obscuro.

Ensartar la aguja es *enhebrar* la aguja, ó *enhilarla.*

Espantos llaman en la América española á las fantasmas, duendes, aparecidos ó apariciones. Nos inclinamos á creer que es castiza la palabra *espantos,* aunque el Diccionario no le da la acepción indicada. Trueba la usó en ese sentido. (El Cura Nuevo, cap. IV).

El llamar *fustán* á las *enaguas blancas,* viene de que en lo antiguo llamóse con ese nombre (fustán) á la tela con que se hacían; razón por la que en casi toda la América latina se usan *fustanes.* La palabra es legítima española.

Son errores crasos decir *traspieses* por *traspiés, desandó* por *desanduvo, dintel* por *umbral, ínsulas,* por *ínfulas, latente* (oculto) por *latiente* (lo que late).

Eso es "perfectamente" ilógico.—Debe decirse "completamente," porque perfectamente significa lo que está ejecutado con perfección.

Común es ver en los informes oficiales que un "edificio se halla "en perfecto buen estado"; y ¿cómo quieren que estuviera: en perfecto mal estado, ó en imperfecto buen estado? Huelga el "perfecto".

Por *manos* de mis pecados; dígase por *malos* de mis pecados.

"Que tenga *éxito* en su empresa." No tuvo *éxito* en su negocio. Sépase que *éxito* sólo quiere decir *resultado*. Debe acompañarlo el adjetivo *bueno* ó *malo*, según los casos.

Cuando se dice de uno de esos matones ó furiosos que son *templados*, debiera ser al revés; que tienen carácter *destemplado*.

Para más informes "dirigirse á......" debe ser: "diríjanse á".

Por toda la América española dicen, de un muchacho amigo de las mujeres, que es muy "enamorado." Lo puede estar un marido de su mujer, un novio de su prometida; pero si le gustan todas será "enamoradizo".

Los conquistadores decían: "No "te" hagas "el de" la vista gorda". En España se usa: "No hagas la vista gorda".

En lo "fuerte" del invierno. Dígase en lo "recio" del invierno.

"Alíniense," dice el oficial á sus soldados, y debiera decirles "alinéense."

Es curioso el modo de hablar de las que dicen: "Estuve tan mala, que "me quise" morir." "Me 'quise caer' al pasar el puente". ¿Quién va á querer semejantes cosas? "Por poco" me muero, "por poco" me caigo, "estuve á punto" de caerme, etc. es lo propio y correcto.

En las tiendas se oye decir: ¿qué espera usted?—"Lo vuelto," (manera anticuada en España). Lo correcto es "el cambio".

Entre "aprisa" y "de prisa" hay diferencia. El primero es prontitud en el obrar; el segundo sugiere premura, falta de reflexión y cuidado. Escribe "aprisa" el que lo hace con rapidez, y escribe "de prisa" el que lo hace á la birlonga, sin cuidado.

"Cajón de muerto". Es ataúd, féretro ó caja mortuoria.

"Conducirse" bien. Dígase "portarse" bien.

"Coyontura." Es "coyuntura"

Es muy impropio decir "el día tantos del que "cursa," por "del mes corriente". Tampoco debe usarse aquella frase del licenciado don Mariano Michéo: "El 7 de los corrientes".

¿Cómo "se encuentra" usted? Dígase "¿Cómo lo pasa" usted?

Como en los Estados Unidos llaman *stamps* á los timbres postales, han dado en decirles *estampillas*. Estampilla no significa sino el sello que sirve para firmar imitando la letra.

"Me extraña" que usted no haya venido;" dígase "extraño" que usted no haya venido.

"El accionado" del cómico no me gusta; "la acción" del cómico no me gusta, es como debe decirse.

"Giro" en lenguaje mercantil correcto, significa el movimiento ó traslación de caudales, por medio de letras de cambio ó de libranzas; pero no se puede dar tal nombre á las libranzas ó letras. En lenguaje antiguo significaba *giro* hermoso, galán, y de ahí viene que en la América española llaman *giros* á ciertos gallos.

"No le hace, mas que," son frases anticuadas. Dígase "no importa".

"Laurel cerezo" (laurier carise) es "laurel real", en español.

"Mantequilla" es "manteca" en España. "Mantequera" llaman en Madrid á lo que en estos países americanos llamamos "mantequillera".

"Paparruchada" es un americanismo, ó mejor dicho un arcaísmo, pues así decían los conquistadores. "Paparrucha" dicen hoy en España. Debía la voz paparruchada figurar en el Diccionario.

"Peleado" con fulano, es reñido ó tronado.

"Pipiripao", es palabra que en América significa cosa de poca importancia, insignificante: mientras que hoy en España quiere decir "convite" espléndido y magnífico.

"Prendedor" es el que prende; pero no significa en España "alfiler de corbata" que es como dicen por allá.

Buena "recepción". Dígase buena acogida. "Retorcijón" es retortijón.

"Salir de presidente" es dejar de serlo. "Salir presidente," significa ser electo tal.

"Agarrón" es en español "agarro, agarrada".

"Amacizar" es macizar".

"Antejuela" es "lentejuela".

"Apasote" es "pasote". Todas esas voces anticuadas se encuentran en la obra de Bernal Díaz del Castillo.

"Apuñuscar" es hoy "apañuscar".

"Arrebiatar", dígase "rabiatar".

"Bullaranga" es en castellano ' bullanga".

"Cabro" es propiamente "cabrón".

"Cacaguatal" es corrupción de "cacahual," como decían antes. Hoy es "cacaotal".

"Cacaraquear" dice el vulgo en vez de "cacarear", que es lo correcto.

"Caperuzo" dicen en toda la América española, á usanza antigua, en vez de "caperuza".

"Cazueleja" también es muy usado, siguiendo el castellano del siglo XVI, en vez de "cazoleja".

El "cerco" de alambre ó árboles, es la "cerca".

"Cocijo" decían los conquistadores, y hoy se usa en España "cojijo".

"Espuelear, escondijo, encuerdar, enmielarse, enmojecerse, enraizar, entechar, entejar, desquebrajarse, dientazo, diestrísimo, despernancarse, entretención, espuelear, estampida, estriñido, fondillo ó fundillo, fritanga, fuer-

zudo, vinotero, virriondo, volido". Hoy es "espolear, escondrijo, encordar, enmelarse, enmohecerse, arraigar, techar, resquebrajarse, dentazo, destrísimo, espernancarse, entretenimiento, espolear, estampía, estreñido, fondillos, fritada, forzudo, vinatero, verriondo, vuelo".

La mayor parte de aquellas voces las aprendimos así de los conquistadores: son castellano que ha variado en España; pero que en América se usa.

Debería hacerse un estudio serio y completo de ese idioma anticuado allá y que por acá vive. Los maestros de escuela no deben reputar desatino lo que no pasa de ser arcaico en la península.

Hay una curiosa gramática del castellano antiguo, por don Pedro Mujica, algo incompleta; la gramática del Poema del Cid, por don Fernando Arcujo Gómez; el Progreso y vicisitudes del idioma castellano desde que se romanceó el Fuero Juzgo, hasta nuestros tiempos, por Galindo y de Vera; la Lengua española en el siglo de oro de su literatura y los cambios que ha sufrido, por don Tomás Ximénez de Ebún y Val; y otras obras raras que conocemos, explican mucho de lo que á España concierne; pero en cuanto al "Castellano en América," falta que se tome en cuenta por la Academia; que no se nos vea como á parias. Ahí está la erudita obra de Ricardo Palma, intitulada "Papeletas Lexicográficas," que apunta 2,700 voces que hacen falta en el Diccionario; ahí están más de veinte libros sobre el "lenguaje" de cada región, de cada país américo-hispano ¿por qué no se estudian, para fijar lo que es común á toda la América ibera, y ampliar el léxico?

"Externar opinión," no es castizo, ni se dice en España. Don José Milla, dijo: "se encontraba disgustado de Mallén, y los provocaba (á los frailes) á que se "externasen" contra él. Debió decir "produjesen," ó como usaba Cánovas del Castillo "exteriorizasen," á pesar de que el

verbo *exteriorizar* no lo trae el Diccionario, y es bien formado.

Al *distraído, alelado, chiflado,* le llaman, por acá, *ido ó falto de un sentido.*

Influenciar no es verbo que registre el Diccionario, bien que *influir* no significa lo mismo. *Influenciar* se usa en la América española.

El árbol que produce limas es en español *limero* y no *limar*, y el que da limones *limonero* que no *limonar.*

Lívido no significa *pálido ó descolorido,* como han creído muchos poetas ramplones, sino *amoratado.*

Alocución es en castellano un discurso, corto por lo común, en que el superior se dirige al inferior. Un general pronuncia *una alocución* á sus soldados. En Centro América es muy común que un niño ó un estudiante dirija *una alocución* al público respetable, en el que se encuentran señoras, caballeros y dignatarios. Esto no tiene sentido común. Llámesele *discurso,* aunque sea breve.

Malcriadez, por *malacrianza* es un disparate, como lo es el decir *mallugar* en vez de *magullar.*

Hablan mal aquellos que dicen: "Llegaron *medias* muertas y *medias* desnudas; se pusieron *medios* borrachos." Debe ser *medio* muertas, *medio* desnudas, *medio* borrachos. Porque el adverbio *medio* es invariable, como lo es *puro*, y así dicen un desatino los que construyen estas frases: "Lo hizo de *pura* muda, de *pura* boba; debiendo ser de *puro* muda, de *puro* boba.

Se usa en Centro América, lo mismo por Chile y otras repúblicas de origen español, decir *no le hace* por *no le importa.* "Si no estudias no aprenderás. *No le hace, vale* que mi padre es rico, respondió el estudiante." Ese *no le hace* es giro antiguo español.

Es un americanismo dar acusativo de cosa en vez de persona al verbo *obsequiar*: Juán *me obsequió* su retrato.

Este libro *me fué obsequiado* por mi tío. Dígase *me obsequió con* un retrato. Este libro es una dádiva *con* la cual me obsequió mi tío.

La compostura que se hace á un edificio, ó la reparación á cualquier cosa, no se llama *refacción* sino *refección*, y el verbo *refaccionar* no existe en castellano, sino *refeccionar*. *Refacción* es el alimento moderado que se toma para reparar las fuerzas.

Resongar es *resolgar*, y *revoletear* debe ser *revolotear*.

Salvajismo es *salvajez*; pero debiera estar aquella palabra en el Diccionario, puesto que está bien formada.

Sendos significa *uno cada uno* y no *grande, descomunal*. *Sendos* golpes, es un golpe á cada uno: *sendas* capas, no son capas grandes, sino *una* capa *cada uno*. Los que en España y en América emplean mal esa palabra, debieran conocer los versos aquellos que dicen:

"Las siete doncellas francas,
Por librarse de paganos,
Se cortaron *sendas* manos,
Y las tienen los cristianos
En la villa de Simancas."

No se les hubiera ocurrido que aquellas interesantes doncellas habían de tener las manos grandes, y mucho menos descomunales, sino que cada cual se cortó una mano.

Pocos son los que por acá llaman *sienes* á los *sentidos*, ó sean las partes laterales de la frente. "Le pegó una pedrada en el *sentido* y lo mató en el acto"; debiera decirse en la *sién*.

Al que le falta una oreja le denominan en español *tronzo*, mientras que aquí dicen *sonto*. "En Guatemala existió, allá por el año 1811, un capitán general, á quien todos llamaban el *sonto*, por tener una oreja menos." En España hubiéranle llamado el *tronzo* Bustamante.

No faltan quienes usan la palabra *sinvergüenzas*, en plural, y dicen que sus enemigos son hombres *sinvergüenzas*. debiendo ser *sinvergüenza*, por más que sean muchos los que de ella carezcan.

Los que andan á caza de palabras bonitas, voces grises, verbos azules, nombres esfumados y otros disparates por el estilo, no dejan escapar la *silueta*, del francés, *silhouette*, sin darse cuenta de ser galiparlistas y decadentes contra el sentido común.

Tan es así, que podría jurarlo. Dígase *tanto* es así, etc.

Tanate se llamaba en lo antiguo al zurrón ó zaque en que se transportaba el mineral, y de allí vino el dar tal nombre, entre nosotros, al *lío*, *fardo*, ó *envoltorio*.

Tasajear es en castellano *atasajar*, y *tataratear* es corrupción de *tartalear*:

Allá, en tiempos de antaño, díjose *tembleque* por *trémulo* y *topetear*, por *topetar*. Son aquellos arcaísmos que conserva nuestro pueblo.

Cuando en toda la América española se dice *transar*, en vez de *transigir*, que es el verbo usual castellano, presumimos que usarían los conquistadores de ese *transar*, aunque ellos jamás *trasigieran*, que es como hoy dicen en España. Como americanismo y castellano antiguo debía estar en el diccionario.

Allá en las montañas de Asturias se usaba mucho el verbo *trastabellar*, y de esta palabra *bable* sacamos los latino--americanos, *trastabillar*, como dicen por Colombia, el Perú, Venezuela y Chile, ó *trastrabillar*, según nosotros decimos, en vez de *tartalear*, *titubear*, ó *hacer eses*. Juan de Castellanos decía *trastrabillar*, de suerte que no hemos sido los corruptores del vocablo (Bibl. de Riv. tomo IV. p. 400). En verdad, es palabra anticuada en España, que vive entre nosotros.

Quevedo todavía usaba *vagamundo*, en lugar de

vagabundo, que trae el Diccionario. Si en América se usa *vagamundo*, debía figurar en el léxico.

Todas esas palabras anticuadas, y muchísimas otras, que en América se conservaron después de la conquista y que hasta el día usan más de cincuenta millones de habitantes, bien merecían ser apuntadas en el Diccionario, por la Academia Española. Así como debieran figurar en el léxico los *americanismos* que son tan numerosos. La soberanía del idioma reside en la totalidad misma de los que se sirven de él. El uso de las mayorías educadas, el uso general debe ser el árbitro de la lengua. De lo contrario, las Academias hablarán un idioma y el pueblo otro, viniendo á parar, como dice Nicanor Bolet Peraza, en ser el triunfo de las mayorías habladoras. *Carátula*, v. g. significa en España careta, y significa *portada* de libro, en América; por qué no dá el diccionario tal acepción? *Carátula*, por careta, ni en la Península se usa.

Para concluir este capítulo, apuntaré otras frases muy impropias, que á cada paso se oyen en la América española.

"*Bajo* ese pié, *bajo* esa base," debe ser, *sobre* ese pié, *sobre* esa base. *Malaya sea* Pedro, es en castellano: mal haya Pedro. "Yo tomo *cualesquier* cosa," dígase: yo tomo cualquier cosa. Ya está mi mujer *más* mejor que ayer, es: ya está mi mujer mejor que ayer. Yo tampoco *no* salí, corríjase diciendo yo tampoco salí ó yo no salí tampoco. El general no *le* tiene miedo á las balas, dígase: el general no *les* tiene miedo á las balas. Yo dije entre *sí* que no pagaba, se debe decir: yo dije entre mí que no pagaba. "Soy su muy afectísimo amigo," es en español: soy su afectísimo amigo, ó su muy afecto amigo. *Me repito* de Ud. atento servidor, dígase: repito que soy de Ud. atento servidor. Soy de Ud. *su* adicto capellán, debe ser: Soy de Ud. adicto capellán. Con mi hermano y yo se completaron trece personas: "Con mi hermano y con

migo se completaron trece personas," esta es la dicción correcta. Hay que reponer el papel simple *al del* sello respectivo: dígase *con el* del sello respectivo. *Tengo la honra* de dirigirme á Ud., es una frase impropia, que puede sustituirse por "Tengo á honra." Acusar recibo debe decirse: "Avisar recibo." Noticias *palpitantes*, dígase mejor noticias *sensacionales*. Sin *pretensiones* escribo; debe ser: "Sin presunción escribo."

Es muy curioso cómo el sonido nada más de la frase latina *ad bultum tuum*, ha hecho que nuestro pueblo lo convierta en *al buen tuntún*, que se emplea para denotar que algo se hace sin cuidado y por modo mecánico. Los indios llaman *tuntún* al peinado de las mujeres hecho con grandes cordones y cintas.

Dolamas son enfermedades de las caballerías, que no de los hombres.. Dígase *achaques*, *alifafes*, en vez de *dolamas*, término jitanesco.

"Don Pedro estuvo hecho un cadete: bullicioso, bromista y galante. Parecía que era falso lo que declaraba en su carta al Dean, del reuma y demás alifafes." (Valera —Pepita Jiménez.)

Muchos dicen: "pasar *desapercibidas*," por pasar inadvertidas, ó en silencio por alto, algunas cosas. La verdad es que en toda la América española, y aún en España, dícese *desapercibido*.

"Ingrimo y solo," es una frase bárbaramente pleonástica. En lo antiguo díjose: En grima y solo; lo cual quiere decir, tristísimo y sin ninguna compañía.

Hay palabras que en cada región tienen significado diverso; *jubilarse*, por ejemplo, significa en Colombia atontarse, alelarse, venir á menos. Un *jubilado* de los que andan en las calles de Bogotá es un pobrete, un infeliz. Por el contrario, en Cuba el *jubilado* es práctico, entendido, sagaz. En Venezuela y en Centro-América *jubilarse* es desertar de la escuela, no concurrir á ella, no

llegar un individuo á donde tiene costumbre. En castellano se dice *hacer novillos;* porque *jubilarse* lo que significa es relevarse de un empleo conservando honores y sueldo.

En español correcto no se dice *estoy peleado* con Pedro, sino estoy reñido con él.



CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

FALTAS SOMERAS DE ACENTUACIÓN

El distinguido chileno don Miguel Luís Amunátegui dió á luz, en Santiago, en 1887, una interesante obra de 479 páginas, sobre "*Acentuaciones viciosas.*" Colíjase, pues, cuántos no serán los defectos en que se incurre en esta materia.

Aquí no cabe apuntar más que aquellas generales y someras, que desfiguran el idioma, sobre todo en la América española.

Acento prosódico es el esfuerzo particular que se hace sobre una vocal de la dicción, dándole un tono algo más recio, cargando la voz sobre ella.

Acento ortográfico es la virgulilla que se pinta sobre algunas palabras, bien sea para marcar el *acento prosódico*, ó para que no se confundan con otras que, escribiéndose lo mismo, significan cosa distinta.

Los vocablos en que cae el acento sobre la última sílaba son *agudos*, como *papá, mamá. Graves ó llanos* son los que tienen el acento sobre la penúltima, v. g. *examen, casa, caro.* Esdrújulos se denominan los acentuados en la antepenúltima, como *pétalo, lúbrico, empírico.*

Vamos á enunciar algunos vicios ó defectos de acentuación prosódica:

1º. Se pronuncia *colega* y no *cólega; epigrama,*

telegrama, pentagrama, diagrama, paralelogramo, programa, etc., y no *epígrama, telégrama, pentágrama, diágrama, paralelógramo, prógrama, etc.* Son graves los nombres de medidas, terminados en *gramo* y *litro;* v. g. *quilogramo, decalítro.*

2o. Son "graves" ó "llanas" las palabras "intervalo, mendigo, sincero, clorosis, metamorfosis, opimo, y poligloto."

3o. Se dice correctamente "disentería, torticero, diploma, vayamos, vayáis, hayamos, hayáis.

4o. Se pronuncia "Eródoto" y no "Erodoto," "Aristides" y no "Arístides," "Arquimedes" y no "Arquímedes," "Catúlo" y no "Cátulo," "Eufrates" que no "Eúfrates "

5o. Casi todos los médicos dicen "Autopsía," y es "autopsia;" "autoplastía," que es "autoplastia;" "omóplato" que debe decirse "omoplato": "nostalgía" que es "nostalgia"; como "cefalalgia" que no es "cefalalgía."

6o. "Rafaél", "baúl", "raíz", "maíz", "caí", "caído", "raído", "creíble", "diploma", "saúco", "monogamia", "poligamia", "pólipo", "parálisis", "etíope", "consola", "zafiro", "náyade", "océano", "penitenciaría", "pentecostés", "ázoe", "caracteres", "metamorfosis", "miópia", "alvéolo", "período".

Se marcarán con tilde ó acento ortográfico: 1o. Todo esdrújulo, como "régimen", "lánguido", "órdenes", 2o. Los agudos "polisílabos", como "Bogotá", "carmesí". Los graves acabados en consonante, que no sean *n ó s* v. g. "cráter", "cáliz", "difícil", "bórax". Los agudos terminados en *n ó s* que tengan más de una sílaba, por ejemplo: "holgazán", "figurín", "recopilación", "común", "jamás", Jesús, "amáis", "estaréis". Las agudas en que haya encuentro de vocal débil con acentuada, llevan acento, á fin de romper el diptongo, v. g. "país", "maíz", "baúl", "laúd". Las voces que terminan en *ía,*

"íe," "ío", "úa," "úe," "úo", cuando carguen sobre la *i* ó la *u*, como "día", "algarabía", "ganzúa", "hacía", "tenía", "continúe". Las inflexiones verbales, que por su estructura no debieran llevar acento, sí lo llevan, cuando por la agregación de enclíticos, forman *esdrújulos* ó *sobreesdrújulos*, como sucede en *habiéndote*, *robárontela*, *enséñamela*.

Para distinguir una palabra de otra igual que tenga diverso significado, llevarán tilde: 1o. Las personas del pretérito que se confundan con el presente: *amámos* cuando éramos niños; *vivímos* hace tiempo en París. 3o. El pronombre, para distinguirlo del artículo: "él, mí, tú, sí, éste, ésta, ése, ésa, ésos, aquél, aquélla, aquéllos, aquéllas". 3o. *Sí*, lleva también acento cuando es adverbio ó término de música. 4o. "Té, dón, sér, lá, mí, sí, són," cuando se emplean como substantivos. 5o. Las voces *cómo, dé, éntre, náda, pára, sé, sóbre, úno*, y *úna*, si son inflexiones de verbos. 6o. *Qué, quién, cuál, cúyo, cuándo, dé, dónde, cómo*, el adverbio *cuánto, cuánta, cuántos, cuántas*, en las exclamaciones é interrogaciones. 7o. *Cuál* y *quién* cuando equivalen *al uno, el otro;* y *cuándo*, en aquellas en que equivale á *unas veces, otras veces*. 8o. *Há y hé*, como *días há, hé aquí, hé ahí*. 9o. *Dí* y *vé*, imperativo de *decir* y de *ir*, para distinguirlos de *di*, del verbo *dar*, y *ve*, del verbo *ver*. 10. Las voces *nó* y *éra*, cuando se pronuncian enfáticamente. 11. *Más* y *sólo*, cuando son adverbios. De suerte que si en vez de *mas* se puede poner *pero*, no se acentúa. Si *solo* equivale á *solamente* se acentúa; v. gr. "Pedro quiere *más* pan." "Yo quiero dinero, *mas* (pero) no encuentro quien me lo dé". "Juan vino *solo*" "María *sólo* (solamente) quiere justicia". 12. *Aún*, cuando significa *todavía*, lleva acento.

Muchos hay que confundiendo la acentuación antigua con la moderna, todavía acentúan *Carlos, Carmen*, que

no deben llevar tilde; porque como acaban en *s* y *n*, sería preciso acentuar la sílaba final para que dijeran *Carlós*, *Carmén*, luego para que se pronuncie *Carlos*, *Carmen*, no es preciso el acento.

Obispos y secretarios curiales hay que ignoran que el nominativo ó terminal *Nós* conque pluralizan la dignidad de los *ilustrísimos*, se escribe con tilde, v. g.: Nós, Ricardo Casanova y Estrada, etc.

En la América hispana son muy numerosas las voces cuya acentuación se corrompe. Ya hé indicado algunas. He aquí la lista más completa:

INCORRECTO	CORRECTO
mastíl	mastil
resedá	reseda
cénit	cenit
pentecostes	pentecostés
sútil	sutil
albumina	albúmina
anecdota	anécdota
pristino	prístino
anágrama	anagrama
telégrama	telegrama
carácteres	caracteres
régimenes	regímenes
centígramo	centigramo
epígrama	epigrama
hipodrómo	hipódromo
intérvalo	intervalo
méndigo	mendigo
metamórfosis	metamorfosis
omóplato	omoplato
ópimo	opimo
súlfuro	sulfuro
záfiro	zafiro

INCORRECTO	CORRECTO
acrimonía	acrimonia
neuralgía	neuralgia
nostalgía	nostalgia
parsimonía	parsimonia
bigamía	bigamia
neumonia	neumonía
penitenciaria	penitenciaría
cardiaco	cardíaco
Iliada	Ilíada
Olimpiada	Olimpíada
simoniaco	simoníaco
alveolo	alvéolo
oceano	océano
etiope	etíope
periodo	período
caida	caída
médula	medula
cólega	colega
díploma	diploma
domínico	dominíco (fraile)
estaláctita	estalactíta
intérvalo	intervalo
monolíto	monólito
poligamía	poligamia
políglo to	poligloto
sauco	saúco
vizcaino	vizcaíno
zodiaco	zodíaco
Abigail	Abigaíl
Alcibiades	Alcibíades
Antioco	Antíoco
Arístides	Aristídes
Arquímedes	Arquimédes
Mitrídates	Mitridátes

Advertencia.—Para mayor claridad en la pronunciación, se ha pintado el acento ortográfico en algunas palabras que no deben llevarlo; pero es para fijar bien el sonido.

Capítulo Décimocuarto

ORTOGRAFÍA

Hay errores muy comunes de ortografía, como escribir "Baltazar, Quezada, Gavino, Gerónimo, silvido, esposición, estrangero, ausiliar, face, exhuberante, hechar, balija, chibo, Cristóval, Estevan, vocanada, Hortencia, asera, aguzar, pescosón, sonso, zelo, jigantezo, poetisar, pezca, quezo, hermitaño, hilación, alhagar, acensión, procenio", en vez de lo correcto, que es: "Baltasar, Quesada, Gabino, Jerónimo, silbido, exposición, extranjero, auxiliar, fase, exuberante, echar, valija, chivo, Cristóbal, Esteban, bocanada, Hortensia, acera, agusar, pescozón, sonzo, celo, jigantesco, poetizar, pesca, queso, ermitaño, ilación, halagar, ascensión, proscenio, etc."

La *ll* y la *y* se pronuncian lo mismo en toda la América española, y en vano se afanará uno que otro maestro de escuela por restablecer el ceceo de Madrid. La *s*, la *c* y la *z*, sólo en la escritura se distinguen, ya que igual sonido les damos en *santo, sonsacar, soso, cirial, cisne, ciprés, cima, sima, zuavo, zorzal, zorra.*

La *b* y la *v* se confunden en la pronunciación, usando de un sonido medio entre ambas letras, que se produce al pegar suavemente los labios. El verdadero sonido de *b* labial sólo se da en las voces que llevan antes una *m*, v. gr., *colomba, caramba, tumba*, por la íntima simpatía de sonidos entre ambas letras. El famoso filólogo com-

patriota nuestro, D. Antonio José de Irisarri, demostró amplísimamente que aun en España jamás se ha pronunciado la *b* de distinto modo de la *v*, según hubo de reconocerlo la misma Academia española hasta la nona edición del diccionario, en la que dijo que no se distinguía la pronunciación de ambas letras. Que haya algunos castellanos, valencianos, catalanes y mallorquinos que las pronuncien con sonidos diversos, no quiere decir que los andaluces, ni los vizcaínos, ni los gallegos, ni los demás conquistadores que á América vinieron, usaran de tales diferencias. Hoy en todos los países que España conquistó se pronuncian del propio modo la *b* y la *v*. Por más que se pretenda lo contrario, así seguirá siendo, porque, como dice aquel insigne hablista, no se puede mandar en la pronunciación general de las naciones como se manda en otras muchas cosas. Otro tanto debe decirse acerca de la *c* y de la *z*, de la *y* de la *ll*. Es imposible que los que han oído toda su vida confundir esas pronunciaciones, puedan sin dar muestras de afectación ridícula, resultar haciéndose los castellanos viejos.

Lo que sí debe evitarse es el dejar de pronunciar letras, como en *amistad*, *caridad*, *juventud*, que casi todos suprimen la *d*, que suelen agregar á *descarcelación*, *descaso*, *dentrar*, que son *excarcelación*, *escaso*, *entrar*.

Aquellos que dicen *afición* por *aflicción*, *dicionario*, por *diccionario* y *condución* por *conducción*, incurren en grave vulgaridad. Hasta gente que presume de esmerada educación, pronuncia *estranjero*, *ausiliar*, *esposición*, *cáusula*, *precector*, *concección*, *rececciónn*, por extranjero, auxiliar, exposición, preceptor, concepción, recepción. La *astinencia*, la *astracción*, el *sujuntivo*, el *ausoluto*, el *acsolver* y el *ocseno* son modos de decir que revelan poca cultura. *Abstinencia*, *abstracción*, *subjuntivo*, *absoluto*, *absolver* y *obsceno* pronuncian siempre las personas que hablan correctamente. Las vocales dobles deben pro-

nunciarse, como en *creer, proveer, acreedor, preeminencia, reempujar, reemplazar, alcohol.* El cambio de la *e* por *i*, en *león, peón, real, acordeón*, es muy censurable, como no lo es menos la afectación de los que dicen *peano* por *piano, Policarpio* por *Policarpo, turumba* en vez de *tarumba* y *edicción* por *edición.* Quedan algunas viejas que emplean *sepoltura* y *ticeras*, en lugar de *sepultura* y *tijeras; sandijuela* y *gomitar*, por decir *sanguijuela* y *vomitar.* Jóvenes conozco yo que pronuncian *aljedrez* y *replantigarse; almitir, almirable, pelizco, espaviento*, en vez de *ajedréz, repantigarse, admitir, admirable, pellizco, aspaviento.*

En Chile es en donde más corrompe el pueblo la lengua, con cambios de sonidos. No sólo suprimen la *d*, en palabras como *abogado, candado* y *miedo*, sino que á cada paso dicen *digusto*, por *disgusto, compadrajo* por *compadrazgo, jujo* por *juzgo*, etc. La *u* por *k*, cámbiandola en voces como las siguientes: *aspeuto*, en vez de aspecto, *efeuto*, en vez de efecto, *Máuigmo*, en vez de Máximo, etc. Es curioso é interesante el capitulo de cambios fonéticos, que escribió D. Aníbal Echeverría y Reyes, en su interesante libro acerca de las *Voçes usadas en Chile.* Mucho de eso es común á toda la América ibera, ora por virtud del arcaísmo, ora por influencia indígena, ora por facilidad en la pronunciación, que siempre buscan el niño y el vulgo.

En obsequio á la armonía imitativa ú onomatopeya, y respetando el origen de las voces, debe conservarse la *b* de "obscuro," "obstáculo," "obstruir," "abstracto," etc., así como no es conveniente suprimir la *n* de "transmigración," "transformación," "transfiguración," etc. A nadie se le ha ocurrido quitar la *n* de "transitar," "transigir," "transacción," á título de suavidad; así es que no es dable que se suprima en los demás casos de la preposición *trans*, si no se quiere que, siguiendo ese

camino, se empobrezca de sonidos la lengua y tome un carácter humilde y afeminado, como dijo el célebre ortólogo D. Mariano José Sicilia.

Este escritor encontró curiosas afinidades y antagonismos entre varias articulaciones de nuestro idioma; simpatías y antipatías en los sonidos, que estudiadas profundamente por D. José M. Vela Irisarri, le han servido para escribir un tratado de Ortografía, que debe de ser muy interesante.

Para dar fin á este capítulo, es oportuno apuntar que, acerca del uso de las letras mayúsculas, hay cierta tendencia plausible á disminuir su empleo, salvo en aquellos casos de rigurosa necesidad, por ejemplo, en la primera palabra inicial de un escrito; en los nombres propios; en la denominación de una obra; en los títulos que no acompañan al nombre del sujeto, como "el Presidente de la República de Guatemala;" pero no cuando va indicando la persona: "el general don J. Víctor Zavala;" en los nombres de cosas personificadas.

Los versos se escriben por lo común con mayúscula, al comenzar; pero lo racional es que se emplée minúscula, como lo recomienda don Antonio de Trueba, y lo acostumbran varios poetas, por ejemplo:

EL JARDIN GRIS

———

Jardín sin jardinero
viejo jardín,
viejo jardín sin alma,
jardín muerto. Tus árboles
no agita el viento. En el estanque el agua
yace podrida. ¡Ni una onda! El pájaro
no se posa en tus ramas.
La verdinegra sombra
de tus hiedras. contrasta
con la triste blancura
de tus veredas áridas............

Jardín, jardín ¿qué tienes?
¡Llegando á tí se muere la mirada!
Cementerio sin tumbas......
Ni una voz, ni recuerdos, ni esperanza,
Jardín sin jardinero,
viejo jardin,
viejo jardín sin alma.

MANUEL MACHADO

Respecto á los nombres de los meses, es vario el uso, unos los escriben con mayúscula y otros con minúscula: La Real Academia escribió en el Diccionario, en la página que está al frente de la advertencia: "10 de Enero de 1879," y en la última página: "31 de diciembre de 1884." Don José Manuel Marroquín opina que se escriban con minúscula, salvo cuando se designa cierto mes de todos los años, pues entonces se usa como propio; por ejemplo: "El mes de Enero es para la humanidad un tiempo de esperanzas y de nuevos propósitos."

Los nombres que denotan los puntos cardinales, como Norte, Sur, los escriben con mayúscula, sin que falten algunos que quisieran también escribir con mayúscula *Sol*, porque dicen que son nombres propios; pero hoy la tendencia á disminuir en lo posible esas letras mayúsculas hace que se escriba *norte, sur, sol.* La Academia escribe unas veces de un modo y otras de otro. En todo caso, la uniformidad es necesaria.

Hay también tendencia, en lo moderno, á suprimir cuanto se pueda el uso de la coma y de los demás signos de puntuación, que empleados en abundancia entorpecen y paralizan el fácil curso de las frases. Leyendo autores de principios del último siglo, y aun de los buenos tiempos de Donoso Cortés, García Tassara, y Lafuente, se echa de ver que por entonces había prurito de entrecomar cada período por pequeño que fuese, y se nota derroche de signos ortográficos, mientras que hoy se economi-

zan hasta donde más cabe. He aquí un brillante trozo literario en el que muchos habrían interpuesto otras varias comas, además de las que se encuentran empleadas por el autor: "Quien busca la felicidad en el ruidoso choque de ambiciones desapoderadas y en los altos picos de las vertiginosas alturas sociales, y no en los afectos sencillos y tiernos, parécese á quien quisiera apagar la sed abrasadora de sus fauces en las olas del férvido mar y no en las linfas de recatada fuente que se desliza humilde entre márgenes de lilas y violetas." (Castelar.)

En Guatemala se ha vuelto una especie de mala costumbre ó corruptela, el poner coma entre el sujeto y el verbo; por ejemplo: "Todos los habitantes de la República, están obligados á pagar sus contribuciones." Esa coma después de República, no sólo es innecesaria, sino que corta el sentido de la frase. Casi no hay invitación de esas que corren impresas, que no diga: "Julio Paez y Señora, tienen el honor de saludar á usted, etc." Después de Señora está mal usada la coma. Todos los días vemos en los periódicos dicciones como esta: "El Jefe Político del Departamento de Guatemala, ordena que se limpien las calles y las casas." La coma está ahí demás. En las que llaman *papeletas de muerto*, ó sean esquelas de duelo ó defunción, se lee corrientemente: "Los padres, hermanos, y demás parientes, de don Fulano de Tal," etc. Huelgan las dos últimas comas. Cuando va alguna de las conjunciones *y, ni, ó,* no hay coma; v. g. "Juan, Pedro y Antonio; sabio, rico y hermoso; vine, ví y vencí; bueno, malo ó mediano."

No es lícito duplicar los signos ortográficos, como lo hacen muchos entre nosotros. Por ejemplo "¿Sabe usted que murieron mil hombres?—¡Lo ignoraba!; pero quién puede afirmarlo?" Debería escribirse así ¡Lo ignoraba! Pero ¿quién puede afirmarlo? La pluralidad de signos fatiga la vista y enmaraña el sentido. A riesgo de equi-

vocarme y salvo el respeto que la Academia merece, creo que en los ejemplos siguientes, que encuentro en la Gramática (p 373) de la docta corporación, duplicados los signos ortográficos, no debieran usarse "¿Dónde has estado?; ¿qué has. hecho en tantos días?; ¿cómo no te pusiste en camino así que recibiste mi carta?; ¡Cuánto engaño!; ¡cuánta perfidia!; ¡qué imprudencia!" Ahí todos esos puntos y comas están de más.

No hay que abusar del punto y coma, según muchos lo hacen, sino en casos muy necesarios. En el siguiente párrafo de Castelar se nota que sólo una vez fué preciso dicho signo, á pesar de que hay una larga enumeración. "Y surgió Eva, so florido árbol, junto á murmurador arroyo, sobre verde césped, de pie como una estatua colocada en el altar de la naturaleza, palpitante su seno, plácido como noche de luna su rostro, las albas carnes jaspeadas por las azules venas, el cabello caído como una cascada de luz sobre sus hombros, absortos los ojos en las conteplaciones del amor humano que coincide con su aparición sobre la tierra, vibrantes de melodías los labios, sonrosada como la flor más bella, de proporciones armoniosísimas cual no se han conocido en sér alguno, magnetizada de castísima voluptuosidad, circuida de ilusiones y esperanzas, más hermosa que todos los ensueños de la fantasía y más vivificadora que todos los soles del espacio. Al verla no podía creer á sus propios ojos Adán. Era la mitad del sér suyo; pero la mitad más hermosa. La vida humana centuplicó sus fuerzas. El puro beso que resonó en los espacios llevaba promesas y esperanzas de perpetuidad para la especie hermosísima que venía en tan supremo instante á ser corona de la creación entera. Al rayo de aquel mirar entre ambos amantes, los seres todos sintieron exaltarse dentro de cada cual su vida. Llenáronse los aires del polen mandado por unas plantas á otras plantas en amorosos

efluvios, encendiéronse desde los astros hasta los nidos, el ruiseñor cantó con mayores gorgeos y el árbol llovió flores, y las flores pistilos y pétalos aromados en aquel espasmo universal. Diríase que la luz brillaba más, que más vivía la vida, que sonaban los rumores del universo con armonías no aprendidas hasta entonces, que los átomos hasta los más fríos se asemejaban á moléculas del sol, que todo era más, que todo podía y valía más, al parecer con aquella venida celestial, el amor en la vida humana, el amor que es el germen de cuanto palpita y crece."



Capítulo Décimoquinto

IDIOTISMOS Y REFRANES

En todos los idiomas hay maneras de decir peculiares, que salen del orden lógico ó gramatical; contrucciones en las que se menosprecian las leyes de la concordancia y régimen, desfigurándose hasta el concepto. Tales locuciones se llaman *idiotismos*, y son aceptadas por los mejores literatos, como que caracterizan una lengua y le dan peculiar fisonomía. En castellano hay idiotismos cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos.

Es manera de decir harto propia y común en romance, al último boquear de un moribundo que expira: "Señor, acaba de *morir*," cuando verdaderamente de lo que acaba es de *vivir*. Todo vive de la muerte. En el discurso de la existencia vienen la vida y la muerte corriendo á una, con pasos iguales, hasta llegar juntas, al punto que *acaba de vivir* el que *acaba de morir*. El último aliento del que muere es la primera aspiración del que resucita. Diríase que hasta en el idioma se protesta contra la muerte. El tiempo con impía mano destruye y con fecunda potencia crea. Razón tuvo cuando dijo un escritor insigne, que vive el hombre revelándose contra su propia mortalidad y contra la de cuanto le atañe. Llora sobre todo cadáver y gime sobre toda

ruina, declarando lo que llamamos muerte, y lo que llamamos fin, como cosa contraria á su naturaleza. Lo que más conmueve es el fallecimiento de un niño, porque los capullos se abren al sol y los brotes no se desprenden del árbol que los sustenta. Lo más horrible es el Olvido, porque borra los vestigios de los seres abatidos por el Tiempo:

"Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que cuando morimos,
Descansamos,"

Habrá la de Dios es Cristo, á tontas y á locas, de buenas a primeras, á ojos vistas, andar andando, á pie juntillas, y otros muchos idiotismos se encuentran en nuestro idioma.

Críticos notables han alabado aquel giro poético de Góngora:

Desnuda el pecho anda ella,

en vez de *desnudo el pecho*. Ya antes había escrito Fernando de Herrera:

Revuelto en oro la encrespada frente,

Giros son estos tomados del griego y del italiano, que de vez en cuando han usado los clásicos; pero que no pueden servir de ejemplo para ser imitados.

Si vemos una cosa bien, decimos "está como Dios lo manda", y cuando sale algo mal hecho: "está como Dios quiere". En la primera frase hay sentido recto, y en la segunda sentido irónico.

El caudal más preciado de la rica lengua castellana está en los giros y modismos que sólo se aprenden con la lectura de los buenos escritores desde Lope de Rueda, de quien fué admirador Miguel de Cervantes, hasta Lafuente, Pereda, Valera, Irisarri, Montalvo y Caro.

Decía nuestro Salomé Jil, con mucha gracia, que cuando alguno *saca la lengua*, nos quejamos diciendo *me sacó la lengua*, siendo así que fué la de él y no la de uno. A quienes más *les sacan la lengua*, es á los médicos los enfermos; pero algunos de ellos la tienen, á pesar de eso, tan larga y ligera que son unos *lenguaraces*.

En nuestro modo peculiar de expresarnos hay modismos y locuciones idiomáticas, que aunque no son castizas, no dejan de ser muy pintorescas. Cuando dicen de una jovencita que se *amisha* (*sh* inglesa) parece verla que se pone como una gatita remilgada, llena de confusión y requiebros. A los gatos llámanles *mishes*, de suerte que *amisharse* vale *agatarse*, ó hacer como harían *mizifuf* y *zapirón*, cuando se ruborizaban, si de rubor hubieran sido capaces aquellos que se comieron un capón y entraron luego en tiquis miquis, hasta concluir con que comerse el azador era caso de conciencia.

Las flores pierden su aroma
Por falta de agua y calor,
Y las *niñas* se *achucuyan*
Por falta de aire y de amor.

El verbo *achucuyarse* dice más que *palidecer, marchitarse, arrugarse, encojerse, perder la lozanía*.

Es todo eso, y algo más que no puede describirse.

Las voces regionales cultas pueden usarse, cuando al escribir, se estiman necesarias; pero subrayándolas para que no implique ignorancia el empleo de ellas.

Mal hablado se dice en castellano del que usa voces ó fraces soeces ó sucias, pecando contra las leyes de la honestidad ó del decoro. Es un modo de decir idiomático, que apenas se puede explicar, como lo hizo D. Salustiano de Olózaga, en virtud de un arcaísmo. (Memorias de la Acad. Española, t III, p. 540). Todavía parece más raro llamar en español *bien mandado* al que obedece, y *mal mandado* al que no cumple con lo que se

le ordena. Este modo de decir prueba que la obediencia ó desobediencia dependen del mandar bien ó mal.

Andar á picos pardos, significa estar uno enamorado. tener relaciones indecorosas. Cuentan que en tiempo de Felipe II era permitido á los clérigos tener en su casa una mujer, con tal, como la ley de las Partidas prevenía, que fuese cristiana, y no hereje, ni mora, ni judía, y soltera, como *para la casar*; pero á tal punto llegó la corrupción, que encopetadas damas vivían á mal vivir. Para cortar de raiz tales salacidades, dice un moderno historiador, ordenó el rey que todas las mujeres que de aquella manera viviesen, hubieran de portar *picos pardos* en las enaguas, creyendo el monarca que por pudor se abstendrían de señalarse ante el público. Sin embargo, al día siguiente, era de verse á Madrid todo *á picos pardos*. Pudo más la costumbre que la innovación; superó el natural impulso á la voluntad regia.

En la América española dicen "equivocarse medio á medio", mientras que en buen castellano es "equivocarse *de* medio á medio", es decir de una mitad á la otra, ó sea *enteramente*. D. Antonio José de Irisarri escribió: "Yo, para no hacer este agravio á tantos excelentes versificadores, quiero creer más bien que la Academia española de aquel tiempo, se equivocó de medio á medio en todo lo que dijo para autorizar la nueva doctrina contra todos los clásicos de la nación." (Cuestiones Filológicas, pag. 36.)

Hay frases idiomáticas con el verbo *dar*; por ejemplo, "Más tenéis de bellaco que de loco. *No se me da un ardite*, respondió él, como no tenga nada de necio (Cervantes, Quijote). "*No se me ha dado nublado* por ella (P. Isla). "Destos males *se me da ya tan poco*, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve al Señor" (S. Teresa)." "*¿Qué se me da á mí* de los reyes y señores?" (Jáuregui). "*No se le dió nada* de venir á

donde tu padre estaba" (Cervantes, Quijote), "¿A mí *qué se me da eso?* (Gil y Zárate). "Si nos casamos, de todo lo demás *se me da un bledo*." (Jáuregui).

En el verbo *decir*, apuntaré las siguientes locuciones. *decir bien*, hablar con verdad, gracia, facilidad; *decir de repente*, improvisar versos; *decir por decir*, hablar sin fundamento; *decir y hacer*, ejecutar con prontitud: *dicho y hecho*, denota la prontitud con que se ejecutó algo: *decírselo deletreado*, esplicárselo con la mayor claridad; *digamos*, se usa para poner un ejemplo: "Tomamos un paso de la Pasión, digamos, como el prendimiento" (Santa Teresa); *dicho se está*, significa que algo se infiere claramente de un supuesto; *como dijo el otro*, se emplea para poner un ejemplo ó hacer una cita de propia invención ó cuyo autor no se recuerda; *como quien no dice nada*, denota que es cosa de consideración; *como si dijéramos*, empléase para citar uno de los varios casos que pueden ocurrir; *el que dirán*, temor al juicio de los hombres; *ello dirá*, más adelante se verá el resultado: *lo dicho dicho*, quiere decir que uno se ratifica; *es decir*, explicando mejor; *el tiempo dirá*, resultará en el porvenir; *no decir mal ni bueno*, no contestar, no afirmar nada; *no digo*, para exajerar lo que se refiere: "Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo ya tres mil azotes, pero así me daré tres como tres puñaladas. Tomaro os he yo, dijo D. Quijote, y amarraros he á un árbol, y no digo yo tres mil azotes, sino seis mil y seis cientos azotes os daré." (Cervantes). *Por decirlo así*, se usa para atenuar la frase; *por mejor decir*, sirve para corregir lo que se ha dicho.

Entre nosotros se usa vulgarmente como regionalismo, *no te digás*, empleando el verbo con acentuación anticuada, en vez de *no te digas*. Quiere decir, que el que habla, achacando un defecto al otro, debe imputárselo á sí mismo; por ejemplo: "—Si no fueras tan tonto

y tan feo, te querría mucho"—*No te digás*, que yo siempre te querré lo mismo. La frase es ingeniosa; pero vulgarísima.

Son innumerables los idiotismos castellanos, y apenas hé apuntado algunos, como ejemplos y para denotar la riqueza de la lengua. Frecuentemente se dice "comerse unos á los otros, comerse crudo ó vivo á alguno, comerse las manos trás una cosa, ó sea chuparse los dedos, comer y callar, comido por servido, el comer y rascar todo es comenzar, ser de mal comer, ser de poco comer, ser de buen comer, sin comerlo ni beberlo; comida hecha amistad deshecha, comerse á besos á alguno."

Casi no hay verbo que no presente locuciones varias, peculiares ó idiomáticas. "Dejar á obscuras; dejar en blanco; dejar estar; dejar para quien es; dejarse caer," en el sentido de soltar una frase con disimulo; "dejarse decir; dejarse ver; dejar temblando alguna cosa," comerse ó beberse la mayor parte de lo que contiene un plato ó vasija; "no dejarse ensillar;" no dejar verde ni seco; no me dejará mentir": "Gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir." (Sancho Panza).

Es particularidad del castellano el subentenderse el *no*, cuando precede al verbo alguna de las palabras ó frases de que nos servimos para corroborar la negación: "No la he visto en toda mi vida"; "En mi vida la he visto"; "No se le pudo encontrar en parte alguna"; "En parte alguna se le pudo encontrar"; "El que más se admiró fué Sancho, por parecerle [como asi era verdad] que en todos los días de su vida había visto tan hermosa criatura." "Amadís fué á ver el encantamiento de Urganda, y por cosa del mundo dejara él de probar tal aventura, sin que había prometido que hasta dar fin á aquel fecho". De lo cual ha resultado que ciertas palabras originalmente positivas, como *nada* [*nacida* sub-

entendiendo *cosa*], *nadie* [*nacido* subentendiendo *hombre*] *jamás*, (*ya más*,) á fuerza de emplearse para hacer más expresiva la negación llevan envuelto el *no* cuando preceden al verbo, y no admiten, por tanto, que entonces se les junte este adverbio: "No tengo nada", "Nada tengo", No ha venido nadie", "Nadie ha venido", "No le veré jamás", "Jamás le veré".—Y como las hemos revestido de la significación negativa que al principio no tuvieron, se ha extendido por analogía la misma práctica aun á las palabras que han sido siempre negativas, como *ninguno, nunca*; y se ha hecho una regla peculiar de la sintáxis española, que dos negaciones no afirman, colocada la una antes del verbo y la otra después: "De las dos personas convidadas *no* ha venido *ninguna*". Y aún puede suceder que tres ó cuatro negaciones equivalgan á una sola: "No le ofendí jamás en nada", "No pide nunca nada á nadie". Así se da mucho sér á la dicción, ó sea fuerza pleonástica, que sólo el castellano admite. "Nunca, por siempre, jamás", es la frase por excelencia negativa. "Hallaron á D. Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y *no nada* limpias." (Cervantes).

Aquella frase castiza *andar de zeca en meca*, viene de que los moros tenían la costumbre, según su ley, de ir en peregrinación de la mezquita de la *Meca*, patria de Mahoma, á otra mezquita célebre que tenían en Córdoba, durante la dominación sarracena, llamada *Zeca*: de suerte que al que andaba divagando de un lugar á otro, le decían que iba de Zeca en Meca. Andar de zoca en colodra ó de zocos en colodros, significa salir de un peligro y dar con otro mayor.

Todo eso tiene sabor tradicional y antiquísimo.

mientras que hay frases peculiares á América, y otras que sólo se usan en algunas localidades. Por ejemplo, dicen del que es alelado, pasmoso, y desapercibido *¡Qué Pánfilo!* aludiendo, sin duda, al conquistador Narváez, que tan mal la pasó por confiado y poco listo.

Dícese en Guatemala de una persona muy alta, que es un *Salmerón*, como quien dijera un Goliat; y no se alude, por cierto á D. Nicolás Salmerón, el célebre orador español, que si era gigante en el talento y en la palabra, no lo fué en su talla física. Alúdese á un mexicano, muy bruto, que vino el año de 1808, á esta capital de Guatemala, y que medía más de tres varas de alto. Estuvo exhibiéndose, en unión de un hombrecillo de Jutiapa, que sólo tenía una vara de altura.

¿Qué significa, para nosotros, "al amor de la lumbre," aquí en estos países tropicales en donde se prende fuego sólo en las cocinas? "Las largas veladas del invierno," qué quiere decir por acá, que llamamos *invierno* al tiempo lluvioso, de Junio á Octubre?

"A falta de pan buenas son cemitas" [azemitas], que en España dicen "buenas son tortas". "Miel sobre hojaldre," se traduce en América, "miel sobre buñuelos;" "estar con el pelo de la dehesa, es estar con el pelo del potrero;" "el comal le dice á la olla que tiznada estás," dicen en Guatemala y otras repúblicas americanas, mientras que en Madrid se oye exclamar: "la sartén le dice á la olla quítate allá culinegra;" "no le arriesgo las ganancias, por no le arriendo las ganancias;" "comida hecha amistad deshecha," que en España dicen, "pan comido amistad deshecha;" "alábate coles, que no hay quien te alabe," que por Andalucía dicen "Alabaos coles que hay nabos en la olla."

Las frases, refranes é idiotismos que el vulgo inventa —dice D. Daniel Granada, refiriéndose al lenguaje del Río de la Plata—salen de sus labios con la misma rusti-

cidad y vigor que la vejetación de las selvas, porque expresan al vivo una idea, muchas veces embellecida con alguna flor del campo y corren de boca en boca como llevadas por el viento. De ahí el proverbio. Los usos, costumbres y modo de pensar y sentir de las gentes entre quienes nacen y se arraigan, son los elementos que componen su estructura. Los objetos y fenómenos que más impresionan los sentidos, son el estambre y la tinta con que el vulgo fabrica esas telas finísimas que pasan de un siglo á otro sin deshacerse ni perder su colorido. Daremos algunas muestras. "Vívora que sale al camino es para que la maten." La envidia y sus aliadas, la mentira, la maledicencia, la calumnia ¡cuán calladamente y por modo escondido se buscan, ligan y fermentan! La vívora serpentéa oculta entre la hierba: quiere morder, pero si sale al camino ¿cómo ha de quedar inmune? Todos acuden á matarla. La luz confunde al malvado. ¡Cuántas veces, sin embargo, logra la envidia roer las entrañas de su víctima hasta en el mismo sepulcro!

La envidia, á cuyo aspecto
Pálida y fría la virtud desmaya"......

"Yo soy el *chumpipe* de la fiesta," dicen en Guatemala, en donde dan ese nombre indígena al pavo silvestre, al *guajalote* mexicano, al *guanajo* cubano, al *pisco* del Perú. *Ser el chumpipe de la fiesta,* significa ser el perdidoso en un lance, la víctima entre los demás; y es que cuando hay un sarao ó fiesta matan un *chumpipe* para que coman y se solacen los concurrentes. Don Juan Ignacio de Armas, en su obrita intitulada *Orígenes del Lenguaje Criollo*, dice: "No menos curiosa es la imposición de nombre á una ave doméstica, de las más pacíficas y sabrosas, que se vió por primera vez en México. Llamáronle los conquistadores *gallo* y hasta *gallina*, á pesar de ser negra; tres veces mayor que

aquél, y sin otra semejanza que llevar color rojo en la cabeza; pero luego se observó que abría la cola, como los pavos reales, que entonces se llamaban pavos de Castilla, y no vacilaron en decir *pavos* á los otros.

La lengua castellana no ha conservado en América su sabor en punto á refranes y frases populares, porque cabalmente este es el sello más característico que el pueblo mismo da, en su rústica vida al idioma que habla. Esa parte pintoresca de regionalismos y peculiares dicciones de cada zona diversa, es de suyo popular. El vulgo se inclina á resumir sus ideas en un refrán, en un *dicho* (como aquí llaman) que pierde el origen de su historia, pero que pasa de boca en boca, y al fin se generaliza y perdura. "Aún en nuestros días, ayer puede decirse, aparecieron en este continente multitud de refranes no trasplantados á él con la conquista y con la generalización del idioma español, sino propios nuéstros, é hijos de esa propensión natural de las muchedumbres de expresar con laconismo sus ideas. Y esa propensión la recibimos nosotros muy especialmente como herencia de nuestros padres. "Quien lo hereda no lo hurta," y que "el hijo de gata ratones mata." Y dichos refranes —americanos por nacionalidad y españoles por su genealogía—son ya en gran número, á juzgar por los que se usan en todas las repúblicas hispano-americanas, si bien muchos de ellos son los mismos de antaño, con pequeñas variaciones; ó amoldados á nuestros usos y modo de expresarnos. Cuando en boca del vulgo oímos aquello de "*á ninguna tamalera le gusta que otra se le siente delante,*" vemos popularmente y por manera gráfica expresado que "*á nadie le gusta que le hagan sombra.*"

Ese antiguo legislador que llaman vulgo, para valernos de la frase de Cervantes, en el prólogo del Quijote, imprime un fondo de verdad en todos los refranes, haciendo

que unos mueran y otros nazcan. Al recorrer el *Refranero General* de Sbarbi, encuéntranse muchos españoles puros, arábigos, góticos, italianos, franceses, que han caído en desuso, y que, como en vasto cementerio nos conserva el Diccionario de la Academia, demostrando que en el lenguaje actual ya no se oyen á cada paso todos aquellos proloquios que caracterizaban el habla sencilla y paladina de Sancho. Sobre todo, en la América española no hay aquella marcada tendencia, que aún predomina en España, de introducir á menudo como ornato, amenidad del discurso ó autoridad del testimonio, una sentencia popular. Uno que otro hombre viejo se encuentra de esos que usan muchos refranes, como aquellos doctos clásicos que todavía echan á las vegadas un latinazo para dar vigor á lo que dicen y convencer al auditorio.

Desde D. Iñigo López de Mendoza, el Marqués de Santillana, Hernán Nuñez de Guzmán, Mosén Pero Vallés, hasta D. Juan de Iriarte, que coleccionó más de veinte mil refranes, no han faltado otros críticos que, como aquellos maestros del idioma, hayan reunido todos los proloquios castellanos, que como dijo Caicedo Rojas, son á manera de relámpagos que en la obscuridad de la noche alumbran una vasta extensión del paisaje, haciendo ver de un golpe campos, cordilleras, bosques, cortijos y veredas, ó como diamantes que en un solo punto concentran y reflejan gran cantidad de luz.

Para poner fin á este capítulo, vamos á hacer mención del interesantísimo discurso del académico colombiano D. Carlos Martínez Silva, acerca de "Los Refranes y la Economía Política," del cual no podemos menos que extractar los pensamientos que siguen.

Por mucho tiempo se tuvo como verdad inconcusa por todos los gobiernos, legisladores, filósofos y hombres de Estado que *la riqueza consistía únicamente en el oro y en la plata*. De aquí—haciendo caso omiso de

las doctrinas políticas y económicas de la antigüedad—surgió el conocido sistema mercantil que privó en la Europa entera, desde mediados del siglo XVI, casi hasta nuestros días, y con el cual se combinó, como consecuencia necesaria, el régimen colonial fundado sobre el monopolio, que convirtió á los pueblos en enemigos encarnizados y que arruinó á España. Mientras tanto, y muchos años antes de que Adam Smith divulgara la sana doctrina, el refrán decía: *oro es lo que oro vale.*

Tendencia ha sido natural á todos los gobiernos la de mezclarse y entrometerse en los negocios de los particulares. La antigua legislación española reglamentaba las acciones individuales, mientras que el pueblo en medio de sus sufrimientos y angustias, proclamaba la doctrina que hoy tenemos por verdadera: "*Más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena.*"

Tocante al capital, enseñan los maestros que no se forma sino lentamente por el trabajo; que sin el capital los esfuerzos del hombres son inútiles; que la fuerza productiva del capital va creciendo en proporción geométrica á medida que aumenta su masa; que el capital sustraído á la obra de la producción es como si no existiera; que capital es cuanto sirve al hombre para señorear la naturaleza, y que el representado en numerario no lo es sino en cuanto se transforma en verdaderos elementos productivos. Formular estos triviales principios ha sido obra de siglos; pero antes de que ellos aparecieran en libros formando cuerpo de doctrina, ya el pueblo los tenía al dedillo. Compruébanlo los siguientes adagios: "Tras el trabajo viene el dinero y el descanso." "La ociosidad es madre de la mala ventura." "No se pescan truchas á bragas enjutas." "De grano en grano llena el buche la gallina." "Sobre un huevo pone la gallina." "Quién no tiene buey ni cabra, toda la noche ara." "No hay abundancia si no se

adelanta." "Poco vale ganar sin guardar." "La mar que se parte arroyos se hace." "El dinero no crece en el talego."

No basta, empero, que se produzca mucho en una sociedad. Para que la producción sea fecunda y benéfica es necesario que la riqueza creada se distribuya con equidad etre todos los agentes de la producción. "Un rico solo empobrece á ciento," dice el adagio español, mientras que el italiano enseña que "Son las riquezas como el abono: amontonado hiede; regado fertiliza."

Si es verdad que el pobre alimenta al rico, también es cierto que el rico alimenta al pobre, por aquello de "Más da el duro que el desnudo." "Quién poco ha, poco da." "De costal vacío nunca buen bodigo."

La división del trabajo, esa fecunda ley económica, se basa en que "muchos pocos hacen un mucho," y en que "muchas gotas hacen un cirio pascual." Consagrarse cada uno á lo que sabe es acrecentar la producción y cumplir un sano dictado del sentido natural: "Zapatero á tus zapatos;" "El que mucho abarca poco aprieta," "muchas manos en un pronto tocan á rebato."

En todas las lenguas, y desde los más remotos tiempos, hase reconocido que ningún hombre, ni ningún pueblo, pueden bastarse á sí mismos, principio elemental, que después de siglos y desventuras sin cuento, hizo al fin nacer la doctrina del comercio libre: "No hay hombre sin hombre," "Hazme la barba, hacerte hé el copete," "Alterum alterius auxilio eget," "Un barbier rase l'autre," "Una mano la otra lava y las dos la cara," "Le fort du diable a besoin," "One beats the bush and another catches the birds," "The lion had need of the mouse," "La mercancía va á donde vale," "Haz buena harina y no toques cocina."

Los gobiernos son los peores empresarios, y aunque las sociedades anónimas han impulsado la riqueza, han

sido mina fecunda de explotación por parte de especuladores audaces y sin conciencia: "Asno de muchos, lobos le comen," "Cuidados ajenos matan al asno." Manda y descuida, no se hará cosa ninguna." "El ojo del amo engorda el ganado." "En comercio y en amores anda solo."

El que hace del oro su Dios incurre en la más torpe y degradante de las idolatrias, comienza por cobrar odio á su familia y concluye por aborrecer á la humanidad: "Avariento rico no tiene pariente ni amigo," "De nada sirve lo ganado si no está bien empleado," "Hijo de mezquino poco pan y mucho vicio."

La prodigalidad, por el contrario, trae el agotamiento de los capitales y la disipación en los vicios: "De donde se saca y no se echa de acabarse tiene," "¿qué aprovecha candil sin mecha?" "A quien no le sobre pan no críe can," "Si quieres empobrecer compra lo que no has menester."

No hay que forjarse la ilusión de que puede un pueblo soportar gastos crecientes y gabelas antieconómicas: "A la bestia cargada el sobornal la mata." "La sobrecarga mata, que no la carga."

La voz del pueblo corrobora las enseñanzas económicas: la organización social dscansa en leyes naturales: cuando estas se violan, enferma el cuerpo de la nación y se abate su espíritu. Los refranes, que son el evangelio de la experiencia, confirman, fortifican y popularizan los principios de la economía política, que con razón se ha llamado la higiene de las colectividades, y que hoy es el alma de la sociología: ya pasó el tiempo de enfrascarse en lucubraciones religiosas, en disquisiciones metafísicas, en cascadas de inútiles vocablos; el que no corre vuela, el que parpadéa pierde, dicen aquí en Guatemala.

Capítulo Dieciseis

CRIOLLISMO LITERARIO

Las variedades etnográficas de la América española, en donde tres razas se mezclaron en proporciones diferentes, cruzándose el aborigen ora con el andaluz, el aragonés, el valenciano, el gallego, el castellano viejo, el manchego, el extremeño, el vascongado, el asturiano: ora con el negro, que venía esclavizado á servir en las minas y en los obrajes,—las variedades etnográficas, digo, tenían, por la fuerza natural de las cosas, que producir profundas variaciones en la lengua, como que era instrumento que debía prestarse á significar objetos nuevos, en medio de una naturaleza distinta, y en un mundo más extenso y más próvido que la Península Ibérica. Fué un vasto Continente el que sirvió de imperio á la raza española, para su expansión y cruzamientos, así en la sangre como en las lenguas.

Fuera de las regiones del Plata y del territorio de Chile, están en los trópicos las repúblicas hispano-americanas, cuya topografía, clima, hechos políticos y relaciones de vida propia, han ejercido influjo decisivo en el desarrollo del idioma y de la literatura.

Las inmigraciones, el tráfico mercantil, el espíritu americano, las convulsiones políticas, todo ha venido, en el transcurso del tiempo, modificando el habla, en su

pronunciación, acento, giros, voces y refranes, menos en sintáxis, en su espíritu, en su fondo. De tal suerte, que tenemos la felicidad de entendernos bien todos los hispano-americanos y los españoles peninsulares.

El *castellano en América* experimentó variaciones necesarias, siquiera hayan sido accidentales; pero que deben tomarse en cuenta, desde que se trata de una extensión de territorio y de una población muchísimo mayores que las de España, y desde el momento en que hoy todos asienten á que el lenguaje asume gran importancia. En punto á letras, puede decirse lo que en el orden sociológico ¡ni servilismo, ni anarquía! Que exista ordenado desarrollo; pero dentro del mundo en que vivimos, con el ambiente que respiramos, sin cohibir las influencias físicas y morales de la naturaleza y del tiempo. Querer que el *castellano en América* sea el mismo castellano viejo de don Quijote y Sancho, en Sierra Morena, ó el que se oye á diario por la Puerta del Sol, es pretensión que recuerda la del desjuiciado que juzgaba posible encerrar el Océano en una ánfora que, como amuleto de famila, llevaba siempre consigo.

Si la Real Academia Española, que en manera alguna pretende el estancamiento de la lengua, ha dado entrada en el léxico á algunos *americanismos* ¿por qué no los acepta todos, siquiera sea anotándolos con tal carácter?

Acaso va á suceder que un congreso lingüístico, en la América española, expida de repente carta de naturaleza á tanta voz, á tan varios y soberbios giros, como los que se usan desde la Tierra del Fuego hasta las márgenes del Bravo; pero antes sería oportuno y conveniente—por amor á la unión de nuestra noble raza; por su caballeresca hidalguía, su intelectualidad viva y elástica; por el espíritu de unión que conviene, hoy más que nunca, que exista entre España y América,—que en las resoluciones académicas prevalezcan el sentimiento

expansivo de Castelar y los métodos amplios y fecundos de Valera y Núñez de Arce.

Será malo y fuera de propósito el símil; pero así como León XIII, el Papa de grandes miras y profundas concepciones extendió la órbita de su altruismo y de su altísima cristiana misión hasta donde fué dable, que no haya en otras esferas tan ciego respeto á los cánones, que se convierta en intolerancia, lo que debe ser de todo en todo cuidado racional y serena misión de confraternidad y de esplendor. No demos cabida —como exclamaba el académico colombiano Samper— en el santuario de las Letras y las Ciencias á la soberbia que nos vuelve huraños, ni á las iras de las pasiones políticas, que engendran odios; consideremos siempre que la fraternidad de los espíritus en su peregrinación hacia la eterna luz es incompleta sin la fraternidad de los corazones.

Más como ejemplo que como nómina cabal de los americanismos constantes en el lenguaje américo-hispano, va la siguiente lista diminuta, y que, por cierto, no contiene giros y maneras de decir, sino unas cuantas voces de las muchas usuales en todas las repúblicas latinas del Nuevo Mundo, voces que en su mayor parte no son más que castellano antiguo, olvidado y hasta desconocido hoy en la tierra donde nació, allá en España. Desaparecieron del censo de los vivos aquellos pobres vocablos, pue ni memoria dejaron en el lugar en donde tuvieron origen. Se les niega su entronque en el arbol genealógico de la familia, y repudiados, como viciosos vergonzantes, viven en el Nuevo Mundo hasta que llegue el tiempo de la reivindicación y de la justicia. Rufino J. Cuervo, que es el Moisés académico, que es el que hoy conoce mejor el español en el mundo, ha dicho que los americanismos son, en su mayoría, castellano arcaico en la Península.

VOCES DE USO GENERAL EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

"Acaparar, acápite, accidentado, (un camino), acomedido, acomedirse, acriollarse, adjuntar, adulón, agigantar, agredir, alternabilidad, alternable, amansador, americanizar, amolar, (por fastidiar) amordazar, andino, anexionista, ante (dulce), aplomo (seguridad, sangre fría,) aprovisionar, arranquitis, arenillero, arreador, atávico, autonomista, badulaquear, bienintencionado (el diccionario admite malintencionado), boleto, boletería, brequero, brin, burocracia, burocrático, caballada, cabildante, cablegrama, cablegrafiar, cablegrafista, cachetada, cancha, cantimplora, (una prenda de eqnipo redonda de hoja de lata en que llevan agua los soldados;) por extensión, bocío, guecho, carátula (portada) carnavalesco, caricaturar, caricaturista, caray, casticidad, caudillaje, clausurar, coalicionista, coaligado, cocaína, codear, codeo, colectividad, coloniaje, comuna, concienzudo, confianzudo, cotín, coronelato, criollismo, chancho, cheque, chichero, chirogado, chicana, defeccionarse, democratizar, derrumbe, desapercibido (inadvertido,) desbarrancarse (rodar entre un barranco) destinario, desvestirse, diagnosticar, dictaminar, dinamitero, dipsomanía, dragonear, editar, editorial, elogioso, embrionario, empajar, empaque, encarpetar, enflautada, estampilla [sello postal] estero, exculpar, externar, exculpación, fachenda, fachendoso, finanzas, financiero, fotograbado, frangollo, fregar, fregadura, [fastidiar, fastidio, fregado] fritanga, formulista, fusionar, fusionista, fusionable, fusilamiento, gamonal [ricacho] guaragua [sandanga, rodeo, mentira] hincarse [arrodillarse] honorabilidad, hostigar, imbebible, incásico, impagable, incomible, indiada, independizar, intragable, intrasmisible, irrigar, irrigación, irrigador, insoluto, invernar, joba, jesuitismo, jipijapa, julepe, justiciable, latinista, librecambista, linchar, linchamiento, liso,

(descocado, atrevido.—El Diccionario admite esa voz "liso" en el sentido de desvergonzado, sólo como término de Germania; pero en la América española es generalmente usado,) "lisura" (en España es ingenuidad, franqueza; en América es grosería, insulto,) "londonense, mantequillera, maritates, medioeval, melopea, motinista, mutismo, nacionalizar, nacionalización, narcotizar, neología, obstruccionismo, oportunismo, oportunista, orificar, orografía, pajonal, palangana (pedante,) pelisandro, pancista, patriotero, patriotería, patuleco, paquete (que viste con lujo,) paradojal, personalidad, petrolero, picaflor, piscolavis, planazo (cintarazo,) platudo, prestigioso (influyente,) presupuestar, politiquear, politiquero, potrero, provisorio, pulguero, pulguiento, rabona, realización, refacción, refractario (rebelde,) republicanismo, resongar, revancha, rifle, riflero, salvajismo (salvajez,) secante (papel secante,) secreteo, secretearse, signatario, sindicato, sinvergüenza, solucionar, subvencionar, sucucho, susceptible (quisquilloso,) susceptibilidad, tambarria, tradicionista, tramitar, tramitar, tembladera, tinterillo, vigencia, vividor, yacimiento, yanacona, zafacoca.

Hay muchísimas voces más, y sobre todo giros y frases que se usan mucho en la América española, y en su mayor parte no los registra el diccionario. De las apuntadas, unas son castellanas omitidas por el diccionario, otras anticuadas en Castilla y muy vivas por acá; pero que no todas figuran en el léxico, y otros peculiares de estos países. Debiera hacerse un estudio detenido del lenguaje *américo-hispano* para determinar bien lo que es de buena ley, ya que no sólo moneda falsa hemos de producir en la república de las letras. El actual Diccionario de la Academia contiene varios mexicanismos [con j] y algunas voces regionales de otros países americanos; pero ni es completo en ese punto, ni debieran estigmatizarse los *americanismos*. Hay harta deficiencia en ésto; y lo peor

es que también prevalece la creencia, por muchos admitida, de que únicamente es lo bueno lo que está aceptado expresamente por la Academia Española, que es muy respetable ciertamente, pero no infalible.

¿Por qué aparecen tantas voces como anticuadas en el diccionario, siendo así que en América no han muerto? ¿Por qué se da á muchas palabras el carácter de provinciales de tal ó cual parte, que se usan lo mismo en las Antillas que en el Perú, México, Centro-América, etc.,? ¿Por qué unos cuantos vocablos de esos lucen en el léxico y los demás no alcanzan gracia? La igualdad ante el uso de la gente educada debiera ser la norma racional del diccionario.

El elemento popular constituye el menester de toda lengua, y no hay duda de que en América ese elemento se desenvolvió por modo notable, debido á los idiomas autóctonos, á las costumbres diversas, á los objetos nuevos y á la pluralidad de naciones y pueblos que tienen el castellano por lengua nacional. Aún quedan en el vocabulario, en la sintáxis y hasta en el idioma literario reliquias del antiguo lenguaje vulgar de Castilla.

Todo ello forma parte del castellano, y debiera aparecer en el léxico, como que influye en el congruente desarrollo del habla que los mismos españoles esparcieron en tan dilatados territorios, sin que perdiera por eso su peculiar semasiología, ni su grandeza y pompa. En suma, el *castellano en América* ha de estudiarse y aceptarse académicamente, en cuanto no destruya la unidad del lenguaje, sino que más bien lo enriquezca y amplíe.

Cuando se escriba una buena gramática histórica de la lengua castellana, se comprenderá el cambio que tuvo con el descubrimiento del Nuevo Mundo. No en balde se extendió por nuestro Continente el idioma de Cervantes. Ni mucho menos—es como dijo el chispeante Palma—

el Diccionario de la Lengua cordón sanitario entre España y América.

Debe prevalecer el uso de la gente educada, teniendo como á tal no sólo á la de la Península, sino á la que, por millares, existe en estos países, cuya cultura no se pone en tela de duda; deben prevalecer las ideas del insigne Bello que siempre abogó por la pureza del lenguaje, pero sin excluir los elementos con que á su desarrollo ha contribuído América, cuya tierra cantó aquel ilustre Padre de las Letras Américo-Hispanas. La gramática de una lengua, dijo, es el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada, con lo cual dió á entender que la tarea del filólogo no es forjar teorías *á priori*, si no clasificar los hechos y aceptar el material del idioma existente, ya que ni un individuo, ni una corporación pueden modificar substancialmente la lengua. En su desarrollo constante, es tendencia del lenguaje enriquecerse y esparcirse, como se enriqueció y esparció el castellano en América. Los criollos continuaron hablando como sus padres, y aceptando voces necesarias para los objetos nuevos. En España decayeron muchas palabras, y se crearon otras, que por la falta de comunicación no vinieron al Nuevo Mundo. Ese castellano antiguo tiene que ser legítimo, lo mismo que las voces precisas para denotar cosas que no existen en la Península, y los *americanismos* extendidos en todos los países de este Continente, que hablan español. Desde que empezó la perfección de nuestra lengua, dijo Valdés, que debe haber libertad para que se enriquezca y se extienda [Diálogo]; como en efecto ha tenido que suceder, ya que el castellano fué el medio de expansión de los conquistadores y de los criollos, que durante siglos vinieron multiplicándose en otro ambiente muy diverso del de sus progenitores.

En el lenguaje, lo convencional y arbitrario entran por mucho, acomodándose el medio material del habla á las condiciones del espacio y del tiempo, á los matices de la naturaleza, á las necesidades de la vida, á los impulsos de cuanto se agita y se mueve á nuestro derredor, á esa fuerza, en fin, que por modo misterioso, pero visible, hace que las sociedades crezcan y vayan en pos de sus destinos. Las circunstancias geográficas de los pueblos, sus condiciones políticas, sus tendencias, las invenciones, los descubrimientos, su roce con otras gentes, todo lo que afecta el mundo material, cuanto con la esfera intelectual se relaciona, tiene que reflejarse en el idioma. El siglo XX es de expansión en el espíritu y en la lengua.

Al verificarse el desarrollo necesario, dice Marco Fidel Suárez, el habla se encuentra colocada entre lo pasado y lo porvenir; y aquí como en las demás fases del progreso, la obra difícil, la que más juicio y sabiduría requiere, es la de armonizar el movimiento con el orden, sin abrazarse al sistema de la enervante estabilidad, pero tampoco al de la loca innovación,

El *criollismo* en nuestra lengua ha tenido que ser un fenómeno natural y conveniente, una vez que el árbol del idioma extendió su follaje y echó sus raíces en un mundo virgen; renovó sus hojas, enriqueciéndose con elementos extraños, nada despreciables, si se atiende á la naturaleza del Continente Americano, al número de los que formamos esta pleyade de repúblicas, á su literatura, á su riqueza y á su porvenir.

Los adelantos modernos de la filología demuestran la necesidad de que el idioma se expanda cuando se riega en tierras extensas y lejanas. El elemento español perdura en las sociedades américo-hispanas; pero teniendo éstas fisonomía propia, carácter continental, múltiples variaciones debidas á la idiosincracia de los países jóve-

nes, con el verbo de ideas y principios nuevos. ¿Podría estrecharse el idioma, guardarse incólume, tal como lo hablaban siglos hace, Santa Teresa en Avila y D. Quijote en Sierra Morena?

Es preciso mirar hacia adelante, sin poner obstáculos á los anhelos de la época, abriendo horizontes á la América Latina, y diciendo como Cristo: "dejad á los vivos que entierren á los muertos."

Dícese que el autor de las *Tradiciones del Perú* se ocupa actualmense en escribir un libro sobre los *americanismos,* que le son tan conocidos, pues sobre sabe muy bien el castellano antiguo y moderno. se ha dedicado á hacer estudio especial del lenguaje hispano-americano. [1] Si tal obra aparece, será un monumento más que á comprobar venga por sus cabales la importancia del castellano en América, ya que no dudamos de su gran competencia en materia de lenguaje y del espíritu que le anima.

Sin sentar el principio de que sólo el *uso*, por sí, sea el único elemento para enriquecer y fijar el idioma, recordaremos que desde antes de Quintiliano ya se le tenía por árbitro de la lengua. *El vulgo y el uso*, dijo Cervantes, *tienen gran poder sobre el idioma.* El uso general, actual, respetable, de la gente culta, tiene que ser la norma de la elocución correcta. El uso de muchos millones de personas educadas de la América española, ha enriquecido el idioma, ha conservado muchísimas voces que ya murieron en la Península, ha introducido millones de vocablos necesarios para representar obje-

---

[1] Acabamos de recíbir las *Papeletas Lexicográficas* de don Ricardo Palma, ó sean dos mil setecientas voces que faltan en el diccionario. Obra de gran mérito y de mucha labor. Su publicación influirá en que se dé más vuelo al idioma castellano, con menos desdén por el habla de América.

ços nuevos, procedimientos idustriales, árboles, plantas, animales y cosas que deben tener nombres; y ese uso se impone ante la Real Academia Española, demandando amplitud—dentro del orden—para que haya uniformidad y justicia al elaborar el léxico de la lengua que *todos hablamos*

No pertenecemos, por cierto, á esa escuela de *arcaicos,* traperos de la literatura, que usan vocabulario fósil y dicción rebuscada y chinesca; pero no queremos que la fraseología antigua, que aún se conserva en la América española, se tenga por muerta, cual si sólo fuera el mundo de los vivos, en materia de lengua, la coronada villa de Madrid, y nosotros los américo-hispanos estuviésemos en el limbo, sin autonomía, ni representación en la república de las letras. Hay excelentes estilistas en la América Española. El que mejor maneja el castellano y lo conoce ampliamente es Montalvo; el que más ha ilustrado las cuestiones filológicas es Cuervo; el que escribió la verdadera y original gramática de la lengua española es Bello. Hoy, en cada una de las repúblicas de origen ibero, figuran profundos hablistas que saben dar color á los matices del pensamiento americano.

En la misma España, hay académicos ilustradísimos que, como el profundo filólogo don Miguel de Unamuno, dedicado desde hace muchos años á la lingüística de los idiomas neolatinos, celebérrimo catedrático de filología comparada del latín y castellano, en la Universidad de Salamanca, profesan amplias ideas en cuanto al ensanche del idioma. He aquí lo que dice tan insigne hablista: "Muchos extranjeros se lamentan de no encontrar un *inventario* de la lengua española, es decir, un registro de las voces todas usadas por escritores y por el pueblo en las distintas regiones. El pecado original de la Academia es aspirar á ser una autoridad que defina lo que es bueno y lo que es malo, y no una corporación que inves-

tigue el lenguaje. Tan absurdo me parece que niegue entrada á un vocablo usado en extensa región, como el que una Academia de Ciencias naturales rechace á un insecto porque no lo conoció antes.

Un idioma no tiene tantas ó cuantas voces, sino todas las que hagan falta, siempre que las forme uno con arreglo á su índole propia y al modo de composición y derivación normal. Los prefijos y subfijos los tenemos para algo. Y no se diga que á las veces se inventan palabras inútiles, pues producida la dualidad de forma al cabo se produce dualidad de significado. La palabra *juerga* que va entrando en circulación, es *huelga* pronunciada á la andaluza, y tienen ambas muy distintos significados. Con los llamados dobletes (derecho, directo—estrecho, estricto—hastío, fastidio—lidiar, litigar, etc., etc.) se enriqueció el castellano.

Paréceme que ha llamado la atención la cantidad de voces nuevas que empleo. Pues bien, muchas las formo con arreglo al espíritu formativo de la lengua misma (*metafisiquear, chirigotizar, gramatiquería, fulanismo, etc., etc.*), y su legitimidad se basa en que las entiende todo el que las lee. Pero hay otras, las más, que las tomo del pueblo, y que son usuales y corrientes, no ya sólo en esta provincia sino en el antiguo reino de León. Tales son, por ejemplo: *mejer* (resolver, mezclar), *garullo* (pavo macho), *cogüelmo* (colmo), *enfusar* (embutir), *retuso* (rehacio, retraído) eec., etc. Y las hay curiosas. El retuso es latín, participio de *retundere* y el *enfusar*, un verbo participial, (*infusare*, de *infusos* participio de *infundere*) por el tipo de *osar* (*ausare*, de *ausus*) *cantar cantare*, de *cantus*) (*hurtar furtare*, de *furtus*) etc., etc.

Otras son voces científicas á las que extiendo el empleo, como *anabolismo*.

Tres son, pues, las fuentes de enriquecimiento: 1o. La analogía ó formación de nuevos derivados al modo de

las ya existentes. 2a. Los dialectos y hablas populares, en cuanto no se aparten de la índole general del idioma. 3a. La generalización de términos técnicos."

Sabemos que en la misma Real Academia Española [corporación respetabilísima á la cual pertenecemos, honrándonos de ello] prevalece ya más amplio espíritu, sobre todo en cuanto concierne al *castellano en América*.

No conocemos aún el nuevo diccionario de aquella sabia corporación, es decir que no ha llegado á nuestras manos la última edición del léxico oficial. No sabemos, pues, si muchos americanismos habrán sido ya aceptados. En todo caso, hoy más que nunca debe haber armonía y fraternidad entre la madre patria y los países hispanos de nuestro continente, ya que en las evoluciones de los pueblos, la lengua es lo último que permanece, lo último que liga á los diversos grupos de disgregada familia. Hasta los infelices judíos que vagan por las estrechas calles de Constantinopla, descendientes de aquellos que los reyes católicos expulsaron, conservan, á pesar del duro trato dado á sus descendientes, la lengua de Castilla, el idioma de su perseguidores, el viejo español del siglo XV. Todos los que decimos, del mismo modo, *Dios*, *Patria*, *Madre y Amor*, tenemos que ser hermanos.

Muchísimas frases castellanas hay, empleadas por Clarín, Pereda, Valera y otros modernos hablistas, que no se usan, ni se entienden generalmente en la América española; asi como no faltan palabras españolas legítimas, que la mayor parte de los américo-hispanos no emplean, ni saben que existen. Un volumen sería preciso escribir para compilarlas todas.

He aquí unos pocos ejemplos:

Alcanzar á uno de razones	Hipar por algo
Envolver á uno en razones	Traer un obispado
Desalforjarse	Ponerse en jarras

No llegar al zancajo
Estar con el vade en la cinta
Rumbón
No ser rana
Esquízaro (saizo, hombre pobre)
Coger las sobaqueras á alguno
Ser de cuatro zuelas
Saber las escotaduras
Pronunciar en cerro
Pronunciar á red barredera
Hacer jigote
Acemilado
Explicaderas charras
Cetrino (melancólico, triste)
Dormido como un cepo
Bazófia (sobras revueltas) cosa despreciable
Zurrar la pavana
Estar á medios pelos
Estar terete
Pampringada
Cinife
Llamarse andana
Bullebulle
Muñidor
Andar en trotes
Estar en viso
Llevar abarrisco
Palillo de suplicaciones
Rezumarse
Meterse en trotes
Chimorroteo
Quedarse alpiste
Hombre de buena sombra
Ser la horrura
Entrar á manta
Chanchullos
Ahucbar
Monipodio (convenio ilícito)
Llevar la contraria con Barradas
Trefe (versátil)
Picajoso (que se ofende fácilmente)
Turronero
Chilindrina (cosa de poca importancia)
Talanquera
Remusguillo
Reir á caquiuo tendido
Aurifodina
Sofión
Enguilearse
Ajetreo
Epiqueias
Badajadas
Salir al gallarín
Bailar el pelado
Malsín
Raheces
Temerones
Hacer andar de viga derecha
Gente de poca alfangía
Pasar las moradas
Figuerero
Viras enharboladas

Escandalera
Perder el turrón
Sacar una sed de agua
Apodíctica
Tetragónica
Hacer reir los quiries
Estar la pelota en el tejado
Caerle á uno la tollina
Ser cosa de clavo pasado
Tener mucha trastienda
Rebustir
Hacer un mohín
Soltar de antuvión
Ponerle cual no digan dueñas
Pirrarse
Mangonear
Rozzías
Eacilitona
Recancanillas
Resultar una papa
Trufería
Fisgarse
Zurupeto
Tener avenates
Ser de cordón alto
Chucharetear
Arrequive
Barroquismo
Borrumbada
Catarriveras
Filfa
Ponerse la boina
Rifarrada
Sage
Benditez
Melagomanía
Ponerse á hinchar su perro
Carantoñas
Mismedad

Empleado de alfoti
Morirse al paño
Ser muy *tía*
Pícaros del hampa (230 Clarín)
Iconoteca
Garbullo
Pomarada
Pubescer
Anafrodisia
Pubescencia
Escribir á la birlonga
Chafaldita (frase jovial)
Ciquiricatas (ademán lisonjero)
Perendeca (ramera)
Rabisalsera (vivaracha)
Pizpireta (decidora, lista)
Rifirrafe (bulla ligera)
Apatusco (adorno)
Arduidad [calidad del arduo]
Asumadamente [en suma]
Sabiente [el que sabe]
Sacar á volar á uno
Desmarrido [mustio]
A mantas [en gran cantidad]
Tantología [repetición de pensamiento]
Meterse en harina [en camisa de once varas]
Requilorio [nimia formalidad]
Descastar [abandonar parientes ó amigos, renegar de su casta]
Merdellón [criado sucio]
Truculento [cruel, atroz]
Rubificar [poner colorado]

Capítulo Décimo séptimo

NEOGRAFÍA AMÉRICO-HISPANA

Después de la independencia de las colonias españolas de América cundió entre ellas un espíritu de fraccionamiento y rebeldía harto nocivo para estos países nuevos, que no sólo dejaron de acatar á las autoridades legítimas y persiguieron cruelmente á sus mismos libertadores, sino que el desorden y el caos alcanzó ¿quién lo creyera? hasta las leyes del lenguaje y los preceptos da la ortografía.

Desde los tiempos de Nebrija se había hecho notar que, en abstracto, la perfección apetecible era que cada letra tuviera un sonido distinto, y cada sonido fuese representado por una sola letra. Esto fué causa de que D. Mateo Alamán, excluyendo el uso y origen, abrazase la fonología absoluta; que D. Juan López pretendiera escribir como se hablaba y Gonzalo, Correas desease vestir el idioma á la polaca, sustituyendo la *k* á la *c* fuerte y á la *g*. Pero todo eso no había pasado de la esfera de las reformas teóricas, hasta que D. Andrés Bello, D. José Joaquín de Mora, D. Juan García del Rio, y otros literatos, que publicaban en Londres el *Repertorio Americano* y muchas preciosas obras, en la imprenta de Ackermann, allá por el año de 1823,

comenzaron á difundir las mismas teorías de aquellos reformadores, que son en el fondo y en su mayor parte fundadas en razón; pero que contrariando el uso, nunca pudieron llevarse á la práctica de un golpe, sino que más bien tuvieron que introducir—como sucedió—tal desorden é irregularidad, que hasta se alarmaron los mismos heraldos de aquella cruzada innovadora y se volvieron atrás los países en que cundió la revolución ortogáfica.

Es que en cuestión de idioma no cabe otro árbitro que el uso, ni puede torcerse de repente, con racionales disquisiciones, la manera de hablar y de escribir de tantas gentes, en vastísimos territorios esparcidas y siempre apegadas á sus costumbres y tradiciones. Los naturalistas dicen que en la formación de las especies no se procede *per saltum*, así en los cambios del idioma se infiltran y cunden, por modo pausado, las innovaciones, sin que sea siempre la regularidad aparente la que prevalece, sino el genio y tendencias del idioma, que no es por cierto un conjunto informe de voces y sonidos, sino una estructura que crece y se diversifica en el tiempo y en el espacio, no por virtud de la ordenación de las Academias, ni de los filólogos, ni de los revolucionarios, sino á mérito de su propia naturaleza y de las diversas fases porque atraviesan los pueblos y las nacionalidades. Los cánones de la gramática han sido deducidos del lenguaje mismo, sin que se puedan dar leyes *á priori* para reformar el habla, ni la escritura.

Las academias de la lengua—dice con mucha claridad D. José Manuel Marroquín—no son asambleas legislativas que puedan ordenar que desde cierta fecha ha de empezar á emplearse cierta palabra ó á no usarse otra, ó á darse ó quitarse una acepción á cierto vocablo, ó á acentuarse una voz de determinada manera. Ni ha sido tal el fin con que se han fundado las academias, ni ha

habido ninguna que pretenda arrogarse fueros de legisladora ni se concibe como podría hacerse obedecer una corporación que pretendiera introducir en una lengua algo que no estuviese ya en uso. El fin de estas instituciones es que haya quien, examinando atentamente lo que el uso va haciendo en los países en que se habla el idioma, ilustre aquellos puntos que merezcan ó exijan estudio, y pongan en la balanza el peso de su dictamen, cuando fluctuando el uso entre dos extremos, la razón ó la etimología favorezca uno de los dos. Es igualmente objeto de las academias imponer á los que hablan la lengua, de los cambios que vayan generalizándose, ya consistan en la admisión de vocablos nuevos, ya en la abolición del empleo de otros, ya en el uso de pronunciar, ya en el de escribir ciertas voces. Pero las academias abusarían de su autoridad si, juzgando más razonables el dictamen y el uso de unos pocos, se empeñasen en hacerlos prevalecer sobre el uso y el parecer de la generalidad. Augusto se lamentaba de no haber podido, con todo su ilimitado cesarismo, imponer ni una sola palabra al pueblo romano.

El caso fué que la *ortografía americana*, como dieron en llamar á aquella que cambiaba la *y* por la *i* para las conjunciones, la que sustituía la *j* á la *g* en los sonidos *je, jí,* la que suprimía la tilde á las vocales conjuntivas ó disyuntivas, sustituía la *s* á la *x* en las dicciones que llevaban esa letra antes de consonante, y usaba *j* en vez de *x*, en voces como *anexo*, cundió por Chile, Colombia, Venezuela y otras repúblicas de origen hispano. Don Domingo Sarmiento, que tanto se interesó por la instrucción primaria en la Argentina, era acérrimo defensor del sistema absolutamente fonográfico.

Nuestro célebre poeta Fr. Matías Córdova, en su *Método fácil de enseñar á leer y escribir*, impreso el año de 1824, por don José de Arévalo, y en sus *Elementos*

de Gramática Castellana, dados á luz el año 1826, en la imprenta de la Unión, siguió todas las teorías de la nueva escritura americana. Estaba de moda por entonces, en odio á los españoles, separarse bruscamente hasta de la ortografía, como si con la política tuviera que ver la escritura del idioma. Toda exajeración conduce á extravagancias lamentables.

La causa que se forjó para averiguar el horrendo asesinato del Mariscal de Ayacucho, contiene esa ortografía *independiente,* que privaba aún en los más álgidos tiempos de la tiranía de Rosas. Por el año 1840 había cundido en Bogotá, la Atenas Americana, aquella reforma ortográfica, á pesar de la prédica de D. Lino de Pombo, D. Ulpiano González y D. Ignacio Gutiérrez Vergara. En Caracas se esparció también la ortografía americana y en Chile sentó sus reales del todo. El sabio Bello escribió varios artículos, el año 1844, en *El Auracano,* y en 1849 en *La Revista de Santiago,*encaminados á popularizar las ideas de Nebrija, bien que proponía llevarlas á la práctica en dos épocas sucesivas. Más tarde, el mismo Bello escribió demostrando las dificultades é inconvenientes de la reforma. De 1835 á 1842, ha dicho Latarria, en sus *Recuerdos Literarios,* toda la juventud distinguida de Santiago era casuista en derecho y purista y retórica en letras. Pero las mismas reformas propuestas por Bello y que llevó más lejos, cuando estuvo en Chile refugiado D. Domingo F. Sarmiento, después digno presidente de la Argentina, hicieron que en aquella heroica tierra de los auraucanos cundiese la oligarquía ortográfica. En "El Mercurio," en "El Museo de Ambas Américas" y en otros diarios, se hablaba mucho del *divorcio con el pasado, de la incompetencia de un idioma vetusto para expresar las nuevas ideas, y de la libertad en el lenguaje, en la política y en la ortografía.* Díjose más: "*que la literatura española*

era esencialmente retrógrada, antisocial, por lo que sería imposible que el habla anunciase los progresos de la razón"...Nada extraño es, por lo tanto, que aún hoy se escriba y se hable con poca corrección en Chile, á pesar del progreso sorprendente que ha alcanzado en otros ramos. Las mugieres, dicen las bellas y cultas señoras de Santiago; y usan aquel *recién* que les es característico, y otros vicios que jamás pudo corregir el príncipe de los filólogos americanos.

Se quizo dar á todo cierto tinte político, y la ignorancia ó la malicia, llegaron á propalar, entre el vulgo iliterato y los escritorzuelos merdellones, que la *ortografía americana* era *liberal* y la ortografía de la Academia, *conservadora*. La *g* y la *y* fueron calificadas de retógradas, mientras que la *i* y la *j* se declararon avanzadas... Lo avanzado en todo ésto no tiene sentido común, ni merece tratarse en serio, ya que una cosa son las letras y otras las ideas y los principios. Nada tiene que ver la democracia con el sistema ortográfico; ni dejarán de ser próceres americanos,—por haber escrito correctamente,—Bolívar, Nariño, Caldas, Sucre, San Martín, Morelos, Barrundia, Molina, y tantos otros, que trabajaron por la emancipación política de estos países. La ortografía retrograda de Castelar, Pí Margall y Ruiz Zorrilla nada les quitó de su genuina democracia. Querer echar á perder la lengua ó que reine una anarquía ortográfica, nada tiene de liberal, sino mucho de nocivo y zafio. *Est modus in rebus.*

Ni á los anglo-americanos, ni á los socialistas franceces, alemanes y rusos, ni á los alienados que están en los manicomios, les ha dado porque el *fonografismo* es liberal, ni menos porque unas letras resulten avanzadas y otras retrógradas, por más que Ramus, Voltaire y Diderot hayan luchado por el sistema fonético. José Martí escribía en buen castellano, y murió peleando por

la independencia de Cuba. Hay más aún: y es que, como lo ha demostrado un escritor notabilísimo, la ortografía reformada fué en buena parte seguida por el más conspicuo de los absolutistas monarcas españoles, Don Felipe II, y por muchos de los cronistas y de los inquisidores.

Aquí en Guatemala, á raiz de la revolución de 1871, no faltaron quienes quisieran echar á vuelo eso de la ortografía avanzada, y hasta buenos literatos escribían siempre *General* con *J* porque así lo acostumbraba escribir el *Jeneral Justo Rufino Barrios*; pero él mismo hizo después que, por el Ministerio de Instrucción Pública, se consultase á la Academia Colombiana acerca de las mudanzas gramaticales consiguientes á las teorías americanas, y D. José M. Izaguirre le dirigió en 1884, una nota que, con la contestación, aparece publicada en uno de los primeros capítulos de la presente obrita. Más tarde, el gobierno de Guatemala acordó que fuese la ortografía de la Academia Española de la Lengua la que se usase en las escuelas nacionales y en las oficinas públicas. Hoy hay uniformidad en esta materia, y puede decirse que en toda la América latina, excepto en Chile, prevalece la ortografía genuinamente castellana.

Acaso con el tiempo irá simplificándose esa ortografía, como ha venido sucediendo desde que se popularizó nuestra lengua y la convirtió D. Alfonso el Sabio en idioma oficial de España; pero lo que más importa es que sea una la manera de escribir en donde quiera que se use el castellano, sin que en contra de los cánones ortográficos, valga alegar que es preciso saber latín para poder observarlos, y que no enseñándose hoy esa lengua muerta en casi toda la América hispana, exista incongruencia en pretender que persista la ortografía académica. Semejante argumento prueba tanto, que nada prueba, si podemos valernos de esa frase escolástica;

porque entonces sería preciso que cada cual hablase y escribiera como le diera la gana. Pero no es cierto que sea necesario haber aprendido latín para poder escribir con ortografía española: que es muy útil el idioma del Lacio y que ayuda mucho, es otra cosa. Con las raíces basta, y aún sin ellas puede el que se aplique, saber que *espontaneo* no se escribe *expontáneo*, ni *Jerónimo*, *Gerónimo*. aunque ignore el *spontaneus* ó el *Hieronimus*. Basta adquirir la noción de como se escribe cada palabra y estudiar un poco las reglas de la Academia y de Marroquín.

No se crea que pretendo desconocer lo racional, lógico y hasta conveniente de algunas reformas ortográficas, aunque eso de decir *anejo* por *anexo*, nos obligara á escribir *conejo* por *conexo*; pero persisto en creer que es el uso el que va introduciendo las variaciones y los cambios, que de otro modo no son generales, ni uniformes, ni durareros. Véase, en confirmación de ese juicio, cual ha sido la historia de la ortografìa castellana desde el descubrimiento de América hasta hoy, y como han venido sancionándose las innovaciones, que ciertamente han convertido nuestra lengua en poco etimológica.

El alfabeto castellano tenía 22 letras; 26 sonidos al descubrirse la América, según consta en el Diccionario de Romance, publicado en Salamanca, por el célebre Nebrija, el mismo año de 1492. Las cinco vocales, que en 1835, cuando escribió el marqués de Villena su *Arte de Trobar*, conservaban el doble sonido que heredaron del latín, lo habían ya perdido; y habían desaparecido también los diptongos impropios, en que sólo se percibía el sonido de las dos vocales. Parece únicamente que el diptongo ue, más bien por abuso que por regla de escritura, conservaba aún el sonido de o larga que había tenido en siglos anteriores. Así Cueiba y Coiba, en los

cronistas corresponden á una misma pronunciación. Dos de las vocales, la u y la i, tenían además sonidos de consonante cuando precedían á otra vocal.

La Real Academia Española ha procedido en esta materia con recomendable tino, sin aferrarse en demasía al principio etimológico y sin perder de vista el uso. Desde Nebrija hasta hoy, dice la docta corporación, sabios gramáticos han pugnado por reformar la ortografía española,con el intento generoso de que se escriba como se habla; pero esto halla siempre obstáculos y dificultades invencibles. En resolución, de las veintitrés letras primitivas, doce conservan su valor latino: a, b, d, e, f, m, o, r, s, t, z. Seis tienen oficio doble: c, g, l, n, r, y; v. gracia: *cera* y *cota genio* y *gusto*, *lago* y *lloro*, *nona* y *ñoña*, *puro* y *carro*, *yegua* y *rey*. Dos letras le tuvieron en lo antiguo, pero ya no le tienen: la *i* la *u*, como por ejemplo *iacía*, *ío*, aunque, *cueuano*, *uestir*, etc. que ahora con mejor acuerdo escribimos *yacía*, *yo*, *yunque*, *cuévano*, *vestir*, etc. Dos han fijado resueltamente su oficio: la *j* y la *x*, como en *ıeja*, *examen*, y nadie escribe *Xenil*, *xícara*, *quixote*,, sino *Jenil*, *jícara*, *quijote*. Cuatro debían fijarle: la *c* y la *z*, la *g* y la *j*; limitando los suyos dos de ellas, á saber: la *c* y la *g*. Tres son del todo ociosas *h*, *k*, *g*. Y en fin, para los cuatro sonidos *cha*, *che*, etc.; *ke*, *ki lla*, *lle*, etc.; *rra*, *rre*, etc., nos falta signo propio."

El último Diccionario de la Academia tiende á abolir la k, escribiendo *cabila*, *caid*, *caraíta*, *micado*, *ucase* y *coquera*, que en la 12a. edición figuraban con *k*. La palabra *kiosco* la admite también escribiéndola *quiosco*, mientras que *kadi*, *kalenda*, *kalmuco* y *karmes*, hoy se escriben con *c* y no con *k*. Bueno es que los militares tomen nota de que *kepis* ha cambiado la *k* en q, pues el Diccionario registra *quepis*.

Debiera haber sido más amplia la docta corporación, quitando del todo la *k*, en *kirieleisón*, *krausismo* y *krausista*, *kermes* y *kilométrico*, que aunqne la traigan en su origen, como *kepis* y las demás voces arriba citadas, vale más vestirlas á la española. Una de dos; ó se conserva el orígen de la *k*, usándola *en todas* las voces que la traen, ó se proscribe *en todas* también, prefiriendo el genio de la lengua. Si la misma Academia Española ha dicho que la k es *del toda ociosa* ¿para qué la emplea?

La *W* inglesa ó la doble *v* alemana, dice la Academia que no pertenece al alfabeto español, y que se emplea únicamente en nombres célebres de la historia de la Península, como Wamba, *Witiza*, que también se escriben con *V*.—Roque Barcia estima que la *W* es la vigésima letra del alfabeto español.

Los hispano-americanos no la usamos más que en palabras extranjeras, y no la consideramos en el organismo de nuestra lengua. Los godos la dejaron en España, cuando el *Fuero Juzgo de las Leyes* se promulgó.

Para concluir, diré que el que haya viajado por distintos países del extenso territorio de la América Española, podrá comprender que el no pronunciar distintamente la *v* y la *b*, la *ll* y la *y*, la *z* y *s* no es un defecto, como han pretendido algunos gramáticos, y hasta la misma Real Academia, sino una prueba de que así hablaban los primeros españoles que llegaron á estas tierras.

No había de ser de los indios de quienes tomásemos esa confusión en el modo de pronunciar. La verdad es que, como lo demostró amplísimamente el guatemalteco D. Antonio José de Irisarri (Cuestiones Filológicas, página 26, hasta 40) los españoles mismos en España,salvo algunos valencianos, catalanes, mallor-

quinos, no distinguen el pronunciar la *b* de la *v*. En tiempo del erudito académico D. Juan de Iriarte, se dijo por él mismo en plena Academia: "por tener la *v* consonante el mismo sonido que la *b*, no se percibe la diferencia sólo en la pronunciación." Don Mariano José Sicilia, voto competentísimo, reconoció que el uso de pronunciar al igual la *b* que la *v* estaba muy arraigado y era harto general. Aquí en América los que hablamos castellano incurrimos todos en esa confusión en que incurrían Bernal Díaz del Castillo, Cortés, Alvarado, los primeros virreyes y capitanes generales y cuantos españoles enseñaron á hablar por acá su lengua.

La manera de pronunciar de estos países será algo arcaica, al uso de Cervantes, al modo de los mejores tiempos de la lengua, que no viciosa, entre la gente culta. No tratamos de abonar ciertos adefesios, como el de decir *giente, giede*, en Chile, y *jiede, jacha, jalar, joyo,* de los que con suma vulgaridad hablan por campos y alquerías en toda la América Española; pero aun tales acentos, que sólo por ahí van quedándose, prueban dos cosas, 1º qne la *k* tuvo un sonido suave distinto al que hoy tiene, y que hubo tiempo en España, quizá antes de la invansión arábiga, en que la *g* seguida de *e* y de *i* se pronunciaba como en inglés el *she, she, yente* (gente) *gyelo* (yelo); y 2º que la *h* se aspiraba mucho por los conquistadores que enseñaron á decir *joyo* y *jacha*, y por los marineros andaluces que pronnnciaban *jalar* (halar) y que á cualquier bulla llamábanle *zafarrancho*, como nosotros decimos todavía. Por los campos y por las aldeas es por donde más van durando los vocablos y haciéndose cada vez más arcaica la pronunciación. Si Cervantes resucitara, acaso le parecería más extraña en parte la pronunciación que hoy se escucha en el Ateneo de Madrid que la que se oye á las veces por las haciendas y villas de algunas regiones de América.

Hemos oído contar, dice D. Miguel Antonio Caro, que alguna vez el soldado español descubría al insurgente americano porque éste, como nosotros hoy día pronunciaba la *z* como la *s*; pero si tal sucedió, diríamos que el genuino castellano distinguía al enemigo por una pronunciación que es provincial en España y que prevaleció en América. Desde que en 1713 se fundó la Academia Española, bajo la dirección de D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, aplicáronse sus doctos miembros á la composición del gran *Diccionario,* copioso, exacto, y esmaltado de citas y ejemplos de las autoridades en punto al idioma, cuya hermosura, grandeza y elegancia quedaron ahí inventariadas para siempre; porque jamás ha de morir esa fecunda lengua, en que han escrito Cervantes, Iirsarri, Quevedo, Palma, Moreto, Montalvo, Núñez de Arce y Olegario Andrade.

Publicado el Diccionario de la Academia Española, en seis grandes volúmenes, por los años 1726 á 1739, fué superior á su tiempo, sin que las refundiciones que después ha hecho el Ilustre Cuerpo, hasta la 13ª edición, correspondan en mérito, y con los sucesivos adelantos de las varias épocas, á la primera monumental publicación, que subsiste sin que otra alguna la supere, ni aun se le acerque á emularla, como libro clásico y de *autoridades.*

Con el ensanche que la lengua castellana tuvo en las regiones de América, vino á suceder que muchísimas voces murieron en la Península y viven todavía en el Nuevo Mundo, sin que el Diccionario las ampare, ni los literatos españoles las reconozcan por de buena ley; que gran número de palabras nuevas, necesarias para significar objetos diversos, desconocidos, originarios de estas zonas no se hallan en el léxico; y que vocablos y modos de decir americanos, que desde México hasta Chile se emplean por millones de gente educada, no se reconocen,

ni se aprecian, y por último hay regionalismos peculiares de cada país y aun de cada pueblo, que á las veces sacan la cara en el inventario del idioma,como por casualidad, y en otras ocasiones— que son las más—se quedan en el tintero, ó en los diccionarios particulares de provincialismos de cada república hispano-americana ¿Qué razón existe para que unos *mexicanismos* figuren en el diccionario y otros no?

Debería hacersr un estudio especial, á fin de que el castellano anticuado en España y vivo en América, no se tuviera oficialmente por muerto: también los *americanismos* (voces y giros de uso constante en toda la América española) debieran aparecer con ese carácter y anotados como tales, en el diccionario general de la lengua. Los provincialismos locales deben reservarse para obras peculiares y estudios propios de cada una de las naciones de este Continente.



CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

LOS DICCIONARIOS

Decía con razón Max. Müller que el diccionario de una lengua da á conocer la grandeza y poderío de la nación que la usa, como que es el léxico un inventario de voces y giros del idioma, intérprete de las ideas, de los pensamientos, y en una palabra, del espíritu del pueblo. El Diccionario es el código de la civilización de un país, y como síntesis del estado social, debe contener el catálogo completo de las voces que pertenecen al uso de todos.

En España el "Diccionario de Autoridades" es indudablemente el mejor, á pesar de ser antiguo, pues los que en seguida ha venido publicando la Real Academia, no tienen el mérito de aquél, y se les ha criticado en mucho con justicia.

El "Diccionario de la Sociedad de Literatos" que suele aparecer por ahí como vergonzante, con el aditamento de otro "Diccionario de la Rima" y el de "Sinóminos," es simplemente una calamidad que sobrevino al castellano.

"El Diccionario de Salvá" no sólo contiene todo el de la Academia, sino muchas voces americanas y no pocas regionales de estos países de origen hispano. Es una obra de crédito y que presta positiva utilidad, aunque data de 1847.

"El Diccionario Etimológico de Roque Barcia," es una grande obra, concienzuda y erudita, que bien vale la pena de consultar.

Don Nemecio Fernández Cuesta, en unión de competentes literatos y filólogos, publicó el "Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española" (1878) que aunque se precia de contener *todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas*; está lejos de decir verdad, más aún en lo que á los americanismos se refiere (1878.)

El "Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana," comptesto por Elías Zerolo, Miguel Toro y Gómez, Emiliano Isaza y otros escritores españoles y americanos, con 253 retratos, 35 mapas y 326 viñetas, es una obra lujosa, impresa en París, por la casa Garnier Hermanos, 1895. Para ser enciclopédico fáltale mucho, y puede reputarse como obra de comercio y no de ciencias.

La obra monumental de la lengua española será el "Diccionario de Regimen y Construcción" que escribe Cnervo, y del cual sólo han aparecido dos grandes tomos. Si logra concluirlo, hará honor á cuantos hablamos castellano.

Italia, Inglaterra y Alemania lamentaron por mucho tiempo el vacío que llenaron luego con sus obras, Facciolati, Jonhs y Adelung; y que la Francia misma, después de haber hecho una revolución que hubo de colocarla al frente de la cultura moderna, no ha podido gloriarse sino hasta pocos años hace, de poseer en este género el Gran Diccionario Universal de Bescherelle y el académico de Littré.

En los Estados Unidos se usaban, como nacionales, los diccionarios "Imperial," el de Webster y el de Worcester, completos y doctos; pero que limitados á la lengua inglesa, que allá se desarrolla rápidamente,

sobre todo en técnicos de artes, ciencias, descubrimientos, etc. no llenaban la necesidad de una obra más extensa y moderna, en este siglo de exploración y de conquista, para las aplicaciones materiales de las fuerzas del mundo.

Hoy la nación americana se gloría de tener el mejor diccionario de todos, la obra más amplia, completa, ilustrada y literaria que ha aparecido en este género. Es el admirable "The Century Dictionary & Cyclopedia & Atlas," en diez grandes volúmenes de letra mostacilla publicado en Nueva York, con trece ediciones ya, trescientas mil citas de autoridades en la lengua inglesa, desde los principios del idioma hasta nuestros días, con todas las mudanzas del hablar y sus peculiares etimologías. con todos los téctinos de ciencias, con toda las cuestiones filológicas que pueden ocurrir; en una palabra, con cuanto debe contar el léxico de un idioma.

Como enciclopedia es la más moderna que hoy existe, sin excluir la Británica, la de Larousse, la Hispano-Americana, ni menos la de Mellado, que es tan incompleta como llena de errores. Esas enciclopedias tienen como cincuenta mil artículos, y esta *del Siglo* comprende 150,000.

Baste decir que aquella magnífica obra fué formada por el editor en gefe William Dwight Witney, profesor durante cuarenta años en la Universidad de Yale, que está reconocida en Inglaterra y en los Estados Unidos como la más alta autoridad en filología, y por noventa y dos especialistas más, en cada ramo, siendo de lo primero entre abogados, astrónomos, ingenieros, médicos, filólogos, literatos, etc. "The Century Dictionary" está adoptado como autoridad hoy no sólo por el Gobierno de los Estados Unidos y en sus muchas academias, colegios, universidades é institutos, sino en los de Oxford y Cambridge de Inglaterra. Los aboga-

dos y las cortes lo han reconocido como decisivo en cuestiones legales y en reclamaciones diplomáticas. Es una obra que bien corresponde á la grandeza de la República de Washington, á la supremacía de América.

Actualmente la librería de A. Le Vasseur & Cíe. París 33 rue des Fleurs, está publicando el Nouveau Larousse ilustré, en siete grandes volúmenes, y contiene, como enciclopedia universal, lo más extenso que se ha visto, con magníficas ilustraciones, profusos grabados, espléndidos mapas y brillantes artículos debidos á plumas sabias de eruditos literatos. La riqueza del vocabulario es imconparable, las cuestiones filosóficas, históricas, científicas y sociales están amplísimamente tratadas y los temas religiosos resplandecen por la serenidad del criterio y la imparcialidad con que se les profundiza. En suma, es aquella obra monumental digna del siglo XX y de la Francia moderna.



Capítulo décimo nono

AMERICANISMO EN EL LENGUAJE Y EN LAS LETRAS

Como reflejo de la naturaleza en que los pensamientos nacen, toman las lenguas el colorido y matices de los lugares en que se hablan. Las flores que en distintos climas se producen, van formando especies nuevas, al través de los tiempos, por más que sea uno el origen y similar el género. Las plantas que se llevan á lejanos climas sufren alteraciones diversas, mientras que las lenguas que se introducen en extraña tierra se ven al cabo de los años con variados giros, nuevas palabras y tinte peculiar. Es que todo en el mundo participa del ambiente en que se coloca.

La naturaleza americana—imagen del perdido paraíso, con la cordillera de los Andes, con ríos como el Tequendama, volcanes altísimos, bosques primitivos, pampas que parecen mares, lagos que casi unen los océanos, vejetación exuberante, fauna riquísima y flora sin igual—ha impreso en la literatura américo-hispana un colorido característico, que Alejandro Magariño Cervantes, Jorge Isaacs, Gutiérrez González, Olegario Andrade, Juan Diéguez, y tantos otros escritores de genio, han sabido imprimir á sus obras, para encanto de los que nacimos en esta tierra, dado que los cuadros que

pintan, los personajes que retratan, los sentimientos que exitan y hasta las flores de que nos hablan, forman parte de nuestros recuerdos y afecciones.

Una corrida de toros en Madrid, un lance callejero en Lavapiés, una escena de manolas y curros en la Puerta del Sol, la entiende mejor y sobre todo la admira más, al verla descrita por Pereda ó Mesonero Romanos, un español legítimo, nacido al són de las castañuelas allá por el Manzanares, que no un argentino, ó un ecuatoriano. Los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós, soberbios panoramas en los que el patriotismo palpita, bulle la sangre española y se escucha el eco de las grandezas peninsulares, de los heroísmos de una raza entera, producen más impresión en el *nacional* que en el que no lo es. Nuestra Señora de Guadalupe, de seguro que no infundirá tanta veneración á un aragonés como la Pilarica, por más que sea la misma Virgen Santísima.

La diversidad de costumbres y de castas de América ha debido también dar diversas fases y matices varios á cuanto en este Continente se escribe, ya que los hábitos y manera de vivir, de sentir y de pensar de tantas gentes distintas, influyen notablemente en la expresión de la literatura regional ó en el fondo y substancia de ella.

Así como la pronunciación del castellano en América es más suave, con andaluces acentos, nótase que no hay por acá aquella propensión general á tanta frase soez con que se salpican las dicciones corrientes por la Puerta del Sol, y que no sientan bien ni en los impúdicos labios de las salerosas chulapas que llevan *chiné* y mantón de Manila.

La claridad y llaneza de Cervantes no llegaban á prodigar salacidades tan torpes, ni juramentos tan obcenos. Históricamente hemos de creer que los valientes conquistadores usarían un lenguaje vulgar con tintes subidos, pero menos verdes que el de los toreros y

manolas, puesto que si algo perdura es, en la conversación familiar, la frase enérgica y el idiotismo casero, que no tienen, por cierto, en ninguno de los países hispano-americanos el encanallamiento de las interjecciones y frases duras que en la península abundan.

Cierto es que predomina entre los américo-hispanos la raza ibérica, pero es verdad también que cunde el elemento extranjero, y que es muy distinto el medio social, político y artístico, como son diversas las necesidades que llevan en la época actual á simplificar las lenguas y á acomodarlas á la amplitud del pensamiento moderno. No es posible mantener estacionario el lenguaje de D. Quijote y Sancho en Sierra Morena. No son los muertos los que van aprisa, sino los vivos, en esta época de progresos industriales, que no permiten descanso, á la filología. Asi como las nacionalidades se desmembran, las lenguas se separan, si no les da el elemento de la vida moral y material su propio espíritu, razón por la que—sin tratar de contener el ímpetu del torrente—cabe esforzarse á fin de que no suceda en estos países lo que pasó con el latín al nacer las lenguas romances. Hoy por hoy, abonan la unidad, las comunicaciones constantes y los mismos ideales, que vuelan y se extienden mediante el periodismo, el telégrafo y el vapor. ¡Cuán diversas eran las cosas, hace cuatro siglos, antes de que el castellano cundiera en la mitad del Nuevo Mundo!

Así como son inaccesibles los juicios de Dios, son á la vez inescrutables los designios de la historia ¿quién hubiera dicho que al sellarse por los reyes católicos la unidad nacional, al entregar Boabdil las llaves de Granada, al salir los judìos de España, esa politica egoísta, después acentuada por los monarcas borbónicos, había de ser el comenzamiento de la desmembración, el principio de la ruina, la causa de la desesperanza, ¿quién hubiera augurado que el descubrimiento del Nuevo Mundo había

de contribuir al derrumbe inevitable de la Península Ibérica? Ni quién, cuando el sol no se ponía en los dominios de Carlos V, hubiera adivinado que en el golfo mexicano, en la perla de las Antillas, iba á sucumbir el resto de aquella sublime gloria, el poderío cesáreo de cuatro siglos?

Si Hernán Cortés, Pizarro y Felipe II hubieran resucitado, al descender del castillo del Morro el pabellón de rojo y gualda, á fe que vuelven presurosos á sus tumbas!.......

Dirigiendo atrás la vista—ya que no hay peligro de quedar como los precitos biblícos, convertidos en estatuas de sal—y remontando la imaginación á aquellos históricos momentos, en que desde la carabela se gritaba ¡tierra! ¡tierra!; revolviendo la mirada á los rayos matutinos del 12 de octubre de 1493, y contemplando las blancas espumas de ese mar azul que ofrecía—como la amorosa desposada ofrece sus albas flores al que acertó á seducirla—la *Virgen América*, á la salicidad insaciable de extranjera raza, del férreo conquistador, que en otro hemisferio acababa de eclipsar la media luna y de hundir la cimitarra y de colmar de llantos los ojos de Zulema; cuando todo esto sucedía y vino el tiempo y al fin de tres centurias gritaron *libertad* en aquellas mismas orillas; y ante esa mágica voz, los barcos españoles dejaron las tranquilas ondas que parecían reflejar las blancas velas de la Pinta, de la Santa María y de la Niña, no puede menos de reconocerse la inconstancia de las humanas cosas, á la vez que el influjo de esa mano misteriosa, que será, si queréis, la del destino, ó mejor dicho, la de la Providencia.

Pero, al través de tamaña evolución quedó mezclada la raza aborigen con la raza dominadora, y aquella *Virgen del Mundo*, cual otra Rebeca, sintió en su seno la lucha de dos gemelos, que debía dar á luz como anuncio

de la lucha de dos pueblos, que de aquellos hijos habían de descender: y mientras que los conquistadores mahometanos apenas hicieron reflejar el brillo de la media-luna en las artes, en las ciencias, en las costumbres y en el habla de España, los valientes castellanos encarnaron su raza, su religión, sus costumbres y su rico idioma, en gran parte del Nuevo Mundo: quedaron grandes pueblos, quedó el espíritu, que es el que perdura, y quedaron solidarios intereses y muy caras preseas que guardar. La madre nunca se olvida. Los que decimos del mismo modo *Dios, Patria, Religión y Amor*, siempre seremos hermanos. Nuestra cultura nos vino del pueblo más espiritual, generoso y caballeresco de Europa.

Ha dicho, y con razón, un escritor hispano-americano, que en la vida intelectual de las sociedades influyen los incentivos que provocan su actividad, las empresas que se acometen, la naturaleza de los afectos que en torno suyo se encuentran: así, nada más puesto en razón, como que la sociedad de origen español fuese, no ya una mezcla inferior de la altiva índole de sus progenitores, sino á manera de matiz más templado y saludable de ella. Después de la conquista, se entregaron los españoles á vivir en América, bajo un cielo benigno, llevando una existencia en mucho parecida á la fruición tranquila de una sabrosa siesta: ni guerras ni aventuras inquietaban ya su espíritu, ni la lealtad á su rey, ni bélicas empresas enardecían su ánimo, ni encontraban otro contendor que al traicionero indígena que á deshora les asaltaba con la flecha; que no fué por cierto el que forjó su mente en la exaltación á que les condujeron alguna vez, en días de esparcimiento, las leyendas con que fantasearon á maravilla, instigados por el amor á su dama ó por la gloria de combatir debajo de las banderas nunca humilladas ante el indómito alarbe.

El crítico español don Juan Valera, si bien reconoce que la unidad de lengua y de casta, hacen indisolubles

los lazos de fraternidad espiritual, no niega que "el pueblo nuevo traiga al acervo común y pro-indiviso de la cultura de su raza, ricos elementos, bellos rasgos de carácter y quizá superiores glorias." (Prólogo de *Pepita Jiménez*, edición de N. York, Appleton y Cía. 1900). Y así es, en verdad, desde que al alborear la cultura intelectual en América, si no se amalgamó con el elemento indígena, hubo de saturarse del ambiente, del colorido, de las bellezas de este suelo.

Al cantar Ercilla las hazañas de los Araucanos, dejó una soberbia epopeya, en la que se siente la fuerza y se admira la altivez, el heroísmo salvaje de Caupolicán. En ese poema se confundieron, por vez primera, el espíritu hispano y el de los aborígenes de América.

En la verídica historia de Bernal Díaz del Castillo, entre las malezas de un lenguaje rústico,pero candoroso, brotan de vez en cuando espontáneamente las flores literarias de este suelo, en descripciones naturalísimas y en sentimientos nobles y generosos. Aquel soldado historiador que peleaba de día, y á la lumbre del vivac escribía de noche, sobre su escudo, las memorias de sus propias empresas y las de sus camaradas, dejó en las páginas de su obra celebérrima, los rastros primeros del americanismo en las letras.

Me remonto con la imaginación á tan antigua fecha, y paréceme ver á mi ascendiente Bernal, á orillas de los lagos mexicanos, ó en las pintorescas márgenes de la laguna de Atitlán, sobre cuyas limpias ondas se refiejan las australes estrellas, leyendo á sus compañeros algunos pasajes de su libro, á la roja lumbre de teas y velones, con la canosa barba que se mueve, al agitar los labios secos todavía por el polvo del combate. y la anchurosa frente iluminada mediante la inspiración y el ardor bélico. Ruedan en las alas del viento,entre las sombras de la noche, los suspiros de Cuahutimoc y Tecum, mien-

tras que con los rayos de la aurora, vienen los efluvios de la cultura nueva. Conjunción heroica de las armas y de las letras, de una edad histórica aborigen con otra más avanzada y cristiana, de una literatura latina con elementos americanos.

Más tarde Piedrahita, Zamora y Fresle en el reino de la Nueva Granada, Sigüenza y Sor Juana Inés de la Cruz, en Nueva España, la monja Maldonado en Guatemala, y otros inspirados ingenios, daban muestras de afición á las letras humanas, á pesar de que el gobierno colonial no prestaba aliento á las tendencias literarias

La historia nada más—como instigada por tantos y trascendentales hechos—no participó de la somnolencia del espíritu, y los cronistas hicieron florecer, entre la mengua de las libertades, ese ramo americano en que el lenguaje tenía ya que esmaltarse de voces regionales, nacidas, por fuerza, de la naturaleza del Nuevo Mundo. Una que otra regocijada trova, junto á un forzado soneto, y alguna décima religiosa ó de cumplidos, solían escribirse en aquella sociedad aislada de todas las demás.

La primera manifestación de la poesía descriptiva americana, apareció en el poema del jesuita Landívar, natural de la Antigua Guatemala, que dejó en la *Rusticatio Mexicana*, un monumento imperecedero en forma clásica, y en lengua latina, impregnado del perfume de las rosas del Capitolio, con ambiente de la nativa tierra. Rafael Landívar fué el que se inspiró, antes que cantor alguno, en los juegos y labores de nuestros campos. Sólo le faltó escribir en castellano para haber arrebatado—dice Menéndez Pelayo—la palma á todos los poetas americanos.

Salve, cara parens, dulcis Goathimala, salve!

La cultura criolla, los ideales de nueva vida y los mil horizontes políticos, despertaron las musas, de tal suerte que, al través de la lucha heroica de independencia, escúcha-

se la trompa épica de Olmedo, que conmueve á las águilas dormidas en las nevadas cumbres del Chimborazo y del Cotopaxi, á cuyas faldas habían antes llegado los patrióticos acentos de Fernández Madrid á las libertades patrias. Vargas Tejada eleva himnos á la naciente aurora, y el insigne Bello entra al *Parnaso Americano*, como dice un eruditísmo académico, inspirado igualmente por la alma libertad, y llama á las Musas, á quienes supone en indolente reposo en la fatigada Europa, para brindarles con una naturaleza virginal, hermosa, fresca y animada por diversidad de producciones, y enaltecida por los próceres de la libertad.

Las ideas nuevas, las lides heroicas, el sacudimiento social que trajo consigo la gloriosa epopeya de 1810, influyeron sobre manera en el nuevo tinte literario, esencialmente americano. Aunados el amor á la naturaleza y á la libertad, canta Olmedo las proezas de Bolívar, dando á sus cuadros un fondo completamente nacional, y describiendo las magnificencias del suelo próvido del Nuevo Mundo.

Con apacibilidad majestuosa y horaciano estilo describe Bello la Zona Tórrida, saturando de arrebatos pindáricos aquellos cantos, rebosantes de tranquilidad y arte, que son esencialmente americanos, por el colorido local y por referirse á las hazañas de nuestros patricios. Ya no era la vida pasiva, el reposo inerte, la falta de anhelos, sino el vivo aliento del combate, el amor á la libertad, la admiración de la naturaleza, los incentivos que daban vuelo á la poesía y originalidad al arte.

En la poesía lírica hubo, durante el último siglo, progreso notabilísimo, como lo hace ver don Juan Valera en su disertación *Qué ha sido, qué es, y qué debe ser el arte en el siglo XIX;* pero en la América española tomó tan altos vuelos, que si antes apenas había habido un poeta latino, que en la lengua de Cicerón, se hizo digno

de pasar á la posteridad, después de la Independencia surgieron genios de primer orden, como el patriarca de nuestras letras americanas, el insigne Bello, cuya perfección descriptiva es portentosa; como Olmedo, de sublime estro y entonación pindárica: como Heredia, de raudos pensamientos, tan tempestuosos cual las cataratas; como Batres Montúfar, cuyas gracia narrativa lo hace el primero en su género, donde quiera que el castellano se hable; como Arnaldo Márquez, lírico tan tierno y espontáneo, tan rico de sentimiento, como lo fuera de oro la tierra, la patria de los Incas; Olegario Andrade, el Víctor Hugo de las Pampas; Rafael Pombo, originalísimo en sus fantásticas creaciones; Numa Pompilio Llona, de pesimista idiosincracia y soberbios fulgores, y tantos otros más, que no son por cierto de la caterva populachera, ó de aquellos que, *per fuggir l'ozio,* escriben á porrillo versos.

Cuando acaecen portentosos sucesos, y llega una sociedad á cambiar de tradicionales fases, el sentimiento se caldea, la aspiración nace, los ingenios sobresalen, bien así como las seibas ostentan su ramaje, tras el mugir de los embravecidos elementos.

Entre el torbellino de las luchas sangrientas por la independencia de América, surge Olmedo, envuelto en nubes que amagan tempestad, tronando la épica trompa al flamear la espada de Bolívar, en Junín y en Ayacucho. El vate más inspirado por el espíritu americano, el más grandioso, el qne arrebató á Tirtéo sus impetuosas armonías, fué el inmortal cantor de Junín, que puso por dosel de sus cuadros épicos y descriptivos el cielo de América, con sus luces y colores, y por fondo de sus creaciones fantásticas, la tierra de Colón;

Los Andes......las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro......
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse.

No es extraño que Menéndez Pelayo—que llama cantor de nuestros desastres á Olmedo—diga que "adolece de la desigualdad propia de todos los poetas americanos, desigualdad de que ni el mismo Bello se libra en la infelisísima parte segunda de su *Alocución á la Poesía*. Versos prosaicos, desgarbados, pedestres, son — por castigo providencial—aquellos en que el autor se desata en injurias contra los conquistadores." Baste decir, para contestar esa arrogante explosión colonial del eruditísimo escritor español, que él no es poeta, por más que sea un pozo de ciencia, y que esa desigualdad que halló su mal humor, no es *de todos los poetas americanos solamente*, sino de cuantos poetas ha habido y hay en el mundo, y de todos los prosadores, como se demuestra por el mismo insigne crítico montañés, que es harto desigual y apasionado cuando se trata de juzgar á los cantores de nuestra Independencia, de la libertad de América.

Hay ciertos convencionalismos clásicos que, aunque parezca una eregía, es preciso siquiera enunciar, como sucede en la literatura española con algunos famosos autores que todos citan cual prototipos en su género. El *divino* Herrera, el cantor de *Don Juan de Austria*, tiene versos flojos, mal acentuados, rimas asonantes con consonantes, prosaísmos, sutilezas y obscuridades. Casi todos los líricos del siglo de oro, exceptuando acaso á Fray Luis de León, adolecen, como lo ha hecho ver Restrepo ("Sobre Poemas") de tales defectos, fuera de mitológicas alusiones encajadas por la fuerza. En las canciones bíblicas, cuántos desmayados versos, cuántas sutiles estrofas.

No es propia, pues, de poetas americanos esa desigualdad, que con fruición altiva les achaca D. Marcelino, ni se puede cortar el vuelo al ingenio, ni se debe criticar el entusiasmo por la libertad. El pensamiento poético

revolotea como brillante mariposa, la musa patriótica se eleva en alas de la enardecida fantasía, Olmedo, al cantar las glorias de Junín, es más arrebatado, más lírico, que el inmortal Núñez de Arce al maldecir los desbordes de la plebe, los horrores de la anarquía, la ruina y desolación de España. Los rayos de la aurora que al sol naciente acompañan, son signos de vida, mientras que los arrebolados horizontes. los rubicundos nubarrones que cortejan al morir al astro rey, tienen al fin el triste tinte de todo lo que se acaba.

Los literatos más eminentes, como Gutiérrez y Corpancho, Carbo y Mera, han hecho cumplida justicia á Olmedo. El Secretario de la Academia Colombiana, D. Rafael Pombo, leyó en la Junta solemne de 1882, un elogio elevadísimo del primero de los cantores de la Independencia sudamericana. La excelente monografía de D. Miguel Antonio Caro, publicada en el *Repertorio Colombiano*, es lo más sensato y acabado que á ese respecto existe; y por último, D. Manuel Cañete, deseoso de "demostrar á nuestros hermanos de América el sincero afecto que nos inspiran" dió á luz, en la *Revista Hispano-Americana*, un juicio crítico acerca de las poesías de D. José Joaquín de Olmedo, sin que le falten de contado—como dijo don Clemente Ballén, al publicar en París. los poemas del cantor de Junín—el tono protector y el aire condescendiente de cuanto escriben, sobre cosas de América, los literatos españoles.

Por lo demás, es de notar, que el portentoso ingenio de D. Marcelino, de aquel filósofo esencialmente católico, es pagano en sus rimas, en el gusto que revela y en las formas que reviste, como se lo han hecho ver el marqués Valmar y el ilustre orador Pidal. Aunque cristiano, Menéndez Pelayo se solaza con el Venusino, se viste la romana toga, conversa cordialmente con Petronio; pero no se aviene, en ningún caso, con las vibraciones inde-

pendientes, patrióticas, americanas, de la epopeya de la libertad en el Nuevo Mundo, ni menos siente la inspiración que produce la naturaleza fecunda, exuberante de nuestro suelo. El modo de percibir y de pensar del autor de la *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, no transige con la independencia de las repúblicas hispanas. El paladín de la poesía antigua, el pregonero de la lírica clásica, no gusta de los naturales esplendores del Mundo de Colón. Mas sea de todo ello lo que quiera, Olmedo es superior á Quintana, sin tomar en cuenta las desigualdades del gran lírico castellano, á quien Cañete, comparándolo con Olmedo, dice: "que el poeta de Guayaquil se sostiene á grande altura, sin acudir á la ampulosidad declamatoria que á veces deslucе al autor de *La invención de la Imprenta*, ni perder la naturalidad, ni el brillo que le distinguen."

Cabalmente el gran mérito de Olmedo está—como lo juzga el insigne humanista Caro—en la *animación sostenida*. Rafael Pombo, poeta de clásico saber y corazón americano, asegura "que en los 1,170 versos de las dos marciales odas, *solamente* hay uno que pueda tacharse de prosaico y desmayado. Lo sublime, que para otros poetas es rapto de embriaguez momentánea, es agua ordinaria para el Homero de Guayáquil."

Don Andrés Bello, en el tomo I del Repertorio Americano, página 54, dice: "En *La Victoria de Junín* hay entusiasmo sostenido, variedad y hermosura de cuadros, dicción castigada, más que en cuantas poesías americanas conocemos, armonía perpetua, diestras imitaciones horacianas, sentencias esparcidas con economía, y dignas de un ciudadano que ha servido á la libertad antes de cantarla." Don Rafael M. Merchan, con frase característica, exclamó: que Olmedo había dado nueva inmortalidad á una batalla inmortal. (Repertorio Colombiano, t. VII p. 38.)

En muchas ocasiones previó Bolivar el porvenir, y parece que hubiera adivinado las frases desabridas de Menéndez Pelayo, cuando al leer el libertador su apoteósis, escribió á Olmedo diciéndole: "Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau."

Y Heredia, que nació donde son más altas las palmas, en la infatigable Santiago, como exclamaba Martí, el mártir de la independencia de Cuba. "Dicen que desde la niñez, como si el espíritu de la raza extinta le susurrase sus quejas y le prestara su furor, como si el último oro del país sequeado le ardiese en las venas, como si á la luz del sol del trópico se le revelasen por merced sobrenatural las entrañas de la vida, brotaban de los labios del *niño estupendo* el anatema viril, la palabra sentenciosa, la oda resonante. Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma de colores que brotan de su seno, y el arco-iris que le ciñe sus sienes, son el cortejo propio del gran poeta en su tumba." Aquella magnífica inspiración, aquel saludo al Niágara, fué la alianza feliz del nombre esclarecido de Heredia con la tierra de América. Cuando se sequen las cataratas, dejará de ser inmortal el bardo cubano. Como él hubo muchos desventurados: más lo fueron, exclamaba Sanguily, Milanés que perdió temprano la razón; Plácido que á su misma edad fué fusilado. Veintiséis años después, Juan Clemente Zenéa, el melancólico cantor de *Fidelia*, muy joven aún, vivió en las amarguras de un calabozo durante ocho meses de agonía. Había entrado en él esperanzado y lozano, y cuando se abrieron sus puertas, el vulgo pudo verlo marchar al patíbulo, triste, decaído y con el cabello blanco. Mientras todos consentían en aquella innecesaria atrocidad, él se encaminaba por la vía-crucis, viendo únicamente en el silencio de su espanto y desesperación, allá á lo lejos, en día

nivoso y húmedo, á una mujer y á una tierna niña—*"La huérfana infeliz y pordiosera"*—que enlazadas las temblantes manos, más pálidas entre sus tocas negras que el triste invierno, subían y bajaban llorosas, la escalera ajena, á la luz cenicienta del extranjero cielo.

"Si algún género de inspiración hay en las composiciones filibusteras de Heredia—son palabras de Menéndez Pelayo—será, aunque más débil y apagada, aquella íntima y melancólica poesía que delante del Niágara le hacían recordar las palmas."

¡Ah! D. Marcelino! Ni Alberto Lista, ni Cánovas del Castillo, ni José Ortega Munilla, ni Cañete, ni Roque Barcia, ni García del Río, ni Quintana, ni los americanos, como Bello, Piñeyro, Caicedo, Amunátegui, Muñoz del Monte y tantos otros que escribieron biografías y juicios críticos del cantor del Niágara, tuvieron más que un profundo sentimiento de admiración para el genio hispano-americano, que si no figuró entre los ortodoxos españoles, honra es y muy grande de la raza latina, de los Próceres de la Independencia de América, por más que el eruditìsimo autor de la "*Antología*" con una frialdad rayana en anti-americanismo supino, le llame *gran pecador contra la pureza de la lengua y del gusto*.........¡Qué lengua y qué pureza y qué gusto se necesitan para juzgar asi al más original, al primero, de los poetas américo-hispanos! ¿Qué se diría del malandrín, que sin tener en cuenta la alteza del portentoso espíritu del mismo Menéndez Pelayo, cuya memoria admirable lo ha constituído en archivo ambulante de todos los archivos,le echase en cara que peca contra la lengua y el gusto, por usar palabras como *ináccesos, velívolos, invectivar*, etc., transposiciones forzadas y giros antigramaticales? No: á los genios se les juzga como se mira el sol, desde lejos, y sin fijarse en sus manchas. Heredia se remontó más alto que Bryant, Longfellow, Bello ú Olmedo.

Que hay colorido americano en el cantor del Niágara, y que fué poeta de elevadísima inspiración, es hecho que reconocen todos los críticos imparciales, que no niegan tampoco á Milanés y Luaces el espíritu cubano, el relente del lugar en que nacieron, el sabor dulce, el dejo melancólico, el sello peculiar de los poetas de esta tierra.

Las tendencias y manera de sentir de D. Marcelino Menéndez Pelayo lo hacen competentísimo para desentrañar bellezas del pensamiento; para presentar á *Horacio en España*, como si lo hubiera tratado personalmente, para enfrascarse con santo Tomás, san Agustín y los otros padres de la iglesia, en teológicas lucubraciones; para poner en claro los nebulosos sistemas alemanes de metafísica trascendental;......pero, para sentir con los poetas americanos, para enardecerse al calor de esta tierra de fecunda renovación, de soberano aliento, de joven empuje, de libres tendencias, no es llamado el erudito español medioeval, el Feijoo montañés; el que menos gusta del americanismo en las letras. Los frutos del alma tienen relación con los de la natulareza. *La antología de los poetas hispano-americanos* es el fiasco del más portentoso de los cerebros contemporáneos, formado con moléculas selectas de los de san Ignacio, san Francisco y san Isidoro.

Más justiciero que D. Marcelino es Valera, que en sus *Cartas Americanas*, admira á muchos de los escritores y poetas de estas repúblicas de origen español. Verdad es que D. Juan, con su travieso carácter y tendencia irónica, como que, por bondad y hasta por conmiseración tributa aplausos. Tras la cortesanía literaria, aparece el volterianismo que en el fondo llevan las críticas del que con más sencillo donaire maneja en el mundo la lengua castellana.

No será raro, por lo demás, que parezca pedantería é irrespetuoso proceder el de evidenciar la falta de *americanismo* con que el admirable ingenio español Menéndez Pelayo considera á los modernos poetas américo-hispanos; pero conste, en todo caso, que cuantos han hecho estudio concienzudo de la literatura hispano-americana, al punto han achacado á D. Marcelino harto *españolismo colonial*, y que nosotros, sin desconocer la pasmosa laboriosidad, la monstruosa memoria, el juicio eminentemente clásico del respetabilísimo crítico montañés, no podemos por menos que pensar simplemente que no era él á propósito para emitir veridicto en cuanto al sentimiento americano, la poesía, la naturaleza y *los colores* de un mundo que no conoce, y cuyo espíritu y tendencias sonle refractarios.

Aunque el *color* de Plácido no se trasluce en sus versos—como dice irónicamente el mismo Menéndez Pelayo—sí se refleja, á juicio nuestro, la naturaleza americana en aquella poesía criolla, en *La flor del café*, en *La flor de la caña*, en el precioso poema *Xicotencal*. *La Plegaria* sublime, puso en su huesa la diadema de laurel con flores de oro, la guirnalda de siemprevivas que luce sobre su tumba, mal que pese al autor de la *Antología de poetas hispano-americanos*.

Si Chénier, al poner la cabeza en el tajo de la guillotina, dijo: "Pourtant il y avait quelque chose lá," el desventurado Gabriel de la Concepción Valdés exclamó, pocos momentos antes de morir: ¡Ay! que me llevo en la cabeza un mundo!

"El carácter dominante de las poesías de Juan Clemente Zenéa es la melancolía, al decir de Merchán, el académico bogotano. Las tardes de los trópicos se reflejan en ellas con sus medias tintas crepusculares, con sus grandes sombras invasoras del espacio y del alma, con sus nubes espléndidamente tristes, con sus

colgaduras funerarias del lado de Occidente, con su inmenso cielo, más azul y más dilatado que á ninguna otra hora de la vida:

Es el canto de la tarde
Es la voz de los sepulcros."

El mártir del 25 de agosto de 1871, fué cubano por sus ideales, sentimientos y tristezas; no pudo por la censura, nombrar á su patria mientras vivió en ella. Cuando resonaba un grito de guerra, no se mencionaba á Cuba, sino á Polonia. como lo hizo mi distinguido amigo José Joaquín Palma, á Irlanda. como lo hizo R. M. de Mendive, á Grecia, como lo hizo Joaquín Lorenzo Luaces.

La Flor del Agua, *La Música de las Palmas*, de Rafael María de Mendive, dejan sentir el aroma, los rumores del paradisíaco suelo de América, sin relumbrones ni tintes crudos, sino con suavidad deleitosa con brillantez de aurora, con sonrisa de niña, con la suavidad dulcísima de las brisas de Cuba.

Fenómeno raro; la literatura de la isla fué la menos española, la más americana, la más independiente de todos estos países, como si en las esferas del arte, en las regiones de la poesía, el espíritu de libertad hubiera sellado con troquel de esta tierra el carácter singular de sus prosadores y de sus poetas.

Colombia continuó siendo castellana pura en su riquísima y variada serie de literatos conspícuos, excepción hecha de Gutiérrez González, Jorge Isaacs, Manuel María Madiedo y algunos más. Bogotá, la Atenas Americana, ha sido la ciudad ilustre de los Horacios, de los Cicerones y de los Granadas.

La mejor traducción de Virgilio, que se conoce en castellano, es la que hizo D. Miguel Antonio Caro (Menéndez Pelayo, Traductores de la Eneida, Madrid, 1879)

verdad es que la *Memoria del cultivo del maíz en Antioquía* es todo un poema esencialmente americano.

Más de ochocientos líricos hay en aquella tierra, en que la poesía crece con espontaneidad. En el discurso académico de D. J. M. Samper se enumera la mayor parte de ellos, y el acucioso Pombo reunió doscientos dramas originales, entre los que hay admirables, como *El Espíritu del Siglo*, de Lleras, *Cuerpo y Alma*, de Posada y varios del mismo chispeante Samper. José Eusebio Caro, original, ardoroso, inspirado, romántico, tuvo altos vuelos, como Arboleda los tuvo, realzados por la cultura exquisita de su genialidad.

Predominan en Bogotá la agudeza y el talento descriptivo, cualidades de que han dado muestras, en acabados bocetos y preciosos cuadros de costumbres nacionales, Juan Francisco Ortiz, José Manuel Groot, José Caicedo y Rojas, Ulpiano González, Eugenio Díaz, José Angel Gaitán, Juan de Dios Restrepo, Hermógenes Sarabia, Ricardo Silva, y otros varios jóvenes de la presente generación.

Don Manuel María Madiedo, profundo estilista, filólogo, crítico, sentimental, de genio verdadero, hizo conocer, por donde quiera que se habla castellano, las fulguraciones de su talento. En el género filosófico brilla Rafael Núñez, el poeta, el estadista, el académico. En el género espiritual, pícaresco, Pablo Posada, Ricardo Carrasquilla y Santiago Pérez. Como orador sagrado admiré, en mi juventud, las dotes del P. Paúl, de aspecto atrayente y suave, de decir persuasivo, de artístico lenguaje, de acción distinguidísima, de profundo saber y facilidad natural. Como filólogo, lingüísta, talentoso, de grandes conocimientos, conocí á César Conto, prematuramente muerto en Guatemala, y muy sentido por cuantos le tratamos.

Bogotá es la tierra de las poetisas, como que las musas acarician al bello sexo, y con singularidad á Eva Verbel, que ha sabido inspirarse en las fuentes de la más encumbrada poesía, Agripina Montes de Valle, cuyo apellido denota su espontáneo sentimiento, su fantasía regional, y Mercedes Alvarez de Flores, que como la violeta y la acacia, despide suaves perfumes, en sus sentidos versos.

Tiene Colombia literatura rica, castiza, variada, fiel intérprete del ideal, de la caballerosidad, de las facultades imaginativas y artísticas de un pueblo, que acaso por esas mismas condiciones y merced á un territorio harto extenso y poblado, ha venido desangrándose y produciendo espanto con sus luchas intestinas.

Venezuela, que es igualmente exuberante en poéticas creaciones y en amor al arte de lo bello, tiene escritores que muestran bien los tonos y matices del estilo américo-hispano. González, Larrazábal, Maitín, Lozano, Manrique, Camacho, Calcaño, Yepes, de la Guardia, Blanco, Rojas, y el nunca bien aplaudido Bolet Peraza, cuya gracia, donaire y bien decir *saben á gloria*, como exclamaba José Martí, inolvidable amigo nuestro, al hablar de D. Nicanor y de sus escritos brillantísimos. ¡Cuántos amenos ratos pasé con ambos en Nueva York!

La verdadera *gramática castellana*, formada de la esencia del idioma, la escribió Bello, en el año 1847, quitándole á la hija las sayas de la madre. Desde Lebrija andaba nuestra gramática con adefesios ajenos.

Del poeta germano-americano, del Heine del Nuevo Mundo, de J. A. Pérez Bonalde, no trata la *Antología* escrita por Menéndez Pelayo, en razón de que ignora si vive aún ó si ya murió, "aunque fué amigo suyo y lo honró en 1885, con la dedicatoria de su mejor trabajo literario." Ese procedimiento del maestro, que se propuso escribir el juicio crítico acerca de las obras de todos

los poetas que ya no pertenecen al mundo de los vivos en la América española, sería desdeñoso si no fuera buena muestra de que no es concienzuda, ni de propia labor, sino de referencias, la obra de D, Marcelino. Aquí en América todos sabemos, (y lo deploramos hace muchos años) que Pérez Bonalde murió casi demente, en Nueva York, llorado por cuantos tuvimos la dicha de conocerlo, aunque no fué nuestro amigo, ni nos dedicó ninguno de aquellos versos sentidísimos, ni la inimitable composición con motivo de *Noche Buena*, escrita con paternales lágrimas y acentos de nuestra tierra.

Los peruanos dicen que Menéndez Pelayo estudió la poesía *española* del Perú, la del tiempo *de la Colonia*, al paso que la de la república, apenas si hubo de merecerle la reproducción de los juicios del humorista Palma, consignados—sin alardes antológicos—en un primoroso prólogo. *La Excursión Literaria*, del aventajado hijo del autor de *Las Tradiciones*, nota las deficiencias de la *Antología*, en cuanto á los poetas modernos del Perú, tan rico en ingenios de reconocido renombre. "Crítico de viejo, dice D. Clemente Palma, lleno de un españolismo *enragé*, intransigente, no simpatiza con lo que ha venido después de la Independencia, á la cual muestra rencor patriótico." Ciertamente que la patria de J. Santos Chocano y Numa Pompilio Llona bien merecía miramiento sereno, si no todo el estusiasmo que inspirar deben poetas líricos encumbradísimos, como lo es el primero de los mencionados, y vuelos sublimes como los del segundo, cuyos sonetos superan á los de los Argensolas y tienen mayor entonación que los de Zorrilla. ¿Qué pudiera decirse del hispano-americnano que se propusiera escribir la reseña de poetas españoles contemporáneos, que han pasado á mejor vida, y no supiera, ni procurara saber, si Campoamor había muerto?......

Estrecho criterio simboliza el procedimiento de los que, como Menéndez y Pelayo, profesan el principio que la Real Academia Española hizo grabar en el sepulcro del Fénix de los Ingenios: "*Parva nostra magna, aliena magna parva.*"

El clasicismo no debe llevarse hasta alzar bandera con el lema romano "adversus hostem perpetua autóritas esto," reputando enemigos á todos aquellos que no nacieron en la misma tierra. Todavía mira como adversarios Menéndez Pelayo—aunque hayan muerto—á los *insurgentes*, como Bolívar, Sucre, Páez, Morelos y Martí; ó para hablar con propiedad y sin ambages, guarda el censor español, en lo intimo de su alma, junto con la devoción por Horacio y por los ortodoxos españoles, rencor profundo, y no disimulado, por los que, con las armas en la mano, obtuvieron la independencia americana. La severidad del criterio histórico se desvanece por el espíritu *autoritario español.* La literatura *colonial* americana es la que merece loor del Aristarco español, mientras que la musa patriótica de América le es antipática por todo extremo.

Por el vigor, la armonía imitiva, la elevación horaciana y el estro sublime, han sido unánimemente alabados aquellos soberbios versos con que comienza el *Canto á Junín*:

El trueno horrendo que en fragor revienta,
Y sordo, retumbando, se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Menéndez Pelayo encuentra "demasiado estrepitoso el trueno para Simón Bolívar, que con toda su innegable grandeza, no parece bastante personaje para compartir con Jove, el imperio del mundo." Si con los ojos de la Historia hubiera visto el crítico, y sentido con un corazón americano, no deja correr esa censura, que ni Olmedo

mereció ni alcanza á minorar el brillo de la diadema del *Libertador*, del *Héroe de América*, de los muy pocos hombres que á Júpiter arrancaron sus rayos, en honor de la hnmanidad.

Lo cierto es que el insigne Caro—el que mejor juzga al más grande de los poetas de América, al inmortal Olmedo, dice: "No decaer y apagarse *después de aquella incomparable explosión con que arranca*, no merece otro nombre que el de una maravilla." (Olmedo. La Victoria de Junín. Cartas inéditas.) "Está revestido el poema de un color local, por estar en armonía con los sitios que el poeta describe y cuyo aspecto físiso es tan diferente del paisaje europeo." (José J. de Mora. El Correo de Londres.)

Ni ese color americano, ni el espíritu del poema, ni sus invectivas, podían arrancar elogios sinceros del crítico más español, más enemigo de nuestra independencia. "De los versos infinitos que produjo el patriotismo americano, apenas merecen vivir otros que los de ese canto—son palabras de D. Marcelino—y son los únicos también que la madre España puede perdonar, porque se escribieron en su tradicional y magnífica lengua poética, aunque no se escribiesen con su espíritu"......No buscó por cierto Olmedo, (ni menos Bolívar) el *perdón*, que desde el tribunal de la penitencia, pretende otorgarle el pontífice español: Bolívar y Olmedo alcanzaron imperecedera fama é inmarcesible gloria, Bolívar triunfó de España, y Olmedo de Menéndez Pelayo.

El espíritu literario américo-hispano, ha venido diversificándose en la Colonia, en la Revolución, en la tiranía y en la libertad. Servil imitadora de las letras castellanas durante la dependencia de España, revélase, por ejemplo, la naciente bibliografía del virreinato de la Plata, que las ideas de independencia vinieron á animar, á imprimir majestad y pompa á la poesía patriótica, que

no pudo tomar mucho vuelo, ni dilatarse por la esfera de los tiempos, al sobrevenir la feroz tiranía de Rosas, que hizo huír del país á muchos ingenios, y puso mordaza aterradora á todas las inteligencias. No faltaron, es verdad, quienes como Mármol, fustigaran en prosa y verso al déspota de las pampas, ni dejó de brillar, en extranjero suelo, aquella literatura de que fueron patriarcas Magariño Cervantes, esencialmente americano en sus cantos á Celiar y en sus inspiradas trovas; el consumado erudito don Andrés Lamas; Sarmiento, el innovador hasta de la ortografía, que tanto abogó por la instrucción primaria; Mitre, el general, presidente y literato eximio; Dominguez, el diplomático y poeta; Espejo, Estrada, López, Navarro Viola, el doctor don Vicente Quesada, Pelliza, Trelles, Sinny, Alberdi, Calvo y otros varios que viven aún, y que han contribuído con trabajos históricos y científicos á mantener latente el espíritu de la patria y servir de modelos á la juventud de Buenos Aires, que, con don Ernesto Quesada, á la cabeza del Ateneo, continúa la obra cooperativa del pasado.

El vigor original del espíritu literario admira en esa ciudad, en donde el interés mercantil, la fermentación de extranjeros elentos, tiende más á traer las irradiaciones de afuera, que á esparcir la luz de adentro. Hay harta cultura intelectual en las clases superiores, por más que lo que se escribe, como dice Gabriel René Moreno, no se encuentra en tersa vitela española, si no en un lenguaje no exento de errores y vicios. El periodismo diario truena y se mueve á la moderna, con órganos que circulan profusamente, mientras que las revistas son de gran mérito y contienen mucho material sobre letras americanas. *La Revista Argentina*, forma trece volúmenes y se fundó por José María Estrada; *La Revista* del Archivo General (4 tomos); *La Revista de la Biblioteca*; *La Revista de Buenos Aires*, compuesta de 25 volúmenes, con

que me obsequió su fundador don Vicente G. Quesada, diplomático de renombre en Washington, en Madrid y actualmence en Berlín; la *Revista del Río de la Plata*, en trece tomos, por Vicente F. López, Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez; son libros que hoy valen mucho dinero, y que sentaron las bases de esa especie de literatura que forma el espíritu científico, político y religioso del siglo, en folletos periódicos que contienen lo palpitante, lo reciente, sin desdeñar lo histórico y mucho menos lo filosófico.

La *Nueva Revista de Buenos Aires*, viene desde 1881, llenando el vacío de las anteriores, y aspira á dar valor intelectual á la producción histórica y á la labor literaria, científica y política de los pueblos latino-americanos; pero la actualidad literaria de la Argentina no carece de incoherencias y de asimilaciones extrañas. No hay en aquella portentosa república, por hoy, carácter propio, rumbo determinado; pero el torrente inmigratorio es admirable, con la riqueza del extensísimo suelo y hay alud de elementos intelectuales, fuerza de vida, gran raudal literario, con originales fulgores.

Diríase que es como una hermosísima mujer, cuyos contornos admirables no se dibujan en una cámara obscura, por falta de foco y unidad, y cuyas facciones atrayentes no dejan ver á qué raza pertenece. No es posible hallar en la Argentina, ni en Chile, aquellas pinturas de la naturaleza tropical, aquellos idilios encantadores, aquella poesía creada por el padre de las letras americanas; pero tiene, en cambio, la patria de San Martín, el más elevado de los líricos americanos, de nuestros modernos tiempos.

A Olmedo lo inspiró la Libertad, á Bello la Zona Tórrida dióle irisiados pinceles, á Heredia le pidieron versos las Cataratas; al mexicano Flores, el sol de mayo inundóle de rayos tropicales su opulenta fantasía; á

Acuña se le infiltró en el alma la melancolía profunda de los descendientes de Cuahutimoc; Goyena, el fabulista guatemalteco, aprendió el lenguaje de los pájaros; pero Olegario Andrade, hizo repercutir la sublime poesía del Nuevo Mundo, desde las pampas Argentinas hasta las nevadas crestas de nuestros montes, con apocalípticos truenos, con la grandeza del huracán y el aliento plutónico del Continente indiano.

Y puesto que mencionamos á dos de los más populares poetas de México, justo será recordar, de paso siquiera, los respetables nombres de Carpio y Pesado, restauradores allá del buen gusto. Alamán, como historiador, preparó las bases de *México á través de los Siglos*, lujosa historia de aquel país, que hoy avanza rápidamente. El obispo Munguía, á quien por buen sobrenombre le decían "Balmes Mexicano," era filósofo de vuelos muy altos, Roa Bárcena y Segura, son escritores notabilísimos, Bassoco, Pimentel y Peña, se granjean fama como filólogos;el arqueólogo Orozco y Berra,se hace de nombradía en Europa;García Icazbalceta,recoje documentos y deja trazados los fastos de su patria con singular maestría; Justo Sierra, ha merecido ser llamado maestro por la juventud que hoy brilla; Juan de Dios Peza, es el más genial de todos; y en la nueva generación hay abundancia de talentos literarios, de tendencias modernas y aspiraciones americanas.

Como poeta narrativo de costumbres coloniales, tiene el guatemalteco Pepe Batres, la primacía entre todos los que han escrito en castellano. La sencillez, la naturalidad, la gracia, y más que todo, cierta ironía peculiar y fina, que le era característica, dan á sus cuadros atractivo tal, que ha hecho volar el nombre de aquel malogrado vate por el mundo de las letras. El eminente crítico Miguel A. Caro, dice que Batres en su género, no tiene segundo (Repertorio Colombiano, tomo II, página 456).

Menos conocido en el extranjero es don Juan Diéguez, aunque no son inferiores en mérito artístico sus gráficas pinturas de la naturaleza americana, sus trovas nacionales, suaves como las *flores de la cruz*, que perfuman nuestras praderas, sentidas como las quejas del *censontle*, que llena de armonías nuestras selvas. *Las Tardes de Abril, La Garza y Los Cuchumatanes*, más que obras de arte lo son de sentimiento, se tejieron con las fibras más tiernas de un corazón guatemalteco. Duélenos, por lo mismo, que un autor como Diéguez, loado por los extraños, y admirado con cariño patriótico, por los centro-americanos, haya sido visto con desdén, hasta con mal humor, por Menéndez Pelayo, que lo califica de poeta de transición (?), así como si se tratara de una medio-cridad. Es que aquel pintor insigne de nuestra naturaleza, usa de palabras regionales, que nuestros oídos escucharon junto con los arrullos de la niñez. Los colores de la paleta de nuestro bardo no se hallan en las orillas del Guadalquivir, ni del Manzanares, ni su inspiración viene de Grecia, ni de Roma. El que no conoce el original, jamás podrá criticar la copia. No vale toda la erudición, ni la memoria de cuantos sabios hayan existido, para comprender, para sentir lo íntimo de ese amor á la naturaleza que inspiró á nuestro poeta. Es preciso haber contemplado aquí *Las Tardes de Abril*, para apreciar aquellos soberbios versos.

Los ciegos de nacimiento no pueden hablar de colores. Don Miguel Antonio Caro, con el juicio crítico refinado que le caracteriza, y admirador de la naturaleza americana, pudo muy bien, elogiar las *Silvas* de Bello, hasta el punto de decir: "que el americanismo de esas composiciones resulta principalmente de la representación tan fiel cuanto animada, que supo hacer el poeta de las bellezas naturales *primitivas* del patrio suelo." Asi Diéguez, juntó con nuestros colores, los preciosos

cuadros nacionales que hacen de sus obras algo que es nuéstro y que nos hace gozar y sentir en el suelo en que nacimos. La Musa castellana, en otros asuntos fecundísima, se mostró por siglos como indiferente á las bellezas naturales del mundo de Colón, singularidad que no dejó correr inadvertida el autor de la literatura española (Ticknor, tomo III, página 149; traducida por Gallegos y Vedia). De todas suertes, nosotros los guatelmatecos leemos las poesías de Juan Diéguez, evocando recuerdos íntimos y sintiendo la fruición que sentimos en una mañana fresca de primavera, saturada de los efluvios de las *flores de la cruz y del suquinay.*

Los cuadros de costumbres nacionales que con mano maestra y gracia sin igual, nos dejó don José Milla y Vidaurre, las novelas mexicanas del General Riva Palacio y de Mateos; *María*, de Jorgé Isaac; *Julia*, de Cisneros; *Amalia*, de Mármol; *Las Tradiciones de Palma*; *El Conspirador*, de la noveladora peruana D. Mercedes Cabello de Carbonera; *Las Memorias de un Viejo*, del argentino Gálvez; y tantos otros artísticos modelos de aquellos pintores de la naturaleza americana y de las costumbres antiguas y peculiares de estos pueblos, que en cada una de las repúblicas han sobresalido, y cuyos nombres no cabe citar ampliamente aquí, por cuanto no se trata de escribir la historia literaria de Hispano-América, sino de proponer ejemplos para confirmar la tesis que se viene sosteniendo, comprueban sin duda que en la literatura como en todo, influye el medio ambiente. y que según son los colores del prisma que rompe los rayos de luz, así resultan las chispas y cascadas luminosas que se producen en esos cuadros ópticos que maravillan nuestros ojos en los escenarios teatrales. La tierra en que nacimos tiene, como el hogar, la esencia de la vida.

La literatura hispano-americana es rica, y por muchos conceptos merecedora de estudio y admiración.

Tiene peculiar colorido, sabor regional, vida propia, fecunda y con amplios horizontes. Nuestros poetas sienten la historia de la patria, se inspiran en la naturaleza americana, con corazones americanamente apasionados. Los cantores de nuestros próceres no pueden morir—para usar una expresión de Leopardi—porque viven con los inmortales. Al través de la evolución artística de la literatura latino-americana se percibe un luminoso rayo del *sprit* francés, que caracteriza el movimiento de las letras en la América que fué colonia de España y que se aparta cada vez más de su origen ibero.

En la poesía, sobre todo, percíbese cierto sabor local hasta en versos fugitivos de esos que no se sabe de donde salieron, pero que se repiten, como cantares tradicionales; por ejemplo:

—Oh, del puerto! Ah, de la ría;
—¿Qué buque esa señal lanza?
—Una alma—¿Trae avería?
—Ninguna—¿Qué mercancía?
—Ilusiones y esperanza.
Entró la nave al momento;
Y al cabo de algunos años
Volvió á dar su vela al viento,
Llevando por cargamento,
Pesares y desengaños.

Como en las poesías de Gutiérrez González, hay en muchas de las composiciones de nuestros bardos, un marcado color americano, cierto fondo que deja ver las costumbres campestres, como en aquella ligera composición de Rubén Darío:

EL TROPICO

Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz:
los perros ladran, un chico grita.
y una muchacha gorda y bonita
junto á una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral,
otro con *caites* y sin sombrero
busca una vaca con su ternero,
para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo á veces á la muchacha
que de la piedra pasa al fogón,
un *sabanero* de buena facha,
casi en cuclías afila un hacha,
sobre la orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo del cielo claro y sin fin,
allí el ganado las hojas muerde,
y hay en los tallos del pasto verde,
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
pasa el vaquero y á plena luz
vienen las vacas y un blanco toro
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gaznate
con las tostadas y el requezón.

La poesía española es un recuerdo de gloria, uua andaluza hechicera, una reja entreabierta á la cual se alza galante trovador, un árabe de acerados miembros y fantasía soñadora, un escandinavo cruel, un moro de negros ojos, un naranjo en flor empapado de lágrimas, las lágrimas de los infortunios nacionales......es el suspiro de Boabdil que al entregar las llaves de Granada, lloró tanta grandeza perdida; es la voz de Núñez de Arce que, en su *visión* magnífica, lamenta la ruina de las sombras que se desvanecen, mirando hacia atrás, y lanza un rugido pavoroso contemplando el porvenir. Es la voz de Zorrilla que hace surgir el eco de las centellantes espadas de los antiguos caballeros; que trae á nuestros oídos las melodías de la morisca guzla, que pinta al arriscado plebeyo, la enamorada monja, la rosa de Alejandría, el puñal del godo.

La poesía americana es el arroyo murmurador, la catarata que en humo se convierte, el bosque umbrío y laberintoso en que las fieras habitan, y que ilumina el *cocuyo* fosforecente, el amor de la criolla que se dejaría matar por su *guajiro*, la sardónica risa de la irresistible cuarterona que subyuga y quema, los fulgores deslumbrantes de la esperanza, la mariposa de alas aterciopeladas que nace de los jazmines del *guayacán*, los gritos por la libertad, los atavismos de Bolívar y de Juárez. Los versos americanos si pudieran tener color, serían azules. El sentimiento de la naturaleza nunca tuvo en España los vuelos que vino á alcanzar en América. En las bucólicas es ridículo y en los poemas caballerescos extravagante.

Nuestro lenguaje difiere del español, en lo metafórico sobre todo, en lo arcaico algunas veces, y en lo pintoresco siempre. Todas las lenguas modernas, al decir de Unánue, abundan en metáforas, esto es, de palabras y frases que ya no significan positivamente lo que

antes significaron. Ya no existe la bien cortada ó bien tajada pluma, por haber quitado esta excelencia la máquina que taja ó corta por igual todas las plumas de acero que hoy se usan. Cálamo currente se sigue diciendo, cuando ya no hay cálamo (caña) que corra, sino pluma. Nadie al salvar su voto en un asunto ó sentencia, se lavará las manos materialmente como el gorbenador de Judéa ahora tantos siglos, ni nadie ve desde hace luenguas épocas por más que siga mentándolas, las palmas de la victoria, que tantas veces manoseó el último liberto de Roma.

Pero en nuestro lenguaje literario nacional todo es metáfora, esto es, metido de fuera. El lector ilustrado nos perdonará esta traducción hecha al pie de la letra, no sólo porque viene muy bien en este caso, sino porque tampoco dista gran cosa de la verdadera. Metáfora, en griego significa traslación, y más literalmente todavía transferencia, y por eso se emplea esa voz para denotar que una palabra ó frase ha sido sacada ó transportada de su significación á la traslaticia.

José Caicedo Rojas, al describir la *Poesía Epica Nacional Americana*, hace observar que el terreno histórico es ya desazonado y estéril en el antiguo mundo, y no hay abono que pueda restituírle su prístina fertilidad No así en nuestro Continente, nuevo, risueño, virgen y grandioso, que apenas comienza á vivir, habitado en su mayor parte por los descendientes de aquellos hombres, con fe y sin miedo, que como ola formidable, barrieron una raza entera, y echaron al otro lado del Mediterráneo una domininación de ocho siglos.

Fueron los mismos españoles quienes al recorrer las regiones de América, se hallaron compelidos á bautizar los objetos nuevos, las plantas, los animales, las localidades, los ríos, las ciudades y cuanto iban encontrando en el Mundo de Colón, maravilla y sorpresa para los

áridos ojos de aquellos conquistadores, frailes y soldados; de suerte que el vocabulario inmenso de neologismos que entonces se formó, fué español por su origen, español, por referirse á peculiaridades de las colonias de España, y español, por último, por cuanto fué literalmente difundido por Hernán Cortés, en sus cartas á Carlos V; Bernal Díaz del Castillo, Montenegro, Acosta, Molina, Oviedo, Azara, Pavón, Ruiz y otro ciento entre los antiguos, que descubrieron la naturaleza americana, Jorge Juan y Ulloa pintan con especial colorido la América del Sur; Alcedo en su diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales, en un *Vocabulario de las voces provinciales de América*, reunió siquiera fuese en escasa colección, aquella nomenclatura americana, la primera que se dió á luz; Fuentes y Guzmán, en su *Recordación Florida*, describe ampliamente mucho del suelo de Centro-América, de sus plantas, árboles, animales, flores y alquerías. En lo moderno, Humbold, Burmeister, Orbigni, Dolfus y Monserrat, Darwin, Brasseur de Bourbourg y otros europeos, han dejado magníficas obras sobre la historia y la geografía del Nuevo Mundo, basadas en las antignas españolas y valiéndose de la dicción que los conquistadores y cronistas usaron.

Al descubrirse el Nuevo Mundo y ser conquistado por los españoles, hubo lenguaje nuevo, un valioso afluente para España; pero tanta mina, tanto oro, tamaña hecatombe de indios, para nada sirvieron á la Península, mientras que la riqueza lexicográfica, el colorido literario, la labor filológica, el espíritu americano, apenas si han sido aceptados, siempre con desconfianza y con el mal humor que causa lo que de afuera nos viene. Los criollos eran tenidos por menos allá durante el *coloniaje*, y el idioma que hablaban se veía á la vez con menosprecio, como jerga gitanesca, sin recordar que era el mismo andaluz, con su pronunciación; el mismo castellano, que

tuvieron que enriquecer los encomenderos, que aumentar los religiosos y necesariamente que salpicar de nuevas palabras los indios.

El castellano en América presenta muchísimas voces generales para todas ó la mayor parte de las repúblicas, y ese tinte y manera especial, provenientes de la naturaleza, de las costumbres y del modo de vivir, que son peculiares á tan vastas como diversas regiones, en cuyos lejanos hogares vino á realizarse la unión que los Reyes Católicos hicieron de los antiguos reinos y Señoríos de España- Aquí en América eran hermanos y hablaron después del mismo modo, los hijos del andaluz, del catalán, del vasco, del aragonés y del gallego, esparciendo por el suelo conquistado del Nuevo Mundo sus costumbres, tradiciones, lenguaje y peculiares acentos, que aún perduran como el eco del arpa, que herida va dejando ondulantes ondas sonoras.

Con razón ha dicho un escritor americano que el neuma que infundió alientos á la libertad y al valor cívico para quebrantar los lazos que no permitían políticamente desenvolver nuestra vida, por medio del ejercicio de inprescriptibles derechos, era inspirador en adelante del ingenio que tratase las musas, ora para divertimiento de la sociedad restaurada, ora para enseñanza ds ella; y así hermanados amigablemente los arrebatos de Clio y la lección de Erato, sln lo cual no puede vivir la poesía, era de ver como ésta, con su peculiar gracia, y es otra, con su elevada dignidad, entraban en las letras americanas. La idea literaria, la poesía en cspecial, se mostró después de nuestra emancipación, en sumo grado atrevida y animada.

Las cintas celestes y blancas que adornan las liras de Olmedo, López, Lafinur, Hidalgo, Luca, Heredia, Mármol, Calderón, Peza y de tantos vates que han elevado himnos al nacimiento de la Patria y poblado de laureles

el altar de la Independencia, robaron sus colores al cielo americano.

La poesía popular es característica, y bien valdría hacer un estudio de ella, si fuera dable reunir esos cantares tan sencillos como expresivos, y que van variando en cada región con las costumbres y el medio ambiente distintos. Por Colombia dicen, v. g.

El que bebe agua en *tapara*
O se casa en tierra ajena,
No sabe si el agua es clara,
Ni si la mujer es buena.

Hay versos populares que son verdaderos poemas de purísimo sentimiento; idilios originales, que en su sencillo lenguaje tienen toda la frescura y el perfume de las campestres flores:

Hierbecita de mi puerta,
Qué verdecita que estás!
Ya se fué quien te pisaba......
¡Que hacés que no te secás!

El bambuco, la caña, el torbellino, la manta, son bailes populares, como la samacueca chilena y el zapateado centro-americano, muy diferentes del minué y del ondú españoles. En esos bailes échanse coplas que suelen tener gracia peculiar:

Sé Rosa que eres rosa
Por tus espinas,
Me punsaron el alma;
¡Ay! mis heridas.

En esos bailes empieza el jaléo por uno sólo, como lo hacía David delante del Arca Santa, ó mejor dicho, como lo hacen hoy los galanes del pueblo, al frente de la guapetona que se prepara para zarandear el cuerpo con toda la gracia de sus zalameras curvas que serpentéan provo-

cativamente, infunden cada vez más ardor en el compañero y alegría en los concurrentes. La civilización acorta en todo las distancias; y así como nuestros bisabuelos danzaban con recatado donaire, haciendo piruetas desde lejos—usanza popular aún—los pepitos y las lindas mozas de la *crême*, se unen, se estrechan para bailar, íntimamente, de suerte que entre ambos no cabría ni una hoja de papel.

"Bailábamos ambos muy juntos, muy juntos;
Muy cerca del mío tu rostro hechicero,
Muy cerca los labios......
Y mi alma dichosa muy cerca del cielo.

¡Te adoro! te dije muy bajo, muy bajo;
¡Te adoro! dijiste muy quedo, muy quedo;
Lanzaste un suspiro......
Y estuvo mi alma más cerca del cielo.

Tú estabas temblando: sentí en tu mejilla
Aquel amoroso calor de tu aliento;
Bajaste los ojos......
Y abrióse á mi alma la puerta del cielo.

Mis labios rozaron tu boca de grana;
Volviste á mirarme; sonaron dos besos,
Y yo desde entonces,
Ya sé, vida mía, lo que hay en cielo."

Dejando aparte estas escabrosas digresiones que nada tienen que ver con la gramática, á no ser que sea *parda*, cabe repetir que las diversas costumbres, los cantos populares, las danzas campestres, las fiestas, juegos, diversiones y tendencias distintas de los pueblos, imprimen en el lenguaje característico sello, como se pintan en las tersas aguas del lago los perfiles de las nubes y los colores del cielo; como se escuchan con acentos americanos, en nuestras florestas sonoras, verdes

palacios de las aves tropicales, el trino del *cenzontle* y el meliodioso cantar del *pito real.*

Lejos de haber habido protección y estímulos en la América latina, para recompensar á los escritores sobresalientes, parece que los hombres de saber fueran las víctimas apetecidas por el monstruo de las revoluciones y la feroz hidra de la tiranía. La historia de las luchas de nuestros países ha sido el martirologio de sus literatos y artistas. Mutis fusilado por la espalda; Mármol, que desde el calabozo entona atrevidas apóstrofes contra la autocracia; Valera, el Dantón republicano que cae herido en el dintel de su hogar; Blest Gana, libre del patìbulo por casualidad; los dos Mattas, que escapan del suplicio por los favorables hados; Ascásubi, que debe la vida á la inadvertencia del verdugo; Rivadavia, que saboreó el amargo pan del ostracismo; Julio Arboleda, el Sócrates neogranadino; Antonio José de Irisarri, el Cervantes americano, que atado con infames ligaduras camina hasta la cárcel de San Salvador; Ismael Cerna, que gime en una masmorra, y lanza truenos de ira en versos valentísimos; y tantos otros talentos, hombres de letras sacrificados por la envidia, el miedo, la conveniencia y la hidrópica sed de mando.

Víctor Hugo recibe ovaciones regias; á Quintana le ciñen áureas coronas entre los vítores populares; á Zorrilla le tributan apoteósis dignas de él; en los Estados Unidos, el primero de sus novelistas gana miles de oro con sus obras: el honor y el lucro alimentan al genio. En la misma América española, la pluma conduce no pocas veces á la cárcel, y siempre los literatos carecen de estímulos, y los sacerdotes del templo de las Musas, con su peculio, pagan el incienso que queman al pie de sus altares.

Tocante á galardón y provecho, no pueden por estas regiones convertir á las letras en elemento de *pane lucra-*

do, sino aquellos que alquilan su pluma ó infamemente la venden. "Ah! en nuestra América—dice Gómez Restrepo—no sólo no hay coronamientos y ovaciones, sino que tal vez no hay autor que no haya publicado sus obras completas por temor de quedar arruinado en el negocio.

En la Argentina, en Chile, México y en otras Repúblicas hispano-americanas ya hay casas editoriales que evitan el trabajo de ser el mismo escritor el que expenda sus obras.

En cuanto al lenguaje hispano-ammericano, queda dicho en los capítulos anteriores mucho de lo que caracteriza al castellano en América. Falta consignar tan sólo, que sucede con las voces lo que el vaivén de los tiempos hace que con las gentes acontezca. El antiguo rico y linajudo tal vez no reconocería su descendencia abajada y plebeya, mientras que aquel modesto dependiente galiego que vino en el *Currutaco*, arrimado á un fraile de los que cristianizaban indios, se asustaría ahora al ver con encumbrados humos á su descendencia. Palabras hay, en las que fueron colonias de España, que de humildes principios, por su aplicación más antigua se alzaron á mayores, y otras que serían nobles en la tierra del Cid, y hoy andan como desheredadas. La metáfora —al decir de don Miguel A. Caro—que es á las palabras lo que la fortuna á los hombres, es como ésta, una deidad que ensalza y que derriba en su carro de voltarias ruedas, aunque ni una ni otra son tan caprichosas como parece, porque una lógica secreta preside á los giros de la primera, así como la Providencia y la libertad humana dirigen la segunda, con el concurso de las circunstancias que todo lo modifica. El lenguaje es como el dinero, y las palabras como monedas, que van circulando á las veces con bustos gastados de césares y reyes, desde los palacios hasta las tabernas, sin que se sepa cómo ni cuándo vinieron. Sólo que la moneda circula por vía

de trueque, mientras que la propagación de las palabras se efectúa por tradición oral, por emigraciones de gentes que llevan consigo su idioma, y al fin se tiñe del color de los lugares en que se propaga, al reflejar la naturaleza, las costumbres, y el modo de ser de los países diferentes.

Las palabra soberana, en el turbión de las edades, ve desaparecer imperios, sucumbir generaciones y destruírse mundos enteros. Cuando el indio medio desnudo acude hoy á la *paciencia*, que es la virtud esencial de la vida— se arma nada menos que del mismo pasivo estado de ánimo que no quería perder el romano, al apostrofar en el senado á Catilina. *¡Quosque tandem abutere, Catilina, pantientia nostra!*

Empero el latín de Cicerón tomó otros giros, otro carácter, otra esencia en España, y el *román paladino* fué gran señor, admitido oficialmente, nada menos por don Alfonso el Sabio; y la lengua nueva tomó voces y frases de otras lenguas; conservó mucho de lo antiguo, y aparece hoy sirviendo de instrumento de expresión á unos cincuenta millones de hombres. Es el *Castellano en América* que tiene mucho de todos los naufragios, de todas las glorias, de todos los infortunios que han venido experimentando estos países. desde que Almagro, Pizarro y Luque comulgaron con la misma hostia y después se asesinaron los unos á los otros; desde que don Pedro de Alvarado, en contubernio prolífico, se unió con la princesa Xicotencal; desde que Hernán Cortés quemó sus naves y conquistó el más grande de los imperios de América, tomando á doña Marina por compañera de sus hazadas y dueña de sus amores.

La grandiosidad de la naturaleza del Nuevo Mundo halló en la soberbia lengua castellana un espléndido medio para bellísimas creaciones. La pintura de los pensiles de Armida pertenecía de derecho al italiano, dice Delille, como la del infierno y los cuentos de demonios

al inglés, las lucubraciones filosóficas al alemán, y lo heroico, sublime y elevado al español, que se encontraba en su mayor auge cuando la conquista de América. En España sufrió desmayo el habla, desde don Diego de Saavedra y sus imitadores, mientras que el aislamiento en que las colonias estuvieron, durante tres siglos, las constituyó, en muchos casos, en guardaroras del idioma arcaico para la metrópoli y vivo aún para nosotros.

La actividad estética de los hispano-americanos corre pareja con la actividad intelectual; y en las ciencias, en las artes y en la poesía, nótanse progresos notabilísimos. La pintura, que es una poesía muda, y la poesía que es una pintura parlante, hallan en el Nuevo Mundo los más sublimes cuadros, que han sabido crear esos genios que mojan sus pinceles en el fondo de sus corazones y los tiñen después con los irisados colores de nuestra tierra. Raza imaginante la nuestra, por origen, á las creaciones ideales de los pueblos latinos, reúne la concentración, el sentimiento exquisito del hemisferio donde ha nacido. A España debemos los esplendores del idioma antiguo, que allá se desconoce; á América, la ternura, la elevación, la grandeza del pensamiento que concibe.

La infiuencia ejercida sobre la lengua y la literatura en la América española, por el medio físico, histórico, político y social que rodeó al habilista, al literato, al poeta, es manifiesto, en ese conjunto de admirables producciones que forman la biografía de nuestros países, poco conocida en su magnitud por muchos, y no juzgada ni menos apreciada en España, como se debiera. Acaso habrá sucedido con las letras lo que acaece con los niños, que van poco á poco creciendo, se desarrollan, y al fin llegan á la virilidad; pero la madre que los contempló retoños, siempre los juzga lo mismo, siquiera ella sea la que decrezca y mengua.

Las glorias y las tradiciones épicas que de la Revolución de Independencia brotaron, así como el espíritu democrático, imprimieron en la literatura hispano-americana uno de los caracteres que la singularizan y apartan de las letras castellanas.

Ni es de ahora, por lo demás, que se conoce la influencia del idioma y de las letras de países américo-iberos. Con franqueza los Padres Mohedanos, cuando solicitaron el concurso de los literatos criollos, para la publicación de la *Historia Literaria de España*, decían: "Por lo que toca á America, desde luego la incluimos en el plan de nuestra obra, en atención que no obstante su distancia, no podemos mirar como extraños, ni dejar de apreciar como grandes los progresos de una literatura con que nos ha enriquecido una región no menos fecunda en ingenios que en minas. Así no omitiremos trabajo ni diligencia para hacer más recomendable nuestra *Historia* con un adorno tan precioso y un ramo tan considerable de literatura, que echó las primeras raíces en nuestro terreno y fructificó admirablemente trasplantado allá y cultivado por manos españolas. Esta rica flota de literatura no debe ser para nosotros menos apreciable que los tesoros de oro y plata que continuamente nos vienen de las Indias Occidentales."

Hoy, *aquella rica flota de literatura* lleva pabellón nacional, y á fe que cubre bien la mercadería, mientras que el *lenguaje de Indias* es el habla de numerosas repúblicas; es *el Castellano en América*, que bien vale la pena de estudiarse. En el libro que hace tiempo publiqué, con el título de "Correcciones del Lenguaje y Provincialismos de Guatemala", tuve ocasión de comparar numerosos giros y vocablos de las diversas nacionalidades américo-hispanas, y desde entonces pude comprender que es muchísimo más rica, de lo que se cree, la lexicografía regional de estos países de origen ibero.

Es indudable que toda voz usada en la América latina, si es antigua y no procede de lengua indígena, viene de la península ibérica, aunque no esté en el díccionario castellano. *Cacarañar*, *budín*, *aguachento*, *asina*, vinieron de Galicia, sin pasar por Castilla, y *bofo* y *tabanco* son aragoneses, y *cuete* es valenciano, y *panela* es portugués, aunque el diccionario dice ser colombiano, ya que en toda la América española se usa la palabra y se come ese dulce, cuyo nombre de Portugal llegó á estas tierras, escurriéndose como lo hacían, á pesar del Santo Oficio, muchos herejes y traficantes. *La panela* tuvo buena suerte, y hasta obtuvo carta de ciudadanía, con careta bogotana, ante los inquisidores de la calle de Valverde, que desde Madrid sufren en estos casos algunas equivocaciones que no medran ni á merced del convencionalismo que ha favorecido los amores legendarios de la *fermosa* Cava, las cuentas del Gran Capitán y las *fazañas* del Cid.

El castellano encontró en América un vastísimo campo en donde desarrollar y enriquecerse, que no ha de ser cizaña cuando aquí ha nacido, ni mucho menos puede mirarse con desdén el habla de tantos millones de hombres. Por el contrario, la misma Academia de la Lengua anhela el desenvolvimiento armónico del idioma, y tendrá que ser acaso en lo futuro, más partidaria del espíritu amplio de Núñez de Arce que del reconcentrado clasicismo de Menéndez Pelayo. En todo caso, ha presidido en estos apuntamientos sobre el *Castellano en América*, la idea de que la lengua española no se haga degenerar ni dividirse en dialectos, sino que desde el *Ilustre Centro de Madrid*, se ensanche y crezca como lengua de España y América. Para concluir, no hallaríanse frases más inspiradas que las del gran orador español. que tanto quizo á América, y que se empeñó porque en la Academia prevaleciese espíritu expansivo, dentro de las leyes del lenguaje, los fueros del uso y las exigencias de la semasiología. Que en una misma nave vayamos unidos por vínculos de idioma y raza, cuantos tenemos la buena

suerte de poder exclamar con el gran tribuno del siglo XIX: "Sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan musicales, que abren el sentir á la adivinación de las palabras antes de saberlas; dulce como la melodía más suave, y retumbante como el trueno más atronador; enfática hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribución de las vocales, de las consonantes, que no ha menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del mediodía, ni los redobles de pronunciación exigidos á los labios y á los dientes del Norte; libre en su sintaxis, de tantas combinaciones, que cada autor puede procurarse un estilo propio, original, sin daño del conjnnto; única en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificacioues celtas é iberas ha puesto el germano algunas de sus voces, el griego algunos de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas que la hacen, sin duda alguna, la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso; la lengua que más se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna; la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder, á la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con la luz más clara del porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino allende de los mares territorios vastísimos y pueblos cultos, libres é independientes, unidos con nosotros, así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla que allá se ha desarrollado, y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente á continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia."

Capítulo vigésimo

MIGUEL de CERVANTES SAAVEDRA en GOATHEMALA

Corría el mes de mayo del año del Señor 1590, cuando agoviado Miguel de Cervantes Saavedra por los rigores de su mala suerte, sin poder alimentar á su mujer, á su hija y á sus hermanas, con el salario exiguo que le proporcionaba el humilde cargo de comisario de la proveeduría de las flotas de América, manco de la mano izquierda, con más de cuarenta años de edad, y cargado de merecimientos y desengaños, dirigió al rey un memorial "*acudiendo al remedio á que otros muchos de Sevilla se acogieron, que es el pasar á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España.*" Solicitó el gobierno de la provincia de Soconuzco, vacante en el reino de Goathemala, invocando veintidós años de relevantes servicios. Su Majestad don Felipe II, el 21 de aquel mes, envió la petición al Presidente del Real Consejo de los dominios de Ultramar, que lo era el doctor Núñez Marquecho, quien después de sustanciar el expediente, dispuso, por decreto de 6 de junio, que "*buscara Cervantes* POR ACÁ *en que se le hiciese merced.*"

Si en vez de ese POR ACÁ, que adverbialmente se refería á la Península, traza la poderosa mano del jefe del Real Consejo un *por allá*, que hubiera abarcado estos dominios, en donde siempre alumbraba el sol; si se

accede, queremos decir en román paladino, á los deseos del proveedor de aceite y granos, en Andalucía, para las flotas y galeras que con rumbo á América navegaban, es seguro que á Soconuzco habría venido á parar el Manco de Lepanto, ahorrándose con ello desagrados sin cuento, como los que le produjo la recaudación de diezmos, amén de las humillaciones consiguientes que sufrió en medio de copiosas necesidades; no hubiera soportado "*aquellos luengos días y menguadas noches que harto lo fatigaron en la cárcel de Argamasilla, que era más bien una caverna;*" no hubiérase visto en el trance de acudir al mañero duque de Lerma, favorito sin ilustración, imperioso y dominado por la astucia de sus criados, sino que habría tenido que entendérselas aquí, al pie de los volcanes, con el licenciado don Pedro Mayén de Rueda, hombre atrabiliario que abofeteaba frailes, á pesar de ser inmunes, é injuriaba al obispo, sin consideraciones divinas, ni humanas, hasta que fué depuesto y acabó demente, desnudo por las calles y comiendo yerbas en los campos. Mas sólo unos cuantos meses habría Cervantes sufrido algunos desaguisados del iracundo Capitán General, porque en el año 1592 llegó á hacerse cargo del mando el visitador don Francisco de Sandé, varón prudente y en su sano juicio; siendo además de presumir que la iracundia de aquel loco malo se desahogaría con los que le rodeaban y no con los corregidores de lejanas provincias como Soconusco.

Lo cierto del caso es que, aunque *por acá* no llegó á venir nunca el famoso autor del Quijote, su solo deseo, la simple solicitud de trasladarse á nuestro suelo, la posibilidad de que se hubiera accedido al memorial en cuestión, á tal punto nos enorgullecen y honran, que borrando con la imaginación, por unos momentos, la decisiva frase del doctor Núñez Marquecho, vamos á describir el viaje del príncipe de los ingenios á la tierra del cacao.

¡Qué mucho fantasear ha de ser ese,cuando historiadores trefes conozco yo que han borrado no digo frases, hasta documentos enteros, al correr de la pluma venal y aduladora! Y después de todo, en el antiguo reino de Guatemala acaecieron tan revesadas cosas, que no pueden compararse con la inocente suposición que va á dar vida á esta reseña. En lo de Cervantes,hubo intento, seguido de conatos, como los juristas llaman á los hechos que van en pos de lo que se apetece. Existió memorial, formóse expediente y sobrevino un auto, mientras en otras cosas y en otros casos, ni mal pensamiento ha existido acerca de aquello que dan fe y prestan testimonio sesudos escribidores.

Con que manos á la obra, sin más requilorios, y quiera Cid Hamete Benengeli salir garante de nuestros buenos propósitos.

*
* *

General animación reinaba en el puerto de Sevilla, durante el mes de Junio de 1590. Por entonces era la morisca ciudad un relicario bellísimo, que conservaba tradiciones y guardaba tesoros; "*era el amparo de pobres y refugio de desechados, en cuya grandeza no sólo cabían los pequeños, pero no se echaban de ver los grandes*, según las frases del mismo Cervantes, que al dejar aquella *taza de plata*, traía en su memoria mil recuerdos de la baldía gente que ahí trató y de los encumbrados personajes con quienes tuvo roce. Vinieron á decirle adios caballeros de viso,como don Hermando de Toledo, señor de Cigales, del cual había sido agente de negocios; don Pedro Mesía de Tobar, tesorero general; el recaudador de alcabalas, don Francisco López de Vitoria; los hermanos Argensolas;el insigne pintor y poeta Francisco Pacheco; y el nunca bien ponderado lírico Fernando de Herrera.—Doña Andrea de Saavedra, hermana del viaje-

ro, una hija natural de éste, que se llamaba doña Isabel, y su esposa doña Catalina de Palacios Salazar, le acompañaron á Sosonusco, al decir de una antigua crónica, que no es por cierto de Esteban de Garibay, quien gustaba más del condestable de Castilla y del duque de Lerma que del proveedor de los galeones.

El futuro gobernador de la tierra del chocolate era "de edad madura, con rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corba, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro,los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no le quedaban sino seis, y estos mal acondicionados y peor puestos, porque no tenían correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés." Este retrato lo hizo él mismo, sin que nunca hayan parecido los que Jáuregui y Pacheco pintaron, á pesar de que para hallarlos no han faltado requisas de la Real Academia de la Lengua.

Mas sea de ello lo que fuere, el *Inválido indigente* se hizo á la vela en la mañana del 14 de junio de 1590. La rada era soberbia, las naves blancas se movían como cisnes en el manso lago, el sol que había alumbrado la toma de Granada y la caída del Abencerraje, doraba las aguas con rayos vivientes, el tráfago activo, los grumetes de un lado á otro, cuando oyóse el grito de leva y tomó rumbo á América la nave gaditana, que á su bordo traía al más famoso de los escritores del mundo......Harto había sufrido Cervantes en Argel, para que además el océano le hubiera sido proceloso. Si en la tierra sólo encontró "*el mando y la opulencia en manos de la insensatez por cada día más triunfante y asoladora*," hubo calma en la mar mientras su largo

viaje, según podría comprobarse con testimonios tan autorizados como los de Mayans, Pellicer, Avellaneda, Sarmiento, de los Ríos, Navarrete, Hartzenbusch, Valera y Menéndez Pelayo (¡así se escribe la historia!)

*
* *

Desembarcó don Miguel de Cervantes Saavedra en Golfo Dulce, en una fecha que no ha sido posible averiguar, no obstante la acuciosidad con que criollos y chapetones, liberales y conservadores, hanse empeñado en poner en claro los incidentes todos de la estancia en Goathemala del sublime ingenio español, que tuvo que atravesar el camino del Golfo, admirando con imaginación de poeta, las bellezas tropicales, tan opuestas á lo árido, amarillo y seco, de Linares, Martos, Aguilar, Monturque, Arjona, Porcuna, Estepa, Lopera, Begijar y Alora, que acababa de recorrer como diezmero.

Al llegar don Miguel á la M. N. y L. Ciudad de los Caballeros de Goathemala, era ya este bello lugar una capital bastante adelantada, con magníficos templos, más de cinco mil familias, ricas muchas de ellas, como las de Siliezar, Justiniano Genovés, Lira, Nuñez, Mencos, Mogrovejo y otras; pero todas disfrutando de una vida cómoda y barata, hasta el punto que, con medio real de cinco sueldos, podía un hombre tener carne para toda la semana, un poco de cacao, bastante torta de maíz y hasta pan de trigo, (Gage. Viajes, t. II. p. 20). Las casas eran grandes por lo general, cómodas y nuevas; había mucho comercio y actividad.

Poco ruido debe de haber hecho la llegada de un empleado que, aun en España, no tenía gran renombre y que pasaba á hacerse cargo de un corregimiento. Cervantes Saavedra era uno de los muchos que traían jurisdicción á estas tierras, desde S. Isidro ó el Escorial,

con una cédula por nombramiento y por bagaje hartas necesidades. ¡Ni se sospechaba que D. Quijote y Sancho, el sublime loco y el donosísimo zafio, estuvieran en cierne,en el cerebro portentoso del más filósofo de los poetas y el más ideal de los filósofos! ¡Ah, y cuánto se hubieran llenado de regocijo y orgullo aquellos buenos *antigüeños* —como hoy llaman á los vecinos de la que en otro tiempo fué famosa capital del reino de Goathemala—si hubieran soñado siquiera que ahí,en las faldas de los volcanes, iba á posar su planta el que más honra dió á las letras del mundo!

Dejando, con todo, digresiones y fantaséos, que no cuadran con lo estricto y seco del relato histórico, como dice un amigo mío,*de cuyo nombre no quiero acordarme,* cabe asegurar que en aquella vegada no estuvo del todo descortés, ni tan empecinado, el gobernador y capitán general, Mayén de Rueda, hasta el punto de que pronto despachó á su destino al correegidor de Soconuzco; quien acompañado de su mujer (el no le decía *mi señora*, como hoy acostumbran á decir los de la moderna *crême*) de su hija y de su sobrina,emprendió el camino de los Altos,sano, poblado y pintoresco; pero con una cuesta monumental que llaman de San Pablo. Atravesó Cervantes varios pueblos, hasta llegar á Quezaltenango. ciudad poblada ya á fines del siglo XVI,que surtía de tegidos de lana á todo el reino de Guatemala: ahí se fabricaban magníficas jergas, sayales, bayetones y pañetes, superiores á los de Cusco y Quito,viviendo todos con comodidad y progreso relativo, debido al celo de los dominicanos, que habían cristianizado á esos pueblos laboriosos y ricos. Lo malo, sin embargo, era la cuesta aquélla, que después tenía que recorrer el que iba á Soconuzco, y que sólo podìa servir de camino para ir á los infiernos. Con el credo en la boca caminaban nuestros hispanos viajeros, y con menos serenidad el manco de Lepanto que la que tuvo en Túnez y

en Argel. No eran los moros, sino la mula la que le infundía temor. Para recorrer aquel escabrosísimo camino, en la estación de lluvias, es preciso servirse de bestias que hayan aprendido gimnástica especial. Es menester en partes dar saltos mortales, en partes nadar en pozos de espeso fango; en ciertos lugares hay que resbalar como en montañas rusas; y en fin, por aquella eterna cuesta se trajina de todos los modos imaginables, menos del buen modo. Pero la verdad sea dicha, ningún caballo, ninguna mula, ningún burro de este mundo, excepto los de San Marcos y de San Pablo, serían capaces de dar un paso por aquella cuesta, sin que se quebrasen todos los huesos desde que comenzaran á subir ó á bajar. Cuán cierto es, exclamaba Cervantes, que *necessitas non habet legem;* y ésto no lo decía por él, que hartas necesidades ilegales había sufrido en la vida, sino por la mula, que obligada de la necesidad, había aprendido á salvar los estropiezos de tan áspero sendero. Mas como ahora ya no se estudia latín, porque es retrógrado, ha de saber el crédulo lector que, en buen romance, quiere decir aquella sentencia antigua, *la necesidad no quiere legos;* y no los quiere, porque á todos obliga á hacerse sabios, hasta el punto de que donde no se conoce la necesidad, la gente parece tonta. Allá, en los tiempos de antaño, era preciso estudiar para saber: hoy cualquiera que no haya abierto un libro, y que no tenga ni las aptitudes de las mulas necesitadas, que suben y bajan la cuesta del Apóstol, sirve para todo, con aplomo, con aquella fe que trae y lleva á los famélicos cuadrúpedos que bajan y que suben, recorriendo la cuesta de este mundo. *Necessitas caret legem......*

Iba, pues, Cervantes navegando á caballo, de tropezón en bajada, hasta que al fin se halló en el clima más cálido del orbe, en plena zona tórrida, entre tupidos bósques, llenos de cantoras aves, que llevan en su

plumaje los brillantes colores de aquella naturaleza primitiva, y en sus picos las armonías, no aprendidas, de la música silvestre de palmas y riachuelos. Comenzó, más tarde, á ver los famosos cacahoales sombreados por otros árboles más corpulentos, y tan limpios y bien asistidos, que no se dejaba ver ninguna otra planta por pequeña que fuera. ¡Y desde este paraíso, pensaba el subteniente de Felipe II, desde aquí llevan el chocolate que se sirve en la mesa al primero de los reyes!

Pobre, sin embargo, poco poblada se encontraba, por entonces, la cabecera de aquel rico partido, en donde el nuevo corregidor escribiría la *Theobromaida ó la bromatebayda*, sin quedarse de seguro sin cenar, sino tomando á diario el mejor chocolate del mundo. Que gobernó á conciencia huelga decirlo, siendo de presumir que no lo pasaron del todo mal su mujer, su hija y su sobrina, en la célebre tierra del cacao, amparadas por la jurisdicción de derecho divino que ejercía Felipe II, y de la cual traían una migaja de *radium* los que con autoridad pasaban á las Indias......Después ha habido jurisdicciones, de derecho humano, un poquito más concretas é intensivas que la del célebre monarca ibero, y corregidores que descubrieron la piedra filosofal, prescindiendo de quijotismos y echándose á chucharetear en poblado.

*
* *

Fácil ha sido, hasta aquí, que aparezca verosímil este relato, y relativamente apropiado en los detalles; pero al dar con el *Ingenioso Hidalgo, con D. Quijote de la Mancha*......la pluma se inclina, y no es posible, ni por un instante, suponer que hubiese sido escrito jamás en América. Es esencialmente español ese acabado símbolo de la idealidad caballeresca de una época en la que se cerraba para España el pasado de sus estupendas glorias. Con

troquel inmortal selló Cervantes el siglo de oro de la literatura castellana. Al cerrar los ojos el hijo de Carlos V quedaban ya los gérmenes de sombría ruina.

Si casualmente viene el insigne escritor á Goathemala, no escribe el *Quijote*. Fué preciso que saliera de Sevilla, no para Soconuzco, sino para la Mancha á sufrir grandes desazones,en vez de recibir mercedes,hasta parar en una cárcel, *en donde toda incomidad tiene su asiento*, para que lanzase aquella sublime carcajada, con melancólicos é irónicos dejos, que ha venido resonando en medio de la humanidad, cuyo espíritu es noble, generoso, altruista, capaz de acciones heroicas; pero con organismo mezquino, interesado y brutal. Encarnóse lo complejo de nuestra vida en dos seres peregrinos y opuestos, necesario el uno al otro: Don Quijote y Sancho Panza.

Las portentosas obras del ingenio humano necesitan de ambiente peculiar, como fruto de sociedades que han llegado á la cúspide de su esplendor, y que por ley del destino tienden á su próximo decaimiento. Al pasar las sociedades de una á otra edad, escúchase un grito de dolor, como cuando la cólera de Aquiles produjo la Iliada. ¿No sentís en la melancolía de Virgilio el lamento de una especie que se extingue? Debajo de la púrpura percíbese el abismo, y el alma del poeta sumérgese en un obscuro fondo de melancolía eterna. El mundo helénico, itálico, latino, vióse arrollado por barbarie, y después hubo de esfumarse la edad media entre raudales de sangre y de dolor. Algo se muere, parecían decir todos los poetas, y el *sublime loco*, de Cervantes, como que se despide de los caballerescos é ideales tiempos, para que le sobreviva su escudero en la ínsula Barataria. Los corazones se materializan, la literatura decae, y viene España—triste es decirlo—sufriendo desde entonces larga y penosa enfermedad. Hay para cada pueblo, como para cada hombre; una crísis en los períodos distintos de su exis-

tencia. Las naciones ó las razas que tienen una grande y gloriosa vida, dice Valera, ó por la acción ó por el pensamiento, y que vienen á decaer y á dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que crean un ideal en que luego el resto de la humanidad se complace. Cervantes representa en grado eminente el genio y las glorias de España; el Quijote es la síntesis del espíritu guerrero, religioso, noble, heroico, entusiasta de lo bello y grande, lleno de un realismo sano, que hizo de esa nación la primera del mundo.

Imposible que aquella obra inmortal se hubiese escrito en Soconuzco. Aquí Cervantes de corregidor, circuido de comodidades, acaso rico con uno de aquellos bellísimos cacahotales, habría descrito la naturaleza tropical, en prosa elegante, sonora, llena de armonía y de esmaltes, como para servir de cuadro al panorama de un mundo nuevo, arrullador, palpitante, con hirvientes cataratas y rumores de nido; con zumbidos de insectos y lluvias torrenciales, seguidas de hórridos truenos que repercuten en abismos desolados, en donde se desliza murmurador el lejano río, arrastrando arenas de oro y flores silvestres.

¡Cuánto debe España al bueno del Presidente del Real Consejo de las Indias, que sin darse cuenta de lo que hacía, decretó que Cervantes buscara *por allá* en que ortorgársele merced!......

Aunque no hayamos tenido la gloria de que el peregrino ingenio de nuestra raza, el inmortal prisionero de Argel, pisara nuestro suelo, ahí está el Quijote. De una plumada dependió que no existiera la obra más ingeniosa del mundo. Por los yermos de la Mancha debían viajar solos los dos descarriados aventureros, como la humanidad viene viajando sin descanso, entre ideales y miserias. Los encantores perseguían al héroe sublime, y ¿quién dijera que el verdadero encantador, portentoso,

inimitable, era Cervantes, el más desgraciado de los literatos de su tiempo; pero el que harto lustre, brillo y esplendor dió á las letras españolas.

Ya que la esponja del tiempo ha borrado para siempre las manchas de sangre que entre España y la América ibera se interponían, vemos todos con júbilo acercarse el *Centenario del Quijote*, el homenaje que la humanidad va á rendir al peregrino escritor, que supo perpetuarse en la más original y acabada de las producciones de la imaginación, *El Ingenioso Hidalgo* engrandece a todos los pueblos que á la sombra de España se formaron. ¡Mientras perdure *el Castellano en América* aquí también ha de vivir Cervantes!



INDICE

ERRATAS

Dice	Página	Línea	Debe decir
Lalín	14	9	Latín
La obra	15	17	Las obras
galícimo	68	10	galicismo
verderse	70	15	venderse
XIX	77	14	IX
rangre	96	32	sangre
última	81	4	penúltima
otras república	104	26	otras repúblicas
acerbo	123	29	acervo
pos	135	9	por
cutos	135	35	cultos
intransigente	136	30	intransigente
sosotros	153	5	nosotros
Gonzalo, Coreas	217	17	Gonzalo Coreas
Iirsarri	227	15	Irisarri
comtesto	230	12	compuesto
imconparable	232	12	incomparable
biblícos	236	12	bíblicos